

# LA IMAGEN DE LA BESTIA

PHILIP J. FARMER



Lectulandia

Herald Childe, detective privado, investiga en Los Ángeles del futuro inmediato, asolado por la contaminación —la niebla impide prácticamente respirar sin mascarilla, la gente huye en sus coches—, la desaparición, «violación» y posible muerte de su socio. La policía invita a Childe a la proyección de una película, enviada anónimamente, en la que puede verse cómo dicho socio —sometido a la acción de una droga afrodisíaca— fornicaba desafortunadamente y acaba siendo castrado de un mordisco. Tras asesorarse con un experto en temas de vampirismo —debido a la aparición en la película de un personaje draculino—, Childe ata cabos y se dirige a una mansión de estilo español situada en un barrio residencial, propiedad de un enigmático e inquietante personaje, el barón Igescu, para intentar localizar a su socio... o sus restos.

Este caserón, lleno de pasadizos secretos, espejos simulados, una sala especial para violaciones y otras rarezas, está habitado por una caterva de seres lujuriantes: un gigantesco guardián, una serie de criaturas aparentemente humanas, que resultan ser extraterrestres, licántropos, un bellísimo fantasma femenino, etc. Childe penetra osadamente en la mansión, donde le ocurren las más alucinantes aventuras, primordialmente sexuales, con tan extraña banda.

**Lectulandia**

Philip José Farmer

# **La imagen de la bestia**

**Exorcismo: Primer Ritual**

ePub r1.0

Deadsoul 18.10.14

Título original: *The Image of the Beast. An Exorcism: Ritual One*

Philip José Farmer, 1968

Traducción: Antonio Resines

Ilustración de cubierta: Mehmeturgut

Diseño de cubierta: Deadsoul

Editor digital: Deadsoul

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Dedicado a Forrest J. Ackerman,  
el Pimpinela Escarlata de la fantasía.*

# I

**L**eche verde agriada.

El humo ascendía hacia la luz, y el humo y la luz se fundían en uno para convertirse en leche verde. La leche se fisionaba, ascendía, recubría el techo de una humareda opaca.

El smog estaba en todas partes. Arriba. Abajo. En la sala. Afuera.

Verde y agrio.

Aquella sensación agria emanaba no sólo del smog que se había introducido en el edificio a través de los aparatos de aire acondicionado y de las vaharadas de tabaco que inundaban la habitación. Procedía también del recuerdo de las imágenes que Childe había visto aquella mañana, y sabía que volvería a ver en los próximos minutos.

Herald Childe nunca había visto la sala de proyecciones del Departamento de Policía de Los Angeles sumida en una tal oscuridad. El rayo luminoso procedente de la cabina de proyección habitualmente aclaraba la penumbra, pero el humo de cigarrillos y cigarrillos, el smog y el estado de ánimo de los espectadores oscurecían todo. Incluso la plateada luz de la pantalla parecía absorber la luz en lugar de reflejarla a los espectadores.

Allá arriba, donde el rayo luminoso se encontraba con el humo del tabaco, se formaba leche verde que se cortaba y agriaba. Así veía las cosas Herald Childe, y la imagen no era exagerada. Los condados de Los Angeles y Orange estaban siendo asfixiados por la peor racha de smog de la historia. Durante un día y una noche y otro día y otra noche no se había movido ni un hálito de viento. Al tercer día, daba la impresión de que la situación podía prolongarse indefinidamente.

El smog. Ahora podía olvidarse del smog.

Abierto de brazos y piernas, en la pantalla aparecía su compañero (posiblemente excompañero). Detrás suyo, los cortinones rojo burdeos refulgían sombríamente, y la cara de Matthew Colben, normalmente colorada como el Chianti aguado al cincuenta por ciento, estaba ahora tan rojo e hinchado como una bolsa de plástico transparente, repleta de vino.

La cámara se alejó de la cara para mostrar el resto de su cuerpo y parte de la habitación. Estaba tumbado de espaldas y desnudo. Sus brazos estaban sujetos con correas a sus costados, y sus piernas, también sujetas con correas, formaban una V. Su sexo se bamboleaba sobre el muslo izquierdo como un grueso gusano ebrio.

La mesa debía haber sido fabricada con el propósito de amarrar a ella hombres con las piernas separadas, de modo que otras personas pudieran caminar entre ellas.

Aparte de la mesa de madera en forma de Y, la gruesa alfombra color rojo vino y los cortinones color burdeos, la habitación estaba vacía. La cámara giró sobre sí misma para mostrar los cortinones y después volvió a su posición inicial y se elevó. La figura completa de Matthew Colben apareció como podría verla una mosca desde el techo, su cabeza reposaba sobre una almohada oscura. Levantó los ojos hacia la cámara y sonrió estúpidamente. No parecía importarle lo más mínimo el estar amarrado e indefenso.

Las escenas previas explicaban el porqué. Se veía cómo Colben había pasado, mediante un condicionamiento muy preciso, del terror impotente a una excitación febril.

Childe, que había ya presenciado la película completa, sintió como sus entrañas se retorcían y anudaban y, con sus extremos enroscados a su columna vertebral, parecían querer estrangularse unas a otras.

Colben sonreía beatíficamente.

—¡Estúpido! —murmuró Childe—, ¡pobre jodido estúpido! El hombre sentado a la derecha de Childe se volvió hacia él y dijo:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Nada, comisionado.

Pero sentía como si su pene se estuviera retrayendo al interior de su abdomen, arrastrando sus testículos tras él.

Las cortinas se abrieron, y la cámara hizo un *zoom* hacia un inmenso ojo oscuro, bordeado de negro, de largas pestañas, después se desplazó hacia abajo a lo largo de una estrecha y recta nariz y unos labios turgentes de un rojo vivísimo. Una lengua rosada se deslizó entre unos dientes anormalmente blancos e iguales, se disparó varias veces con un movimiento de vaivén. Un hilo de saliva se deslizaba por el mentón y después desapareció.

La cámara se desplazó hacia atrás. Los cortinones se abrieron de golpe y entró una mujer. Su pelo negro y brillante estaba peinado hacia atrás y caía en cascada hasta su cintura. Su cara estaba muy maquillada: falsos lunares, rouge, polvos, pinturas verdes, rojas, negras y azules en torno a los ojos y un rizo azulado que bajaba por sus mejillas, pestañas postizas y un diminuto anillo de oro sujeto a la nariz. La bata verde, cerrada en torno al cuello y al talle, era tan tenue que parecía estar desnuda. Lo que no le impidió desatar los cordones que sujetaban el cuello y la cintura, y dejó deslizar la bata hasta el suelo, mostrando que podía estar aún más desnuda.

La cámara encuadró a la mujer. En la base del cuello tenía un hoyo profundo y los huesos que lo rodeaban eran finos y delicados. Los pechos eran turgentes pero no grandes, ligeramente cónicos y respingones, con pezones estrechos y largos, casi afilados. Los pechos se sustentaban en una amplia caja torácica. El abdomen se

hundía hacia el interior; en sus caderas enjutas los huesos eran algo prominentes. La cámara giró, o ella se dio la vuelta. (Childe no podía estar seguro, porque la cámara estaba muy cerca de ella, y carecía de puntos de referencia). Sus nalgas eran como dos enormes huevos duros.

La cámara giró en torno a ellos, mostrando el estrecho talle y las ovoides caderas, y después se volvió hacia el techo, que estaba cubierto con una tela del color de un derrame sanguíneo en el ojo de un borracho. La cámara remontó un muslo blanco y nacarado; un haz de luz iluminó su entrepierna. La mujer debía haberse abierto de piernas, allí estaban el pequeño ojo marrón del ano y el borde de los grandes labios de su coño. El vello era rubio, lo que quería decir que la mujer se había teñido el cabello. O quizás el vello púbico.

La cámara pasó entre las piernas de la mujer —que parecían ahora las colosales extremidades de una estatua— y después se desplazó lentamente hacia arriba. Se enderezó a la altura del pubis. Este estaba parcialmente cubierto por una tela triangular sujeta con cinta adhesiva. Childe no acertaba a adivinar la razón. Aunque, sin lugar a dudas, la razón no era el pudor.

Aunque había visto este plano anteriormente, se puso rígido. La primera vez, él —igual que el resto de los espectadores— había dado un brinco y algunos habían maldecido, y uno había lanzado un grito de terror.

La tela estaba tensa sobre el pubis. Un cambio de iluminación reveló súbitamente que la tela era transparente. El vello formaba un triángulo oscuro y la vulva absorbía suficiente cantidad de tela como para mostrar lo ajustada que ésta estaba.

Abruptamente (y Childe volvió a dar un respingo, aunque sabía lo que venía después) la tela se hundió aún más profundamente, como si algo desde el interior de la vagina entreabriera los labios de la vulva. Entonces, algo abultó tras la tela, algo que tan sólo podía haber salido del interior de la mujer. Empujó la tela hacia arriba; la tela se agitó como si un diminuto puño o cabeza la estuviera golpeando, y después el bulto se retrajo y la tela quedó inmóvil de nuevo.

El comisionado, sentado dos asientos más allá de Childe, dijo:

—¿Qué diablos puede haber sido eso?

Expelió el humo de su cigarro y empezó a toser. Childe también tosió:

—Podría ser algo mecánico que llevara metido en el coño —dijo Childe—. O podría ser... —Dejó su frase (y sus pensamientos) en suspenso. Que supiera, ningún hermafrodita tenía un pene en el interior del canal vaginal. En cualquier caso, aquello que salía deslizándose al exterior no era un pene; parecía una entidad independiente, dotada de voluntad propia —ésa era la impresión que daba— y desde luego la cosa en cuestión había atacado la tela en más de un lugar.

La cámara hizo un movimiento y encuadró a Colben. Ahora estaba a menos de un metro de él,alzada varios centímetros. Mostró los pies, aparentemente enormes a tan

corta distancia, las musculadas y peludas pantorrillas, y los muslos extendidos sobre la mesa en forma de Y, los gruesos testículos, el pene como un grueso gusano, que ya no se balanceaba contra el muslo sino que comenzaba a engrosarse y a alzar su inflamada y roja cabeza. Colben no podía haber visto entrar a la mujer, pero evidentemente había sido condicionado de forma que supiera que ella llegaría al cabo de un tiempo después de que le hubieran amarrado a la mesa. El pene estaba despertando como si tuviera oídos —enterrados en el seno de su carne como los de una serpiente—, o como si la hendidura de su glande pudiera detectar —como las fosas nasales de una víbora— el calor emitido por un cuerpo humano.

La cámara se desplazó para tomar de perfil la cabeza de Matthew Colben. El espeso y rizado cabello gris y negro, las grandes y coloradas orejas, la frente lisa, la gran nariz ganchuda, los delgados labios, la maciza mandíbula con su barbilla maciza y cuadrada como la cabeza de un martillo pilón, su grande y grueso tórax, la protuberancia de una panza obtenida gracias a una concienzuda acumulación de cerveza y filetes, la curva descendente hasta el pene, ahora totalmente erecto e hinchado y duro; las venas eran cuerdas entrelazadas en el cabo de la pasión (Childe no podía evitar el pensar por medio de tales imágenes; manoseaba conceptos con el toque de un Midas). El glande, totalmente al descubierto, brillaba con fluido lubricante.

Ahora, la cámara se apartó de Colben y se elevó para poder mostrar simultáneamente al hombre y a la mujer. Ella se acercó lentamente, con las caderas ondulantes; al llegar a la altura de Colben, le murmuró algo. Sus labios se movían, pero no había sonido. El especialista de la policía no había podido leer en sus labios porque la cabeza estaba excesivamente inclinada. Colben dijo también algo, pero sus palabras resultaron indescifrables por la misma razón.

La mujer se inclinó sobre Colben y le puso el pezón izquierdo en la boca. Él estuvo un rato chupándose; luego la mujer se apartó. Primer plano del pezón, húmedo e hinchado. Ella le besó en la boca; la cámara se aproximó desde un costado, y la mujer levantó un poco la cabeza para permitir que la cámara filmara su lengua entrando y saliendo de la boca de Colben. Luego comenzó a besar y a lamer su barbilla, su cuello, su pecho, sus tetillas, y humedeció su rotunda panza con saliva. Se aproximó lentamente al pubis y chupó los pelos, le dio al pene breves lengüetazos y lo besó con los labios repetidas veces; después lo cogió por la raíz, lo apretó entre sus dedos y empezó a lamer el capullo. Después se colocó entre las piernas de Colben y comenzó a chuparle la verga con frenesí.

En este momento, un piano con sonido a lata como aquellos que se tocaban antaño en los bares o cuando el cine mudo, comenzó a interpretar Humoresque de Dvorak. La cámara se desplazó, enfocando la cara de Colben; sus ojos estaban cerrados y tenía un aspecto estático, estúpidamente feliz.

Por primera vez se oyó la voz de la mujer:

—Avísame justo antes de correrte, querido. Unos treinta segundos antes. Tengo una maravillosa sorpresa para ti. Algo formidable.

La policía había examinado la voz en el osciloscopio pero se habían introducido distorsiones. Debido a ello la voz sonaba muy hueca y temblorosa.

—Ve más despacio, muñeca —dijo Colben—. Tómatelo con calma, igual que la última vez. Fue el orgasmo más fantástico que haya tenido en mi vida. Ahora vas demasiado aprisa. Y no me metas el dedo por el culo como la otra vez, me duelen las almorranas.

La primera vez que se había proyectado aquella escena, algunos policías habían lanzado una risotada. Esta vez nadie lo hizo. Se produjo un inaudible pero notorio movimiento en los espectadores. El humo de los cigarrillos pareció solidificarse; la leche verde apresada por el rayo de luz se volvió aún más agria. El comisionado inspiró con tanta fuerza que tuvo un fuerte acceso de tos.

El piano interpretaba la Obertura de Guillermo Tell. El sonido metálico de la música resultaba incongruente; era esa misma incongruencia la que le hacía parecer tan horrenda.

La mujer alzó la cabeza y preguntó:

—¿Vas a correrte, *mon petit*?

—Sí —gimió Colben—. ¡Ahora! ¡Ahora!

La mujer miró a la cámara y sonrió. La carne de su cara pareció volatilizarse, descubriendo unos huesos como fosforescentes, de contornos imprecisos. Sólo el cráneo apareció contrastado y brillante. Luego la carne reapareció, recubriendo los huesos.

La mujer sonrió lascivamente a la cámara y bajó de nuevo la cabeza. Esta vez se puso en cuclillas bajo la mesa, con la cámara siguiendo sus movimientos. Cogió algo de un pequeño estante adosado a una pata de la mesa. La luz se intensificó y la cámara se aproximó aún más.

La mujer había cogido una dentadura postiza. Parecía hecha de hierro; los dientes estaban afilados como hojas de afeitar y eran puntiagudos como los de un tigre.

Sonrió, depositó la dentadura sobre el estante, y con las dos manos se sacó la dentadura que llevaba puesta. Inmediatamente pareció envejecer treinta años. Depositó los blancos dientes sobre el estante y después se insertó la dentadura de hierro en la boca. Deslizó la punta del índice entre los nuevos dientes y mordió suavemente. Después apartó el dedo y lo situó de forma que la cámara pudiera enfocarlos. Del mordisco fluía una sangre roja y brillante.

Se puso en pie y se limpió el corte con el abultado glande de Colben, inclinándose después para lamer la sangre. Colben se puso a gemir:

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Me corro! Su boca se cerró en torno al glande y

chupó ruidosamente. Colben empezó a estremecerse y a gemir. La cámara mostró su rostro un momento, después volvió a su posición anterior, encuadrando a la mujer de perfil.

Súbitamente, ella alzó la cabeza con un movimiento brusco. El sexo, agitado por violentas convulsiones, lanzaba borbotones de esperma espesa y blancuzca. Ella abrió la boca de par en par, se precipitó sobre la verga y mordió. Los músculos de su mandíbula se anudaron; los músculos de su cuello se tensaron como cables de acero. Colben aulló.

Ella, moviendo rápidamente la cabeza de atrás adelante, mordió una y otra vez. De su boca chorreaba la sangre, tiñendo de rojo el vello púbico de Colben.

La cámara se alejó y encuadró los cortinones en el lugar donde la mujer había aparecido. Unas trompetas restallaron. Un cañón disparó en la distancia. El piano atacó la Obertura de 1812 de Tchaikovsky.

De nuevo resonaron las trompetas mientras se desvanecía la música del piano. Los cortinones se abrieron bruscamente, impulsados por dos rígidos brazos. Un hombre entró y se quedó inmobilizado, con su brazo derecho alzado de manera que su negra capa dejaba casi ocultas sus facciones. Su cabello, negro y brillante como el charol, estaba peinado con raya al medio. Su frente y su nariz eran blancas como la panza de un tiburón. Sus gruesas y negras cejas se juntaban por encima de su nariz. Los ojos eran negros y muy grandes.

Iba vestido como para asistir a una premiére cinematográfica. Llevaba un frac, una almidonada camisa blanca, corbata negra. Una banda roja cruzaba su pechera en diagonal y lucía en la solapa una medalla o emblema de alguna orden.

Llevaba playeras azul turquesa.

Otro elemento cómico que sólo conseguía subrayar el horror de la situación.

El hombre dejó caer la capa, desvelando una larga y aquilina nariz, un mostacho negro y espeso que se curvaba en torno a las comisuras de sus gruesos labios pintados de rouge, y una prominente barbilla con un hoyuelo.

Lanzó una risa como un cacareo y este elemento deliberadamente vulgar resultó aún más horrible que las playeras. La risa era una parodia de todas las risas malignas emitidas por todos los monstruos y Dráculas de todas las películas de horror.

Alzó de nuevo el brazo, y ocultando de nuevo la cara tras la capa, se precipitó hacia la mesa. Colben seguía aullando. La mujer se apartó de un salto y dejó su sitio al hombre de la capa. El sexo todavía se agitaba, seguía emitiendo sangre y semen; el glande estaba medio arrancado.

La cámara encuadró el rostro de la mujer. Su barbilla y sus pechos estaban cubiertos de sangre.

La cámara hizo un barrido de nuevo hasta el falso Drácula, quien cacareó de nuevo, mostrando dos largos y afilados caninos, obviamente falsos. Después se

inclinó y empezó a devorar salvajemente el sexo de Colben, pero al cabo de unos instantes alzó de nuevo la cabeza. La sangre y la esperma brotaban de su boca, tiñendo de rojo el blanco de su inmaculada camisa. Abrió la boca y escupió el glande sobre el abdomen de Colben y se echó a reír, esparciendo sangre sobre él y sobre sí mismo.

La primera vez, Childe se había desmayado. En esta ocasión se levantó de un brinco y echó a correr hacia la salida, pero vomitó antes de llegar. No fue el único.

## II

El falso Drácula y la mujer se habían quedado mirando a la cámara, riéndose salvajemente. Después vino un fundido en negro y una breve aparición de la palabra «¿Continuará?». Fin de la película.

Herald Childe no vio las últimas imágenes. Estaba demasiado ocupado gimiendo, limpiándose los ojos de lágrimas, sonándose y tosiendo. El sabor y el olor a vómito eran muy intensos. Estuvo a punto de pedir excusas por reflejo, pero se reprimió. No había razón alguna para hacerlo.

El comisionado no había vomitado, pero probablemente tendría mejor aspecto si lo hubiera hecho.

—Salgamos de aquí —dijo.

Esquivó las vomitonas del suelo. Childe le siguió. Los demás salieron.

—Vamos a tener una conferencia, Childe —dijo el comisionado—. Puede usted asistir a ella, colaborar, si así lo desea.

—Me gustaría mantenerme en contacto con la policía, comisionado, pero no tengo nada que aportar. Al menos por el momento.

Le había contado ya a la policía todo lo que sabía acerca de Matthew Colben, que era mucho, y todo lo que sabía acerca de su desaparición, es decir: nada.

El comisionado era un hombre alto y enjuto, medio calvo, con una cara larga y delgada y un melancólico mostacho negro. Siempre estaba tirándose del extremo derecho de su mostacho, jamás del izquierdo. Y sin embargo era zurdo. Childe había observado este hábito, preguntándose sobre su origen. ¿Qué diría el comisionado si se lo comentara?

Era sin duda un gesto maquinal que probablemente podría explicar sin la ayuda de un psicoanalista.

—Se dará usted cuenta, Childe, que estos sucesos han comenzado en un momento extremadamente difícil para nosotros —dijo el comisionado—. Si no fuera por los... ejem, aspectos extraordinarios del caso... no podría dedicarle más que algunos minutos. Ya comprenderá...

—Sí, ya sé —asintió Childe—. El Departamento se ocupará del asunto más adelante. Le estoy muy agradecido por haberse tomado tantas molestias.

—Vamos, no se lo tome así. El sargento Bruin se hará cargo del caso. Esto es, cuando consiga hacer un hueco. Debe usted comprender...

—Comprendo —dijo Childe—. Bruin es un amigo. Me mantendré en contacto con él. Pero procuraré no agobiarle.

—¡Magnífico, magnífico!

El comisionado extendió una mano pellejada y fría, pero sudorosa.

—¡Ya nos veremos! —dijo, y dio media vuelta, dirigiéndose al ascensor.

Childe entró en el lavabo más cercano, donde varios policías de paisano y dos agentes uniformados intentaban quitarse de encima el sabor a vómito. El sargento Bruin estaba también allí, pero no se había mareado. Venía del retrete subiéndose la cremallera. A Bruin le habían puesto el nombre adecuado. Parecía un grizzly, pero era mucho más difícil alterarle.

—Tengo que darme prisa, Childe —dijo, lavándose las manos—. El comisionado quiere acabar pronto con la conferencia, y después tenemos que movilizarnos todos con lo del smog.

—Tú tienes mi número de teléfono y yo el tuyo, Bruin —dijo Childe. Bebió otro vaso de agua, arrugando después el recipiente y arrojándolo a la papelera—. Bueno, al menos podré utilizar el coche. Me han dado un pase.

—¡Vaya leche! Esto es lo que quisieran tener millones de ciudadanos —dijo alegremente Bruin—. Asegúrate de no desperdiciar la gasolina.

—Hasta el momento no he tenido muchas ocasiones de desperdiciar nada. Pero voy a ponerme en marcha.

Bruin le miró de pies a cabeza, con sus grandes ojos negros, tan impenetrables como los de un oso. No parecían humanos.

—¿Vas a dedicarle tiempo a este asunto sin cobrar? —dijo.

—¿Y quién iba a pagarme? —dijo Childe—. Colben está divorciado. Este caso está relacionado con el de Budler, pero la esposa de Budler me despidió ayer. Dice que ya no le importa un carajo.

—Quizás esté muerto, igual que Colben. No me sorprendería nada recibir otro paquete.

—Tampoco a mí.

—Ya nos veremos —dijo Bruin. Posó su pesada manaza sobre el hombro de Childe durante un segundo—. De modo que lo vas a hacer a cambio de nada, ¿eh? Él era tu socio, cierto, pero ibais a separaros, ¿no es verdad? Y aun así, quieres averiguar quién le mató, ¿correcto?

—Voy a intentarlo —dijo Childe.

—Eso me gusta —dijo Bruin—. No queda ya mucho sentido de la lealtad en estos tiempos.

Se alejó pesadamente; uno tras otro, sus colegas le siguieron. Childe se quedó solo. Se miró en el espejo del lavabo. Su pálida faz era bastante parecida a la de Lord Byron como para haberle causado problemas con las mujeres —y con una serie de hombres celosos o encelados— desde que tuvo catorce años. Ahora estaba ya un poco abotargado y una cicatriz recorría su mejilla izquierda. Un recuerdo de Corea: un soldado borracho había puesto objeciones a ser arrestado por Childe y le había

rajado la cara con el extremo roto de una botella de cerveza. Los ojos, gris oscuro, estaban en aquel momento muy enrojecidos. El cuello, bajo la byroniana cara, era grueso y los hombros anchos. La cara de un poeta, pensó, por enésima vez, y el cuerpo de un policía o de un investigador privado. ¿Por qué se metería uno en esta profesión sórdida y degradante, insensibilizadora y corruptora? ¿Por qué no convertirse en un tranquilo profesor de inglés o de psicología en una tranquila ciudad universitaria?

Tan sólo con la ayuda de un psicoanalista podría llegar a saberlo, y evidentemente no tenía el menor deseo de saberlo, dado que jamás había consultado a ninguno. Estaba convencido de que, en algún rincón de su mente, disfrutaba con la sordidez y las lágrimas y el dolor y el odio y la sangre. Algo en él se alimentaba con aquel despreciable forraje. Una parte de él disfrutaba con ello pero ese algo, con absoluta seguridad, no era él, Herald Childe. Al menos no durante aquella proyección.

Abandonó el lavabo y tomó el ascensor. Al salir, se dio cuenta de que había estado sumido en sus reflexiones, que ni siquiera podría asegurar si había bajado en la cabina solo o acompañado. En el trayecto hacia la salida, sacudió la cabeza ensimismado, como intentando despertarse. Resultaba peligroso ir tan ensimismado.

Matthew Colben, su socio, había estado a punto de convertirse en su exsocio. Colben era un engreído bocazas, un ligón, capaz de abandonar una pista para correr detrás de una chica. Cuando seis años atrás Childe y él se habían asociado, no permitía que su verga se interpusiera en sus actividades. Pero Colben tenía ya cincuenta años y quizás estaba intentando desesperadamente olvidar el declive de su cuerpo, el exceso de grasas y el tiempo cada vez mayor que precisaba para recuperarse de las resacas. Childe le comprendía, pero no le excusaba. Colben estaba en su perfecto derecho de hacer lo que le viniera en gana en sus horas libres, pero abusaba de su socio cada vez que abusaba de sí mismo con las mujeres y la bebida. Después del caso de Budler, Childe se había prometido acabar con esta asociación.

Ahora Colben estaba muerto y tal vez Budler estuviera en manos de los mismos asesinos, aunque no tenía ninguna prueba de que así fuera. Pero Budler y Colben habían desaparecido la misma noche, y Colben había estado precisamente siguiendo a Budler.

La película había sido enviada desde una central de correos del sur de Los Angeles, tres días antes. Colben y Budler llevaban sin aparecer dos semanas exactas.

Childe se detuvo en el puesto de tabaco y compró la edición matinal del Times. En cualquier otro momento, el caso Colben hubiera merecido grandes titulares, pero el smog lo había relegado a un rincón de la primera página. Childe, que no tenía ninguna prisa por salir al exterior, se apoyó contra la pared y leyó el artículo. Los reporteros habían expurgado considerablemente los detalles de la película. No habían estado presentes en las dos proyecciones a las que Childe había asistido, pero Bruin le

había comentado que se había hecho una proyección especial para ellos. Bruin se había reído con sus risotadas de oso, al contarle cómo la mitad de los periodistas habían vomitado.

—¡Algunos de ellos han sido corresponsales de guerra y han visto hombres con las entrañas al aire, reventados por una explosión! —había dicho Bruin—. Tú estuviste metido en lo de Corea y además eras oficial, ¿correcto? ¡Y aun así te mareaste! ¿Cómo es eso?

—¿No sentiste que tu pito se te metía para dentro? —le respondió Childe.

—¡Quiá!

—A lo mejor es que no tienes —dijo Childe.

A Bruin aquello le había también parecido muy divertido.

La historia completa ocupaba dos columnas y resumía lo que Childe sabía, exceptuando los detalles más escabrosos de la película. El automóvil de Colben había aparecido en un aparcamiento, en el Wilshire Boulevard de Beverly Hills. Colben había estado siguiendo la pista de Benjamín Budler, un acaudalado abogado de Beverly Hills. Su esposa sospechaba que Budler la engañaba (su amante oficial compartía dicha opinión), y había contratado a Childe y Colben, Investigadores privados, para que obtuvieran pruebas suficientes para conseguir una sentencia favorable de divorcio.

Colben había grabado en el magnetofón de su automóvil todos los movimientos de Budler. Este había recogido a una hermosa mujer de pelo castaño (detalladamente descrita, pero sin identificar) en la esquina de Olympic y Veteran. El semáforo se había puesto en verde, pero Budler, sin inmutarse por los cláxons iracundos de una larga hilera de automóviles, bajó del coche y abrió la puerta para que entrara la misteriosa mujer. Esta iba vestida con elegancia. Colben suponía que su automóvil debía estar aparcado en algún lugar cercano. No tenía aspecto de vivir en aquel sórdido vecindario.

El Rolls-Royce de Budler había girado a la derecha por Veteran Boulevard, dirigiéndose a Santa Mónica, donde había girado a la izquierda, recorriendo Santa Mónica Boulevard, hasta detenerse a una manzana de un lujoso restaurante reputado por su discreción. La mujer descendió del coche y Budler fue a aparcar en una calle transversal. Volvió caminando al restaurante donde (presumiblemente) comieron y bebieron durante tres horas. Aunque habían entrado por separado, salieron juntos. Budler tenía la cara colorada, hablaba en voz muy alta y reía continuamente. La mujer también reía, pero su paso era firme. El equilibrio de Budler resultaba un tanto precario; tropezó al intentar cruzar la calle y estuvo a punto de dar con sus huesos en el suelo.

Habían cogido el Rolls-Royce (con Budler conduciendo a velocidad excesiva y haciendo toda clase de quiebros en medio del tráfico) por Santa Mónica Boulevard

arriba y habían girado a la izquierda en Bedford Drive para dirigirse hacia el norte.

A partir de ese punto, la cinta había sido borrada.

Colben había afirmado haber fotografiado a la mujer, con el teleobjetivo, cuando Budler la recogió. La cámara estaba en el coche, pero la película había desaparecido.

El coche había sido limpiado concienzudamente; no había una sola huella dactilar. Algunas partículas de polvo, presumiblemente procedentes de los zapatos de quienquiera que hubiese llevado el automóvil al aparcamiento, habían quedado en la alfombrilla, pero su análisis tan sólo había mostrado que el polvo en cuestión podía proceder de cualquier lugar de la zona. Había también unas cuantas fibras, procedentes del trapo utilizado para limpiar los asientos.

El Rolls-Royce de Budler también había desaparecido.

Colben llevaba dos días desaparecido cuando los policías descubrieron que pasaba algo anormal con Budler. Su esposa estaba al corriente de su desaparición, pero no se molestó en dar parte de ella. ¿Para qué iba a hacerlo? A menudo dejaba de ir por casa durante varios días.

Cuando fue informada de que su marido podría haber sido raptado o asesinado y que su desaparición estaba relacionada con la de Colben (o al menos era probable que lo estuviera), le había dicho a Childe que prescindía de sus servicios.

—¡Espero que encuentren a ese hijo de perra muerto! ¡Y que sea pronto! —le había gritado por teléfono—. ¡No quiero que su dinero se quede bloqueado por toda la eternidad! ¡Lo necesito ahora! ¡Resultaría muy propio de él que no le encontraran jamás y que yo me quedara metida en pleitos y toda esa mierda! ¡Muy de su estilo! ¡Le odio! —y así sucesivamente.

—Le enviaré mi factura —respondió Childe—. Ha sido agradable trabajar para usted —y colgó el teléfono.

Le enviaría la factura, pero cobrarla resultaba algo más dudoso. Incluso en el supuesto de que la señora Budler le enviara un cheque a vuelta de correo, probablemente no podría hacerlo efectivo en algún tiempo. Los periódicos informaban que las autoridades estaban discutiendo la posibilidad de cerrar todos los bancos hasta que finalizara la crisis. Mucha gente protestaba enérgicamente contra esta medida, aunque realmente no supondría gran diferencia que los bancos permanecieran abiertos. ¿Qué utilidad tendría que así fuera si la mayoría de los clientes no podían ir a sus bancos a menos que estuvieran lo suficientemente cerca como para ir a pie o desearan hacer una cola durante horas para tomar alguno de los infrecuentes autobuses?

Alzó la vista del periódico. Dos hombres uniformados, pertrechados de máscaras antigás, arrastraban a un hombre alto de tez oscura. Mantenía alzadas sus manos esposadas como para mostrar al mundo su calvario. Uno de los policías llevaba una tercera máscara antigás, por lo que Childe supuso que el hombre arrestado

probablemente la llevara puesta mientras asaltaba un almacén o robaba en una compañía de préstamos o hacía cualquier otra cosa que requiriera ocultar su cara.

Childe se preguntó por qué los policías le hacían entrar por aquel acceso. Tal vez le hubieran atrapado justo al lado y estaban simplemente siguiendo el camino más corto, ahorrándose dar la vuelta al edificio.

La situación resultaba ventajosa para los criminales en un aspecto. No era infrecuente ver a hombres con la cara tapada con máscaras antigás o telas empapadas de agua. Pero, por otra parte, cualquier transeúnte tenía grandes probabilidades de ser detenido e interrogado. Una cosa iba por otra.

Los policías y el arrestado estaban tosiendo. El vendedor de periódicos también se puso a toser. Childe sintió un cosquilleo en la garganta. No notaba el smog, pero la idea de aspirarlo evocaba el fantasma de la tos.

Comprobó que llevaba sus papeles y su pase. No quería que le pillaran sin él, como le había ocurrido el día anterior. Había perdido casi una hora porque, aun después de que los policías hubieran realizado las llamadas pertinentes y verificado sus motivos para estar en la calle, le habían obligado a volver a su casa a recoger sus documentos, y lo había detenido de nuevo un segundo control, antes de llegar a ella.

Se puso el periódico bajo el brazo, anduvo hasta la puerta, miró a través del cristal y se estremeció. Deseó tener un equipo de hombre-rana con botellas de oxígeno. Abrió la puerta y se lanzó entre la niebla.

### III

**E**ra como caminar por el fondo de un mar de bilis muy diluida.

No había ninguna nube entre el sol y el mar. El sol brillaba intensamente, como si estuviera intentando abrirse a fuego un camino a través del mar. El sol de agosto llameaba fieramente y cuanto más llameaba, cuanto más lanzaba sus machetazos amarillos, tanto más densa y venenosa se tornaba la jungla gris-verdosa.

(Childe era consciente de que sus metáforas eran caóticas. ¿Y qué? ¿Acaso el cosmos no era una caótica metáfora surgida de la confusión mental de un Dios? La mente izquierda de Dios no tenía idea de lo que estaba haciendo su mano derecha. O no le importaba. ¿Era Dios un esquizofrénico? Herald Childe, criatura de Dios, creado a imagen de Dios, era desde luego un esquizofrénico. ¿O acaso Childe era una imagen inversa de Dios?).

Sus ojos ardían como herejes en la hoguera. El fuego corría por sus fosas nasales; un fluido como espermático se apelotonaba en sus narices, de las que caía gota a gota, esperando que una explosión de aire, voluntaria o involuntariamente inducida, descargara el fluido en una eyaculación muy poco orgástica.

Ni un soplo de brisa. El aire había permanecido inerte durante un día y medio; se diría que la atmósfera hubiera fallecido y estuviera en plena putrefacción.

El gas gris-verdoso parecía estar suspendido, como en cortinas. El libro del juicio estaba siendo leído y las páginas, los pliegos gris verdoso estaban siendo pasados mientras el ojo leía y cada vez más páginas se iban apilando hacia el comienzo del libro. ¿Cuánto quedaba por leer antes del fin?

Childe apenas alcanzaba a ver más allá de treinta metros. Había recorrido tantas veces aquel camino desde la puerta de la comisaría hasta el aparcamiento, que no podía perderse. Pero había gente que no sabía donde se encontraba. Una mujer pasó velozmente gritando junto a él y se perdió en la nube verdosa. Childe se detuvo. Su corazón palpitaba fuertemente. Escuchó un claxon a lo lejos. En algún lugar aullaba una sirena. Se volvió lentamente, intentando ver a la mujer, a su perseguidor si es que lo había, pero no vio nada. Ella huía, pero nadie la perseguía.

Childe aceleró el paso. Sudaba a mares. Sus ojos le escocían y lagrimeaban, y tenía la impresión de que por su garganta se deslizaban pequeñas llamas en dirección a sus pulmones. Deseaba llegar hasta su automóvil, donde guardaba la máscara antigás. Se obligó a sí mismo a ir más despacio. Había pánico en la atmósfera, el mismo pánico que invadía a un hombre al sentir unas manos apretando en torno a su cuello.

La forma inmóvil de un coche emergió de la niebla. No era el suyo. Pasó junto a

él y a diez plazas de aparcamiento encontró su Oldsmobile modelo 1970. Se encasquetó la máscara, puso en marcha el motor, arrugando el ceño al pensar en los venenos que se desprendían del escape, encendió las luces y salió del aparcamiento. La calle mostraba más luces móviles de las esperadas. Encendió la radio y averiguó el porqué. Aquellos que tenían algún lugar adónde ir fuera del área afectada por el smog, estaban dispuestos a hacerlo con o sin permiso de las autoridades, de forma que éstas habían decidido dar su autorización. Y muchos que no tenían adónde ir, habían decidido también irse. El éxodo había comenzado. Las calles todavía no estaban bloqueadas, pero pronto lo estarían.

Childe se puso a maldecir. Contrariamente a sus previsiones, el tráfico iba a ser infernal.

La voz del gobernador surgió del altavoz, solicitando calma. Todo el mundo debía continuar en sus hogares, si podían hacerlo. No obstante, aquellos que tuvieran que salir por razones de salud (es decir, toda la población, pensó Childe) deberían conducir con cuidado y comprender que no existían suficientes lugares para ofrecerles acomodo en todo el estado de California. Nevada y Arizona habían sido advertidas de la invasión, y Utah y Nuevo México se estaban preparando para ella. La Guardia Nacional estaba llegando a la zona, pero se limitaría a cuidar del tráfico y auxiliar en los hospitales. No se había declarado la ley marcial. No era necesario. Se habían incrementado los crímenes pasionales, los robos y los atracos de bancos, pero no se habían señalado tumultos.

No es de extrañar, pensó Childe. El smog era demasiado irritante; de hecho, corroía la piel de los nervios, pero la gente prefería no salir a la calle, y por tanto no se producían reuniones numerosas. Para cada persona, los demás parecían fantasmas que se dirigían hacia uno emergiendo de la noche gris verdosa o extraños peces que aparecían súbitamente de entre las sombras. Los peces extraños podían ser tiburones.

Adelantó a un automóvil ocupado por tres monstruos con anteojos y trompas. Sus cabezas se volvieron, los ojos ciclópeos observaban ciegamente, las narices parecían olfatear. Se alejó rápidamente hasta ver desvanecerse sus luces, después redujo la velocidad. Algo después, apareció repentinamente un automóvil detrás suyo, y relampagueó una luz roja. Miró por el retrovisor antes de detenerse. Había falsos coches patrulla deteniendo a los automovilistas y robándoles, apaleándoles e incluso matándoles, recorriendo las calles en pleno día, en las mismas narices de los transeúntes. Decidió detenerse, dirigió el coche con suavidad hacia el casi invisible arcén, y se paró. Mantuvo el motor en marcha y observó el automóvil y el policía que salía de él por la izquierda. Si no le gustaba su aspecto, podía aún salir por el lado derecho de su automóvil y perderse en la oscuridad. Pero la cara del policía le pareció familiar, de forma que permaneció sentado al volante. Se abrió la chaqueta e introdujo la mano en el bolsillo interior, muy lentamente, para que el policía no

tuviera la falsa impresión de que intentaba sacar un arma. Tenía licencia para llevarla, pero la había dejado en casa.

Los policías habían efectuado ya demasiados controles como para molestarse en hacerle salir del automóvil y empezar a registrarle. Además, había muchos conductores con pase, y en breve habría tantos automóviles en las calles que lo mejor era olvidarse de todo excepto en los casos más flagrantes.

Childe no tuvo dificultades en establecer su identidad. Los dos policías le conocían de oídas y también habían leído los periódicos. Uno de ellos, que dijo llamarse Chominshi, quería comentar el caso Colben, pero el otro no hacía más que toser y Childe rompió también a toser, de modo que le dejaron marchar. Continuó subiendo por la Tercera Calle hacia Los Angeles Oeste. Su apartamento y su oficina estaban a pocas manzanas de Beverly Hills. Tenía intención de ir directamente a su casa y reflexionar un rato. Si es que podía hacerlo. Estaba como atontado. Sus reflejos parecían ralentizados como los de un yonqui o de un boxeador sonado. Se sentía con una vaga sensación de distanciamiento, como separado de la realidad; sin duda era una forma de atenuar los efectos de la película. Y el smog no le ayudaba precisamente a anclarse a las cosas, sino que le producía una sensación de pérdida de identidad.

No se sentía inundado de deseos vengativos hacia los asesinos de Colben. Nunca le había gustado; sabía que Colben había sido responsable de algunos actos criminales de los que logró escabullirse sin ni siquiera (Childe estaba seguro) el castigo de sus remordimientos. Se había tirado a una quinceañera y después la había echado a patadas. Y la muchacha, después de tomarse una sobredosis de barbitúricos, había muerto. Y no fue el único caso, aunque ningún otro terminó tan trágicamente. Pero algunas de las chicas se hubieran sentido mejor muertas. Por ejemplo, la esposa de uno de sus clientes, que después de una tremenda paliza, se había quedado idiotizada para siempre. Aunque Childe no tenía pruebas, sospechó que Colben había sido el autor de la paliza, pagado por el cliente. Especialmente después de descubrir que Colben se acostaba con la mujer en cuestión. Como no tenía la menor prueba, si hubiese acusado a su socio nadie le hubiera tomado en serio.

De todos modos, la actual negligencia de Colben en el trabajo era pretexto suficiente para separarse de él. Childe no tenía el dinero necesario para comprarle a Colben su parte en el negocio; su intención había sido hacerle la vida imposible, para incitarle a disolver la sociedad.

No obstante, ningún hombre merecía una muerte como la de Colben. ¿O tal vez sí? Finalmente, el horror estaba más en la mente de los observadores que en la de Colben. El sufrimiento debió ser atroz, pero de corta duración; su muerte debió ser casi instantánea.

Pero aquello no cambiaba nada. Childe decidió averiguar todo lo que pudiera,

aunque sospechaba que iba a ser muy poco. Y, en breve, la necesidad de pagar las facturas le apartaría del caso; sólo podría trabajar en él durante sus ratos de ocio. Dicho de otro modo, su investigación estaba condenada, de antemano, al fracaso.

Pero no tenía nada mejor que hacer por el momento y desde luego no pensaba quedarse sentado en su apartamento respirando gases tóxicos. Tenía necesidad de ocuparse en algo. Ni siquiera podía leer cómodamente por culpa del escozor y las lágrimas. Era como un tiburón que tiene que mantenerse en movimiento para que el agua circule por sus branquias; en cuanto se paraban, empezaban a sofocarse.

Pero un tiburón puede respirar y mantenerse quieto si el agua que le rodea está en movimiento. Sybil podría ser su flujo. Sybil era un nombre que evocaba el sonido de arroyos cantarines y la imagen del sol en tranquilas praderas verdes y la sabiduría como leche manando de dos pechos henchidos. No de leche verde, desde luego, sino la leche blanca y cremosa de la ternura y el sentido común.

Childe sonrió. El Gran Romántico. No sólo se parecía a Lord Byron; pensaba como él. La reencarnación en persona. George Gordon, Lord Byron, renacido como detective privado y sin su pie contrahecho. Childe no tenía ninguna enfermedad, salvo quizás en la mente. Y esto no se ve. Por lo menos, al principio. Pero la cojera se acaba haciendo evidente para aquellos que tienen que caminar con ella día tras día.

¡Los Detectives Privados de las novelas! Eran hombres simples y directos con sus ideas cuadradas —todo en blanco y negro— «mía es la venganza», dijo Lord Hammer, —verdaderos héroes con quienes no podían identificarse totalmente la mayoría de los lectores.

Esto resultaba paradójico, ya que los antihéroes de las novelas existenciales supuestamente representaban la mentalidad moderna, y desde luego eran personas indecisas. El antihéroe obtenía mucha más publicidad, mucho más trompeteo crítico que el simple, estable y decidido detective privado, el héroe de las masas.

Childe se ordenó a sí mismo cortar, como si sus pensamientos fueran la secuencia de una película. Estaba exagerando y además simplificando. De puertas adentro, tal vez fuera un antihéroe existencial, pero exteriormente era un hombre de acción, como la Sombra, Doc Savage o Sam Spade. Sonrió de nuevo. A decir verdad, él era sólo Harald Sigur Childe; tenía los ojos enrojecidos, llorosos, la nariz goteante, le sacudían las náuseas y deseaba correr a casa en busca de La Madre. O de aquella imagen de su madre llamada Sybil.

Desgraciadamente la Madre se irritaba si no la telefoneaba antes de ir a su casa. La Madre deseaba intimidad e independencia, y si no era respetada se expresaba de manera desagradable y le enviaba al exilio por tiempo indeterminado.

Aparcó el automóvil frente al inmueble de su apartamento. Corrió escaleras arriba, oyendo a alguien con un fuerte ataque de tos tras una puerta. Sacó la llave y abrió la puerta. El apartamento consistía en un cuarto de estar, una cocina diminuta y

un dormitorio. Normalmente tenía mucha luz. Las paredes y los techos eran blancos y los marcos de color crema. Los muebles eran livianos, de madera clara. Pero aquel día, parecía una cripta; las raras zonas que escapaban a la oscuridad estaban bañadas por una pálida luz verdosa.

Sybil contestó al teléfono antes del segundo timbrado.

—¿Estabas esperando mi llamada? —dijo Childe, alegremente.

—Estaba esperando una llamada —corrigió ella. Sin embargo, su voz era cariñosa.

Él no dio la respuesta obvia.

—Me gustaría pasar por tu casa —dijo finalmente.

—¿Por qué? ¿Es que andas escaso de dinero?

—Ando escaso de tu compañía.

—No tienes nada que hacer. Tienes que encontrar alguna forma de pasar el tiempo.

—Tengo un caso en el que estoy trabajando —dijo. Dudó un instante y después, sabiendo que estaba poniendo el cebo en el anzuelo y avergonzándose por ello, dijo —: Es acerca de Colben. ¿Has leído los periódicos?

—Pensé que sería eso en lo que estarías trabajando. ¿No te parece algo horrible?

No le preguntó por qué no estaba en la oficina. Sybil era la secretaria del ejecutivo de una agencia publicitaria. Era lógico que ni ella ni su jefe tuvieran el pase para conducir.

—Voy para allá —dijo. Hizo una pausa y después añadió—: ¿Podré quedarme un rato o tendré que marcharme pronto? ¡No te enfades! Tan sólo quiero saberlo de antemano, así estaré más relajado.

—Puedes quedarte unas horas, si tienes ganas. No pensaba salir y no tiene que venir nadie; que yo sepa al menos.

Apartó el teléfono de su oído, pero Sybil hablaba muy alto y él seguía oyéndola. Volvió a acercar el auricular.

—¿Herald? ¡De verdad que me apetece que vengas!

—¡Magnífico! —respondió; y después—: ¡Demonios! ¡No hago más que pensar en mí mismo! ¿Necesitas que te lleve algo?

—Vamos, ya sabes que hay un supermercado a sólo tres manzanas de aquí. Fui a pie.

—De acuerdo. Pensé que quizás aún no habías salido o que podías haberte olvidado de algo y podría traértelo.

Se quedaron en silencio durante unos segundos. Él recordaba sus frecuentes irritaciones, cuando vivían juntos, cuando ella había olvidado algo y él tenía que salir corriendo a buscarlo antes de que cerrasen el supermercado. Sybil seguramente debía estar pensando en sus bruscos cambios de humor; era en la primera cosa en que

pensaba cuando volvían a estar juntos.

—En un momento estoy allí —dijo Childe—. Hasta ahora.

Colgó y salió del apartamento. El hombre seguía tosiendo tras la puerta. Un estéreo estalló súbitamente con la música de Así hablaba Zaratustra de Strauss, en el piso de abajo. Alguien protestó débilmente; la música continuó sonando a gran volumen. Las protestas se fueron haciendo más fuertes y alguien empezó a aporrear una pared. El volumen de la música no disminuyó.

Herald pensó primero en recorrer a pie las cuatro manzanas que le separaban de la casa de Sybil, pero después decidió no hacerlo. Tal vez no tuviera que marcharse de repente, aunque no parecía demasiado probable. Su contestador automático no funcionaba. Carecía de prioridad. Había decidido no dar el número de Sybil al operador de la policía o al sargento Bruin. Ella hubiera sido capaz de tener un ataque de furia; detestaba que les molestaran con llamadas mientras estaban juntos, sobre todo si eran llamadas profesionales. En la época de su matrimonio, aquello había sido una de las cosas que más la habían irritado. En teoría, ahora ella no debería sentir por ello ni frío ni calor. En la práctica, que opera más a nivel de emociones que de lógica, se enfurecía tanto como siempre. Childe sabía bien hasta qué punto. La última vez, la centralita les interrumpió en un momento crucial y ella le echó de malos modos. Desde entonces, él la había llamado en varias ocasiones, pero ella le dio largas. La última vez había sido dos semanas antes.

Ella había acertado en una cosa: andaba escaso de dinero. Pero no esperaba que su situación mejorara después de verla. Tenía ganas de hablar, tan sólo de hablar con ella para desahogarse y alejar el sentimiento de soledad que le había atacado tan violentamente después de ver la película de Colben.

Resultaba extraño; si no extraño, indicativo. Había vivido veinte de sus treinta y cinco años en el condado de Los Angeles. Aun así, sólo conocía a una mujer con la cual podía realmente descargar sus sentimientos y sentirse relajado y seguro, sin temor de no ser comprendido. No. Falso. No había ni siquiera una mujer, porque Sybil no acababa de comprenderle del todo. O mejor, aunque le comprendiera, no compartía del todo sus sentimientos. Si no, no sería ahora su exmujer.

Pero Sybil había dicho lo mismo acerca de los hombres en general y de él en particular. Era la situación humana... significara lo que significara la frasecita en cuestión.

Aparcó su automóvil frente al apartamento de Sybil. Ahora no había problema para encontrar lugar. Penetró en el pequeño portal y llamó a su timbre. Ella oprimió el portero automático; Childe subió las escaleras atravesando la puerta interior y siguió por un pasillo hasta el final. La puerta de Sybil estaba a la derecha. Llamó con los nudillos; la puerta se abrió. Iba vestida con una túnica hasta los pies, estampada con rombos rojos y negros de mediano tamaño. Los rombos negros contenían ankhs

blancos, la cruz rematada en un óvalo de los antiguos egipcios. Iba con los pies descalzos.

Sybil tenía treinta y cuatro años y medía un metro sesenta y cinco. Tenía el pelo largo y negro, depiladas cejas negras, grandes ojos verdosos, la nariz delgada y recta, quizás un poco demasiado larga, los labios carnosos y la tez pálida. Era bonita y el cuerpo oculto bajo el quimono estaba bien construido, aunque tal vez excesivamente ancho de caderas para algunos gustos.

Su apartamento era luminoso, como el de Childe, con mucho blanco en las paredes y techos, los marcos en color crema y mobiliario ligero y aéreo. Pero una reproducción alta y sombría de un Greco pendía incongruentemente de la pared; se cernía sobre todo lo que se dijera y se hiciera en aquella habitación. Childe siempre había sentido como si el alargado hombre en la cruz estuviera juzgándole a él y a toda la ciudad.

El cuadro no resultaba tan visible como de costumbre. En el apartamento había casi siempre una diáfana neblina azulada de tabaco —lo que explicaba por qué las paredes y el techo no eran tan blancos como los del apartamento de Childe— y aquel día el azul se había vuelto gris-verdoso. Sybil tosió al encender otro cigarrillo, después sufrió un ataque de tos y su cara se puso violácea. Él no se inmutó; estaba acostumbrado. Ella sufría de un enfisema crónico; el médico le había recomendado suprimir el tabaco hacía ya dos años. Desde luego, el smog agravaba su estado, pero Childe no podía hacer nada. Antes, esto hubiera sido un motivo más de pelea.

Finalmente Sybil fue hacia la cocina en busca de agua y volvió varios minutos después. Su expresión era desafiante, pero él mantuvo su gesto inexpresivo. Esperó hasta que ella se hubo sentado en el sofá, enfrente de su sillón, al otro lado de la habitación. Ella aplastó el cigarrillo recién encendido en un cenicero:

—¡Oh, Dios! ¡No puedo respirar! —exclamó. Con lo que quería decir que no podía fumar.

—Háblame acerca de Colben —dijo ella, e inmediatamente—: Pero antes, ¿quieres que te sirva...?

Se interrumpió. Siempre olvidaba que él había dejado de beber hacía cuatro años.

—Necesito relajarme —dijo él—, no me queda nada de hierba ni tampoco hay posibilidad de obtenerla. ¿Tú...?

—Espera un momento —dijo ella rápidamente. Se levantó y entró en la cocina. Un panel crujió al deslizarse. Pasó un minuto. Volvió con dos cigarrillos de papel retorcido por ambos extremos. Le dio uno. Él dijo «gracias» y lo olfateó. Su olor de siempre le sugería imágenes de pirámides de techos planos, de sacerdotes aztecas con afilados cuchillos de obsidiana, hombres y mujeres desnudos, de tez oscura, trabajando en campos de arcilla roja bajo un sol más feroz que la mirada de un águila, de felucas árabes atravesando el Océano Indico. Se preguntaba dónde iba a pescar su

inconsciente aquellas visiones.

Encendió el canuto y aspiró el humo acre manteniéndolo en sus pulmones todo el tiempo que pudo, al tiempo que intentaba vaciar su mente y su cuerpo del horror de aquella mañana y de la irritación que había sentido después de llamar a Sybil. No tenía sentido el fumar si conservaba sentimientos negativos. Debía verterlos al exterior, y podía hacerlo... a veces. La técnica de meditación que le había enseñado —o intentó enseñarle— un amigo, resultó eficaz en ocasiones, pero él era un detective y la persecución de seres humanos, la búsqueda, la inmersión en el odio y la miseria obstaculizaban la capacidad de meditar. No obstante, tenazmente, había perseverado, y en ocasiones conseguía vaciarse. O así lo creía. Su amigo le había dicho que no meditaba realmente; estaba utilizando un truco, una técnica carente de esencia.

Sybil, sabedora de lo que estaba haciendo, no dijo nada. Un reloj desgranaba las horas. A lo lejos sonaba la sirena de un barco; aullaba la de un automóvil. Aquellos días las sirenas no paraban de aullar. Después exhaló y volvió a inhalar, conteniendo la respiración, y finalmente consiguió la cristalización. Se produjo un claro desplazamiento de líneas invisibles, como si las corrientes de fuerza que atraviesan cada centímetro del universo se hubieran dispuesto en otra configuración distinta, más recta.

Childe miró a Sybil. En este momento la amaba intensamente, como la había amado al principio de su matrimonio. Los nudos se deshicieron de un tirón. Estaban en el centro de una hermosísima telaraña que vibraba con amor y armonía a través de ellos a cada movimiento. Qué importaba la inevitable araña.

## IV

No se había atrevido a detenerla cuando empezó a cubrirle el vientre de besos, aunque sabía lo que se avecinaba. Siguió conteniéndose cuando le cogió el sexo y se lo metió en la boca. Sintió como su lengua lo acariciaba, se estremeció, apartó su cabeza, suave pero firmemente y exclamó:

—¡No!

—¿Por qué? —dijo ella alzando la cabeza para mirarle.

—No llegué a contarte los detalles específicos de la película —respondió.

—¡Se te está poniendo blanda!

Se incorporó en la cama y se quedó mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Acaso has pillado alguna enfermedad?

—¡Por el amor de Dios! —respondió, incorporándose a su vez—. ¿Acaso piensas que me iba a acostar contigo si supiera que tenía sífilis o gonorrea? ¿Qué clase de pregunta... qué clase de persona te has creído que soy?

—Lo siento —dijo ella—. ¡Por Dios! ¿Qué es lo que va mal? ¿Qué es lo que he hecho?

—Nada en absoluto. No me has hecho nada. Pero tuve la sensación de que se me congelaba la polla cuando tú... Déjame que te explique por qué no he podido soportar que me hicieras una mamada.

—¡Me gustaría que no utilizaras semejante vocabulario!

—¡De acuerdo, entonces que me hicieras «aquello». Déjame que te lo explique.

Ella le escuchó con los ojos muy abiertos. Estaba apoyada sobre un brazo, a su lado. Childe podía ver su inflamado pezón que no parecía disminuir de tamaño lo más mínimo mientras escuchaba. De hecho, parecía haberse inflamado aún más. No cabía la menor duda de que sus ojos brillaban y de que, a pesar de sus expresiones de horror, sonrió más de una vez.

—¡Empiezo a pensar que te gustaría hacerme eso a mí! —dijo él.

—Siempre tienes que contar estupideces como esa —respondió—. Incluso ahora. ¿Tan poco te gusto, que ni siquiera te hago trempar?

—Querrás decir que no me haces tener una erección, ¿no? —dijo él—. Si no puedes comprender por qué mi pene parecía querer esconderse dentro de mi vientre en busca de protección, es que eres incapaz de entender nada de los hombres.

—No te morderé —dijo Sybil, y aferrando su verga se abalanzó sobre ella, la boca abierta de par en par, con una sonrisa maligna que descubría todos sus dientes.

Childe se apartó bruscamente:

—¡No hagas eso! —exclamó.

—Olvídalo, tan sólo te estaba tomando el pelo —dijo ella, y gateó colocándose sobre él y comenzó a besarle. Introdujo su lengua a lo largo de su boca hasta tan adentro que creyó ahogarse.

—¡Por el amor de Dios! —dijo, apartando la cabeza—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¡No puedo respirar! Ella se incorporó y le habló en tono cortante:

—¡No puedes respirar! ¿Cómo crees que respiro yo cuando me metes ese chisme enorme por la garganta? ¿Qué demonios te ocurre?

—No lo sé —dijo él. Se incorporó—. Vamos a dar unas caladas más. Tal vez se enderecen las cosas.

—¿Es que ahora necesitas eso para poder hacer el amor conmigo?

Intentó tomar su mano, pero ella la apartó bruscamente.

—Tú no lo viste —dijo él—. ¡Aquellos dientes de acero! ¡La sangre! ¡La mujer escupiendo trozos de carne ensangrentada! ¡Santo Dios!

—Siento lástima por Colben —dijo ella—, pero no acabo de entender qué tiene que ver con nosotros. A ti jamás te gustó; ibas a librarte de él. Y a mí me daba escalofríos aquel tipo. Y además... bueno, qué más da...

Ella se deslizó fuera de la cama, fue hasta el armario, y se enfundó el quimono. Encendió un cigarrillo e inmediatamente empezó a toser. Sonaba como si sus pulmones estuvieran llenos de moco. Childe se sentía irritado; abrió la boca para decir algo. No sabía qué concretamente, pero algo que resultara hiriente. Pero el recuerdo de sabor de su coño le hizo contenerse. Sybil tenía un coño precioso. El vello era espeso y de un negro azulado y era casi tan suave como la piel de foca. Se lubricaba abundantemente, tal vez en exceso. Pero sus secreciones eran dulces y limpias. Y era capaz de oprimir su verga como si dentro tuviera una mano. Pero ahora, de pronto, recordó la cosa que abultaba detrás de la tela que cubría el coño de la mujer de la película, y la sangre que había empezado a afluir hacia su verga volvió a retirarse de nuevo. Sybil, que había visto la incipiente erección, dijo:

—¿Y ahora qué es lo que ocurre?

—Sybil, a ti no te ocurre nada. Me ocurre a mí. Estoy demasiado alterado.

Ella aspiró un poco más de humo y consiguió contener la tos.

—Desde luego, nunca dejaste de traerte el trabajo a casa. No me extraña que nuestra vida se convirtiera en un infierno.

Childe sabía que aquello no era cierto. Se habían irritado el uno al otro hasta la exasperación por otros motivos, cuyas causas, en su mayor parte, no alcanzaban a comprender. En cualquier caso, discutir no servía para nada. Ya lo habían hecho bastante.

Se incorporó, sacando las piernas de la cama. Se puso en pie y caminó hasta la silla sobre la que había amontonado la ropa.

—¿Qué haces?

—¿Es que se te ha metido el smog en el cerebro? —dijo él—. Parece obvio que pienso vestirme y resulta razonablemente predecible que voy a largarme de aquí.

Reprimió el impulso de decir «¡para siempre!». Sonaba excesivamente pueril. Aunque podría ser cierto.

Sybil no dijo nada. Se balanceó hacia atrás y hacia adelante con los ojos cerrados durante un minuto. Después, abriéndolos, se dio la vuelta y salió del dormitorio. Un minuto después él la siguió. Sentada en el diván, le miraba iracunda.

—No había tenido un dolor de huevos como el que tengo ahora desde los quince años, cuando volvía a casa después de mi primer magreo en un guateque —dijo él. No sabía por qué lo había dicho; desde luego no esperaba que ella sintiera compasión e hiciera algo por aliviarle. ¿O tal vez sí?

—¿Magreo? ¿Guateque? ¡Menudo lenguaje, carcamal!

Parecía furiosa. Desgraciadamente, la furia no hacía nada por realzar su belleza.

Y, no obstante, le sabía mal marcharse; tenía la vaga sensación de que era culpable de algo.

Dio un paso hacia ella y se detuvo, a punto de besarla, pero era la fuerza de la costumbre lo que le había impulsado.

—Adiós —dijo—, lo siento de veras, en cierto modo.

—¡En cierto modo! —chilló ella—. ¡Vaya una actitud típicamente tuya! ¡No eres capaz de lamentar las cosas del todo o sentirte justamente indignado o totalmente en lo cierto o totalmente equivocado! Tienes que lamentarlo a medias. ¡Tú... tú... especie de medio hombre!

—Y es así como dejamos atrás la exótica Sybilandia —dijo él, abriendo la puerta—. Lentamente se sumerge en el smog del fantástico sur de California mientras nosotros exclamamos ¡*aloha, aloha*, hasta siempre, *adieu*, y tócame el culo!

Sybil saltó del sofá dando un grito, como impulsada con un resorte, y se abalanzó sobre él con las manos convertidas en garras, dispuesta a sacarle los ojos. Childe la cogió por las muñecas y le dio un empujón y ella tropezó contra el sofá. Consiguió recuperar el equilibrio y gritó:

—¡Tío mierda! ¡Te odio! ¡Podía haber elegido a Al y te elegí a ti! ¡Te deseaba a ti y no a él! ¡Él hubiera sido un mal menor, y encima un mal menos malo! ¡Tú crees que te sientes solo, pero no tienes ni idea de lo que es eso! ¡He rechazado a montones de hombres porque no hacía más que esperar noche tras noche a que me llamas! ¡Quería devorarte; tardarías días en salir de aquí! Te iba a hacer el amor, ¡oh, todo lo que tenía pensado! ¡Y ahora me sales con esto, apestoso hijo de perra! ¡Muy bien, pues ahora pienso llamar a Al y él va a recibir todo lo que pensaba haberte dado a ti y más! ¡Más! ¡Más! ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Childe comprendió que aún era capaz de sentir celos. Sintió el impulso de darle un puñetazo y después quedarse esperando a Al y echarle a patadas escaleras abajo.

Pero no serviría de nada el intentar reconciliarse con ella. No en aquel momento. De hecho, ya nunca, pero no estaba realmente preparado para aceptarlo. En el fondo de sí mismo, estaba seguro de lo contrario.

El intentar comprender lo que estropeaba sus relaciones era como intentar asir un puñado de smog.

Cruzó el umbral en dos zancadas y, sabiendo que ella esperaba que cerrara de un portazo, se abstuvo de hacerlo.

Tal vez fuera esto lo que la enfureció aún más. Salió detrás suyo, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Le chuparé la polla! ¡Le chuparé la polla, entérate! Él se volvió y le gritó:

—¡No te olvides que eres una dama! —Se dio media vuelta y echó a correr. Fuera, entre la espesa niebla gris-verdosa, se echó a reír hasta que le acometió una áspera tos, y luego se echó a llorar. En parte, las lágrimas eran producto del smog; en parte, de su dolor y su ira. Todo resultaba triste, desolador y repugnante y tremendamente cómico.

En casos como aquel, lo mejor era coger la delantera: el fanático de la última palabra de hecho no hace más que metérsela por el culo.

—¿Cuándo demonios pensará volverse adulta? —gimió, y después añadió—, ¿y cuándo demonios voy a hacerlo yo? ¿Cuándo se convertirá el Childe<sup>[1]</sup> en el padre del adulto?

Dante tenía treinta y cinco años, estaba a mitad de camino en el viaje de su vida, cuando se alejó del sendero recto y despertó encontrándose solo en un oscuro bosque.

Pero logró beneficiarse de los servicios de un guía competente, y al menos había estado en algún momento en el camino recto, el Camino Verdadero.

Childe no recordaba haber estado jamás en tal camino. ¿Y dónde estaba su Virgilio? El hijoputa debía estar en huelga pidiendo más paga y menos horas de trabajo.

Cada hombre es su propio Virgilio, se dijo Childe. Después, tosiendo a más y mejor, se abrió paso a través del smog.

## V

Mientras estaba con Sybil, alguien había roto la ventanilla delantera izquierda del Oldsmobile. Una mirada al asiento delantero le explicó la causa. La máscara antigás había desaparecido. Lanzó una maldición. Le había costado cincuenta dólares cuando la compró el día anterior, y ya no había forma de conseguirlas, excepto en el mercado negro. Las máscaras se estaban vendiendo a más de doscientos dólares, y llevaba tiempo localizar a un vendedor.

Childe disponía de tiempo, pero no tenía el dinero en billetes, y no creía que le aceptaran un cheque. Los bancos estaban cerrados, y el smog podría desaparecer tan súbitamente como para no necesitar la máscara y por tanto anular el talón sin más. Lo único que podía hacer era usar un pañuelo húmedo y sus viejas gafas de motorista. Aquello significaba tener que regresar a su apartamento.

Amontonó un buen número de pañuelos y llenó de agua una cantimplora nada más llegar a casa. Telefoneó al Departamento de Policía para dar parte del robo, pero al cabo de dos minutos se dio por vencido. Lo más probable era que la línea estuviera ocupada día y noche, durante un tiempo indefinido. Se limpió los dientes y se lavó la cara. La toalla quedó de color amarillento. Se preguntó si el smog desteñía. Una mañana, tras varios días de smog intenso, había encontrado el parabrisas de su coche cubierto de una sustancia del mismo color amarillento. El aire de Los Angeles, era como un océano en el que vagaba un plancton venenoso.

Comió un sándwich con una tajada de rosbif frío, y bebió un vaso de leche, aunque no tenía el menor apetito. Se sentía alterado imaginándose a Sybil con Al. No conocía a Al, pero no podía apartar de su mente nebulosa imágenes, cuyas únicas facetas nítidas —excesivamente nítidas— eran una inmensa polla erecta y un par de peludos testículos repletos de leche. Creía también oír sus jadeos, no podía dejar de hacerlo. Ciertos fantasmas eran como manchas de tinta indeleble.

Se esforzó en pensar en Matthew Colben y en sus asesinos. O mejor, en sus presuntos asesinos. Nada probaba que Colben hubiera realmente muerto. Podría estar vivo, aunque desde luego no en buen estado, en algún lugar de Beverly Hills, o en algún otro lugar.

Ahora que se iba recobrando de su *shock*, podía incluso pensar que tal vez Colben estuviera vivo y que la película estuviera trucada. Era posible, pero en realidad no lo creía.

Sonó el teléfono. Alguien había conseguido comunicarse con Childe, aunque a éste le había sido imposible ponerse en contacto con nadie. Sólo podía ser la policía. Descolgó el teléfono. La voz del sargento Bruin, pastosa y gruñona como la de un oso

recién despierto de su hibernación, dijo:

—¿Childe?

—Sí.

—Tenemos pruebas de que la cosa va en serio. La película no estaba trucada.

Childe se sobresaltó.

—Precisamente estaba pensando en la posibilidad de un fraude —dijo—. ¿Cómo lo averiguaron?

—Acabamos de abrir un paquete enviado por correo desde Pasadena.

Bruin hizo una pausa.

—¿Y...? —dijo Childe.

—Y. Dentro estaba la picha de Colben. O por lo menos el capullo. O el de la picha de alguien, al menos. Puedes jugarte los huevos a que se la habían arrancado de un mordisco.

—¿Todavía no hay pistas? —dijo Childe, tras un instante de duda.

—Se están haciendo averiguaciones sobre el paquete, pero naturalmente no esperamos encontrar nada. Y tengo malas noticias. Me apartan del caso, bueno, casi por completo. Tenemos demasiadas otras cosas entre manos en este momento. Tú sabes porqué. Si quieres seguir con esto, Childe, tendrás que hacerlo solo. Pero no te vayas a subir a la parra y no se te ocurra hacer nada si no encuentras alguna pista concreta, que en mi opinión es poco menos que imposible. Tú sabes lo que quiero decir, has estado metido en este negocio.

—Sí, lo sé —respondió Childe—. Haré todo lo que esté en mi mano, que lo más probable es que no sea gran cosa. De todas formas no tengo nada mejor que hacer.

—Podrías pasarte por aquí y apuntarte al Departamento —dijo Bruin—. ¡Necesitamos hombres ya mismo! El tráfico es un caos total, en la vida había visto cosa igual. Todo el mundo está intentando salir de aquí. Esto se va a convertir en una ciudad fantasma. Pero va a ser un cristo, un auténtico cristo hoy y mañana. Lo que te digo, nunca en la vida había visto nada igual.

Bruin podía comportarse estólidamente en el caso de Colben, pero la perspectiva del mayor atasco de tráfico de la historia le descongelaba las entrañas. Estaba verdaderamente desquiciado.

—Si necesito ayuda, o si tropiezo, y quiero decir tropiezo, con algo significativo, ¿a quién debo llamar?, ¿a ti?

—Puedes dejar un mensaje. Te llamaré cuando llegue, si es que llego. Buena suerte, Childe.

—Lo mismo te deseo, Bruin —dijo Childe, murmurando mientras colgaba—, oh, *ursus horribilis* o como quiera que sea el vocativo.

Se dio cuenta de que estaba empapado de sudor, de que sus ojos le escocían como si los hubieran pasado por una lima, de que le dolía la nariz y la cabeza, de que tenía

la garganta irritada, y que sus pulmones silboteaban por primera vez en cinco años (desde que había dejado de fumar), y de que no muy lejos se oía un estrépito de bocinas.

Childe podía protegerse algo del aire envenenado, pero no de los embotellamientos. Al salir del apartamento de Sybil se había encontrado con una sorprendente cantidad de dificultades para descender desde Burton Way hasta San Vicente. En Le Doux no había semáforo en ese punto. Había que hendir el flujo ininterrumpido de coches que bajaban por Burton Way por un lado de la divisoria y que subían, por el otro. Cuando fue a casa de Sybil no había visto ni un solo coche, ni tan siquiera unos faros en la penumbra. Pero al regresar había tenido que tomar grandes precauciones para cruzar. Un poco más abajo, Burton Way hacía una curva y los faros de los coches que remontaban hacia el oeste surgían de la bruma verdosa a una velocidad sorprendente. En un momento dado, aprovechó un hueco y se arriesgó a atravesar a toda velocidad. Aun así, un par de faros, el pitido de una bocina y el chirrido de unos frenos y una retahíla de insultos —todo ello sujeto al efecto Doppler— le hicieron saber que un loco del volante le había pasado cerca.

El tráfico que iba hacia el oeste, hacia Beverly Hills, era ligero, pero el que atravesaba Burton Way entre los bulevares para cortar hacia el sudeste, a San Vicente, era denso. Había pánico entre los conductores. Los coches iban de dos en fondo. En seguida ya fueron de a tres, y Childe se había encontrado con el espacio justo para pasar. Se estaba viendo forzado a salirse de su propio carril y a pegarse a la acera. En varias ocasiones había conseguido pasar a base de rozar con sus ruedas el bordillo.

El semáforo en el cruce de San Vicente Boulevard y la Calle Tercera estaba rojo, pero los automóviles que bajaban por San Vicente se lo saltaban. Un coche que iba hacia el este por la Tercera, con el claxon a tope, intentó forzar el paso. Colisionó ligeramente con otro. Por lo que pudo ver Childe, no se habían producido más daños que un par de parachoques abollados, pero los dos conductores saltaron de sus coches y empezaron a darse puñetazos; eran tan torpes, que Childe temió que se hicieran daño de veras. Había visto de pasada varias caras de niños aterrorizados, mirando por las ventanillas de ambos automóviles. Después, quedaron atrás.

Ahora podía distinguir un constante coro de bocinas. El gran rebaño iniciaba su emigración; que Dios les amparase.

Cuando la mayor parte de los automóviles habían cesado de circular, el hedor era ya espantoso y el humo cegador. Pero ahora que, de golpe, se habían puesto en marcha dos millones de automóviles, el smog se iba aún a intensificar. Evidentemente, el flujo de coches acabaría por cesar y entonces cabía esperar que la atmósfera se despejara. Childe tenía la sensación de que el smog no iba a desaparecer nunca, aunque reconocía que era una sensación irracional.

Sin embargo, él, Childe, no se iría. Tenía mucho trabajo por delante. Pero ¿sería

capaz de hacer algo? Tenía que moverse y le parecía que no iba a poder hacerlo.

Se dejó caer en el sofá y miró hacia las estanterías color oro viejo, al otro extremo de la habitación. El Sherlock Holmes anotado, dos enormes volúmenes con su caja, ocupaban el lugar de honor; era la obra preferida de su colección, exceptuando el ejemplar de La Guardia Blanca, autografiada por Arthur Conan Doy le, que había heredado de su padre. Había sido éste quien, a temprana edad, había iniciado a Herald en la lectura de libros que le interesaron y estimularon mucho, y era también responsable de haberle transmitido su devoción al más grande de todos los detectives. Pero su padre había seguido siendo profesor de matemáticas; no se había sentido llamado a emular al Maestro.

En ningún niño «normal» persistía esta llamada. La mayor parte de los muchachos soñaban con ser pilotos de aviones, ingenieros de ferrocarriles, vaqueros o astronautas. Muchos de ellos, por supuesto, querían ser detectives, Sherlock Holmes, Mark Tidd (¿qué niño de hoy en día sabía quién era Mark Tidd?), incluso Nick Cáster, ahora que se volvían a publicar nuevas aventuras suyas en ambientes modernos, pero casi todos se olvidaban de ello al hacerse mayores. La mayor parte de los policías e investigadores privados que conocía no habían tenido estas profesiones como vocaciones de infancia. Muchos nunca habían leído a Holmes, o, si lo habían hecho, era sin entusiasmo alguno; jamás había conocido a un fanático de Holmes entre ellos. Pero sin embargo leían revistas de historias policíacas verídicas y devoraban las numerosas ediciones baratas de novelas de misterio y asesinatos y detectives privados. Se burlaban de estos libros, pero a la manera de los vaqueros que también critican el carácter genuino de los westerns, pero no se pierden uno.

Childe no guardaba en secreto sus «vicios». Le gustaban mucho las novelas policíacas, incluso las malas, y cuando leía alguna «buena», quedaba entusiasmado.

Pero, ¿por qué necesitaba justificar el ser un detective? ¿Es que acaso era algo de lo que avergonzarse?

En cierto sentido lo era. Existe en todo americano, incluso entre jueces y policías, un desprecio más o menos acendrado contra los hombres de la ley. Esto coexistía con la admiración por él, pero siempre dirigida hacia el individualista, que combate por sí mismo contra un mal arrollador, a menudo al margen de la ley, para conseguir que se haga justicia. En pocas palabras, el sheriff fronterizo, el detective privado al estilo Mike Hammer. Este defensor de la ley resulta tan próximo al criminal, que se produce un cierto sentimiento de simpatía entre ambos.

O así le parecía a Childe, el cual, como no dejaba de repetirse a sí mismo, tendía a teorizar excesivamente, además de proyectar como generales sus propios sentimientos.

Matthew Colben... ¿Dónde estaría ahora? ¿Ya muerto o agonizando? ¿Quién le habría secuestrado? ¿Estaría prisionero por aquellos parajes? ¿Por qué se había

enviado la película a la policía? ¿Por qué este gesto de irrisión y desafío? ¿Qué podían obtener de él los criminales, excepto el perverso placer de burlarse de la policía?

No había pistas, ninguna indicación, excepto la alusión vampírica, tan sólo la sugerencia de una dirección a seguir. Pero era el único asidero a tomar. Por ectoplásmico que fuera, Childe decidió aferrarse a él. Al menos así estaría ocupado.

Sabía algunas cosas, no muchas, acerca de vampiros. Había visto por la tele las primeras películas de Drácula, así como muchas posteriores. Diez años atrás había leído la novela Drácula, encontrándola sorprendentemente vivida y poderosa, muy convincente. Era, con mucho, mejor que la mejor película de Drácula, la primera, la de Tod Browning; los adaptadores se equivocaron al alejarse del libro. Había leído también a Montague Summers y, en su juventud, había sido un ávido consumidor de la ahora extinta revista *Weird Tales*. Pero este escaso conocimiento no resultaba peligroso; tan sólo superfluo.

Por fortuna, conocía a un hombre apasionado por lo oculto y lo sobrenatural. Buscó su número de teléfono en su agenda, no figuraba en la guía, y no le había usado lo bastante a menudo como para memorizarlo. No hubo respuesta. Colgó y encendió la radio. Excepto breves noticias sobre la situación nacional e internacional, la mayor parte de la emisión estaba destinada al gran éxodo. Numerosos coches averiados en las autopistas y carreteras habían colapsado el tráfico a lo largo de varios miles de kilómetros. La policía estaba intentando liberar un carril de las autopistas para permitir el paso de los coches de policía, ambulancias y grúas. Pero era inútil; estaban pasando horas infernales intentando despejar la situación. Se habían producido una serie de incendios en diversas viviendas y edificios y algunos de ellos se estaban consumiendo por el fuego sin poder recibir ayuda de los bomberos. Se producían numerosas colisiones, imposibles de atender, no sólo a causa del tráfico, sino sencillamente porque no había suficiente personal hospitalario y policial para dar abasto.

Childe pensó: «¡Al infierno con el caso! ¡Echaré una mano!».

Llamó a la Jefatura de Policía, estuvo pendiente del teléfono durante quince minutos. Inútil. Llamó entonces al Departamento de Policía de Beverly Hills, con el mismo resultado. Su suerte no mejoró con el hospital Monte Sinaí de Beverly Boulevard, pero estaba a pocos minutos a pie de su casa. Se echó colirios en los ojos y se puso gotas en la nariz. Humedeció un pañuelo para proteger la nariz y la boca y se puso sus gafas de motorista sobre la frente. Se metió en un bolsillo una delgada linterna y una navaja automática en el otro. Después abandonó su inmueble y echó a andar San Vicente abajo hacia Beverly Boulevard.

En la media hora que había pasado en su casa, la situación había variado considerablemente. Los coches antes apiñados, parachoques contra parachoques y

aleta contra aleta, habían desaparecido. No estaban muy lejos; podía escuchar el trompeteo de los cláxones en la intersección de Beverly Boulevard y La Ciénaga, pero San Vicente Boulevard estaba desierto.

Podía verse aún un coche. Yacía sobre un costado. Miró a través de sus ventanillas, temiendo lo peor, pero estaba vacío. No comprendía cómo el vehículo pudo haber volcado, ya que en el atasco era imposible alcanzar suficiente velocidad como para chocar contra algo y volcar. Además, Childe hubiera oído el impacto. Alguien —debían haber sido varios— lo habían balanceado hasta volcarlo. ¿Por qué? Jamás lo sabría.

Los semáforos del cruce de San Vicente y Beverly estaban apagados. Apenas distinguía, al otro extremo de la calle, la forma delgada y oscura del poste del semáforo. Cuando llegó hasta él, vio plástico roto que podría haber sido verde, rojo y amarillo en circunstancias de mayor luminosidad. Los restos estaban dispersos por toda la calle.

Se quedó unos momentos en la acera, escrutando la verdosa atmósfera. Si un automóvil bajara sin luces por la calle a toda velocidad, le aplastaría antes de conseguir cruzar la calle. Sólo un maldito idiota iría de prisa o sin luces, pero había demasiados malditos idiotas conduciendo por las calles de Los Angeles.

Oyó aproximarse el aullido de una sirena, una luz roja parpadeante centelleó en la bruma, y una ambulancia pasó junto a él como una exhalación. Miró calle arriba y calle abajo y cruzó a la carrera, con la esperanza de que la luz y el ruido hubieran hecho que hasta los más idiotas entre los idiotas actuaran con cautela; se dijo que cualquiera que pudiera venir tras la ambulancia haría sonar también el claxon. Llegó al otro lado sin más percance que un ligero ardor en los pulmones. El smog los estaba oxidando poco a poco. Sus ojos lloraban como si sufriera una infección.

Oyó un rumor confuso; un instante después, el inmenso edificio del hospital se cernió sobre él, emergiendo entre la bruma. Fue interceptado por un hombre de pelo blanco que vestía un uniforme de guardia de seguridad. Tal vez el vejete hubiera estado trabajando como guarda en alguna planta de construcción de aviones o en un banco y la policía le hubiera encargado ir a ayudar en el hospital. Enfocó su linterna al rostro de Childe, preguntándole qué quería. El smog no era lo bastante espeso para hacer que la luz le cegara, pero Childe se irritó.

—¡Aparte esa maldita luz! —dijo—. He venido para ver si puedo ser útil en algo. Abrió su cartera y mostró su identificación.

—Mejor será que entre por la puerta delantera —dijo el guardia—. La entrada de urgencias está totalmente atestada y allá están demasiado ocupados para atenderle a usted.

—¿Por quién debo preguntar? —dijo Childe.

Con voz impaciente, el guardia le dio el nombre del director y le indicó cómo

llegar hasta su despacho. Childe entró en el hall y vio inmediatamente que su ayuda podía ser de utilidad, pero que iba a tener que imponérsela al hospital. El hall estaba atestado por los heridos enviados desde urgencias después de una cura sumaria, por los parientes de los heridos, por gente preguntando por amigos o parientes desaparecidos, y también por una serie de gente que, como Childe, habían ido a ofrecer sus servicios.

El pasillo junto al despacho del director estaba demasiado atestado como para poder abrirse paso, por muchas ganas que hubiese tenido. Le preguntó a un hombre que estaba en la última fila cuánto tiempo llevaba esperando para entrar al despacho.

—Una hora y diez minutos, amigo —le respondió, desanimado.

Childe se dio la vuelta y fue hacia la salida. Se había resignado a volver a su apartamento y a dejar pasar el tiempo como humanamente pudiera. Después, transcurrido un período de tiempo monable (si es que existía tal cosa en semejante situación), regresaría, con la esperanza de que se hubiera restablecido el orden, al menos parcialmente. Se detuvo. Allí, erguido cerca de la puerta de entrada, con la cabeza envuelta en una tela blanca, estaba Hamlet Jeremiah.

La tela podría haber sido un turbante, ya que la última vez que había visto a Jeremiah lucía un turbante con un hexagrama de lentejuelas. Pero esta vez la tela era un vendaje que formaba una especie de estrella escarlata de tres puntas, como un *triskelium*. Sus mefistofélicos mostachos así como su barba habían desaparecido, y lucía una camiseta manchada de grasa con el lema: NOLI ME TAN-GERE SIN AMOR. Sus pantalones eran blancos y acampanados, y calzaba unas sandalias marrones.

—¡Herald Childe! —exclamó. Quiso sonreír, pero su cara se contrajo con una mueca de dolor. Childe extendió su mano.

—¿Me tocas con amor? —le preguntó Jeremiah.

—Te tengo mucho afecto, Ham —le respondió Childe—, aunque realmente no sabría decir por qué. ¿Te parecen necesarias estas zalamerías precisamente en este momento?

—En este momento y en todos —dijo Jeremiah—. Especialmente en este momento.

—De acuerdo. Entonces lo mío es amor —dijo Childe, estrechándole la mano—. ¿Qué demonios te ha pasado? ¿Qué estás haciendo aquí? Escucha, ¿sabes que he estado intentando llamarte por teléfono hace un rato y que estaba pensando en la posibilidad de ir a verte? Pero entonces...

Jeremiah levantó una mano y se echó a reír:

—¡Vamos por partes! —dijo—. He salido de mi madriguera porque mis esposas insistieron en que nos marcháramos de la ciudad. Les dije que debíamos esperar uno o dos días hasta que las carreteras quedaran despejadas. Para entonces, en cualquier

caso, el smog se habría ido, o estaría camino de hacerlo. Pero ellas se negaron a escucharme. Se pusieron a llorar y montaron un escándalo espantoso, creía que iban a sacarme las entrañas y pisotearlas. Algo bueno tienen las lágrimas: arrastran el smog y evitan que los ácidos le corroan a uno las córneas. Pero también constituyen un ácido para los nervios, de modo que finalmente dije, está bien, os amo a las dos, de modo que emprendemos camino, pero si nos metemos en algún bochinche o nos ocurre alguna desgracia, no me echéis la culpa. Metéroslo por vuestros adorables culos. De modo que sonrieron, se limpiaron las lágrimas, hicieron el equipaje y emprendimos el viaje por Doheny abajo. Sheila hacía girar su molinillo de oraciones tibetano y Lupe sacó tres porros para aliviar lo que podría convertirse en una verdadera tortura, y para disfrutar de un cierto facsímil de satisfacción. Llegamos a Melrose, y el semáforo se puso rojo, de modo que me detuve, siendo como soy un ciudadano respetuoso con las leyes, siempre y cuando éstas beneficien a todos y tengan razón de ser. Además, no tenía la más mínima intención de que me arrollaran. Pero el hijo de Adán que venía detrás mío se puso histérico; al parecer, pensaba que debía saltarse las señales. Su alma estaba realmente alterada, Harald, estaba invadido por el pánico y sudaba frío. Me tocó la bocina y al ver que yo no saltaba el semáforo, saltó él de su automóvil y abrió mi portezuela —estúpido bastardo que soy, no se me había ocurrido echar el seguro— y me sacó a tirones, me dio la vuelta y me golpeó el cráneo contra el coche. Me abrió la cabeza y me dejó medio atontado; creo de veras en la famosa tesis de poner la otra mejilla. Estaba medio metido en el otro carril, y los otros automóviles no estaban dispuestos a detenerse, de modo que Sheila saltó del coche y de un empujón mandó al hombre justo delante de uno de ellos, metiéndome después a mí en nuestro coche. Esa Sheila es todo un carácter, hay que perdonarla. El hombre fue atropellado; rebotó del automóvil y cayó dentro del nuestro. Sheila se puso al volante mientras Lupe intentaba echar fuera a aquel hombre. Yacía sobre el asiento trasero y sus piernas arrastraban por el pavimento. Detuve su acción y le dije a Sheila que nos llevara al hospital. Así lo hizo, aunque a regañadientes; quería dejar allá a mi agresor. Hace un rato que llegamos aquí y finalmente conseguí que me vendaran la cabeza, y Sheila y Lupe están ayudando a las enfermeras, en el segundo piso. Yo iré a echarles una mano en cuanto me sienta un poco mejor.

—¿Qué le ocurrió al tipo?

—Está tumbado en un colchón, en el segundo piso. Está en coma y escupiendo sangre, el pobre infeliz, pero Sheila vela por él. Se ha arrepentido de haberle empujado. Tiene un pronto muy malo, pero en el fondo está llena de amor verdadero.

—Yo había venido para echar una mano —dijo Childe—, pero no me divierte la idea de quedarme aquí esperando durante horas. Además...

Jeremiah le preguntó qué significaba aquel además. Childe le habló de Colben y la película. Jeremiah se escandalizó. Comentó que había oído algo acerca del asunto

por la radio. Llevaba dos días sin recibir un solo periódico, de modo que no había leído ningún artículo. ¿De modo que Childe deseaba encontrar a alguien que dispusiera de una importante documentación sobre los vampiros y otras criaturas que se deslizan por las tenebrosas profundidades del inconsciente colectivo?

Bien, pues él conocía precisamente al hombre que buscaba. Y vivía a no más de seis manzanas, justo al sur de Wilshire. Si había alguien que dispusiera de toda la documentación necesaria, ese alguien forzosamente tenía que ser Woolston Heepish.

—¿No crees que quizás esté intentando salir también de la ciudad?

—¿Woolie? ¡Por el bigote de Drácula, ni hablar! Nada, con la excepción tal vez de la amenaza de un ataque atómico, podría hacerle abandonar su colección. No te preocupes, estará en casa. Existe no obstante un pequeño problema. No le gustan las visitas inesperadas, hay que telefonar de antemano para solicitar una entrevista, tienen que hacerlo hasta sus mejores amigos —con excepción, tal vez, del doctor Nimming Rodder—; por lo demás no hay excepciones. Todo el mundo tiene que telefonar previamente, si no, ni siquiera se molesta en contestar al timbre. Pero conoce mi voz; gritaré a través de la puerta y nos abrirá.

—¿Rodder? ¿Dónde demonios he...? ¡Ah, sí! ¡El escritor de libros y guiones para televisión! Vampiros, licántropos, una adorable jovencita atrapada en una horrible y vieja mansión en lo alto de una colina, todas esas cosas. Escribió y produjo la serie de La Tierra de las Sombras, ¿no es así?

—Por favor, Herald, no le menciones para nada, si no es para elogiarle. Woolie adora al Dr. Nimming Rodder. Si hablas mal de él, quizá no te salte al cuello, pero, ¡por Shiva!, puedes estar seguro de que no te ofrecerá ninguna clase de colaboración y te someterá al ostracismo más absoluto.

Childe, incómodo, cambió el peso de un pie a otro, y tosió. La tos no sólo la producía la atmósfera asfixiante. Era también la expresión de la pugna de su conciencia. Deseaba quedarse allí a echar una mano —al menos una parte de él— pero la otra parte, la más poderosa, estaba deseando echarse a la calle a seguir el rastro. De hecho, no resultaba de gran ayuda en aquel lugar, al menos hasta transcurrido algún tiempo. Y tenía la sensación, tan sólo una sensación, de que algo allá abajo, en la oscuridad abisal, estaba mordisqueando su anzuelo; y su experiencia le había enseñado a confiar en estas intuiciones.

Puso la mano sobre el huesudo hombro de Jeremiah.

—Intentaré telefonarle —dijo—, pero si...

—Sería inútil, Herald. Todos los teléfonos están estropeados.

—Dame una carta de presentación, para al menos poder meter el pie en el quicio de su puerta.

—Haré algo mejor que eso —dijo Jeremiah, sonriendo—, te acompañaré hasta su casa. Aquí no hago más que estorbar, y quisiera alejarme de la contemplación de

tanto sufrimiento.

—No sé —dijo Childe—. Quizá tengas una conmoción cerebral. Tal vez tú,...

Jeremiah se encogió de hombros.

—Voy contigo —dijo—. Espera un minuto que encuentre a las mujeres y les diga que me voy.

Childe, mientras esperaba, y dado que no tenía nada que hacer, salvo observar y escuchar, comprendió por qué Jeremiah estaba tan ansioso por marcharse. La sangre, los gemidos y los sollozos eran ya de por sí desagradables, pero el concierto de toses —unas secas y sincopadas, otras prolongadas y jadeantes, con expulsión de flemas sanguinolentas— le exasperaba, tal vez incluso despertaba su ira aunque ésta estuviera profundamente reprimida. No sabía porqué las toses le irritaban tanto, pero sabía que la tos nicotínica de Sybil y el borboteo de sus pulmones en cualquier momento del día o de la noche, y que resultaban particularmente agobiantes cuando estaba comiendo o haciendo el amor, habían intervenido en su separación tanto como cualquier otra cosa.

Jeremiah parecía patinar a través de la multitud. Tomó a Childe de la mano y le condujo hasta la puerta principal. Eran las doce y tres minutos. El sol era un disco difuso, de color amarillo-verdoso. Un hombre que pasaba a unos treinta metros no era a sus ojos más que una silueta borrosa. Parecía haber bandas gruesas y delgadas deslizándose unas junto a otras y por consiguiente oscureciendo y aclarando, comprimiendo y alargando, los objetos y las personas. Esto debía ser una ilusión óptica, o algún otro fenómeno, ya que el smog permanecía inmóvil. No pasaba ni un sople de aire. Los rayos de sol parecían filtrarse a través de la bruma gris-verdosa, deslizarse a lo largo de los filamentos de smog como febriles acróbatas y dejarse caer planeando, yendo a enroscarse alrededor de la gente.

Los sobacos, la espalda y la cara de Childe estaban empapados, pero a pesar de la transpiración apenas tenía menos calor. También le sudaban los pies y la entrepierna, y habría dado cualquier cosa por ir vestido sólo con un slip o una toalla. A pesar de todo, ahí afuera se sentía algo mejor que dentro del hospital. El ruido y el espectáculo de tanta miseria y tanto dolor lo habían obnubilado hasta el punto de apenas darse cuenta del fuerte hedor de la gente sudorosa y asustada. Ahora se dio cuenta de que Jeremiah, que a pesar de ser un *hippy*, le gustaban los baños, y presumía de ser un auténtico «hermano del agua»<sup>[2]</sup>, apestaba. El olor era una combinación peculiar de tabaco de pipa, marihuana, de algo pesado, penetrante e inidentificable, parecido a la esperma, y de incienso; también distinguió un soupçon de agua de rosas de coño, el olor del sudor de un hombre atemorizado, de un hombre que se ha cagado de miedo, tal vez el smog inhalado expulsado en forma de sudor.

Jeremiah miró a Childe, tosió, sonrió y dijo:

—También tú hueles como si fueras algo vomitado por las profundidades del

Pacífico que llevara dos semanas muerto, si me permites que te lo diga.

Childe, aunque sorprendido, no hizo comentario alguno. Jeremiah había dado repetidas pruebas de capacidad telepática o lectura mental. Childe no creía en otras explicaciones. En todo caso, Jeremiah no había podido leer sus pensamientos por la expresión de su cara: Childe se enorgullecía de que su rostro era impenetrable.

Echó a andar junto a Jeremiah. Parecían estar dentro de un túnel que surgía del pavimento ante ellos y desaparecía en cuanto lo habían atravesado. Childe se sintió inexplicablemente feliz durante un momento, a pesar del dolor de su pecho, de su garganta y del ardor de sus ojos, de la insidiosa corrosión de sus pulmones y de las punzadas que sentía en los testículos. En el fondo, no había querido jugar a enfermero humanitario en el hospital; sólo tenía un deseo: seguir el rastro de los criminales.

## VI

—Verás, Ham —dijo Childe—, la presencia de un vampiro en la película puede no significar nada, ser una falsa pista, pero tengo la sensación de que es algo enormemente importante y además es de hecho lo único a lo que puedo agarrarme. Pero las posibilidades...

Dejó su frase en suspenso. Él y Jeremiah se hallaban en la acera del extremo norte de Burton Way, esperando. Los automóviles en medio del gris imperante eran como elefantes, elefantes grises con las trompas pegadas al rabo del inmediatamente anterior, y con enormes ojos que resplandecían en la oscuridad. Los carriles eran allí de una sola dirección para el tráfico hacia el oeste, pero todo el tráfico se movía en dirección este.

Sólo había una posibilidad si querían cruzar antes de terminar el día. Childe se introdujo en medio del tráfico. Los automóviles iban tan despacio que resultaba fácil trepar a la capota del más cercano y saltar a la del siguiente y a la de un tercero hasta llegar a la hierba del arcén central.

Los conductores y ocupantes, desconcertados y escandalizados, les gritaban e insultaban, pero Jeremiah se limitaba a sonreír y Childe les tomaba el pelo. Cruzaron la divisoria y saltaron de nuevo de capota en capota hasta llegar a la otra acera. Descendieron por Willaman Drive. No había una sola casa con las luces encendidas. En el cruce de Wilshire y Willaman, los semáforos funcionaban, pero los conductores no les prestaban la menor atención. Todos se dirigían hacia el este por las dos avenidas de Wilshire.

El tráfico era allí algo más rápido, pero no demasiado. Childe y Jeremiah consiguieron cruzar, aunque Jeremiah resbaló en una ocasión, cayendo cuan largo era sobre una capota.

—A media manzana —dijo Jeremiah.

Las casas y apartamentos eran muy de clase media. Las casas eran las habituales villas hispano-californianas; los edificios de apartamentos eran cajas de zapatos de cuatro o cinco pisos en los que algunas terrazas hacían de simulacro de decoración. Había luz en algunas ventanas, pero la casa ante la cual se detuvo Jeremiah estaba a oscuras.

—No debe estar en casa —dijo Childe.

—Esto no quiere decir nada. Sus ventanas están siempre a oscuras. Una vez que entres, comprenderás porqué. Tal vez no esté en casa en este mismo momento; tal vez haya ido al almacén o a la gasolinera; deben estar abiertos, al menos eso es lo que dijo el gobernador. Vamos a ver.

Entraron en el jardín. La ventana frontal parecía estar tapada por tablas. Al menos, algo oscuro con aspecto de madera la recubría por el interior. Al acercarse, vio que la figura del tamaño de un hombre que tan silenciosamente se erguía en el patio y que creyó fuera una estatua de hierro, era un Godzilla recortado en madera.

Contornearon la casa hasta el camino particular. En una gran pancarta roja se habían inscrito unas chillonas letras amarillas: MAESE HORROR ESTA VIVO Y COLEANDO AQUÍ DENTRO.

Más allá había una especie de patio con un árbol inclinado cuarenta y cinco grados, cuya copa cubría el tejado del porche y parte de la casa como una gran mano verdosa. El tronco del árbol era tan gris y estaba tan retorcido y nudoso, que Childe pensó por un momento que era artificial. Parecía como si hubiera sido diseñado para decorar una película de horror.

La puerta estaba cubierta de multitud de letreros, desde aforismos que pretendían ser ingeniosos hasta chistes para iniciados. Había también máscaras de Frankenstein, Drácula y el Hombre Lobo clavadas en la pared. También varios carteles de ABSOLUTAMENTE PROHIBIDO FUMAR. Otro prohibía la introducción en la casa de cualquier tipo de bebida alcohólica.

Jeremiah oprimió el timbre, que era la nariz de una gárgola pintada alrededor de él. Un sonido intenso como de carillones se oyó en el interior, inmediatamente seguido de varios compases de música de órgano: Domingo Siniestro.

No se produjo mayor respuesta. Jeremiah esperó un momento y volvió a pulsar el timbre. Más campanadas y música de órgano. Pero nadie acudió a la puerta.

Jeremiah se puso a golpear la puerta, gritando:

—¡Abre la puerta, Woolie! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡No pasa nada! ¡Soy yo, Hamlet Jeremiah, uno de tus más fervientes admiradores!

Una pequeña mirilla se abrió hacia adentro, dejando pasar un rayo de luz. La luz desapareció, reapareció, desapareció de nuevo y la mirilla se cerró. La puerta se abrió con un horrisono chirrido de bisagras oxidadas. Segundos más tarde, Childe comprendió que el sonido procedía de una grabación.

—Bienvenidos —dijo una suave voz de barítono. Jeremiah golpeó suavemente el hombro de Childe para indicar que debía entrar el primero. Entraron en la casa, y el hombre cerró la puerta, corrió con fuerza tres grandes cerrojos y echó dos cadenas.

La habitación era excesivamente abigarrada como para que Childe pudiera registrar todos sus detalles de un vistazo, como era su costumbre. Se concentró en el hombre, que le fue ceremoniosamente presentado por Jeremiah como Woolston Q. Heepish.

«Woolie» medía alrededor de un metro ochenta. Era de formas redondeadas y aspecto fofo, una incipiente sotabarba, un mostacho de morsa color de bronce, gafas cuadradas sin montura, un hermoso perfil de boca para arriba, una cabeza cubierta de

tupido, liso y sedoso pelo rojo oscuro, y ojos gris pálido. Iba un poco encorvado, como si se hubiera pasado la mayor parte de su vida inclinado sobre una mesa.

Las paredes y las ventanas de la habitación estaban cubiertas de estanterías, de libros y objetos diversos, amén de pinturas, fotos de película, pósters, máscaras, bustos de plástico, cartas enmarcadas y ampliaciones de fotografías de actores de cine. Había un sofá, varias butacas y un piano de cola. El cuarto adyacente tenía prácticamente el mismo aspecto, aunque sin muebles.

Si deseaba aprender algo acerca de los vampiros, había dado con el lugar adecuado.

Aquel sitio se encontraba atestado de absolutamente todo aquello que pudiera concernir aunque fuera indirectamente a la literatura gótica, el folklore, las leyendas, lo sobrenatural, la licantropía, la demonología, la brujería y las películas sobre estos temas.

Woolie estrechó la mano de Childe con una mano grande, húmeda y rolliza.

—Bienvenido a la Casa del Horror —dijo.

Jeremiah explicó los motivos de su visita. Woolie meneó la cabeza y dijo que había oído lo de Colben en la radio. El comentarista había dicho que Colben había sido «horriblemente mutilado» pero sin dar más detalles.

Childe le contó los detalles. Heepish agitaba la cabeza y hacía sonidos de disgusto con la lengua, aunque una luz extraña aparecía en su mirada y una leve sonrisa cruzaba las comisuras de su boca.

—¡Qué terrible! ¡Qué horroroso! ¡Repugnante! ¡Dios mío, la de salvajes que hay aún entre nosotros! ¿Cómo pueden ocurrir estas cosas?

La suave voz descendió hasta un murmullo y pareció perderse, como si estuviera descomponiéndose en añicos que, como ratones, se escurrieran hacia la oscuridad de los rincones. Frotaba sus pálidas, blandas y húmedas manos una contra otra; en varias ocasiones las entrecruzaba en un gesto que al principio parecía de oración, pero que daba también la impresión de que estaban rodeando un cuello invisible.

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudarle a localizar a estos monstruos, si existe algo en mi casa que pueda ayudarle, sea usted bienvenido —dijo Heepish—. Aunque he de admitir que no consigo imaginar qué clase de pista podría encontrar hojeando mis libros. No obstante...

Extendió ambas manos y dijo:

—Pero permítame que le enseñe mi casa. Siempre realizo un recorrido por ella, antes que nada, con los nuevos visitantes. Hamlet puede venir con nosotros o echar un vistazo por su cuenta, si así lo desea. Bien, empecemos. Esta ampliación de aquí es de Alfred Dummel y Else Bennerich en la película alemana *El Bebedor de Sangre*, realizada en 1928. Tuvo una distribución un tanto limitada en este país, pero yo tuve la suerte —tengo muchos, muchísimos amigos en todo el mundo— de obtener una

copia de la película. Bien pudiera ser la única copia existente en estos momentos; he realizado indagaciones y jamás he podido localizar otra, y he tenido a mucha gente intentando encontrarla...

Childe reprimió el impulso de decirle a Heepish que deseaba ver sus archivos de prensa de inmediato. No quería perder el tiempo. Pero Jeremiah le había explicado cómo debía comportarse si deseaba obtener el máximo de cooperación por parte de su anfitrión.

La casa estaba atestada de objetos de lo más variopinto, todos originarios del mundo del terror y de las sombras malignas, pero diseñados y manufacturados con fines comerciales. La casa estaba brillantemente iluminada con luces de diversos colores: amarillo bilis, rojo sangre, púrpura de podredumbre, gris azulado de rigor mortis, naranja de ira reprimida. Pero las sombras parecían acechar por doquier. Incluso allá donde no podía haberlas.

Un acondicionador de aire desplazaba lentamente un aire tan glacial que parecía anunciar una inminente glaciación. El aire estaba bien filtrado, porque el ardor de los ojos, la garganta y los pulmones iban desapareciendo. (Algo que puede decirse a favor de las glaciaciones). A pesar de esto, y del frío que le pellizcaba la piel, Childe sentía que se sofocaba con la atmósfera cargada que se desprendía del gigantesco batiburrillo de libros, máscaras, cabezas de monstruos del cine, distorsionadas y ondulantes pinturas amenazadoras, estatuas de yeso del monstruo de Frankenstein y el Hombre Lobo, pequeños Robots Repulsivos de plástico articulado, estatuas egipcias representando a Anubis, el dios de la cabeza de chacal, y Sekhmet, el de la cabeza de gato.

La habitación adyacente era más pequeña, pero aún mucho más sobrecargada.

Woolie hizo un vago gesto —todos sus gestos eran vagarosos, como ectoplásmicos— en dirección a las inclinadas, o desmoronadas, pilas de libros y revistas.

—Recibí un envío de un coleccionista de Utica, Nueva York —comentó Heepish—. Murió recientemente.

Su voz se hizo más profunda y untuosa.

—Muy triste. Un hombre magnífico. Un verdadero aficionado al horror. Nos mantuvimos en correspondencia durante años, más de los que nos gustaría mencionar, aunque jamás llegué a encontrarme con él en persona. Pero nuestras mentes se encontraron, teníamos mucho en común. Su viuda me envió todo este material, me dijo que lo valorara al precio que me pareciera justo. Hay una colección completa de *Weird Tales* desde 1923 hasta 1954, una primera edición de *King in Yellow* de Chambers, una primera edición de *Dracula* firmada por Bram Stoker y Bela Lugosi y... ¡oh!, ¡hay tantas cosas!

Se frotó las manos y sonrió:

—¡Tantas cosas! Pero la joya es una carta autógrafa del doctor Polidori que, como usted sabrá sin duda, era el médico y amigo íntimo de Lord Byron. Él es el autor de la primera novela de vampiros escrita en inglés: *The Vampyre*. Tengo el honor de poseer varios ejemplares de la primera edición. ¡Una carta del doctor Polidori, se da usted cuenta! Una carta a una tal *lady* Milbanks en la que describe cómo obtuvo la idea para su novela. ¡Es algo único! ¡Anduve enloquecido detrás de ella, literalmente enloquecido, desde que oí hablar de su existencia en 1941! ¡Ocupará un lugar prominente, tal vez el más prominente, en la pared del cuarto principal en cuanto pueda conseguir un marco adecuado!

Childe tuvo que contenerse para no preguntarle dónde pensaba encontrar un espacio vacío en aquella pared.

Heepish le mostró su despacho, una habitación grande constreñida con numerosas hileras de librerías hasta el techo y por un inmenso y anticuado escritorio de persiana y sepultado por libros, revistas, cartas, mapas, fotografías, pósters, estatuillas, juguetes y un hacha de verdugo que parecía genuina, igual que la sangre seca.

Regresaron a la habitación que separaba el despacho y la sala, y luego Heepish condujo a Childe hasta la cocina. En ella había una estufa, un fregadero y una nevera, pero aparte de esto estaba repleta de libros, revistas, pequeños archivadores, y unos cuantos insectos muertos que reposaban en los bordes de los armarios abiertos y en el suelo.

—Voy a hacer que se lleven la estufa la semana que viene —dijo Heepish—. No como en casa, y cuando doy una fiesta encargo que me lo traigan todo.

Childe alzó las cejas, pero no dijo nada. Jeremiah le había dicho que la nevera estaba tan repleta de microfilms, que quedaba poco espacio para guardar comida. Y, a juzgar por el ritmo al que se iba amontonando los microfilms, en breve no quedaría espacio ni para un vaso de leche.

—Estoy considerando la posibilidad de añadir un ala a la casa —dijo Heepish—. Como puede usted ver, está un poco atestada en este momento, y sabe el cielo cómo estará de aquí a cinco años. O incluso el año próximo.

Woolston Heepish había estado casado durante más de quince años. Su esposa quiso tener hijos, pero él se había negado. Hubiera sido imposible mantener alejados a los niños de sus libros, revistas, pinturas y dibujos, máscaras y disfraces, juguetes y estatuillas. Los niños eran muy destrozones.

Después de unos años, su esposa abandonó su deseo de ser madre. ¿Podría tal vez tener alguna mascota, un gato o un perro? Heepish dijo que lo lamentaba de veras, pero que los gatos arañaban y los perros lo mordisqueaban todo y orinaban.

La colección fue en aumento; la casa fue quedándose pequeña.

Para hacer hueco para objetos, Heepish fue prescindiendo de mobiliario. Llegó el día en que ya no quedaba sitio para la señora Heepish. La Novia de Frankenstein la

estaba desplazando. Ella conocía la inutilidad de solicitar siquiera un alto a la recolección, y una disminución era algo impensable. Se mudó y obtuvo el divorcio acusando como rival a La Criatura de la Laguna Negra.

Para ser justos con Heepish, había dicho Jeremiah, Childe debía saber que Heepish y su esposa seguían siendo íntimos amigos y salían juntos con la misma frecuencia que cuando estaban casados. Tal vez, no obstante, ésta era la forma de vengarse de la exseñora Heepish, porque evidentemente lo llevaba por donde quería, y él se sometía humildemente con tan sólo algún que otro gruñido ocasional.

Ahora, el propio Heepish se estaba viendo expulsado de su casa. Algún día volvería a casa después de una reunión tardía de La Sociedad del Conde Drácula, abriría la puerta delantera, y toneladas de libros, revistas, documentos, fotografías y demás parafernalia se derrumbarían sobre él, y los que le rescatasen tendrían que hacer un túnel y finalmente encontrarían a Woolston Heepish aplastado entre las páginas de El Castillo de Otranto.

Childe se vio conducido a un porche trasero cubierto, repleto por entero de libros, como las demás habitaciones.

Salieron por la puerta trasera y quedaron rodeados por una pálida luz verde y una instantánea sensación como si sus ojos se vieran atacados por los vapores de ácido sulfúrico diluido. Childe parpadeó, y sus ojos empezaron a segregar lágrimas. Tosió. Heepish tosió a su vez.

—Tal vez deberíamos omitir la gran gira del garage —dijo Heepish—, pero...

Su voz se perdió en la distancia. Childe se había detenido un instante; Heepish aparecía ante él como una figura tan oscura, voluminosa e informe como la de un monstruo en las brumas acuosas de una película de serie B.

La puerta del garage chirrió al alzarse. Childe se apresuró a entrar. La puerta volvió a chirriar al descender y se cerró con un sonido metálico. Childe se preguntó si también aquella puerta estaría conectada a una grabación tomada del antiguo programa de radio dedicado a temas de terror, Inner Sanctum. Heepish encendió las luces. El garage tenía el mismo aspecto que el resto de la casa, excepto que aquí, las cabezas, las máscaras, los libros y las revistas estaban recubiertos de polvo.

—Guardo aquí mis duplicados, el material de segunda categoría y cosas que simplemente no puedo guardar en la casa por el momento —dijo Heepish.

Childe sintió que se esperaba que emitiera sonidos de entusiasmo acerca de unos cuantos objetos por lo menos. Deseaba salir de aquel aire cálido, enrarecido y putrefacto, y volver a la casa. Esperaba que los archivos que buscaba no estuvieran almacenados allí.

Childe arriesgó un comentario acerca de las obras del Dr. Nimming Roder, que ocupaban un anaquel entero.

—¡Oh! ¿Se ha dado usted cuenta —dijo Heepish— de que él es el único autor

vivo que ocupa un anaquel individual en mi colección? Nim es mi favorito, por supuesto, en mi opinión es el mejor escritor de todos los tiempos dentro del género gótico, o de «horror», si lo prefiere, superior incluso a Monk Lewis o H. P. Lovecraft o Bram Stoker. Es un gran amigo mío. Guardo aquí muchos duplicados de sus obras porque él necesita alguno de vez en cuando para escoger unas páginas y añadirlas a alguna nueva antología. Tiene un montón de antologías, ¿sabe?, cantidades de reimpresiones y colecciones extraídas de sus selecciones, y selecciones extraídas de éstas. Probablemente sea el hombre más reseleccionado de la Tierra.

Childe no sonrió. Heepish se encogió de hombros.

Había una gran ampliación de Rodder sujeta con chinchelas a un larguero de la biblioteca. Al pie de la foto, escritas en gruesas letras negras, estaban las palabras: A MI PRIMER ADMIRADOR Y GRAN AMIGO, MAESE HORROR, CON INTENSO AFECTO DE NIM. La cara pálida y delgada de hundidas mejillas, afilada nariz, y las gafas de inmensa montura parecía la de un inquietante e inquieto primate de la jungla de Madagascar; algo así como un lémur. Y lémur, pensó ahora Childe, significaba originalmente fantasma. Sonrió. Recordaba la nota en el enorme diccionario no abreviado que tan a menudo había consultado en la Universidad.

Lémur —latín lémures, espíritus nocturnos, fantasmas; similares a los lamia griegos, un monstruo devorador, lamas cosecha, fauces, lamia, pl., grietas, gargantas, letón lamata trampa para ratones; idea básica: mandíbulas abiertas.

## VII

**C**hilde sonrió ampliamente mirando la fotografía de Rodder. Heepish, preguntó:

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? Tampoco a mí me vendría mal reírme en estos tiempos tan duros.

—Nada, en realidad.

—¿No le gusta a usted Rodder?

La voz de Heepish era mesurada, pero se podía percibir en ella el toque de un cepo bien engrasado, impaciente por cerrarse sobre su presa.

—Me gustó su serie *La Tierra de las Sombras* —dijo Childe—, y me gustaban los temas subyacentes a sus obras, aparte del elemento terrorífico. Ya sabe usted el mito, del hombrecillo combatiendo bravamente contra el conformismo, el autoritarismo, las vastas fuerzas de la corrupción, y demás, el individuo solitario, el único hombre honesto del mundo, me gustan esas cosas. Y siempre que tengo ocasión de leer algún artículo en el periódico acerca de Rodder, siempre aparece descrito como un hombre honesto, íntegro. Lo que desde luego no deja de resultar irónico.

Childe se interrumpió y después, aunque no deseaba continuar, pero dado que se veía obligado a ello, añadió:

—Pero conozco a un tipo...

Childe se detuvo. ¿Por qué explicarle a Heepish que el individuo era Jeremiah?

—Este individuo que le digo estuvo en una fiesta a la que asistieron fundamentalmente personajes del mundo de la ciencia-ficción.

Él estaba a corta distancia de un grupo de autores. Uno de ellos era el gran autor de literatura fantástica Breyleigh Bredburger. ¡Lo conocerá usted, por supuesto! Heepish asintió con la cabeza.

—Después de Rodder, Monk Lewis y Bloch, es mi favorito —dijo.

—Otro autor, no recuerdo ahora su nombre —dijo Childe—, por lo visto se quejaba de que Rodder le robó, para su serie, una de sus historias, que había publicado en una revista. Se había limitado a cogerla, cambiarle el título y algunos pequeños detalles, se la había atribuido a no sé qué persona con un exótico nombre griego y había rehusado hasta el momento aceptar correspondencia alguna con el autor acerca del supuesto robo. Bredburger dijo que aquello no era nada. Rodder le había robado tres de sus historias, atribuyéndoselas a sí mismo. Bredburger consiguió arrinconar a Rodder en dos ocasiones obligándole a admitir el robo y a indemnizarle en consecuencia. La excusa de Rodder fue que se había comprometido a escribir él mismo dos tercios de la serie y no había podido hacerlo, de forma que, acuciado por la desesperación, había copiado las historias de Bredburger. No dijo nada acerca de

los plagios cometidos con otras personas, por supuesto. Rodder dijo que le pagaría por la tercera historia robada, pero hasta el momento no lo había hecho. Bredburger pensaba que jamás llegaría a cobrar a menos que intentara amedrentar a Rodder o llevar el asunto a los tribunales. Un tercer autor dijo entonces que tendría que ponerse a la cola detrás de unos veinte escritores en la misma situación... Así es su Nimming Rodder, su gran campeón del hombrecillo, del inconformista, del hombre honrado.

Childe se detuvo. Se sentía sorprendido por haberse acalorado tanto. No tenía deseos de discutir. Después de todo, presumiblemente iba a quedar en deuda con este hombre, si es que alguna vez finalizaba aquella gira por la casa. Sin embargo, se sentía picajoso e irritado. Había visto demasiados hombres corrompidos, ensalzados y honrados por todo el mundo, de los que se desconocía la verdad o se hacía la vista gorda. Por añadidura, la irritación producida por el smog, el pánico reprimido motivado por el pavor a aquello en lo que el smog podría llegar a convertirse, la muerte de Colben, la frustrante escena con Sybil, y la actitud de Heepish, intangiblemente quisquillosa, se combinaban para desgastar la piel y la grasa que protegían sus nervios.

Los ojos grises de Heepish parecieron hundirse en sus cuencas como si temieran arder si se acercaban demasiado a la luz y el aire. Su nuca se estremeció. Su bigote se arqueó hacia abajo como si pesas invisibles hubieran sido atadas a sus extremos. Sus orificios nasales resonaron como fuelles de una fragua. Su piel blanquecina enrojeció. Sus manos se crisparon.

Childe se mantuvo en silencio, que se fue haciendo tenso. Si Heepish se ponía desagradable, él se pondría al mismo nivel, aunque así perdiera su acceso a aquellos textos que tan necesarios le resultaban. Jeremiah le había dicho que Heepish sacó la idea de su colección de un hombre llamado Forrest J. Ackerman, que probablemente poseía la mayor colección privada de fantasía y ciencia-ficción del mundo. De hecho, a Heepish le llamaban el Ackerman de los pobres, pero no cara a cara. Aunque estaba muy lejos de ser pobre, tenía mucho dinero —nadie sabía de dónde podía haber salido— y su colección llegaría a ser algún día la mayor del mundo, tanto privada como pública.

Pero en aquel momento era muy vulnerable, y Childe estaba dispuesto a atacarle a través de las grietas de sus armaduras.

—¡Vaya, vaya! —dijo Heepish.

Levantó la cabeza; un esbozo de sonrisa volvió a sus labios, pero su bigote seguía aún erizado como el de una morsa en celo; juntaba sus manos como para una oración, después las separaba con un gesto como de estrangulamiento.

—¡Vaya, vaya! —repitió. Su voz tenía el mismo tono resuelto, pero esta vez emitía también muy al fondo una especie de zumbido agudo, como el de un mosquito lejano.

—¡Vaya, vaya! —dijo Childe, consciente de que jamás llegaría a saber lo que Heepish iba a decir e indiferente ante ello—. Me gustaría ver los archivos de prensa, si me lo permite.

—¿Cómo? ¡Oh, sí! Están en el piso de arriba. Por aquí, haga el favor.

Abandonaron el garaje, pero Heepish se colocó la fotografía de Rodder bajo el brazo antes de seguirle. Childe se había preguntado qué demonios estaba haciendo aquel icono en el garaje, pero al regresar a la casa vio que había muchas más fotografías de Rodder —y cuadros y dibujos a lápiz e incluso recortes enmarcados de periódicos y revistas con su retrato— de lo que había pensado.

Heepish se había encontrado con una de más y la había almacenado en el garaje, pero ahora, como para poner a Childe en su lugar, para bajarle los humos de una manera un tanto críptica, Heepish traía consigo aquella fotografía de vuelta a la casa.

Childe sonrió ante esta idea. Dejó pasar a Heepish delante de él, para que le condujera a través de la cocina y el recibidor, girando después a la derecha para ascender por las angostas escaleras. Las paredes estaban decoradas con multitud de fotografías y pinturas del monstruo de Frankenstein y de Drácula y había un cuadro pintado por Hannes Bok y un grabado por Virgil Finlay, todos inclinados en diferentes ángulos como si fueran lápidas de un viejo cementerio abandonado.

Recorrieron una corta galería y penetraron en una habitación cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas y fotos, de pósters y carteles de cine. En medio de ella, había una serie de grandes caballetes de madera, sobre los que estaban dispuestas ilustraciones y fotos y recortes de periódico, que podían girar en torno a un eje central, como las páginas de un libro.

Childe echó un vistazo a todo aquel material; en cualquier otro momento le hubieran encantado y regocijado aquellos nostálgicos artículos.

Heepish, como si estuviera abusando de él, suspiró ruidosamente cuando Childe pidió ver sus libros de recortes de prensa. Se introdujo en un enorme armario cuyas paredes estaban cubiertas de grandes libros de recortes, muchos de ellos polvorientos y con olor a moho.

—Realmente debería hacer algo antes de que sea demasiado tarde —dijo Heepish—. Tengo aquí algún material extremadamente valioso... de hecho inapreciablemente valioso e irremplazable.

Llevaba aún la fotografía de Rodder bajo el brazo.

Le llegó el turno de suspirar a Childe al ver la enorme pila de material a estudiar. Pero se sentó en una silla, puso el tobillo derecho sobre su muslo izquierdo, y comenzó a pasar las rígidas y a menudo amarillentas y quebradizas páginas de los álbumes. Al cabo de un rato, Heepish se excusó y dijo que tenía cosas que hacer. Si Childe deseaba algo, no tenía más que llamarle. Childe alzó la vista, sonrió brevemente y dijo que no deseaba molestar más de lo estrictamente necesario. Tras

estas palabras, Heepish se marchó, pero dejó a sus espaldas un ectoplasma casi visible de desdén y de sentimientos heridos.

Los álbumes de recortes iban titulados según diversos aspectos temáticos: VAMPIROS DE PELÍCULAS, ALEMANES Y ESCANDINAVOS, 1919-1939; LICÁNTROPOS, AMERICANOS, 1865-1900; BRUJAS, PENNSYLVANIA, 1880-1965; GOLEM, EXTRA-FORTEANA, 1929-1960; FOLKLORE VAMPIRICO E HISTORIAS DE FANTASMAS DEL SUR DE CALIFORNIA, 1910-1967, y así sucesivamente.

Childe había ojeado treinta y dos de estos títulos antes de llegar al último. Todos ellos resultaron interesantes pero no habían rendido excesivo fruto, y no sabía que aquel que tenía en las manos iba a ser relevante. Pero sintió que su corazón se aceleraba y la rigidez de su espalda se atenuó. En realidad aquello no merecía el nombre de pista, pero al menos era algo que se podía investigar.

Un artículo de Los Angeles Times, fechado el 1 de mayo de 1958, describía una serie de casas «reputadamente» encantadas del área de Los Angeles. Varios párrafos extensos estaban dedicados a una casa de Beverly Hills que disfrutaba no sólo de un fantasma, sino también de un «vampiro».

Había una fotografía de la Mansión Trolling tomada desde un helicóptero. Según el artículo, era imposible aproximarse lo suficiente por tierra como para poder utilizar de manera efectiva una cámara fotográfica. La casa se alzaba sobre una colina baja en medio de una gran propiedad —para los estándares del sur de California—, protegida por un muro. El parque estaba densamente poblado de árboles, de forma que la casa no podía verse desde lugar alguno al otro lado del muro. Los fotógrafos de prensa no habían conseguido obtener fotos de ella en 1948, fecha en la que el propietario de la Mansión Trolling había disfrutado de una fama pasajera y los reporteros no tuvieron mejor suerte en 1958, cuando este artículo, en el que se realizaba una recapitulación de los sucesos ocurridos diez años antes, se publicó. Había, no obstante, una reproducción de un retrato a lápiz del «vampiro», el barón Igescu, realizado por un artista que había tenido que confiar en su memoria tras ver al barón en un baile de caridad. No se sabía de la existencia de fotografías del barón. Tan sólo muy contadas personas habían llegado a verle, aunque apareció varias veces en bailes de caridad, y en una ocasión en una reunión de protesta de los contribuyentes de Beverly Hills.

La Mansión Trolling había recibido su nombre del tío del actual propietario. El tío, perteneciente también a la familia Igescu, había emigrado de Rumania a Inglaterra en 1887, donde permaneció un año y después había seguido camino hacia América, en 1889. Tras convertirse en ciudadano de los Estados Unidos, Igescu cambió su apellido por el de Trolling. Nadie supo porqué. La Mansión estaba en medio de un parque, rodeada por los cuatro costados por una elevada tapia de ladrillos rematada con picas de hierro, entre las cuales se había tendido un entramado

de alambre de espinos. Era una inmensa construcción, llena de esquinas y recovecos, de un estilo Victoriano muy tardío; se había edificado en 1900, una época en que Beverly Hills era una alejada comarca agrícola, en torno a los vestigios de una antigua hacienda edificada, cien años antes, por el excéntrico (demente, según algunos), don Pedro del Osorojo. Se suponía que Del Osorojo estaba emparentado con la familia de De Villa, que era la propietaria de toda la región, pero el dato no pudo ser confirmado con certeza. De hecho, era bien poco lo que sabía acerca de Del Osorojo, excepto que era un hombre con tendencia a la reclusión y que disfrutaba de una desconocida fuente de inmensas riquezas. Su esposa procedía de España (en aquellos tiempos California era una colonia española) y se decía que pertenecía a la nobleza castellana.

En 1938, el propietario actual, Igescu, se vio, bien involuntariamente, bajo los focos de la publicidad al ser conducido al Hospital Cedros del Líbano tras una colisión automovilística entre Hollywood y La Brea, llegando cadáver. Al atardecer del día siguiente, el forense del condado procedió a la autopsia. Igescu carecía de heridas o daños perceptibles.

Al primer roce del escalpelo, Igescu se incorporó sobre la mesa de disección.

Esta historia fue recogida por los periódicos de todos los Estados Unidos porque un reportero señaló jocosamente que Igescu (1) jamás había sido visto durante el día, (2) era de origen transilvano, (3) procedía de una familia aristocrática que durante siglos habitó un castillo (actualmente abandonado) que coronaba una alta y empinada colina en una remota zona rural, (4) había embarcado el cadáver de su tío de vuelta a su país de origen para que fuera enterrado en el mausoleo familiar, pero el ataúd había ya desaparecido por el trayecto, y (5) vivía en una casa ya bien conocida a causa del espectro de Dolores del Osorojo.

Dolores era supuestamente el espíritu de la hija de don Pedro. Murió de pena o se suicidó por tal causa. Su amante, o en todo caso pretendiente, era un capitán de marina noruego que había visto a Dolores en un baile ofrecido por el gobernador, durante una de sus escasas apariciones en la ciudad. Al parecer se volvió loco por ella. Abandonó su barco y sus negocios, y sus hombres desertaron o fueron encarcelados en la prisión local por embriaguez y vagancia.

Lars Ulf Larsson, el capitán, a quien el viejo don Pedro había prohibido acercarse a Dolores, consiguió introducirse subrepticamente en la Mansión y cortejarla con tanto éxito, que ella le prometió escapar con él una semana más tarde. Pero llegó la noche de la fuga y Larsson no apareció. Nadie volvió a verle jamás; según una leyenda, don Pedro le había asesinado enterrando su cuerpo en sus propiedades. Otra decía que el cadáver había sido arrojado al mar.

Dolores había tomado luto y murió pocas semanas más tarde. Un mes después de su entierro, su padre se fue de caza a las colinas y no regresó. Las partidas de rescate

no consiguieron dar con él; se dijo entonces que había sido arrebatado por el mismísimo Demonio.

Los posteriores ocupantes de la casa informaron de que en ocasiones habían visto a Dolores en la casa o en el parque. Siempre iba vestida con una túnica negra sencilla a la moda de 1810; tenía el pelo negro, la piel blanca y unos labios extremadamente rojos. Sus apariciones no eran frecuentes, pero resultaban lo suficientemente estremecedoras como para hacer que se mudaran toda una larga serie de arrendatarios y propietarios. La antigua Mansión había terminado por convertirse en un montón de ruinas a excepción de dos habitaciones, cuando el tío de Igescu compró la propiedad, construyendo su casa en torno a esta parte que aún quedaba en pie.

A pesar de la publicidad en torno al Igescu actual, no se sabía en realidad gran cosa acerca de él. Había heredado de su tío una cadena de fruterías y un negocio de exportación. Bajo su impulso, o el de sus asesores, la pequeña cadena de fruterías se había convertido en una gran cadena de supermercados por todo el sudoeste y el negocio de exportación había tomado una expansión considerable.

A Childe le resultó interesante esta historia de fantasmas. Si había sido visto o no recientemente, era algo abierto a la especulación, ya que Igescu jamás lo mencionó. Su última aparición registrada se produjo en 1878, al marcharse la familia Redds.

El croquis de Igescu que aparecía en el periódico mostraba una larga y enjuta cara, con frente despejada y altos pómulos. Tenía los ojos muy grandes y las cejas tupidas. Su espeso mostacho se curvaba hacia abajo, como el de los mineros eslovacos.

Heepish regresó, y Childe, sujetando el croquis de forma que pudiera verlo, dijo:

—Desde luego este hombre no tiene el más mínimo aspecto draculino, ¿no le parece? Más bien parece el típico frutero, ¿no es cierto?

Heepish adelantó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Desde luego, no se parece en nada a Bela Lugosi —dijo, sonriendo levemente—. Pero el Drácula del libro, el de Bram Stoker, tenía precisamente esa clase de mostacho. O, por lo menos, uno parecido. Yo intenté ponerme en contacto con Igescu en varias ocasiones, sabe usted, pero jamás conseguí pasar de su secretaria. Era una mujer agradable, pero de sorprendente firmeza. El barón no quería que se le molestara por tonterías de este género.

El tono y la débil y hueca risotada de Heepish indicaban a las claras que toda posible tontería era atribuible estrictamente a Igescu.

—¿Tiene usted su número de teléfono?

—Sí, pero me costó grandes esfuerzos hacerme con él. No figura en la guía.

—No tiene usted ningún compromiso con Igescu —dijo Childe—. Necesito tener este número. Si averiguo algo que pudiera interesarle, se lo haré saber. ¿Qué le parece? Me siento en deuda con usted por haberme dedicado su tiempo y su

cooperación. Tal vez pueda hallar algo digno de su colección.

—Bueno, está bien, le daré su número —dijo Heepish con un tono perceptiblemente más cordial—. Pero posiblemente lo hayan cambiado.

Guió a Childe escaleras abajo y, mientras Childe esperaba bajo un estante que contenía las cabezas del monstruo de Frankenstein, El Cerebro Desnudo, y una inmensa mano negra de caucho con largas uñas y repleta de verrugas de alguna innominada criatura aparecida en alguna (merecidamente) olvidada película, Heepish desapareció hacia la parte trasera de la casa por un oscuro corredor festoneado de telarañas de plástico entre el techo y la pared. Salió de las sombras y telarañas con un librito negro en la mano. Childe anotó el número y la dirección en su agenda y pidió permiso para utilizar el teléfono. Marcó y obtuvo lo que esperaba: nada. Las líneas telefónicas seguían bloqueadas. Probó con el número de la Jefatura de policía de Los Angeles. Probó incluso su propio número de teléfono. Nada.

Por pura cabezonería, volvió a probar con el número de Igescu. Y esta vez, como si los hados hubieran decidido otorgarle sus favores, o por una de esas coincidencias demasiado poco plausibles como para resultar verosímiles en una novela pero que se dan en ocasiones en la vida «real», obtuvo la comunicación. La voz de una mujer dijo:

—Hola, ¡válgame el cielo, el teléfono funciona! ¿Qué ha ocurrido?

—¿Podría ponerme con el barón Igescu? —dijo Childe.

—¿Quién?

—¿No es la residencia del barón Igescu?

—¡No! ¿Con quién hablo?

—Herald Wellston —respondió Childe, dando el nombre que había decidido utilizar—. ¿Quién está al aparato?

—¡Esfúmese! ¡Esfúmese o llamaré a la policía! —chilló la mujer, colgando el aparato.

—No creo que esa fuera la secretaria de Igescu —dijo Childe en respuesta a la interrogativa expresión de Heepish—. Ese número ya no debe ser el suyo.

No creyendo en realidad que pudiera funcionar, pero dispuesto a intentarlo, marcó el número de informaciones. La llamada se produjo sin dificultades y casi al instante consiguió que le pusieran en comunicación con su contacto. Ella no tenía por qué preocuparse de que el supervisor pudiera escucharla; ella era el supervisor.

—¿Qué ha ocurrido, Linda? De golpe y porrazo están todas las líneas libres.

—No tengo ni idea. Una de esas pausas inexplicables, tal vez estemos en el ojo de la tormenta. Pero esto no va a durar, puedes apostar tus más preciadas posesiones, Herald. Mejor será que te des prisa.

Childe le explicó lo que deseaba, y ella le consiguió el número de Igescu en pocos segundos.

—Te mandaré lo de costumbre por correo antes de esta noche. Gracias, Linda, eres maravillosa.

—Tal vez no esté aquí para recogerlo si sigue este smog. O tal vez el cartero se haya dado el bote de la ciudad como todo cristo.

Colgó el teléfono. Heepish, que había salido de la habitación pero sin alejarse lo suficiente como para no haberle oído, alzó las cejas. Childe no se sintió en la obligación de justificarse pero, dado que estaba utilizando su teléfono, le pareció que debía darle algún tipo de explicación.

—Las fuerzas del bien han de utilizar la corrupción para combatir la corrupción —dijo—. Ocasionalmente me veo en la obligación de localizar algún número, y le envío un billete de diez dólares a mi informante, o solía hacerlo. Ahora tiene que ser de a veinte, con todo esto de la inflación. En este caso, sospecho que he desperdiciado mi dinero.

Heepish carraspeó. Childe salió de la casa a toda prisa; sentía que no podría soportar por más tiempo aquel sombrío y mohoso lugar, con sus monstruos petrificados en diversas actitudes de ataque y sus horrorizadas y paralizadas víctimas. Ni tampoco se sentía capaz de soportar por más tiempo al custodio del museo.

Y no obstante, cuando se detuvo en la puerta para despedirse y darle las gracias a su anfitrión por sus atenciones, se sintió avergonzado. No cabía duda de que el *hobby* de aquel hombre —o más bien su pasión— era inofensivo e incluso entretenido — hasta incluso emocionalmente depurativo— para millones de niños y de adultos que nunca llegaron realmente a dejar de serlo. Aunque consagrada a los arquetipos del horror y a sus sofisticados subproductos hollywoodenses, la casa había llegado a derrotarse a sí misma y tenía por lo tanto un valor terapéutico. Allá donde haya un exceso de horrores, el horror se convierte en algo banal.

Y aquel hombre había hecho todo lo que estuvo en su mano por ayudarle.

Le dio las gracias y le estrechó la mano, y tal vez Heepish percibiera el cambio experimentado por su invitado, ya que sonrió ampliamente, con gran cordialidad, e invitó a Childe a regresar en cualquier momento que le apeteciera.

La puerta se cerró con los chirridos radiofónicos, pero Childe y Jeremiah no fueron engullidos por una bruma corrosiva. Una brisa les acarició el cabello, el sol estaba radiante y el cielo era azul.

Hasta aquel momento Childe no se había dado cuenta de hasta qué punto se había sentido deprimido y miserable. Ahora, parpadeó con ojos que no escocían ni lagrimeaban e inspiró profundamente el precioso aire impoluto. Soltó una juguetona carcajada y dio unos pasos de giga del brazo de Jeremiah. El paseo de vuelta a su apartamento le resultó el más delicioso de su vida. Su deleite superó incluso al de su primer paseo con Sybil cuando empezó a cortejarla. Los patios y las aceras mostraban a un sorprendente número de personas, todas ellas disfrutando del aire y del sol.

Aparentemente, habían huido de la zona menos personas de las que tanto él como los expertos de radio y televisión creyeron.

No obstante, había pocos automóviles recorriendo las calles. En Wilshire Boulevard vieron tan sólo un coche entre La Ciénaga y Robertson y cuando cruzaron Burton Way por Willaman, no vieron ni un solo coche.

Sin embargo, había grandes nubes gris-verdoso apiladas contra las montañas. Pasadena y Glendale y otras ciudades del interior estaban aún envueltas por el smog.

Para cuando se despidió de Jeremiah, al dirigirse éste al hospital, el viento, que había ido disminuyendo, pareció detenerse, y el aire quedó tan inmóvil de nuevo como una medusa muerta. Un extraño resplandor apuntaba en el horizonte por el oeste; un trémulo silencio se apoderó del ambiente, como si alguien hubiera puesto un dedo sobre los labios del mundo.

Sin embargo, se sentía aún de buen humor al llegar a su casa. Las líneas telefónicas estaban ocupadas, pero insistió y al cabo de trescientos segundos de su reloj de pulsera sonó el teléfono. La voz que le respondió era femenina, grave y adorable.

Magda Holyani era la secretaria del señor Igescu; subrayó el «señor».

—No, el señor Igescu no podía ponerse al aparato. El señor Igescu jamás hablaba con nadie que no tuviera una cita. No, no le concedería una entrevista al señor Herald Wellston por mucho camino que el señor Wellston hubiera recorrido para visitarle, ni tampoco lo importante que pudiera ser la revista a la que el señor Wellston representaba. El señor Igescu jamás concedía entrevistas, y si el señor Wellston tenía en mente aquella estúpida historia de vampiros y fantasmas del Times, lo mejor que podía hacer era olvidarse, al menos de hablar acerca de ella con el señor Igescu.

O acerca de cualquier otra cosa.

Y ¿cómo había obtenido el señor Wellston aquel número de teléfono?

Childe no respondió a aquella última pregunta. Solicitó que su petición fuera transmitida al señor Igescu. Ella dijo que éste sería informado tan pronto como fuera posible. Childe le dio su número —diciendo que estaba alojado en casa de un amigo—, añadiendo que si Igescu cambiaba de opinión, podía llamarle allí. Dio las gracias a la secretaria y colgó el teléfono. Durante el transcurso de la conversación, ninguno de ellos había mencionado ni una sola vez el smog.

Childe decidió que tenía que meditar las cosas algún tiempo, y, entretanto, mejor sería que atendiera a unas cuantas cuestiones inmediatas, tales como su supervivencia. Fue en coche hasta el supermercado, que acaba de abrir de nuevo sus puertas. Aparentemente, el gerente se había alojado en el lugar, y varias de las cajeras y el empleado del almacén de licores vivían muy cerca.

El aparcamiento estaba empezando a llenarse de coches, y numerosas personas habían venido a pie. Childe se alegró de haber pensado en esto, ya que las estanterías

empezaban a tener un aspecto un tanto desolado. Hizo acopio de productos enlatados y leche en polvo y compró una botella de veinte litros de agua destilada.

En el camino de vuelta oyó seis sirenas y cruzó dos ambulancias. Desde luego, los hospitales no podrían quejarse por falta de trabajo.

Cuando hubo guardado las provisiones, había tomado ya una decisión. Cogería el coche y echaría un vistazo en torno a la propiedad de Igescu. No existía motivo racional alguno para hacerlo. No existía ni tan siquiera el más mínimo hilo conductor que pudiera conectar a Igescu con Colben. No obstante tenía el propósito de investigar. No tenía otro sitio dónde ir ni nada más que hacer. Podría pasar el resto del día con aquella pista indudablemente inconsistente, y el día siguiente, si es que la ciudad volvía a la normalidad, abordaría algún caso concreto y rentable, si es que surgía. Y alguno debería surgir. Necesariamente se habían debido producir abundantes desapariciones de personas que habrían partido, junto con el smog, hacia algún lugar desconocido.

## VIII

El trayecto en coche resultó agradable. No había más que diez coches circulando por las calles, dos de ellos de la policía, de color blanco y negro, con sus luces rojas lanzando destellos, pero sin hacer uso de las sirenas. Le doblaron a toda velocidad.

Childe se dirigió hacia el oeste por Santa Mónica Bd., torció a la derecha por Rex Fort Drive, y emprendió su safari a través de las casas y mansiones cada vez más lujosas y exclusivas (la cumbre de la jerarquía social estaba al norte de las colinas). Ascendió por Coldwater Canyon y se adentró en las colinas rotuladas en el mapa como Montañas de Santa Mónica. Giró a la izquierda y se metió por Mariconado Lañe, recorrió unos tres kilómetros por una estrecha y tortuosa carretera de asfalto, flanqueada por un muro casi impenetrable de grandes robles, de abetos, de altos y espesos matorrales y Setos, giró a la derecha por Daimon Drive, recorrió unos dos kilómetros pasando junto a varias propiedades protegidas por elevados muros, llegando finalmente a la finca de Igescu (si es que Heepish le había orientado correctamente).

Al final de un muro construido con argamasa blanca, a trescientos metros de la verja de entrada, la carretera terminaba bruscamente. Pero ningún obstáculo impedía continuar a pie. Quienquiera que fuese el propietario de la tierra lindante con la del barón, no parecía sentir necesidad alguna por preservar su intimidad. Childe condujo hasta el final de la zona pavimentada, y tras algunas maniobras consiguió dar la vuelta al coche. Lo dejó con su parte trasera rozando un arbusto y apuntando carretera abajo. Tras cerrar las puertas, enterró una llave de repuesto al pie de un arbusto (siempre debe estar uno preparado para las emergencias) y después echó a andar hasta la verja de entrada.

El muro medía más de tres metros de altura y estaba rematado por picas de hierro, entre las cuales se habían tendido de seis a ocho hileras de alambre de espinos. La verja era una pesada puerta de hierro forjado, de una sola pieza, que se abría hacia afuera por medio de un mecanismo eléctrico. No se veía ninguna cerradura. Para abrirla, sin duda debía insertarse un fleje de metal en un hueco de una pieza de acero, al costado de la verja. La verja estaba pintada de color negro mate y estaba separada en ocho cuadrados por medio de gruesas barras de hierro. Cada cuadrado sustentaba una placa de hierro forjado que tenía el cuerpo de un grifo con alas de murciélago. Aquello parecía salir de una película de serie B, pero seguramente no era más que una coincidencia. Las alas de murciélago debían tener seguramente algún significado heráldico.

Una caja de metal suspendida a la altura de una persona, adosada al poste

derecho, parecía ser un interfono. Más allá de la verja, una estrecha carretera asfaltada describía una curva y desaparecía entre los espesos bosques. La única señal de vida visible era una alicaída ardilla negra. (La radio había informado de que todos los pájaros habían huido de la zona).

Childe caminó hasta los bosques que había al final de la carretera. Ignoró el cartel de LOS INTRUSOS SERÁN ENÉRGICAMENTE PERSEGUIDOS —le gustaba aquello de ENÉRGICAMENTE— y echó a andar a lo largo del muro. El camino no era sencillo. Los arbustos y las zarzas parecían empeñados en retenerle. Pugnó contra ellos y se retorció unas cuantas veces y un poco más allá del muro describió una curva a la derecha ascendiendo una empinada colina. Jadeante, gateó hasta la cumbre. Se preguntó si su forma física había desaparecido por completo o si el smog había disminuido su capacidad para la asimilación del oxígeno.

El muro seguía obstaculizando su camino. Después de un breve descanso, trepó a lo alto de un enorme roble. Cerca de la copa miró a su alrededor, pero sólo divisó árboles al otro lado del muro. No había ramas que pudiera utilizar para sobrepasar el muro.

Descendió lenta y cuidadosamente. Cuando niño, en ocasiones pensó que tal vez resultara más divertido ser Tarzán que Sherlock Holmes. No había llegado a ser ni uno ni el otro, pero indudablemente estaba más cerca de Holmes que de Tarzán. Ni siquiera desempeñaría bien el papel de Jane. El sudor se deslizaba por su cara y empapaba su camiseta debajo de los sobacos. Sus pantalones estaban rotos por dos sitios, un pequeño arañazo en el dorso de su mano izquierda sangraba profusamente, las palmas de sus manos estaban despellejadas y sucias, y sus zapatos arañados. El sol, en empática actitud con su estado de ánimo, estaba bajo. Estaba a punto de tocar el risco de las colinas occidentales, que alcanzaba a ver entre las ramas. Ahora tendría que regresar e inspeccionar el muro en algún otro momento —si es que lo había—, ya que recorrer a tropezones y al azar los bosques, en medio de la oscuridad, podía ser exasperante. Se apresuró a volver a su automóvil, perdiendo esta vez un botón de la camisa, y llegó a él justo al atardecer. El silencio era semejante al de alguna profunda caverna. No se escuchaba el canto de ave alguna. Incluso los zumbidos de los insectos habían desaparecido. Tal vez el smog los hubiera matado; estaba seguro, en todo caso, de que su número había disminuido y los supervivientes habían huido. No se escuchaba sonido alguno de aviones o automóviles, sonidos de los que hubiera sido imposible escapar en lugar alguno del condado de Los Angeles, ya fuera de día o de noche. La atmósfera parecía preñada con un espíritu de... ¿de qué en realidad? De expectación. Si aquella expectación iba dirigida a él o a alguna otra persona, y a qué obedecía, era algo difícil de discernir. Reflexionó un instante y le pareció una idea ridícula.

Se puso al volante; se acordó de la llave enterrada bajo el arbusto, se aprestó a

salir a recogerla, después se lo pensó mejor y cerró de nuevo la puerta. Tamborileó con sus dedos, deseó no haber dejado de fumar, y se puso a masticar chicle. Estuvo a punto de encender la radio pero decidió que, en medio de aquel silencio, su sonido podía llegar demasiado lejos.

Finalmente los últimos resplandores del sol desaparecieron. La oscuridad que le rodeaba se hizo más compacta, como si la noche se solidificara. El fulgor familiar producido por el millón de luces de la ciudad, la falta de nubes para reverberarlo, se echaba a faltar aquella noche, las colinas y árboles que le rodeaban ocluían el brillo del horizonte. Las estrellas empezaron a abrirse paso a través de la oscuridad. Al cabo de un rato, la luna casi llena, ribeteada de negro, como una tarjeta de pésame, se alzó por encima de la arboleda.

Childe esperó. Transcurrido un rato, salió del automóvil y avanzó hacia la verja y escrutó a través de los barrotes, pero no alcanzó a ver siquiera el más pálido nimbo que pudiera indicar que, en algún lugar de aquella espesa oscuridad, existía un gran edificio bien iluminado, en el que se alojaban al menos dos personas. Regresó al coche, estuvo sentado esperando alrededor de un cuarto de hora más, y después se inclinó hacia la llave de contacto. Su mano se detuvo a dos centímetros de ella.

El sonido que acababa de oír le había erizado los pelos.

Había cazado suficientes veces en Montana y en el Yucón como para reconocer en aquel sonido un aullido de lobos. Surgía de algún lugar entre los árboles que había al otro lado del muro de la propiedad de Igescu.

## IX

A su regreso al apartamento se sentía muy fatigado. Sólo eran las diez de la noche pero había atravesado un sinfín de vicisitudes. Además, el aire emponzoñado había consumido su energía. El breve respiro de la brisa no había supuesto una gran ayuda. El aire seguía siendo sofocante, y a Childe le parecía que empezaba a volverse de nuevo gris. Sin duda, aquello debía ser uno de los trucos que últimamente su imaginación parecía complacerse en hacerle, porque no circulaban suficientes automóviles en las calles como para que se produjera otra acumulación de smog.

Llamó al comisario y preguntó por el sargento Bruin. No esperaba encontrarle, pero tuvo suerte. Bruin tenía un montón de cosas que contar acerca de sus problemas con el tráfico durante aquel día. Por no mencionar que su esposa había decidido de repente salir de la ciudad. ¡Cristo! El smog había desaparecido, ¿no? En fin, por lo menos de momento. No había forma de saber lo que podría ocurrir si continuaba aquel tiempo enloquecido. Tenía que acostarse ya mismo, porque el día siguiente se presentaba aún peor. No por el tráfico. La mayor parte de los refugiados estarían ya más allá de los límites del Estado. Pero regresarían. No era aquello lo que le preocupaba. Aquel clima demencial y el smog, o para ser exactos la súbita desaparición del smog, había tenido como resultado una creciente espiral de asesinatos y suicidios. Hablaría con Childe al día siguiente, si encontraba un momento.

—Da la impresión de que estás totalmente agotado, Bruin —dijo Childe—. ¿No te interesa saber lo que he venido haciendo acerca del caso de Colben?

—¿Has averiguado algo en concreto? —dijo Bruin.

—Estoy siguiendo una pista. Tengo un presentimiento...

—¡Un presentimiento! ¡Un presentimiento! ¡Por el amor de Dios, Childe, estoy agotado! ¡Ya te veré!

Bruin colgó.

Childe maldijo para sí, pero al cabo de un rato tuvo que admitir que la reacción de Bruin estaba justificada. Decidió irse a la cama. Verificó su contestador automático. Había una llamada. A las 9:45, justo antes de que llegara a casa, Magda Holyani había telefoneado para informar de que el señor Igescu había cambiado de opinión y que le concedería una entrevista. Debía llamarla si regresaba antes de las diez. En caso contrario, no debía hacerlo antes de pasadas las tres de la tarde siguiente.

Childe no consiguió dormir durante largo rato, inquieto por intentar adivinar qué podría haber hecho cambiar de opinión al barón. ¿No habría visto tal vez a Childe recorriendo el exterior del muro, decidiendo invitarle por alguna siniestra razón?

Se despertó de golpe, incorporándose con el corazón encogido. El teléfono repiqueteaba junto a él. Lo derribó sin querer y tuvo que bajar trabajosamente de la cama para recogerlo del suelo. Identificó de inmediato la voz del sargento Bruin.

Las retorcidas manecillas del reloj de su mesilla de noche indicaban el doce y el ocho, estilo gótico.

—¿Childe? ¿Childe? ¡Magnífico! Normalmente me sentiría culpable por despertarte, pero yo estoy levantado desde las seis. Escucha: ¡el coche de Budler ha aparecido esta mañana! En el mismo aparcamiento en el que encontramos el automóvil de Colben. ¿Qué dices a eso? Los muchachos del laboratorio, los que hay disponibles, están ahora revisándolo.

—¿A qué hora de la mañana? —dijo Childe.

—A eso de las seis. ¿Por qué? ¿Qué puede importar eso? ¿Es que has descubierto algo?

—No. Escucha, si es que dispones de un momento —y Childe le contó a grandes rasgos sus actividades del día anterior—. Tan sólo quería que supieras que voy a ir allí esta noche; en caso de que...

Se detuvo. Súbitamente se sintió como un estúpido, y la risotada de Bruin no hizo más que acrecentar esta sensación.

—¿En caso de que no des señales de vida? ¡Ja! ¡Ja! Bruin se rió estrepitosamente. Finalmente, dijo:

—Está bien, Childe. Estaré pendiente de tu regreso. Pero toda esta historia acerca del vampiro... ¿un barón, sin cofia?, ¿un barón rumano transilvano en plan de vampiro auténtico que controla una cadena de supermercados? ¡Ja! ¡Ja! Childe, ¿estás seguro de que el smog no se te ha comido las neuronas?

—Diviértete mientras puedas —le respondió Childe con tono digno—. ¿Tenéis vosotros alguna pista, dicho sea de paso?

—¿Cómo diablos íbamos a tenerla? ¡Sabes perfectamente que no hemos tenido ni un momento libre!

—¿Y qué hay de los lobos, entonces? —retrucó Childe—. ¿Acaso no hay alguna ley acerca de la posesión de animales salvajes, animales peligrosos, en los vecindarios? Por los aullidos, daban la impresión de andar sueltos.

—¿Cómo sabes que eran lobos? ¿Llegaste a verlos?

Childe admitió que no, que no los había visto. Bruin dijo que incluso aunque hubiera alguna ley prohibiendo tener lobos en libertad en Beverly Hills, eso sería un asunto de la competencia de la policía local o tal vez de la policía del condado. No estaba seguro, porque aquella zona era una demarcación dudosa; estaba en el mismísimo borde de Beverly Hills, si no le fallaba la memoria. Tendría que verificarlo.

Childe no insistió en que lo averiguara. Sabía que Bruin estaba demasiado

ocupado como para interesarse por el asunto y aunque no lo hubiera estado, lo más probable era que pensara que Childe estaba siguiendo un rastro equivocado. Childe no pudo por menos que admitir que aquello era muy probable. Pero no tenía nada más en que ocuparse.

El resto del día lo ocupó limpiando su apartamento, lavando su colada en las máquinas del sótano del edificio, haciendo planes para la noche, especulando sobre su resultado y recogiendo material que introdujo en el portamaletas del coche.

Vio también las noticias en la tele. El aire estaba inmóvil y tenía un color gris plomizo. A pesar de esto, la mayor parte de los ciudadanos parecían opinar que las condiciones estaban volviendo a la normalidad. Los negocios habían abierto de nuevo, y las calles se iban llenando de automóviles. No obstante, las autoridades advertían a quienes abandonaron la zona que no regresaran si habían encontrado algún lugar donde quedarse. El clima «antinatural» podía continuar durante tiempo indefinido. No existía explicación alguna que lo aclarara, ni siquiera que pudiera ser expuesta de manera convincente. Pero en caso de que volvieran las condiciones atmosféricas normales, sería preferible que aquellos cuya salud estuviera en peligro a causa del smog permanecieran alejados, o bien regresaran tan sólo durante el tiempo necesario para dejar resueltos sus asuntos antes de partir de nuevo.

Childe fue al supermercado, que estaba funcionando a un nivel de normalidad de casi un sesenta por ciento, para abastecerse para un tiempo. El cielo se estaba oscureciendo rápidamente, y aquella peculiar y horrenda luz se había extendido ya por todo el cielo desde el horizonte. Parecía aplastar a los humanos que caminaban bajo aquella cúpula; hablaban menos que de costumbre y más bajo, y hasta el sonido de las bocinas había sufrido una apreciable reducción.

Los pájaros no habían regresado.

Childe llamó dos veces a Igescu. La primera vez, una grabación le indicó que las llamadas sólo serían atendidas a partir de las seis. Childe se preguntó por qué el mensaje grabado de la noche anterior había dicho que podría llamar a partir de las tres. Childe volvió a llamar pocos minutos después de las seis. La voz grave de Magda Holyani respondió al teléfono.

Sí, el señor Igescu le recibiría aquella tarde a las ocho. En punto. Y la entrevista debería finalizar a las nueve. El señor Wellston tendría que firmar un documento comprometiéndose a que cualquier material publicado debería tener la previa aprobación del señor Igescu. No, no podía llevar una cámara fotográfica. El chófer, Eric Glam, se encontraría con el señor Wellston en la verja y le llevaría en coche hasta la casa. El automóvil del señor Wellston debería quedar aparcado en el exterior.

Childe colgó, y se había alejado tres pasos del teléfono cuando este sonó de nuevo. Era Bruin:

—Childe, el informe del laboratorio llegó hace ya algún tiempo, pero no he tenido

ocasión de verlo hasta ahora. Hizo una pausa.

—¿Y bien? —dijo Childe.

—El coche estaba limpio, exactamente igual que el de Colben. A excepción de una cosa.

Bruin hizo otra pausa. Childe sintió un estremecimiento en la espina dorsal que ascendió por su cuello hasta llegar a su cuero cabelludo. Al oír a Bruin, había sentido una sensación de *deja vu*, de haber escuchado antes aquellas palabras bajo circunstancias exactamente idénticas. Pero en realidad no era tanto una cuestión de *deja vu* como de premonición.

—Había pelos en el asiento delantero. Pelos de lobo.

—Entonces, ¿has cambiado de opinión acerca del interés de investigar a Igescu?

—No podemos —gruñó Bruin—, no en este momento; pero sí creo que tú deberías hacerlo. Los pelos de lobo fueron puestos sobre el asiento a propósito, esto es obvio, considerando lo limpio que estaba todo lo demás. ¿Por qué? ¿Quién puede saberlo? Yo esperaba otra película, esta vez con Budler, pero no ha llegado nada. De momento.

—Podría ser tan sólo una coincidencia —dijo Childe—. Pero si no te he llamado esta noche a las diez, si es que no te importa que te llame a tu casa, quizá sea mejor que le hagas una visita al barón.

—Demonios, me apostaría algo a que no estaré libre de servicio a las diez y vete a saber dónde estaré. Podría hacer que me transmitieran tu llamada, pero al teniente no le iba a hacer ninguna gracia, estamos ya bastante agobiados con llamadas oficiales, y esta difícilmente podría ser calificada así. No, llama al sargento Mustanoja, estará de guardia y cogerá el recado para mí. Me pondré en contacto con él en cuanto pueda.

—Entonces digamos mejor que a las once —dijo Childe—, tal vez me quede retenido allá.

—Espero que no sea por las pelotas —dijo Bruin, y riéndose colgó el auricular.

Childe sintió una ligera retracción en sus testículos. No le hacía mucha gracia el humor de Bruin. Desde luego, no mientras la película de Colben permaneciera nítida en su cerebro.

Dio tres pasos y el teléfono volvió a sonar. Magda Holyani le dijo que, lamentándolo mucho, habría que posponer la reunión hasta las nueve.

Childe dijo que no tenía importancia. Holyani le respondió que era muy amable por su parte y que por favor estuviera allí a las nueve en punto.

Childe volvió a llamar a Bruin para informarle del cambio de planes. Bruin había salido, de modo que le dejó el recado al sargento Mustanoja.

A las ocho treinta salió con el coche. Desde el Beverly Boulevard, las colinas parecían fantasmas excesivamente tímidos como para vestirse de momento con un ectoplasma denso.

Cuando detuvo su coche ante la verja de la finca de Igescu, era ya noche cerrada. En el interior, un automóvil grande vertía la luz de sus faros carretera privada arriba, alejándose de la verja.

Una forma voluminosa estaba apoyada contra ésta. Se dio la vuelta y una gigantesca figura de hombros extraordinariamente anchos y estrecha cintura quedó silueteada frente a las luces. Lucía una gorra de chófer.

—Soy el señor Wellston. Estoy citado a las nueve.

—Sí, señor. ¿Me permite su identificación, señor?

La voz sonaba como emitida por un gran tambor.

Childe extrajo varias tarjetas, una licencia de conducir y una carta, todas ellas falsificadas. El chófer las revisó con la ayuda de una pequeña linterna, se las devolvió a través de la abertura de la verja y desapareció a un costado. La verja se abrió hacia dentro silenciosamente. Childe entró y la verja se cerró. Glam se acercó a grandes zancadas, abrió la puerta trasera del automóvil para que entrara y la cerró una vez que Childe estuvo sentado. Él se sentó al volante y Childe pudo apreciar que sus orejas eran enormes y se extendían en ángulo recto desde su cráneo, aparentemente tan grandes como las alas de un murciélago. Por supuesto exageraba un poco, pero realmente eran enormes.

Hicieron el recorrido en silencio; el gran Rolls-Royce seguía los meandros del camino sin esfuerzo alguno y sin ningún ruido perceptible de motor. Sus faros iluminaban a su paso árboles diversos, abetos, arces, robles, y multitud de espesas plantas recortadas en extrañas formas. La luz parecía dar existencia a aquella vegetación. Tras recorrer tal vez un kilómetro a vuelo de pájaro, si bien dado lo tortuoso del recorrido, quizá habían sido tres, el automóvil se detuvo frente a otro muro. Este era de ladrillo rojo, medía unos tres metros y estaba rematado por picas de acero unidas entre sí con alambre de espino. Glam oprimió algo en el tablier y la verja de hierro se abrió hacia dentro.

Childe miró por las ventanas pero no alcanzó a ver más que una continuación de la carretera y de los bosques. Súbitamente, al tomar la primera curva, vio el reflejo de los faros contra cuatro ojos resplandecientes. Los faros se apartaron, los ojos desaparecieron, pero no antes de que pudiera apreciar dos formas lobunas escurriéndose hacia los arbustos.

El automóvil emprendió la subida de una empinada colina y al aproximarse a su cúspide los faros enfocaron una cúpula victoriana. El camino describía una curva frente a la casa y, mientras los rayos de luz barrían su fachada, Childe observó que, tal y como la había descrito el artículo del periódico, era una estructura extravagante. La parte central, obviamente más antigua, estaba hecha de adobe. Las alas eran de madera pintada de gris, exceptuando las ventanas ribeteadas de rojo, y se extendían colina abajo, hasta media pendiente, de forma que la casa parecía un monstruoso

pulpo apoltronado sobre una roca.

Esta imagen atravesó su mente como una inserción incongruente en una película, y luego no vio más que una edificación extravagante, incluso monstruosa.

El edificio original tenía un amplio porche, y las edificaciones añadidas posteriormente habían sido también equipadas con sus respectivos porches. La mayor parte del porche estaba sumida en sombras, pero su porción central estaba tenuemente iluminada por la luz que se escapaba a través de unas delgadas persianas. Frente a una de ellas pasó una sombra.

El automóvil se detuvo. Glam se apresuró a salir, abriéndole la puerta a Childe. Childe bajó y se mantuvo inmóvil un minuto, escuchando. Los lobos no habían aullado ni una sola vez. Se preguntó qué les retenía de atacar a los habitantes de la casa. Glam no parecía preocuparse acerca de ellos.

—Por aquí, señor —dijo Glam precediéndole por el porche hasta la puerta principal. Apretó un botón y se encendió una luz encima de la puerta. La maciza puerta era de una madera noble, ¿caoba?, muy trabajada, representando una escena pintada (al parecer) por El Bosco. Pero una inspección más minuciosa le convenció de que era la obra de un español. Había algo indefiniblemente ibérico en aquellos seres (demonios, monstruos, hombres) que sufrían toda clase de torturas o fornicaban de maneras harto peculiares con órganos que resultaban a su vez harto peculiares.

Glam había dejado su gorra de chófer en el asiento delantero del Rolls. Vestía un traje negro de franela, y sus pantalones estaban metidos dentro de las botas. Sacó una gran llave de un bolsillo, la introdujo en la puerta, la abrió de par en par (estaba bien centrada, no se produjeron chirridos estilo Inner Sanctum), y se inclinó indicando a Childe que pasara. Se encontraban ante un gran (incluso podría describirse como inmenso) recibidor. De hecho era un vasto recibidor que recorría la parte frontal de la casa, y a la mitad había una amplia entrada a otro recibidor que se hundía en las profundidades de la casa. Las alfombras eran gruesas y de color vino, con un dibujo verde pálido. Unos pocos muebles pesados, macizos, de estilo español, se alineaban junto a las paredes.

Glan le dijo que esperara a que le anunciara. Childe vio como el gigante tenía que agacharse para atravesar el umbral que daba al recibidor central. Después volvió la cabeza violentamente a la derecha, porque había percibido por el rabillo del ojo que alguien o algo desaparecía en un ángulo del pasillo. Se sorprendió, ya que no había visto a nadie al entrar. Entrevió la espalda de una mujer alta, una amplia falda negra que le llegaba hasta los pies, la blanca piel de su espalda que la uve del escote dejaba al descubierto, un cabello negro recogido en lo alto, y una gran peineta negra.

Sintió frío y, por un segundo, desorientación.

No dispuso entonces de más tiempo para pensar en la aparición, puesto que su anfitrión venía a su encuentro. Igescu era un hombre alto y enjuto de pelo castaño,

espeso y ondulado, grandes ojos verde brillante, una gran nariz aquilina y un hoyuelo en la mejilla derecha. El bigote había desaparecido. Parecía rondar los sesenta y cinco años de edad, unos sesenta y cinco años vigorosos y atléticos. Vestía un smoking azul oscuro. Su corbata era negra con un símbolo azulado en su centro, casi indiscernible. Childe no conseguía identificarlo; su contorno parecía ser fluido, cambiar de forma a cada gesto de Igescu.

Su voz era grave y agradable, y hablaba con tan sólo un levísimo acento extranjero. Estrechó la mano de Childe. Sus manos eran grandes y fuertes y su presión era poderosa. La mano era fría pero no en un grado que pudiera considerarse anormal. Parecía un anfitrión extraordinariamente cordial y distendido, pero dejó perfectamente claro que no permitiría que su huésped permaneciera en la casa más de una hora. Le hizo a Childe unas preguntas acerca de su trabajo y de la revista que representaba. Childe le dio detalladas respuestas; estaba preparado para un interrogatorio mucho más extenso.

Glam había desaparecido en dirección desconocida. Igescu invitó a Childe a recorrer la casa. No duró más de cinco minutos, ya que la visita se limitó a unas pocas habitaciones de la planta baja. Childe no pudo hacerse una idea precisa de la distribución de la casa. Regresaron a un gran salón que daba al recibidor central, e Igescu pidió a Childe que se sentara. El salón estaba también amueblado estilo español y tenía además un piano de cola. Sobre la repisa de una chimenea había un gran retrato al óleo. Childe, dando pequeños sorbos a un excelente *brandy*, escuchaba a su anfitrión, estudiando mientras el retrato. Representaba una bellísima joven vestida con un traje español y con un gran abanico de marfil en la mano. Tenía unas cejas inusualmente espesas y unos ojos extraordinariamente oscuros, como si el pintor hubiera inventado un pigmento capaz de concentrar la negrura. Había un esbozo de sonrisa en los labios del retrato, pero no estilo Monna Lisa, ya que la sonrisa parecía indicar una firme determinación de... ¿de qué? Estudiando los labios, Childe pensó que en aquella sonrisa había algo cruel, como si en ella se ocultara un odio profundo junto con un deseo de venganza. Tal vez fueran el *brandy* y aquel ambiente los que le inducían a pensar aquello, o tal vez el personaje desagradable y lleno de odio hubiera sido el artista, quien hubiese proyectado sobre la inocente vaciedad de su sujeto sus propios sentimientos. Cualquiera que fuese la verdad, el artista tenía talento. Le había dado a su obra la autenticidad, que es algo más que la vida.

Interrumpió a Igescu para interrogarle acerca de la pintura. A Igescu no pareció molestarle aquella interrupción.

—El nombre del artista era Krebens —dijo—. Si se aproxima usted al cuadro, verá su firma en letras minúsculas en el rincón de la izquierda. Yo poseo un conocimiento bastante amplio sobre la historia del arte y la historia de la región, pero

jamás he visto ningún otro cuadro suyo. Este venía incluido con la casa; se dice que es de Dolores del Osorojo. Personalmente yo estoy convencido de que así es, ya que he visto al modelo.

Sonrió. Childe volvió a sentirse helado.

—Un instante después de entrar en la casa —dijo—, vi a una mujer doblar la esquina en el extremo del recibidor. Iba vestida con ropas españolas antiguas. ¿Podría tal vez ser...?

—Sólo hay tres mujeres en esta casa. Mi secretaria, mi bisabuela y una huésped. Ninguna de ellas utiliza jamás la ropa que usted describe.

—Al parecer, al fantasma lo han visto un buen número de personas. No obstante, a usted no parece alarmarle. Igescu se encogió de hombros.

—Tres de nosotros —dijo—, Holyani, Glam y yo hemos visto a Dolores en multitud de ocasiones, aunque siempre a distancia y tan sólo por unos instantes. No se trata de ninguna ilusión ni de ningún hechizo. Pero parece inofensiva, y me resulta más fácil soportarla que a muchas personas de carne y hueso.

—Me gustaría que me hubiera permitido traer una cámara. Esta casa es extremadamente pintoresca, y si hubiera podido fotografiar su fantasma... ¿o acaso lo ha intentado usted ya y ha averiguado que no sale en las fotos?

—En efecto, así era cuando llegué aquí —dijo Igescu—. Pero posteriormente lo ensayé de nuevo y pude fotografiar su imagen con perfecta claridad. El mobiliario que había detrás de ella aún se podía percibir débilmente a través suyo, pero ella es mucho más opaca que antes. Supongo que con el tiempo, y con suficientes personas de las que tomar la sustancia necesaria...

Hizo un vago gesto con la mano como rematando la frase. Childe se preguntó si Igescu no estaría tomándole el pelo.

—¿Podría ver esa foto? —preguntó.

—Claro está —respondió Igescu—. Pero, por supuesto, esto no demuestra nada. Quedan muy pocas cosas que no puedan falsificarse...

Se dirigió a un intercomunicador disimulado como humidificador para cigarros, en una lengua que Childe no acertó a reconocer. Desde luego no sonaba a idioma latino, aunque, dada su falta de familiaridad con el rumano, carecía de medios para identificarlo. Aunque dudaba que el rumano tuviera sonidos tan guturales.

Oyó un chasquido de bolas de billar y se volvió para mirar a la habitación contigua. Dos jóvenes estaban jugando con gran concentración. Ambos eran rubios, de estatura media y atractiva constitución, e iban vestidos con ajustados jerseys blancos, vaqueros blancos igualmente ajustados y sandalias negras. Por su aspecto bien podían ser hermanos. Sus cejas eran altas y arqueadas y las cuencas de los ojos hundidas. Sus labios resultaban peculiares. El labio superior era tan delgado que parecía el filo de un cuchillo ensangrentado; el labio inferior estaba tan hinchado que

daba la impresión de haber sido cortado por el superior y que la herida se hubiera infectado.

Igescu los llamó. Alzaron las cabezas con una vivacidad tan animal que Childe no pudo evitar pensar en los lobos que había visto de pasada en su recorrido hasta la casa. Saludaron a Childe con un movimiento de cabeza cuando Igescu los presentó como Vasili Chornkin y *Frau* Krautschner, pero no sonrieron ni dijeron palabra alguna. Parecían ansiosos por reemprender su partida de billar. Igescu no dio explicaciones sobre su presencia en la casa, pero Childe pensó que la muchacha debía ser la huésped que había mencionado.

Glam apareció súbita y silenciosamente; se deslizaba como un gato a pesar de su peso y su talla. Entregó a Igescu un sobre de papel manila. Childe echó una mirada a Igescu mientras extraía la foto del sobre. Entretanto, Glam había desaparecido tan rápida y silenciosamente como entró.

La foto se había tomado de día, desde unos doce metros de distancia. La luz que inundaba la habitación, penetrando a través del gran ventanal, mostraba todos los detalles. Allí estaba Dolores del Osorojo en el momento de abandonar el recibidor a través de una puerta. El borde de la puerta y parte de una silla cercana se distinguía vagamente a su través. Ella estaba mirando hacia atrás, hacia la cámara, con la misma vaga sonrisa del cuadro.

—Lo siento, pero tengo que pedirle que me la devuelva —dijo Igescu.

## X

— Tiene usted razón, una foto no demuestra nada —dijo Childe. Consultó su reloj. Le quedaba media hora. Iba a preguntar al barón acerca de su accidente automovilístico y el incidente de la Morgue, cuando en ese momento entró Magda Holyani.

Era una mujer alta, delgada, de pechos pequeños, que rondaba los treinta años, con hermosas aunque desproporcionadas facciones y una espesa cabellera rubio platino. Caminaba como si sus huesos fueran de caucho o como si su carne recubriera diez mil delicados huesos intrincadamente articulados. Los huesos de su cabeza daban la impresión de ser menudos; sus pómulos eran altos, y sus ojos estaban inclinados. Su boca era excesivamente delgada. Había en ella algo indefinido que hacía pensar en un reptil o, para ser más exacto, en una serpiente. Pero no por ello parecía repulsiva. Al fin y al cabo, hay multitud de serpientes extremadamente bellas.

Sus ojos eran tan claros que Childe al principio pensó que eran incoloros, pero, vistos más de cerca, resultaban ser de un gris muy claro. Su piel era muy blanca, como si rehuyera no sólo el sol sino también la luz del día. No obstante, no tenía el menor defecto. No llevaba el más mínimo atisbo de maquillaje. Sus labios podrían haber parecido pálidos si se hubiera colocado junto a una mujer con los labios pintados, pero en el marco de la blancura de su piel parecían oscuros y brillantes.

Vestía un ajustado traje negro con un corpiño con un gran escote cuadrado y la espalda casi totalmente al descubierto. Sus medias eran de nylon negro y sus zapatos de tacón alto eran también negros. Se sentó, una vez hechas las presentaciones, poniendo al descubierto, hasta medio muslo, unas preciosas piernas, aparentemente carentes de huesos. Tomó el relevo de Igescu en la conversación; éste encendió un costoso cigarro y pareció perderse en la contemplación de su humo.

Childe intentó proseguir la ceñida entrevista que había empezado con Igescu, pero ella respondía de forma concisa e insatisfactoria y a cada una de sus preguntas contraatacaba con otra acerca de él o de su trabajo. Tuvo la sensación de que era él quien estaba siendo interrogado.

Empezaba a desesperarse. Esta sería su única oportunidad de averiguar algo, y ni siquiera estaba consiguiendo obtener una «sensación» bien de normalidad o bien de extrañeza sobre el lugar y sus ocupantes. Resultaban un poco excéntricos, pero eso no significaba nada, especialmente en el sur de California.

Se dio cuenta de que Glam, que estaba ocupándose en vaciar los ceniceros y llenando de nuevo los vasos, no quitaba ojo de la mujer. En una ocasión la tocó, y ella volvió la cabeza como un látigo y se quedó mirándole con fiereza, Igescu observó

que Childe se había dado cuenta, pero se limitó a sonreír.

Finalmente Childe decidió ignorar a Magda y preguntarle directamente a Igescu si tendría algún inconveniente en comentarle el tan cacareado incidente del «vampiro». Después de todo, aquello era lo que le había hecho venir. Y hasta el momento no había conseguido averiguar gran cosa. Su artículo resultaría más bien escueto, se preguntaba incluso si podría escribir alguno.

—Francamente, señor Wellston —dijo Igescu—, accedí a esta entrevista porque deseaba terminar, de una vez por todas, con la curiosidad de la gente por el incidente en cuestión. Básicamente, yo no soy más que un hombre que ama su intimidad: soy rico pero dejo dirigir mis negocios a otras personas y disfruto de una existencia muy apacible. Usted ha visto mi biblioteca. Como habrá podido comprobar, es muy extensa y valiosa y contiene gran abundancia de primeras ediciones. Cubre una amplia variedad de temas. No quiero parecer presuntuoso, pero puedo afirmar que soy un hombre de lecturas extremadamente amplias en muchos idiomas. Hay diez estantes repletos de libros sobre mi *hobby* particular: las piedras preciosas. Pero posiblemente haya usted observado también que hay varias estanterías con libros acerca de temas tales como la brujería, el vampirismo, la licantropía, etcétera. Aunque me interesan estas temas, este interés, señor Wellston, es de tipo profesional.

Sonrió por encima de su cigarro.

—No, señor Wellston —continuó—, no es por ser un vampiro por lo que he leído textos acerca de estos temas. No tenía el menor interés en ellos hasta después del incidente que ha motivado su visita... Pensé que si iba a ser tildado de vampiro, lo menos que podía hacer era averiguar cómo son. Por supuesto, ya tenía alguna idea al respecto, ya que al fin y al cabo procedo de un área en la que los campesinos creen más en los vampiros y en el demonio que en Dios. Pero mis tutores jamás me enseñaron gran cosa sobre estas supersticiones populares y mis contactos con la nobleza local no eran exactamente íntimos. Decidí concederle esta entrevista para que, de una vez por todas, se acabara con toda esa leyenda sobre mi vampirismo. Y también para desviar la atención de mi persona hacia la única característica realmente sobrenatural de esta casa: Dolores del Osorojo. Y, asimismo, he cambiado de opinión acerca de las fotografías para su artículo. Haré que Magda le envíe unas cuantas. Mostrarán algunas de las habitaciones de la casa y varias imágenes del fantasma. Haré esto a condición de que deje usted bien claro en su artículo que yo soy una persona que ama su intimidad y quiere llevar una vida tranquila, y que toda esa charlatanería acerca del vampirismo no es más que eso, charlatanería. Una vez que haya establecido eso, puede usted hacer tanto hincapié en la cuestión del fantasma como le venga en gana. Pero también debe usted dejar claramente sentado que no se concederán más entrevistas a nadie y que no me gusta verme asediado ni por los amantes de lo insólito, ni por los ocultistas, ni por periodistas. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto, señor Igescu. Puede usted contar con mi palabra. Y por supuesto, tal como acordamos, usted podrá revisar el artículo antes de que sea publicado.

Childe empezaba a sentirse un poco mareado. Deseó no haber aceptado la copa de *brandy*. Llevaba cuatro años sin beber, y no hubiera transgredido su norma si no hubiera sido porque al haber Igescu elogiado tanto el *brandy*, proclamando su extraordinaria rareza, se había sentido tentado a probarlo. También temió ofender a su anfitrión si no aceptaba. No obstante, sólo había bebido una copa grande. O bien el licor era enormemente poderoso o él estaba especialmente vulnerable tras su largo período de abstinencia. Igescu volvió la cabeza para mirar al reloj de pared:

—Su tiempo prácticamente ha finalizado, señor Wellston.

Childe se preguntó por qué estaría tan preocupado el barón con el tiempo cuando, según sus propias palabras, rara vez salía ni tenía nada que hacer particularmente urgente. Pero no hizo pregunta alguna al respecto. El barón hubiera considerado esto lo suficientemente impertinente como para no merecer otra respuesta que un gélido silencio.

Igescu se puso en pie. Childe lo imitó. Magda Holyani terminó su bebida y se levantó del sillón. Glam apareció en la puerta, pero Igescu dijo:

—La señorita Holyani conducirá al señor Wellston hasta la entrada, Glam. Te necesito para otras cosas.

Glam abrió la boca como para protestar, pero la cerró de inmediato.

—Perfectamente, señor —dijo, giró sobre sus talones y se alejó.

—Si acaso deseara más material para su artículo, señor Wellston, podría usted consultar a Michel Le Garrault en la biblioteca de la UCLA —dijo Igescu—. Tengo ejemplares de dos de sus trabajos, primeras ediciones dicho sea de paso. El viejo belga tenía algunas teorías extremadamente interesantes y originales acerca de los vampiros, los hombres lobo y otros fenómenos llamados sobrenaturales. Su teoría de la impregnación psíquica resulta fascinante. ¿Ha leído usted algo suyo? ¿Lee usted francés?

—Jamás oí hablar de él —dijo Childe, preguntándose si habría caído en una trampa de haber manifestado familiaridad con aquel personaje—. Aunque, en efecto, leo francés.

—Existen infinidad de pretendidas autoridades de lo oculto y lo sobrenatural que no han oído ni siquiera hablar de Le Garrault o no han leído nada suyo. Le recomiendo que vaya a la sección de libros raros de la biblioteca de la UCLA y solicite *Les murs S'écroulent*. Se realizaron traducciones del original latín al francés y, curiosamente, algunas al checo, y son todas muy buscadas. Existen, por lo que yo sé, tan sólo diez ejemplares latinos en el mundo. El Vaticano está en posesión de una; un monasterio sueco tiene dos; yo, por supuesto, tengo una; el káiser de Alemania tenía una pero se perdió o, más probablemente, fue robada tras su muerte en Doorn; y las

otras cinco están en bibliotecas estatales en Moscú, París, Washington, Londres y Edimburgo.

—Lo consultaré —dijo Childe—. Muchísimas gracias por la información.

Se volvió para seguir a Igescu al exterior, cuando vio a la mujer del traje español con la peineta sujeta en su negro cabello, en el momento en que entraba por una puerta al final del recibidor. Ella volvió la cabeza, le sonrió y desapareció.

—¿La vio usted también? —dijo Igescu muy tranquilo.

—Sí, en efecto. Pero no era transparente —dijo Childe.

—Yo también la he visto —dijo Magda Holyani. Su voz temblaba ligeramente. Parecía irritada, pero no asustada.

—Como ya le había dicho, últimamente se va volviendo cada vez más opaca —dijo Igescu—. Su solidificación es tan sutil que tan sólo resulta perceptible si se compara con lo que era hace seis meses. El proceso ha sido muy lento, pero ininterrumpido. Cuando llegué aquí, era casi invisible.

Childe meneó la cabeza. Estaba discutiendo sobre un fantasma como si realmente existiera.

¿Y por qué estaba Magda tan alterada? Se había detenido, mirando fijamente hacia la puerta como si estuviera resistiéndose al impulso de salir corriendo detrás del fantasma.

—Mucha gente, más de la que le gustaría admitirlo, ha sido testigo de apariciones fantasmales, por lo menos de fenómenos misteriosos e inexplicables; pero o bien el fenómeno no se repite o bien la gente «visitada» simula ignorar al fantasma y éste no insiste más. Pero Dolores, ah, ¡esa es otra historia! Yo hago ver que no veo a Dolores, excepto para tomar alguna fotografía ocasional. Magda solía ignorarla pero ahora parece que sus apariciones empiezan a enervarla. Dolores está obteniendo sustancia y esta sustancia la toma de alguna parte, tal vez de alguien de esta casa.

¿Sustancia? En todo caso, la historia de Dolores sí que estaba tomando sustancia. Así como una foto de ella no demostraba su existencia, tampoco lo hacía el hecho de que Childe la hubiera percibido. Quizá por alguna razón, sólo por él conocida, Igescu había organizado todo aquel espectáculo, y si él, Childe, echara a correr tras Dolores intentando agarrarla, ¿sobre qué se cerrarían sus manos? Tenía el presentimiento de que aferraría carne sólida y que la joven resultaría ser alguien nacido unos veinte años atrás, no ciento cincuenta.

En la puerta, estrechó la mano de Igescu, le expresó su agradecimiento y prometió enviarle una copia del artículo para que la revisara. Siguió a Magda hasta el auto y se volvió una vez más, antes de meterse en él, para mirar atrás. Igescu había desaparecido, pero una de las persianas estaba levantada hasta la mitad y la cara de bulldog de Glam y sus orejas de ala de murciélago resultaban claramente visibles.

Aceptó la invitación de Magda de sentarse junto a ella en el asiento delantero.

—Mi trabajo está bien pagado, ¿sabe usted? —dijo ella—. Tiene que estarlo. Es lo único que puede hacerlo soportable. Casi nunca tengo oportunidad de bajar a la ciudad y las únicas personas con las que puedo hablar son el jefe, unos cuantos sirvientes y algún invitado ocasional.

—¿Es un trabajo duro? —dijo Childe, preguntándose por qué le contaba todo aquello. Tal vez necesitaba desahogarse con alguien.

—¡Oh, no! Yo me ocupo de sus escasas obligaciones sociales, concierto citas, actúo como intermediaria entre él y sus gerentes comerciales, mecanografío partes del libro que está escribiendo sobre las joyas, y me ocupa más tiempo del que quisiera el mantenerme a distancia del monstruo de Glam.

—No fue por nada en concreto, pero me dio la impresión de que se siente atraído por usted —dijo Childe.

Los faros barrieron los árboles al doblar una curva. La luna había salido ya, y podía ver con más claridad. Tal vez estuviera equivocado, pero daba la impresión de que no estaban recorriendo el mismo camino que habían recorrido al subir.

—He tomado una ruta más larga, aunque no menos pintoresca —dijo ella, como si hubiera leído su pensamiento—. Espero que no le importe. Siento necesidad de hablar con alguien. No tiene usted por qué prestarme atención, por supuesto, no hay razón alguna para que lo haga.

—Puede usted desahogarse conmigo. Me gusta el timbre de su voz.

Atravesaron la verja del muro interior. Ella conducía lentamente, en primera, mientras hablaba, y en una ocasión le puso la mano sobre la rodilla. Él no se movió. Ella retiró la mano, transcurrido un minuto, y detuvo el coche. Se habían salido de la carretera por un estrecho sendero cubierto de piedras que conducía a un claro a través de una abertura en la arboleda. Un pequeño pabellón de verano, una estructura redonda de madera situada sobre un alto basamento circular de cemento se erguía en el lugar. Sus abiertos costados estaban parcialmente cubiertos de enredaderas, de forma que su interior quedaba a oscuras. Una escalinata de cemento conducía hasta la amplia entrada.

—Llego a sentirme muy sola —dijo ella—. Aunque el barón es un hombre delicioso y muy hablador. Pero él no siente por mí el interés que otros patronos sienten por sus secretarias...

No le pareció necesario preguntarle qué era lo que quería decir. Ella había puesto de nuevo la mano sobre su rodilla, aparentemente de forma tan accidental e inadvertida como la vez anterior.

—¿También hay lobos aquí afuera? —preguntó Childe—. ¿O acaso están dentro del recinto interior?

Ella se estaba acercando cada vez más, y su perfume era tan poderoso que a Childe le pareció que se estaba filtrando a través de sus poros. Sintió que su verga se

erguía, le cogió la mano y la puso sobre la bragueta. Ella no hizo amago de retirarla. Childe extendió un brazo y acarició con un dedo la curva de su pecho izquierdo y siguió descendiendo. Su mano se deslizó entre la tela y el pecho y frotó el pezón. El pezón se puso erecto y ella se estremeció. Él la besó deslizando la lengua a lo largo de la suya y lamiéndole los dientes. Ella manoseó torpemente en su bragueta, encontró el tirador, lo bajó lentamente y después introdujo sus dedos a través de la abertura de su slip. Childe le desabotonó el vestido y verificó rápidamente lo que ya había sospechado: no llevaba nada debajo, excepto un delgado ligero. Sus pechos eran pequeños pero bien formados. Se inclinó, introduciéndose un pezón en la boca y comenzó a chuparlo. Ella jadeaba tan profundamente como él.

—Vayamos al pabellón —dijo ella suavemente—. Allí hay un sofá.

—Está bien —dijo él—. Pero antes de ir más lejos, debo advertirte que como no había previsto esto, no traigo preservativo.

No le habría sorprendido nada escuchar que ella tenía unos cuantos en el bolso. No hubiera sido la primera vez que le ocurría una cosa así.

Pero todo lo que dijo fue:

—No importa. No me quedaré preñada.

Con las piernas temblorosas la siguió fuera del coche, deslizándose por debajo del volante. Ella se dio la vuelta y dejó que el traje se deslizara de sus hombros. La luz de la luna resplandeció sobre la más blanca piel imaginable, sobre unos pezones oscuros y húmedos, y un oscuro triángulo de vello púbico por debajo del ligero. Se quitó los zapatos arrojándolos por el aire y, vestida tan sólo con el ligero y las medias, subió las escaleras del pabellón de verano ondulando las caderas.

Childe la siguió, pero no estaba tan excitado como para no preguntarse si no habría cámaras y micrófonos en aquel lugar. Sabía que era un hombre apuesto, pero al fin y al cabo tampoco era ningún dios como para arrastrar a todas las mujeres que se le ponían por delante en una vorágine de deseo. Si Magda Holyani había decidido seducirle, cuando apenas se conocían, aquello quería decir o bien que estaba muy necesitada o que tenía algún motivo para hacerlo y que posiblemente, de conocerlo, no le gustara. O quizás ambas cosas. Su pasión no parecía fingida.

Y si, por algún motivo, ella imaginaba que podía llegar tan lejos con él, excitarle y después dejarle colgado, le esperaba una buena sorpresa. Buena parte del día anterior la había pasado con un intenso dolor de huevos a causa de su interrumpida sesión amorosa con Sybil, y no tenía la menor intención de repetir la experiencia.

Dentro del pabellón, miró a su alrededor. Allí no podía haber cámaras ocultas. De haber alguna, tendría que estar sujeta a los árboles del borde del claro y no conseguía imaginarse cómo iban a poder filmar gran cosa, aunque estuvieran equipadas con dispositivos de luz negra. Las hiedras y sus soportes formarían una pantalla casi impenetrable; se podrían percibir quizás unos centímetros de piel o alguna visión

ocasional de una cabeza o un miembro. Además, ¿qué podía perder? El chantaje no podía ser el objeto de aquel juego.

Magda arrancó de un tirón la manta que hacía las veces de guardapolvo del sofá. Después se giró hacia él. La luna, atravesando la espesura de la hiedra, moteaba su piel lechosa. Childe la tomó en sus brazos besándola de nuevo. Acarició su espalda —ella era musculada como un joven puma— la concavidad de su cintura y la curva convexa de sus caderas. El ligüero le molestaba, de modo que se arrodilló para soltarle las medias y las enrolló hacia abajo. Después tiró del ligüero. Ella se desprendió de todo, y poniendo sus manos tras la cabeza de Childe, tiró de ella hacia su coño. Él dejó que le oprimiera la cara contra el pelo de su pubis, y sacando la lengua, la insertó justo debajo de la abertura de los labios y acarició su clítoris. Ella gimió y le oprimió aún más fuertemente contra su cuerpo.

Pero él se levantó, deslizando su lengua desde el coño, recorriendo todo su abdomen, hasta llegar a un pezón, que empezó a chupar de nuevo. Empujó a Magda hasta que cayó en el sofá, con las piernas colgando y los talones apoyados en el suelo. Entonces se arrodilló y comenzó a lamerle de nuevo el clítoris, después se deslizó hacia abajo e introdujo la lengua una y otra vez en su vagina. Ella empezó a contorsionar sus caderas, pero él extendió una mano sobre el vientre y le apretó dulcemente para indicarle que se mantuviera quieta.

Su coño era tan dulce como el de Sybil y sus pelos eran aún más suaves. Le introdujo un dedo por el coño y otro de la misma mano por el ano y les imprimió un movimiento de vaivén, lamiéndole el clítoris, y después la folló con la lengua mientras sus dedos iban acelerando el ritmo de su vaivén en el coño y en el ano.

Ella se corrió con un grito agudo y un súbito estrechamiento de sus muslos en torno a su cabeza. La presión era tan fuerte que Childe no podía ni mover los dedos.

Ya no podía aguantar más. Llevaba sin tener una sola eyaculación casi dos semanas, a causa de su trabajo en un caso que había aparecido justo antes de la desaparición de Colben. Estuvo ocupado de día y de noche y las veces que había conseguido dormir un poco, hasta su inconsciente estaba demasiado agotado como para estructurar un sueño sexual, y después, debido a la frustración del episodio de Sybil, se notaba hipersensible. En cuestión de un minuto iba a correrse, en el coño de Magda o donde fuera.

—No puedo esperar más —dijo—. Hace demasiado tiempo... Se aprestó a acostarse a su lado; la ayudó a subirse al sofá para que pudiera tenderse en toda su longitud. Pero ella dijo:

—¿Estás a punto de correrte?

—Hace demasiado tiempo. Estoy a punto de reventar de lo lleno que estoy —gimió.

Ella le obligó a reclinarsse y recorrió con su lengua su abdomen y humedeció con

su saliva los pelos de su pubis y después cerró sus labios en torno a su glande. Lo deslizó entre sus labios un par de veces, y con un grito que nada tenía que envidiar al de ella, Childe se corrió en su boca.

Se quedó allí, yacente, con una sensación como si una marea dentro de él se estuviera retirando a algún lejano horizonte. No dijo, nada; esperaba que ella se levantara para escupir el esperma, como hacía siempre Sybil. Sybil siempre se lavaba los dientes y hacía gárgaras con Listerine después de episodios como éste. No es que la culpara de nada, por supuesto. Podía comprender que, una vez saciada la excitación, aquella sustancia espesa y con sabor áspero podía resultar repugnante. Conocía el sabor. A la edad de catorce años, él y su hermano mayor, de quince años, habían atravesado un período de unos seis meses en el que se dedicaban a mamársela el uno al otro. Y después, por mutuo y silencioso acuerdo, habían dejado de hacerlo. Aquello había sido la última de sus experiencias homosexuales, y por lo que sabía, de las de su hermano. Desde luego, su hermano, que estaba siempre tan salido que lo suyo debía ser algo compulsivo, detestaba a los mariquitas, y en una ocasión, muchos años más tarde, cuando Childe había hecho referencia a sus juegos de adolescente, su hermano no había sabido a qué se refería. O bien se sentía demasiado avergonzado por el recuerdo como para admitirlo, o tal vez lo había enterrado tan profundamente que ni lo recordaba.

Pero Magda no se levantó. Tragó audiblemente varias veces y después reemprendió su chupeteo. Él se incorporó inclinándose para poder asir sus senos mientras ella le chupaba el glande. Y entonces, justo cuando su verga estaba a punto de lograr una erección completa, pensó en Colben y en los dientes de acero. Después de todo, Magda bien podía ser la actriz de aquella película.

Ella alzó bruscamente la cara y dijo:

—¿Qué es lo que no va?

—Escucha... —respondió él—. Y no te vayas a poner furiosa. Ni te echés a reír. Pero, dime, ¿llevas dentadura postiza?

—¿Por qué quieres saberlo? —Se echó a reír y dijo—: ¿Acaso quieres que me la quite?

—Si llevas dentadura postiza...

—¿Tan vieja parezco?

—He conocido a varias personas de diecinueve años de edad que tenían los piños falsos.

—Bésame y te lo diré —dijo ella.

—De acuerdo.

La abrazó estrechamente mientras tanteaba su boca con la lengua. Olfateó el olor a bestia salvaje de su propio semen, saboreando aquel producto espeso como aceite y de textura gomosa de su propio cuerpo. Lejos de resultarle desagradable, le excitó.

Ella tenía la mano sobre su polla y, notando cómo se ponía dura, se escapó de su abrazo y se inclinó para chupársela otra vez. Al parecer, no tenía la más mínima intención de que él averiguara si llevaba dentadura postiza, o tal vez pensaba que su lengua ya se había cerciorado al respecto.

En todo caso, una cosa era cierta: ella no le diría nada más a no ser que él hiciera uso de la fuerza. Se dejó caer hacia atrás y la dejó hacer. Y al cabo de un rato, le hizo darse la vuelta y ella se abrió de piernas tomando suavemente su verga en sus manos, guiándola hacia sus entrañas. Se la hundió hasta el fondo, y ella empezó a apretársela con sus músculos vaginales como si tuviera una mano en el interior del coño. Y, en ese momento, recordó de nuevo la película, y su polla quedó flácida. Recordó aquel bulto que aparecía tras la minúscula braga de la desconocida de la película.

—Por el amor de Dios —dijo ella—. ¿Qué es lo que pasa, ahora?

—Me pareció ver a alguien entre las sombras —contestó, con Ja primera excusa que se le ocurrió en aquel momento—. ¿Glam?

—Más vale que no sea así —dijo ella—. Le mataré como se le haya ocurrido aparecer. El barón también le mataría. Se puso en pie sobre el sofá.

—¿Glam? —gritó—. ¿Glam? Si estás ahí, pedazo de imbécil, más te vale echar a correr, y de prisa. Si no, te va a tocar el otro extremo del lobo.

No hubo respuesta.

—¿El otro extremo del lobo? —preguntó Childe—. ¿Qué quieres decir?

—Ya te lo explicaré más tarde —dijo ella—. No está ahí fuera; y si está no se atreverá a molestarnos. Por favor, sigamos, estoy a punto de estallar.

Pero en lugar de abrazarle, se levantó del sofá y atravesó el pabellón hasta llegar a un armarito que había sobre un soporte, entre las sombras. Regresó con una botella de cuerpo chato y un cuello largo y estrecho, con una embocadura ancha. Estaba medio llena. Ella bebió un trago, deslizó el líquido por su boca y reteniéndolo oprimió sus labios contra los de Childe introduciendo el líquido en su boca. Estaba caliente y era espeso y de sabor ligeramente áspero. Tragó un buche e inmediatamente sintió que su angustia desaparecía.

—¿Qué demonios es esto?

—Es un licor fabricado en la provincia natal de Igescu. Se dice que tiene un efecto afrodisíaco. Ya sé que en realidad no existe ningún auténtico afrodisíaco, pero esto al menos hace una cosa: suprime las inhibiciones. Aunque jamás pensé que tuviera que emplearlo contigo.

—No creo que necesite más —dijo él. Su pene estaba alzándose como si fuera un globo que estuviera siendo dispuesto para un viaje transatlántico. Un rayo de luna cayó sobre él como un faro, y Magda, al verlo, chilló encantada.

—¡Oh, qué preciosidad! ¡Qué preciosidad tan grande!

Se recostó y alzó las piernas, él la penetró de nuevo y, durante un largo espacio de

tiempo, se mantuvo en silencio. Una de sus peculiaridades era que, si le hacían primero una mamada, después tardaba mucho tiempo en correrse por segunda vez. Magda pareció experimentar una serie ininterrumpida de orgasmos en este intervalo, y cuando finalmente él se corrió, ella le clavó las uñas en la espalda hasta hacerle sangre. En aquel momento no le importó, aunque luego la maldijo. Su teoría era que las mujeres que le arañaban a uno la espalda al correrse, de hecho intentaban demostrar lo apasionadas que eran, pero estaba dispuesto a admitir que podía estar equivocado.

Se quedaron recostados algún tiempo el uno junto al otro, sin decir palabra. Estaban bañados en sudor y hubieran recibido con alivio algún atisbo de brisa. Pero el aire permanecía tan inmóvil como antes.

—No te esfuerces en meneármela —dijo finalmente Childe—. Por lo menos hasta dentro de un buen rato. Estoy agotado. Necesitaría al menos una hora para estar otra vez a punto, pero tengo que irme ya.

Estaba pensando en que debería haber llamado ya a Mustanoja.

—No me siento insatisfecha, pichón —dijo ella—, pero podría volver a entusiasmarse con algo de colaboración por tu parte, no creas que no me gustaría. ¡No puedes imaginarte la de tiempo que llevo sin catar esto!

Ella extendió el brazo para coger la botella que estaba en el suelo, junto al sofá.

—Echemos otro trago y veamos qué ocurre. La observó para asegurarse de que bebía de la botella antes de beber él. Tomó un pequeño trago y después dijo:

—¿Qué es toda esa historia acerca de Glam y el otro extremo del lobo?

Magda se echó a reír.

—¡Esa enorme mierda con patas! Él me desea, pero yo no lo soporto. Es tan estúpido que acabará por intentar violarme, aunque sabe que si después no le mato yo, lo haría Igescu. Debes estar al corriente de lo de los lobos, ya que los has mencionado. Una tarde estaba paseando por los bosques cuando escuché a un lobo gruñir y aullar. Parecía estar sufriendo, o en cualquier caso tenía problemas. Subí a una colina y desde allí divisé un hueco donde estaba la loba, con la cabeza sujeta por cuatro lazos corredizos atados a los árboles. La loba no podía avanzar ni recular, y allí estaba Glam desnudo, con sólo los calcetines y los zapatos puestos, levantándole el rabo y jodiéndola. Creo que debía hacerle daño, no sé lo grande que pueda ser el coño de una loba, pero no creo que lo sea tanto como para que le quepa una polla tan enorme. Realmente juraría que le estaba haciendo daño. Pero Glam, ese maldito animal de Glam, se la estaba follando.

Childe quedó en silencio un momento.

—¿Y qué fue del lobo, del macho? —preguntó finalmente—. ¿Acaso no tenía Glam miedo del macho? Magda se echó a reír.

—Oh, esa es otra historia —y siguió riendo durante largo rato. Cuando cedió la

risa, alzó la botella y dejó caer líquido sobre sus pezones y después sobre su pubis.

—Quítamelo con la lengua, niño mío, y después haremos otra vez el amor.

—No servirá de nada —respondió Childe. Pero se dio cuenta y le chupó los pezones un rato y la folló con los dedos hasta que ella se hubo corrido una y otra vez y después le besó el vientre, recorriéndolo hacia abajo hasta que su boca estuvo contra el tupido vello de su coño. Lamió el licor y después introdujo su lengua en la vagina todo lo que pudo hasta que le dolieron las mandíbulas y la lengua. Cuando se detuvo, ella le dio la vuelta con sus fuertes manos y mordisqueó suavemente su polla, que respondió como una trucha ante el cebo. La montó por detrás y ella le indicó que se estuviera quieto, que no se cansara. Contrajo los músculos de su vagina como si fueran una mano, y esta vez su erección se mantuvo. Empezaba a sentirse algo mareado y su visión se estaba haciendo borrosa. Sabía que había cometido un error al beber aquel líquido; no podía ser veneno, porque ella no lo hubiera bebido, pero se preguntaba si no tendría la propiedad de convertirse en un narcótico al entrar en contacto con la epidermis humana. ¿Sería posible que su interacción con la piel de sus pezones o de su coño hubiera producido algo peligroso para él solo?

De pronto, tanto esta idea como su inquietud se desvanecieron.

Más tarde recordó vagamente un orgasmo de duración aparentemente infinita, como el orgasmo de un millar de años que se les promete en el cielo a los fieles del Islam, en los brazos de una hurí. A partir de ese momento había multitud de lagunas. Recordaba, brumosamente, que se había metido en su coche y que había partido, y que la carretera se retorció como una serpiente y los árboles se inclinaban sobre él intentando atraparle con sus ramas. Algunos de los árboles parecían tener grandes ojos nudosos y bocas como conos recubiertos de corteza. Los ojos se transformaban en pezones que empezaban a rezumar savia. Un árbol le hizo un gesto obsceno con el extremo de una rama.

—¡Tu madre! —recordaba haber gritado el árbol, y de repente se encontró en una ancha carretera repleta de luces que le rodeaban y de cláxones que aullaban y entonces reapareció aquel mismo árbol y al acercarse Childe pudo apreciar que su boca era realmente un coño de corteza que le prometía algo que jamás había experimentado anteriormente.

Y era cierto. Le ofrecía la muerte.

# XI

**D**espertó en el servicio de urgencia del Doctors Hospital de Beverly Hills. Su única molestia era un fuerte dolor de estómago. Estaba inconsciente cuando un buen samaritano le sacó de su automóvil. El oficial de Beverly Hills le comentó que su coche chocó contra un árbol a un lado de la carretera, pero que la colisión había sido tan ligera que los únicos daños consistían en un parachoques ligeramente abollado y un faro roto.

Evidentemente, el oficial sospechaba que conducía borracho o bien drogado. Childe le dijo que se había visto forzado a salirse de la carretera para no chocar con otro coche y que había perdido el conocimiento al chocar contra el árbol. El no tener ninguna avería visible en la cabeza no quería decir nada.

Afortunadamente, no había habido testigos del choque. El hombre que le sacó del automóvil había salido de la curva justo a tiempo de presenciar la colisión. Se había cruzado con otro coche que no iba zigzagueando, como había informado Childe, pero aquello no probaba nada, ya que el conductor podía haber retomado el control. Childe dio como referencias el nombre de Bruin y otros policías amigos. Quince minutos después le dieron de alta, aunque los médicos le advirtieron que debía ser prudente, aunque no hubiera síntomas de conmoción cerebral.

Su coche estaba aún en la cuneta de la carretera. La policía no lo había hecho recoger por una grúa, pues éstas estaban ocupadas en cosas más acuciantes, pero el agente se había llevado la llave del arranque. Desgraciadamente, el agente en cuestión también había olvidado devolvérsela a Childe, de modo que se vio obligado a ir caminando hasta la comisaría de Beverly Hills para recuperarla. El agente estaba de servicio. Una llamada de radio tuvo como resultado la información de que estaba ocupado y no podría pasar por la comisaría antes de una hora cuando menos. Childe se aseguró de que la llave sería entregada al oficial de guardia, y se fue andando hasta su casa en plena oscuridad. Se maldijo a sí mismo por haber enterrado la llave extra bajo el arbusto junto a la finca de Igescu.

Había intentado coger un taxi, pero ninguno estaba libre. Aparentemente, la gente pensaba que el smog había desaparecido definitivamente y todo el mundo lo estaba celebrando. O tal vez todos estaban intentando pasar un buen rato antes de que el aire volviera a envenenarse.

En su edificio se estaban celebrando tres fiestas. Se puso tapones en los oídos en cuanto se hubo duchado, y se metió en seguida en cama. Los tapones conseguían eliminar la mayor parte del ruido, pero no podían interrumpir sus pensamientos.

Había sido drogado y puesto en la carretera esperando que se matara en un

accidente. ¿Por qué la droga le había afectado a él y no a Magda? Era una pregunta interesante, pero de momento podía dejarla en suspenso. Ella podía haber tomado un antídoto o confiado en la ayuda de una tercera persona que se ocupara de ella una vez que Childe hubiera partido. ¿O acaso era posible —recordó lo que había pensado en aquel momento— que el líquido contuviera algo que sólo se convirtiera en droga al ponerse en contacto con la epidermis humana?

Se incorporó bruscamente en la cama. ¡El sargento Mustanoja! Debía estar preocupado por la falta de noticias de Childe. ¿Qué habría hecho... si es que había hecho algo?

Telefonó a Jefatura y se puso al habla con Mustanoja. Sí, había recibido la nota, pero Bruin no parecía pensar que fuera nada importante y, de cualquier forma, con todo el trabajo que tuvo —¡vaya nochecita!— se había olvidado por completo de ello. Es decir, hasta que le había llamado aquel agente de Beverly Hills preguntándole por él y entonces Mustanoja se enteró de lo ocurrido y de que no estaba pues en casa de Igescu, de forma que ¿por qué preocuparse, no? ¿Qué tal se encontraba?

Childe respondió que estaba en casa y bien. Colgó un tanto irritado contra Bruin por tomarse a la ligera sus preocupaciones. No obstante, tuvo que admitir que no había motivo para que Bruin actuase de otra forma. Aunque cambiaría de opinión una vez que Childe le informara de lo ocurrido aquella noche. Tal vez Bruin pudiera arreglar con la policía de Beverly Hills... No, aquello no funcionaría. La comisaría de Beverly Hills tenía deberes mucho más acuciantes que el investigar lo que constituía, hablando objetivamente, una pista extremadamente evanescente. Y además, había ciertas cosas, cosas importantes acerca de aquellos acontecimientos, que Childe no tenía intención de contarle. Aunque no mencionara sus actividades en el pabellón de verano y se limitara a decir que había sido drogado con el *brandy* tomado en el cuarto de estar, los agentes no se lo tragarían; eran muy astutos, habían escuchado tal cantidad de historias falsas y verdades a medias, tal cantidad de omisiones y dudas, que eran capaces de detectar falsedades y distorsiones con la misma facilidad con la que el radar distinguía un águila de un avión.

Además, tenía el presentimiento de que Magda no tendría ningún escrúpulo en afirmar que Childe la había violado, obligándola a cometer todo tipo de «perversiones».

Se había vuelto a meter en la cama, pero se levantó a toda prisa. Sentía náuseas. Aquella droga había anulado su pulcritud y precaución habituales. Jamás hubiera practicado el sexo oral con una mujer a la que acabara de conocer. Siempre había reservado este acto —aunque tuviera muchas ganas de hacerlo— para las mujeres a las que conocía bien, mujeres a las que amaba o que le gustaban, y de las que podía sentirse razonablemente seguro de que no tenían sífilis o gonorrea.

Aunque ya se había lavado los dientes, se fue de nuevo al baño y volvió a

lavárselos y después hizo gárgaras diez veces con un fuerte licor bucal. Del armarito de la cocina tomó una botella de *bourbon*, normalmente reservada para sus invitados, y bebió de ella sin más trámites. Quizás fuera un acto estúpido, ya que era muy dudoso que el alcohol matara a los posibles gérmenes que pudiera haber tragado tantas horas antes, pero el gesto, como tantos otros actos estrictamente rituales, le hizo sentirse mejor, más limpio.

Cuando se dirigía otra vez a la cama, se detuvo a mitad de camino. Estaba tan alterado que había olvidado llamar al servicio de contestador o poner en marcha el suyo propio. Intentó comunicar con la central y colgó una vez que el teléfono iba ya por la llamada número treinta. Al parecer aún no funcionaba, o bien el operador nocturno se había largado. En su contestador había una llamada. Era de Sybil, a las nueve de la noche. Le pedía que por favor la llamara en cuanto volviera a casa, sin importar la hora que fuera.

Eran las tres y diez de la madrugada.

El teléfono de ella sonó sin interrupción. La llamada sonaba en los oídos de Childe como el tañido de una campana lejana. La visualizó yaciendo en la cama, con una mano flácida colgando por un costado de la cama, la boca abierta, los ojos vidriosos. Sobre la mesilla de noche una botella de Fenobarbital. Vacía.

Si había intentado suicidarse de nuevo, estaría ya muerta, si había tomado la misma dosis que la última vez.

Childe se había jurado que si ella volvía a intentarlo tendría que llegar hasta sus últimas consecuencias.

No obstante, se vistió y estaba en la calle antes de un minuto. Llegó a su apartamento jadeando, con los ojos irritados y los pulmones ardiéndole por partida doble, por el esfuerzo y por el smog. El veneno se estaba acumulando rápidamente, tan rápidamente que por la noche volvería a ser tan espeso como antes, a menos que se levantara el viento.

El apartamento de Sybil estaba en silencio. Al entrar en su habitación el corazón de Childe latía apresuradamente, tenía el estómago contraído. Encendió la luz. Su cama no sólo estaba vacía, sino que no había sido utilizada. Las maletas habían desaparecido de su lugar habitual.

Inspeccionó cuidadosamente el apartamento, pero no pudo encontrar ningún rastro de lucha. O bien se había ido de viaje o bien alguien se había llevado las maletas para dar esa impresión.

Si ella le había llamado para anunciarle su partida, ¿por qué no dejarle el recado?

Tal vez su llamada y su súbita marcha no tuvieran ninguna relación.

Existía la posibilidad de que sí estuvieran directamente relacionadas y que ella sólo le hubiera dicho lo estrictamente necesario para atraerle hasta allí, y que él se preocupara por ella. Tal vez estuviera lo suficientemente irritada como para desear

vengarse. Siempre había sido lo bastante mezquina como para hacer cosas de ese estilo. Pero siempre se había arrepentido rápidamente, y le había llamado llorosa y avergonzada.

Se sentó en un sillón, volvió a levantarse y se dirigió a la cocina abriendo el compartimento secreto de la trasera del armarito, tras la segunda balda. El tarrito redondo para dulces lleno de canutos de marihuana liados con papel blanco —en total quince— seguía intacto.

Si Sybil hubiera partido voluntariamente, lo primero que hubiera hecho hubiera sido librarse de aquello.

A menos de que se sintiera muy alterada.

No había visto su agenda de direcciones en ninguno de los cajones al realizar su inspección, pero miró de nuevo para asegurarse. La agenda había desaparecido, y Childe dudaba mucho que ninguno de sus amigos comunes de su época de casados supiera dónde podría encontrarla. La habían abandonado o ella los había abandonado una vez conseguido el divorcio. Había un amigo, de toda la vida, al que aún escribía de cuando en cuando, pero se había mudado de California un año antes.

Tal vez su madre estuviera enferma y Sybil hubiera partido apresuradamente. Pero la prisa no hubiera sido tanta como para impedir que dejara el recado en su contestador.

Childe no recordaba el número de la madre pero conocía la dirección. Obtuvo la información de la operadora e hizo una llamada a San Francisco. El teléfono sonó largo rato. Finalmente, colgó y después pensó de pronto en algo que debería haber comprobado inmediatamente. Era imperdonable no haber pensado en ello antes.

Fue al garaje del sótano. El automóvil de Sybil seguía allí.

Por aquel entonces, estaba ya tomando en consideración la posibilidad fantástica —¿o tal vez no tan fantástica?— de que Igescu la hubiera raptado.

¿Por qué iba a hacer Igescu semejante cosa?

Si Igescu era responsable de la muerte de Colben y de la desaparición de Budler, tal vez tuviera pensado ocuparse del detective que estaba investigando el caso. Childe había fingido que era Wellston, el periodista, pero se vio obligado a dar su propio número de teléfono. E Igescu podía haber comprobado la identidad del supuesto Wellston. Evidentemente, Igescu disponía del dinero suficiente como para hacerlo.

¿Y si Igescu sabía que Wellston era en realidad Childe? ¿Y si había averiguado que el accidente de tráfico había resultado menos grave de lo previsto y había tomado como rehén a Sybil? Tal vez Igescu quería advertir así a Childe de que más le valía abandonar sus investigaciones o... No, era más probable que Igescu quisiera incitarle a violar su casa, entrando como un intruso. Por razones que sólo él conocía, por supuesto.

Childe meneó la cabeza. Si Igescu era culpable, si también era responsable de

otros crímenes, como parecía, ¿por qué había sentido la necesidad de comunicar a la policía la existencia de aquellos crímenes?

Esta no era una pregunta que tuviera respuesta inmediata. En aquel momento, lo principal era saber si Sybil había desaparecido voluntariamente, y, de no ser así, con quién se había ido.

No había comprobado los aeropuertos. Se sentó y comenzó a marcar. Los teléfonos de todas las líneas aéreas comunicaban, pero persistió hasta conseguir consultar a cada una de ellas, soportando interminables y exasperantes esperas mientras se comprobaban las listas de pasajeros. Al cabo de dos horas, tuvo la certeza de que no había tomado avión alguno. Tal vez lo hubiera intentado, pero las compañías aéreas se habían visto desbordadas desde el momento en que el smog había empezado a convertirse en un problema serio. Las listas de espera eran estremecedoramente largas, y los servicios de los aeropuertos, los restaurantes y los lavabos exhibían largas colas. No existían ya facilidades de aparcamiento para los últimos en llegar. Había demasiada gente que se había limitado a dejar abandonado su automóvil, partiendo sin intenciones de regresar de manera inmediata. Las autoridades habían impuesto una limitación de estacionamiento de emergencia, pero el proceso de quitar coches con la grúa era complicado y lento. El embotellamiento de tráfico en las inmediaciones del Aeropuerto Internacional exigía más agentes de policía de los disponibles.

Comió unos cereales con leche y después, aunque le dolía pensar en tanto dinero desperdiciado, tiró la marihuana al water. Si Sybil no aparecía y se veía obligado a dar parte a la policía, registrarían el apartamento. Aunque si regresaba pronto y se encontraba con que sus provisiones habían desaparecido, se pondría loca de furor. Pero Childe confiaba en que comprendería sus razones.

Por aquel entonces apuntaba ya el alba. El sol era una cosa retorcida color amarillo pálido suspendida en medio de un cielo blanco. La visibilidad estaba reducida a unos treinta metros. El escozor de ojos, el ardor de la nariz y el fuego en los pulmones habían reaparecido.

Decidió llamar a Bruin y contarle lo de Sybil. Por supuesto, Bruin pensaría que se estaba preocupando injustificadamente; pensaría también, aunque no lo dijese, que ella simplemente se habría marchado a correrse una aventura con algún amigo. O, dado el cinismo de Bruin, quizá con alguna amiga.

Bruin le llamó mientras permanecía aún indeciso ante el teléfono.

—Nos llegó un paquete en el último correo de ayer, pero no fue abierto hasta hace un rato. Mejor será que te vengas por aquí, Childe. ¿Podrás llegar en media hora?

—¿De qué se trata? ¿De Budler? —Y después—: Ya vengo. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Te llamé a tu casa pero no te encontré, y se me ocurrió pensar en tu exmujer. Sé

que aún estás en buenas relaciones.

—Ya —dijo Childe, dándose cuenta de que era demasiado pronto para dar parte de su desaparición—. Ahora vengo. Hasta ahora. Aunque tal vez me retrase. Tengo que ir a recuperar mi coche y eso puede que me tome algún tiempo.

Le contó a Bruin lo que le había ocurrido, omitiendo las actividades del pabellón de verano. Bruin quedó en silencio durante un largo tiempo y después dijo:

—¿Sabes, Childe, que parece que estamos haciendo juegos malabares? Por mí, yo investigaría a Igescu aunque no tengas la más mínima prueba en contra suya, porque desde luego es gente sospechosa, pero dudo que pudiéramos entrar en ese lugar sin una orden judicial, y carecemos de evidencia alguna para pedirla. Tú lo sabes. De modo que debes apañártelas. Aquellos pelos de lobo en el auto de Budler, y ahora esta película —bien, no pienso contarte nada acerca de ella, hay que verla para creerla— pero si no puedes llegar aquí a tiempo... escucha, podría hacer que te recogiera un coche patrulla. Aunque no sé si hay alguno disponible. Te diré lo que vamos a hacer: si yo me he ido ya, pídeles que te pongan de nuevo la película. Dejaré órdenes al respecto. En cualquier caso, seguramente sé proyectará otra vez para el comisionado. Está asfixiado de trabajo, pero se está tomando un interés especial en este caso; no es de extrañar.

Childe se afeitó, bebió un poco de zumo de naranja (Sybil tenía guardadas una maquinilla de afeitar y espuma para él y —sospechaba— para otros hombres), y después fue a pie hasta el Departamento de Policía de Beverly Hills. Recogió sus llaves y le preguntó al oficial de guardia si algún coche patrulla podía acompañarle a buscar el suyo. Le contestaron que no. Intentó tomar un taxi sin conseguirlo y decidió hacer dedo. Al cabo de cinco minutos lo dejó estar. No había demasiados automóviles en el Boulevard Santa Mónica y Rexford, y los pocos que pasaban le ignoraban completamente. Tampoco podía culparles. Recoger autoestopistas era siempre un riesgo potencial, pero en medio de aquel alucinante smog blanco cualquiera hubiera tenido un aspecto siniestro. Por ende, la radio, la televisión y los periódicos no hacían más que recomendar las máximas precauciones a causa del elevado número de crímenes cometidos en las calles de la ciudad.

Con los ojos llorosos y sintiendo el interior de sus narices y de su garganta como si hubiera estado respirando emanaciones de metal fundido, se quedó en la esquina. Alcanzaba a ver la casa del otro lado de la calle y a distinguir, enfrente de ella, los contornos del ayuntamiento y la biblioteca pública, como masas indistintas, inmóviles témpanos en medio de la niebla. A lo lejos, o aparentemente a lo lejos, Rexford Avenue abajo, aparecieron los faros de un automóvil que giraron desapareciendo de la vista.

Al cabo del tiempo un coche patrulla blanco y negro pasó por su lado. Cuando casi había desaparecido Rexford arriba, se detuvo y retrocedió hasta donde estaba

Childe. El oficial de la derecha, sin bajar del coche, le preguntó qué estaba haciendo allí. Childe se lo explicó. Afortunadamente el agente le conocía de oídas. Le invitó a subir en el coche. No tenían ningún objetivo definido en aquel momento; tan sólo estaban patrullando por la zona (el rico distrito residencial, por supuesto) pero nada les impedía ir hasta el coche de Childe, aunque este tendría que comprender que si recibían una llamada tal vez tuvieran que dejarle tirado en cualquier lugar. Childe le respondió que se arriesgaría.

Tardaron quince minutos en llegar hasta su coche. Tan sólo una emergencia podría haberles obligado a ir más de prisa en medio de aquella niebla lechosa y espesa. Les dio las gracias y puso en marcha el coche sin problemas, retrocedió, y se dirigió hacia la ciudad. Cuarenta minutos más tarde, estaba aparcado en el aparcamiento para visitantes de la Jefatura de Policía de Los Angeles.

## XII

**B**udler estaba en la misma habitación en que había muerto Colben. Las primeras escenas habían mostrado cómo se condicionaba a Budler, que atravesaba toda la gama de emociones, desde el miedo y la impotencia iniciales hasta la confianza y la participación activa e impaciente del final. Al principio, había estado amarrado a la misma mesa, pero después la mesa había desaparecido, siendo reemplazada por una cama.

Budler era un hombre pequeño de hombros estrechos y delgadas caderas y piernas, pero tenía un pene descomunal. Tenía la piel pálida, los ojos azul claro y el pelo color pajizo. Su vello púbico era marrón claro. Su pene, por el contrario, era de color oscuro, como si estuviera siempre lleno de sangre. Tenía una notable capacidad para conservar sus erecciones tras el orgasmo y unas reservas sorprendentes de líquido seminal.

(Ambas víctimas habían sido hombres hipersexuados, o al menos podía decirse que eran hombres cuyas vidas parecían estar dominadas por el sexo. Ambos eran promiscuos, ambos habían dejado preñadas a una serie de muchachas, ambos habían sido arrestados por violación o sospecha de violación, y eran unos bocazas reconocidos a la hora de hablar de sus conquistas. Ambos eran lo que la esposa de Budler había descrito como «repugnantes». Tenían algo desagradable. Childe pensó que las víctimas tal vez hubieran sido seleccionadas con un criterio de justicia poética).

La mujer del maquillaje chillón, y la criatura —¿una máquina?, ¿un órgano?— que se escondía debajo de su braga, era uno de los actores; su especialidad era la mamada y se sacó repetidas veces los dientes pero sin llegar a ponerse los de hierro. Cada vez que la veía quitarse los dientes, Childe se ponía tenso y sentía náuseas, pero esta vez parecía que iba a ahorrarse la mutilación.

Había también otros actores. Uno era una mujer enormemente gorda con una bellísima piel blanca. Su cara no aparecía en pantalla ni una sola vez. Había otra mujer, de soberbia figura, cuyo rostro permaneció enmascarada durante toda la película. Estas dos hacían uso tanto de sus bocas como de sus conos, y una vez Budler enculó a la mujer gorda.

Había también dos hombres, con los rostros enmascarados. Childe estudió cuidadosamente sus cuerpos, pero no estaba seguro de reconocer a Igescu o Glam o el joven que jugaba al billar. Uno tenía una complexión similar a la de Igescu y el otro era muy alto y musculoso. Pero no podía identificarles con exactitud.

Budler debía tener una tendencia latente a la homosexualidad que se había

desarrollado, posiblemente bajo la influencia de las drogas, en el transcurso de su condicionamiento. Uno de los hombres se la chupó varias veces, y en dos ocasiones Budler enculó al hombre grande. Un tercer hombre apareció en escena tan sólo una vez, en lo que Childe pensó que sería el *grande finale*. Se tensó en espera de que a Budler le ocurriera algo terrible, pero, aparte de parecer exhausto, Budler no parecía sufrir ningún efecto secundario de mal augurio. Con los tres hombres y las tres mujeres se formaron gran variedad de posiciones, siendo Budler usualmente el centro del grupo.

El comisionado, sentado junto a Childe, dijo en aquel momento:

—Esto es toda una organización. Aparte de los seis que hay ahí, tiene que haber al menos dos personas más manejando las cámaras.

La última escena (Childe sabía que era la última porque el comisario así se lo dijo al comenzar) mostraba a Budler jodiendo a una de las mujeres esculturales al estilo perruno. Las cámaras siguieron sus movimientos desde todos los ángulos excepto el que hubiera revelado la cara de la mujer. Había una serie de planos que debían haber sido tomados a través de un aparato óptico de fibras flexibles, aquellos en que se veían primeros planos de una polla descomunal penetrando, bajo un ano que parecía una inmensa caverna, en una vulva elefantiásica. El flujo lubricante fluía como el desbordamiento de un pantano repleto.

Y entonces la cámara pareció remontar, deslizándose a lo largo de la verga, ahora inmóvil, y penetró en la vagina. Se produjo un torrente de luz, y los espectadores parecieron estar rodeados por miles de toneladas de carne. Estaban viendo la verga, como una ballena que se hubiera varado en el interior de una cueva submarina. Después vieron, encima suyo, un plafón de húmeda carne color rojo pálido.

Súbitamente la luz se extinguió y se encontraron de vuelta en la habitación, observando a Budler y a la mujer desde un costado. Los dos estaban sobre la cama. Ella boca abajo con los brazos a los costados y las nalgas alzadas por medio de una almohada situada bajo su abdomen. Él estaba montándola, con una rodilla entre sus piernas y se balanceaba de atrás para adelante.

De repente, de forma tan súbita que Childe dio un respingo y pensó que se le había detenido el corazón, la mujer se convirtió en una loba. Budler estaba montándola aún, meneándose lentamente, cuando tuvo lugar la metamorfosis. (La película estaba trucada, por supuesto. Pero la droga debía tener algo que ver con este truco, porque Budler se comportaba como si la mujer se hubiera realmente metamorfoseado en loba). Se inmovilizó, alzó las dos manos, y después se incorporó, mientras su verga se retiraba y retraía. Parecía muy asustado.

Gruñendo, la loba se giró y atacó.

Ocurrió tan de prisa, que Childe no comprendió inmediatamente que aquellas poderosas mandíbulas habían cercenado el pene de raíz.

La sangre brotó a borbotones del muñón, derramándose sobre la loba e inundando la cama.

Aullando, Budler cayó de espaldas. La loba se tragó su pene y empezó a morderle los testículos. Budler había dejado de chillar. Su piel se volvió azul grisácea, y la cámara se apartó de las heridas que ocupaban el lugar donde habían estado los genitales y recorrió su cuerpo hasta enfocar su cara moribunda.

Se oyó de nuevo la metálica música de piano, Humoresque de Pvorak. El Drácula apareció bruscamente tras los cortinajes, con el mismo gesto exageradamente dramático de apartar la capa a un lado para mostrar su cara. La cámara se desplazó hacia abajo, en aquel momento, y Childe tuvo la confirmación de lo que había creído percibir al entrar el hombre. El sexo del Drácula, un órgano extremadamente largo y delgado, surgía de su bragueta abierta. El Drácula lanzó una carcajada seca y se lanzó hacia adelante, saltó sobre la cama, agarró a la loba por el pelo de sus flancos y la montó.

La loba aulló, abierta la boca, con un trozo de testículo colgando de la mandíbula. Mientras el Drácula se la follaba, desplazándola hacia delante y siguiendo sus movimientos de rodillas, la loba empezó a desgarrar la carne de la entrepierna de Budler.

Fundido. CONTINUARA: en resplandecientes letras blancas atravesando la pantalla. Fin de la película.

Childe volvió a sentir náuseas. Después de vomitar, empezó a hablar con el comisario, que estaba tan pálido y tembloroso como él. Pero se mantuvo firme en su negativa a tomar medidas respecto a Igescu. Explicó (Childe ya lo sabía) que la prueba era demasiado tenue, que, de hecho, era inexistente. La vertiente «vampírica», los lobos que había en la propiedad, su (supuesta) ingestión de droga por mediación de la secretaria de Igescu, los pelos de lobo hallados en el automóvil de Budler, el lobo de la película, todas estas cosas podrían legitimar una investigación. Pero Igescu era un hombre muy rico y poderoso, carente de antecedentes de ninguna clase, y sobre quien no había sospecha alguna por parte de las autoridades de que tuviera actividades criminales. Si la policía tenía que hacer algo, y no sabía cómo iba a poder hacerlo, era la policía de Beverly Hills la que tendría que hacerse cargo de la investigación.

Era más o menos lo que Childe había esperado. Tendría que hacerse con pruebas más contundentes, y tendría que obtenerlas sin ayuda de la policía.

Childe condujo de regreso bajo un cielo cada vez más tapado. La irreal claridad blancuzca viraba lentamente a gris verdosa. Se detuvo en una estación de servicio para llenar el tanque y también para reparar el faro roto. El empleado, tras sellar el formulario de su tarjeta de crédito, dijo:

—Tal vez sea usted mi último cliente. Pienso largarme en cuanto consiga acabar

con todo el papeleo. Me voy de la ciudad, amigo, ¡esto se va al infierno!

—Creo que voy a hacer como usted —dijo Childe—. Pero antes tengo que resolver ciertos asuntos pendientes.

—¿Ah, sí? Esta ciudad se va a convertir en una ciudad fantasma; en realidad, ya va camino de serlo.

Childe condujo hasta Beverly Hills para hacer las compras. Tuvo dificultades para poder aparcar. Si Los Angeles iba a convertirse en una ciudad fantasma, no parecía que fuera a hacerlo pronto. Tal vez la gente estuviera aprovisionándose para el segundo éxodo o temiera que las tiendas cerraran de nuevo. Cualesquiera que fueran las razones, desperdició dos horas y media antes de conseguir todo lo que necesitaba, y tardó media hora más en recorrer el trayecto desde el supermercado hasta su apartamento. Las calles estaban de nuevo atestadas de automóviles. Lo que, por supuesto, no hacía más que acelerar el proceso de polución del aire.

Childe había previsto partir inmediatamente hacia la casa de Igescu, pero sabía también que mejor sería esperar a que el tráfico disminuyera. Pasó una hora repasando mentalmente su plan y después intentó llamar a Sybil, pero todas las líneas estaban de nuevo ocupadas. Se fue andando al apartamento de ella. Llevaba la cara cubierta con una máscara de gas, con su trompa y sus anteojos, que había comprado en un almacén que acababa de recibir un envío. Había tantos otros paseantes con máscaras similares, que la calle parecía poblada de marcianos.

Sybil no estaba en casa. Su automóvil seguía en el garaje. La nota que Childe había dejado estaba exactamente en el mismo lugar en que la dejara. Intentó realizar una llamada a larga distancia para hablar con su madre, pero tuvo ya grandes dificultades para poder entrar en contacto con la operadora, que le informó que debería esperar varias horas. Tenía órdenes de permitir tan sólo llamadas de emergencia. Él dijo que la suya era una llamada de emergencia, que su esposa había desaparecido y necesitaba averiguar si había ido a San Francisco. La operadora dijo que a pesar de todo tendría que esperar, no sabía cuánto.

Colgó. Regresó a pie a su apartamento y volvió a conectar su contestador automático, obteniendo los mismos resultados negativos.

Durante algún tiempo estuvo viendo las noticias en televisión, que en su mayor parte consistían en una repetición o en una ligera puesta al día de los informes respecto al smog y la huida de la gente. Resultaba excesivamente deprimente, y no consiguió interesarse en el único programa que no era de noticias, Shirley Temple en Litile *Miss Marker*. Intentó leer, pero su mente no hacía más que saltar de Budler a su esposa.

Resultaba frustrante no poder pasar a la acción. Estuvo a punto de arriesgarse a enfrentarse al tráfico, diciéndose que por lo menos estaría haciendo algo, y quizás, una vez fuera de las rutas principales, pudiera desplazarse rápidamente. Echó un

vistazo a la calle, atestada de automóviles moviéndose todos en la misma dirección, las bocinas atronando, los conductores maldiciendo desde sus ventanillas o estoicamente sentados, con las mandíbulas apretadas, las manos aferradas al volante. No conseguiría ni sacar el coche del jardín.

A las siete, el tráfico volvió súbitamente a la normalidad, como si alguien hubiera quitado el tapón en algún sitio y el exceso de coches se hubiera vertido por un sumidero. Bajó al sótano, sacó el coche, y salió a la calle sin ningún problema. Algunos coches circulaban en dirección prohibida, pero se hacían inmediatamente a un lado para dejarle paso. Llegó hasta la casa de Igescu antes del anochecer; había tenido que detenerse por el camino para cambiar una rueda pinchada. Las carreteras estaban cubiertas de toda clase de objetos, y uno de estos, un clavo, se clavó en la rueda posterior izquierda. Además la policía lo había detenido. Andaban buscando al ladrón de una estación de servicio que llevaba un coche de la misma marca y color que el suyo. Consiguió convencerles de que no era ningún criminal —al menos no el que buscaban— y siguió su camino. El hecho de que se preocuparan de un vulgar atraco demostraba hasta qué punto se había normalizado el tráfico. Al menos en aquella zona.

Al extremo de la carretera que pasaba delante de la propiedad de Igescu, dio la vuelta al coche y lo introdujo marcha atrás entre unos arbustos. Descendió, se sacó la máscara antigás, alzó la tapa del maletero y sacó el equipo que había preparado. Le llevó algún tiempo el trasladar el incómodo paquete, a través de los espesos bosques que bordeaban el muro hasta la cúspide del repecho. Allí desplegó la escalera de aluminio, juntó las tuercas de fijación y, con el paquete a la espalda, trepó hasta que su cabeza sobrepasó la última línea de alambre de espinos. Prefería no verificar si el alambre estaba electrificado, ya que podría hacer disparar alguna alarma. Desenrolló el largo túnel de caucho flexible, un juguete para niños, tirando de la cuerda atada a un extremo.

Lo levantó hasta que la mitad de su longitud pasó sobre el alambre, del otro lado, y comenzó a gatear. En lugar de deslizarse en el túnel, pasaba por encima, por lo que la maniobra era forzosamente lenta y torpe. Se apoyaba con todo su peso sobre el túnel, y la doble capa de caucho lo protegía de las púas del alambre. Pudo darse la vuelta, quedándose encima del túnel, y tirar hacia él de la escalera, con la cuerda del extremo del túnel y atado al último escalón. Puso sumo cuidado en no rozar el alambre con la escalera. La levantó y, dándole la vuelta, la depositó en la tierra al otro lado del muro. Puso los pies en el escalón superior, alzó el túnel haciéndolo deslizarse al suelo y luego descendió. Repitió toda esta operación para franquear el segundo muro interior, pero allá se detuvo al llegar arriba de la escalera y, en lugar de continuar, sacó dos grandes trozos de carne de su mochila y los arrojó todo lo lejos que pudo. Ambos aterrizaron sobre las hojas muertas al pie de un gran roble.

Después, volvió a bajar la escalera. Se sentó de espaldas contra el muro y esperó. Si nada ocurría en el plazo de dos horas, seguiría adelante a pesar de todo.

La noche se hizo cerrada, pero el aire seguía siendo sofocante. No había la menor brisa, no se escuchaba ningún ave ni ningún zumbido de insecto. La luna se alzó majestuosamente. Unos minutos más tarde, un aullido le hizo ponerse en pie de un salto. Su cuero cabelludo se movía como si estuviera siendo acariciado por una mano helada. Los aullidos, distantes al principio, se fueron aproximando. Pronto se produjo un sonido de olfateo, y después el ruido de un animal gruñendo y tragando. Childe esperó y comprobó su Smith & Wesson Terrier, un revólver de calibre treinta y dos, una vez más. Tras cinco minutos de reloj, trepó por encima del muro, arrastrando el túnel y la escalera como había hecho en el primer muro. Los dejó en el suelo tras un árbol, por si hubiera alguien vigilando. Con el arma en la mano, se lanzó en busca de los lobos. Los huesos de la carne que había arrojado habían sido partidos y parcialmente devorados; el resto había desaparecido.

No encontró a los lobos. O al menos no estaba seguro de que lo que encontró fueran lobos.

Penetró en un calvero y se detuvo, inspirando lentamente.

Dos cuerpos yacían a la luz de la luna. Estaban inconscientes, estado éste previsible tras la ingestión de carne drogada. Pero aquellos no eran los cuerpos peludos, de cuatro patas y afilados hocicos que había esperado encontrar. Aquellos eran los cuerpos desnudos de la pareja de jóvenes que había visto jugando al billar en la casa de Igescu. Vasili Chornkin y *Frau* Krautschner dormían sobre la hierba a la luz de la luna. El muchacho yacía boca abajo, con las piernas recogidas debajo del cuerpo y las manos junto a la cabeza. La muchacha yacía de costado, con las piernas encogidas y los brazos cruzados junto a la cabeza. Tenía un cuerpo magnífico. Le recordaba a una de las muchachas que había visto en las películas, la que Budler había jodido al estilo perruno.

Tuvo que sentarse un momento. Sentía que sus piernas temblaban. No sabía si aquello era posible o imposible. Simplemente era, lo cual constituía una amenaza para él. Amenazaba todas sus creencias acerca del orden universal, en otras palabras, toda su existencia.

Al cabo de un rato, se sintió capaz de actuar. Con cinta adhesiva que extrajo de su mochila amarró firmemente las manos de ambos a la espalda y también les ató los pies. Después selló sus bocas cuidadosamente con más esparadrapo y les colocó de costado, cara a cara, todo lo cerca que pudo ponerles, y les ató el uno al otro por el cuello y los tobillos. Cuando hubo concluido esta tarea sudaba copiosamente. Les dejó en el calvero deseándoles que fueran muy felices juntos. (El hecho de que pudiera bromear así demostraba que se estaba recuperando rápidamente de sus emociones). En todo caso, podrían considerarse felices: su plan inicial había sido

degollar a los lobos.

Se dirigió hacia donde debía hallarse la casa y al cabo de unos cinco minutos vio su mole, en la que se dibujaban unos rectángulos de luz, que se recortaba en lo alto de la colina. Mientras se acercaba por el flanco izquierdo, se detuvo en seco y estuvo a punto de disparar el revólver, tan sorprendido se sintió por la súbita aparición de aquella figura. La iluminó un momento un rayo de luna y desapareció de nuevo entre las sombras. Le había parecido reconocer a la mujer vestida con el traje largo que dejaba al descubierto la espalda.

Por tercera vez en aquella noche sintió un escalofrío. Debía ser Dolores. U otra mujer que se hacía pasar por ella. ¿Y por qué iba a pasearse por allí un falso fantasma fraudulento, si no había necesidad de engañar a nadie? Ellos no sabían que estaba allí. Al menos, en eso confiaba.

Aunque quizás el barón deseara asombrar a algún otro huésped aquella noche y utilizara a aquella mujer.

En el camino de acceso había cinco automóviles, además del Rolls-Royce Silver Cloud. Había dos Cadillacs, un Lincoln, un Ford y un Duesenberg modelo 1929. Las alas de la casa estaban a oscuras, pero la parte central estaba bien iluminada.

Childe miró en busca de Glam, no le vio, y se acercó dando la vuelta por un costado. Había un entramado cubierto de hiedra que suministraba un fácil acceso al balcón del segundo piso. La ventana estaba cerrada, pero sin pestillo. La habitación estaba sumida en la oscuridad y el aire era caliente y olía a rancio. Fue palpando a lo largo de una pared hasta encontrar una puerta. La abrió. Era un armario en cuyo interior estaba colgada una masa oscura de vestimentas mohosas. Cerró la puerta y siguió adelante hasta encontrar otra. Esta llevaba a un amplio pasillo débilmente iluminado por la luna a través de una ventana. Utilizaba su linterna, de cuando en cuando, para orientarse. Pasó junto a una escalera y abrió otra puerta que daba a otro pasillo. Este carecía por completo de iluminación; lo atravesó con ayuda de la linterna.

En ocasiones se detenía para pegar el oído a alguna puerta. Le había parecido escuchar murmullos de voces detrás de ellas. Un esfuerzo de concentración le convenció de que allí no había nadie, de que su imaginación le estaba jugando malas pasadas.

Al final de aquel pasillo, el doble de largo que el primero, encontró una puerta cerrada con llave. Sacó un manajo de llaves e intentó abrirla, sin conseguirlo. Utilizó entonces su ganzúa y, tras varios minutos de trabajo, durante los cuales el sudor corría alegremente por su cara y bajando por sus costillas (se detuvo varias veces porque le pareció escuchar pasos, y en una ocasión el sonido de una respiración) al fin la cerradura cedió.

La puerta se abrió dejando al descubierto un rayo de luz y dando paso a una

bocanada de aire fresco.

Al atravesar la puerta y entrar en otro pasillo, vio por el rabillo del ojo algo que se movía a su izquierda, al final del mismo. El movimiento había sido demasiado rápido como para que pudiera identificarlo, pero le pareció que era el vuelo de la cola de la falda de Dolores. Corrió pasillo adelante todo lo silenciosamente que pudo con sus playeras deslizándose sobre las losas de mármol del suelo (que era muy ornamentado y encuadrado con maderas de puro estilo Victoriano, aunque aquella fuera la parte española de la casa). En el recodo, se detuvo y asomó la cabeza.

La mujer estaba al final del pasillo, giraba hacia él. A la luz de una lámpara de pie que había a su lado, Childe vio que era alta, de pelo negro y bellísima: la mujer del retrato que había sobre la chimenea del salón.

Ella le hizo señas de que la siguiera, se dio la vuelta y desapareció al fondo del pasillo.

Él se sentía un tanto desorientado, le pareció haber perdido contacto con una parte de sí mismo y que las paredes que le rodeaban vacilasen sutilmente en torno suyo.

Justo al doblar la esquina, vio como la falda de Dolores franqueaba una puerta. Esta llevaba a una habitación situada a mitad del pasillo. La única luz procedía de una lámpara colocada sobre una consola en el pasillo. Tanteó hasta encontrar el interruptor de la luz. Una pequeña lámpara se encendió al otro extremo de la habitación, sobre un pedestal que había junto a una cama inmensa con dosel. No era un experto en mobiliario, pero parecía una cama de alguno de los Luises, Luis XIV, tal vez. El resto del mobiliario, también muy lujoso, parecía hacer juego con la cama. Del techo pendía una gran araña de cristales.

Las paredes estaban cubiertas de paneles blancos, uno de los cuales se cerraba en aquel momento.

A Childe le pareció que el panel se deslizaba, pero después de parpadear un instante, la pared parecía de nuevo perfectamente lisa. La mujer no podía haber salido por ningún otro lugar.

¿Acaso los fantasmas tienen que abrir las puertas, o los paneles, para pasar de una habitación a otra?

Tal vez fuera así. Si es que existían. No obstante, no había visto nada que indicara que Dolores —o quienquiera que fuera aquella mujer— fuera realmente un fantasma.

Si aquella era una puesta en escena del barón Igescu para ahuyentar a visitantes inoportunos, y en particular a Childe, la mujer le estaba guiando tras de sí, por razones presumiblemente siniestras. El panel conducía sin duda a un pasadizo secreto e Igescu debía desear que Childe lo atravesara.

Según el artículo del periódico, la casa original contenía pasadizos secretos, subterráneos, y túneles que desembocaban en los bosques. Don Pedro del Osorojo lo había hecho construir para precaverse de los ataques de los bandidos, de los indios

salvajes, de los campesinos en revuelta, y quizá también de las tropas del gobierno. Don Pedro, al parecer, andaba entrampado con los recaudadores de impuestos; el gobierno sostenía que había escondido oro y plata.

Cuando el primer barón Igescu, el tío del actual, añadió las alas nuevas al edificio, construyó también pasadizos secretos, conectados a los primitivos del centro de la casa. En realidad, no eran tan secretos, ya que los obreros que los habían instalado habían hablado de ellos, pero no existían planos de la edificación de la casa, o al menos nadie los conocía. Y la mayor parte de los obreros que habían trabajado en la construcción estarían ya en la tumba, o serían tan viejos que no serían capaces de recordar la distribución, en el supuesto de que se pudiera encontrar a algunos de ellos.

El panel había quedado abierto el tiempo suficiente como para que se diera cuenta de que era la entrada de un pasaje. Tal vez el barón deseaba que él lo supiera; tal vez lo deseara Dolores, el fantasma. En cualquier caso estaba firmemente decidido a penetrar en él.

Había que encontrar el mecanismo de apertura. Oprimió la madera que rodeaba el papel, intentó mover las molduras que lo rodeaban, golpeó varios lugares sobre su superficie (sonaba a hueco), y examinó de cerca buscando algún agujero. No encontró nada insólito.

Se enderezó. Estaba furioso. Se volvió de golpe, como para sorprender a algo —o a alguien— haciendo algo a sus espaldas. No había nada detrás suyo que no hubiera estado allí antes. No vio más que su propio reflejo en el inmenso espejo que cubría media pared, al otro extremo de la habitación.

## XIII

Evidentemente aquel espejo no cumplía su función de reflejar como un espejo normal. Tampoco es que reflejara distorsionadamente o exageradamente, como un espejo de feria. Las distorsiones —si es que se podían llamar así— eran sutiles. Y tan huidizas como gotas de azogue.

Todo lo que reflejaba estaba ligeramente desplazado: la pared detrás de Childe, el cuadro colgado de la pared a un costado, la cama con dosel, el propio Childe. Tenía la impresión de estar observando una habitación submarina a través de una ventana, estando él en el fondo del océano y el espejo fuera como una ventana o claraboya de una de las salas de un palacio sumergido. Los objetos de la habitación, y él se percibía como un objeto al igual que la cama o la poltrona, se balanceaban un poco. Como si corrientes alternativas frías y calientes comprimieran o dilataran el agua, cambiando así la intensidad de la luz y su ángulo de refracción.

Pero la distorsión no acababa aquí. En un lugar, la habitación y todo lo que contenía, incluyéndole a él, parecía casi —no del todo— normal. Cómo debería ser o cómo parecería que debía ser. Parecería, pensó él, porque le daba la impresión de que las cosas no son necesariamente como debieran ser, que la costumbre había convertido la extrañeza, o el escandaloso (una palabra peculiar, ¿qué le habría hecho pensar en ella?), en algo comfortable, cotidiano.

Y después la «normalidad» desapareció cuando los objetos empezaron a retorcerse o a balancearse, no había podido distinguirlo bien, y el cuarto, así como el propio Childe, se volvió «maléfico».

Él no se sentía «débil» ni «mezquino», ni «astuto» o «egoísta» o «indiferente», como otras veces se había sentido. Se sentía «malvado». Maligno, destructor, absolutamente desalmado.

Caminó lentamente hacia el espejo. Su reflejo, tembloroso, se acercó. Sonrió, y él se dio cuenta de que también sonreía. Aquella sonrisa no estaba desprovista de amor, al contrario, era una sonrisa de amor inmoderado. Amor al odio y a la corrupción y a todos los seres vivientes.

Casi podía percibir el hedor del odio y de la muerte. Entonces pensó que aquella sonrisa no era de amor sino de codicia, aunque acaso la codicia era una forma de amor. ¿Por qué no? Los significados de las palabras eran tan cambiantes y elusivos como las imágenes en el espejo.

Sintió náuseas; algo estaba royéndole los nervios de la boca del estómago.

Era una variante de la enfermedad marina<sup>[3]</sup>, la enfermedad de la visión, más bien.

Le dio la espalda al espejo, sintiendo al hacerlo como un escalofrío recorría su cuero cabelludo y una sensación de vulnerabilidad —un vacío— entre los omoplatos, como si el hombre del espejo fuera a clavarle un cuchillo en la espalda si se ponía a su alcance.

Detestaba el espejo y la habitación que reflejaba. Tenía que salir de allí. Si no conseguía abrir el panel en cuestión de segundos, tendría que salir por la puerta.

Era inútil repetir sus primeras tentativas. La clave para abrir el panel no estaba en su proximidad inmediata, de forma que tendría que buscar en algún otro lugar. Tal vez su activador, un botón, un saliente, lo que fuera, estuviera tras la enorme pintura al óleo. Esta representaba a un hombre que se asemejaba enormemente al barón y que probablemente fuera su tío; Childe la levantó, soltándola de sus anclajes, y la depositó en el suelo, apoyada contra la pared. El espacio detrás de la pintura era liso; allí no había mecanismo de activación alguno.

Devolvió el cuadro a su lugar. Parecía el doble de pesado que cuando lo había bajado. Aquella habitación le estaba absorbiendo las energías.

Se alejó del cuadro y se detuvo. El panel se había abierto hacia dentro y se hundía en las tinieblas, al otro lado de la pared.

Childe, manteniendo un ojo en el panel, puso una mano sobre la esquina inferior del cuadro y lo movió levemente. Pero el panel ya había empezado a cerrarse. Evidentemente, el mecanismo de apertura lo abría sólo durante breves instantes y después lo cerraba de nuevo automáticamente.

Esperó hasta que el panel se hubo cerrado y movió de nuevo el cuadro. No ocurrió nada. Pero cuando lo levantó ligeramente por una esquina, como la primera vez, el panel volvió a abrirse.

Childe no perdió el tiempo en reflexiones. Corrió hasta el panel, pasó por el hueco con precaución, asegurándose de que podía plantar bien los pies en la oscuridad, y después se hizo a un lado para permitir que el panel se cerrara de nuevo. Se encontraba en medio de una oscuridad total; el aire era rancio, olía a madera en putrefacción, a escayola rindiéndose ante el tiempo, y a restos de ratones muertos largo tiempo atrás. Childe creyó también discernir un hálito de perfume. La linterna le mostró un polvoriento corredor de dos metros de alto por uno y medio de ancho.

No terminaba contra la pared del gran pasillo, como había esperado, sino en un pozo de oscuridad que resultó ser una escalera que se hundía hacia el pasillo. Childe bajó unos escalones y se encontró en una pequeña plataforma de la que partía otra escalera que ascendía, supuso, hasta otro pasadizo al otro lado del pasillo.

En dirección opuesta, el pasadizo continuaba recto a lo largo de unos quince metros y después desaparecía bifurcándose. Caminó lentamente en esa dirección y examinó las paredes, el techo y el suelo con detenimiento. Una vez que hubo recorrido la suficiente distancia como para haber dejado atrás el dormitorio del barón,

encontró un panel suspendido de unas bisagras. Era demasiado pequeño y estaba situado a demasiada altura en la pared como para ser una entrada. Le quitó el cerrojo, apagó la linterna, y lo hizo girar lentamente para que no chirriaran las bisagras. No emitieron sonido alguno. El panel ocultaba un espejo falso. Childe podía observar el interior de una habitación. Una mujer con el cabello estilo Tiziano entró por la puerta unos siete segundos más tarde. Caminó pasando frente a él, a tan sólo dos metros de distancia, y desapareció por una puerta abierta. Llevaba un vestido estampado de grandes flores rojas, las piernas desnudas y sus pies calzados con unas sandalias.

La mujer era tan hermosa que por un momento había sentido una punzada en el plexo solar. Esta sensación la había experimentado tan sólo en tres ocasiones, al ver por vez primera mujeres tan hermosas que había sentido la agonía de saber que jamás tendría acceso a ellas.

Childe pensó que más le valdría continuar con sus exploraciones, pero tenía la intuición de que vería algo significativo si permanecía allí. La mujer tenía un semblante muy decidido, como si tuviera una misión importante que cumplir. Childe colocó su oído contra el falso espejo y alcanzó a escuchar, vagamente, Así habló Zaratustra de Richard Strauss. Parecía provenir de la habitación en la que había entrado la mujer.

El dormitorio estaba decorado de manera un tanto sombría como para ser de una mujer tan joven y hermosa; la habitación del barón, si es que lo era realmente, hubiera sido más apropiada para ella. Resultaba mucho más alegre, si se hacía salvedad del espejo y sus sortilegios. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera oscura y mate hasta unos dos metros del suelo; encima, había un empapelado parduzco decorado con imágenes apenas visibles: aves extrañas y dragones retorciéndose rodeaban el motivo central, algo que podría representar a Adán y Eva y un manzano. No había ninguna serpiente.

La alfombra era gruesa, de color también apagado y mate, con imágenes demasiado desvaídas como para ser identificables. La cama tenía dosel, como la del barón, pero pertenecía a un período que Childe desconocía, lo cual carecía de importancia, dada su ignorancia sobre temas de muebles y estilos. Sus patas eran de hierro forjado en forma de garras de dragón. La colcha y el dosel eran de color rojo oscuro. Frente al lecho, en la pared, había un espejo. Era un espejo de tres cuerpos, como los utilizados en los probadores de las tiendas de ropa. Parecía un espejo sin más complicaciones; reflejaba normalmente el falso espejo a través del cual estaba espionando Childe, así como el otro espejo situado sobre una gran cómoda de caoba pulimentada.

Había un candelabro de cuarzo tallado con receptáculos amarillo-mate para las velas. No obstante, la luz de la habitación procedía de una serie de lámparas de pie y de mesa. Los rincones de la habitación permanecían en penumbra.

Childe esperó un rato, sudando. Hacía calor en el corredor, y los diversos olores de madera, de yeso, y de ratones muertos en tiempos inmemoriales, le fueron pareciendo más intensos. El hálito de perfume se había desvanecido. Finalmente, justo cuando había decidido seguir la búsqueda —¿qué demonios estaba haciendo allí plantado?— la mujer entró por la puerta. Estaba desnuda; su pelo rojo Tiziano pendía vaporosamente en torno a sus hombros y caía en cascada por su espalda. Acercó una botella de largo gollete a sus labios mientras caminaba hacia la cómoda. Se detuvo un momento para seguir bebiendo hasta que quedaron tan sólo unos centímetros de líquido. Después depositó la botella en la cómoda y se inclinó hacia adelante para mirarse al espejo.

Se había quitado el maquillaje. Escrutaba detenidamente el espejo, como buscándose defectos. Childe dio un paso atrás, porque parecía imposible que ella no le viera. Después volvió a acercarse. Quizás ella estaba al corriente de que era un espejo trucado, pero no parecía preocuparse de ser observada. O bien suponía que no podía ser ninguna persona hostil. Tal vez tan sólo el barón conociera aquel pasadizo.

Pareció considerar satisfactoria su inspección facial; posiblemente muy satisfactoria, a juzgar por su sonrisa. Se enderezó y se quedó mirándose el cuerpo desnudo y pareció quedar también satisfecha. Childe se sentía incómodo, como si estuviera cometiendo un acto perverso, pero empezó también a excitarse.

Ella se estremeció un poquito, balanceó las caderas de un lado a otro, y empezó a deslizar sus manos por sus costados y sus caderas y después tomó sus pechos en sus manos y empezó a frotarse los pezones con los pulgares. Los pezones se pusieron erectos. La verga de Childe también se puso erecta.

Mientras se acariciaba los pechos con la mano izquierda, se llevó la mano derecha al pubis, y abriéndose los labios del coño con un dedo, comenzó a frotarse el clítoris, con gestos vigorosos y nerviosos; súbitamente echó hacia atrás la cabeza, con la boca abierta y el éxtasis reflejado en su cara.

Childe se sintió a la vez excitado y repelido. La repulsión obedecía en parte al hecho de que no era nada *voyeur*; consideraba indecente el espiar a nadie en semejantes circunstancias. Nada le obligaba a permanecer allí, pero después de todo había venido a investigar un caso de secuestros y asesinatos, lo que desde luego parecía merecer una investigación.

Ella continuaba frotándose el clítoris y los velludos labios. Y entonces —y Childe se sintió desconcertado y tembloroso, pero sabía también que, de alguna manera, había esperado algo así— algo diminuto, como una delgada lengua blanca, salía de la vulva.

No era una lengua. Era algo más parecido a una serpiente; o una anguila. Más largo. Su longitud era algo que no podía determinar aún, ya que su cuerpo seguía saliendo sin interrupción. Seguía saliendo, y su piel era lisa y libre de vello como el

vientre de la mujer e igual de blanca, y resplandecía lubricada por su coño.

Se dejó caer hacia abajo, como un pene a media erección, y después se dio la vuelta y se dejó caer contra el vientre y empezó a ascender zigzagueando por su cuerpo. Continuaba saliendo de la vulva, como si hubiera aún metros arrollados en el interior del vientre, y siguió deslizándose hacia arriba hasta enroscarse en torno al pecho izquierdo.

Childe podía distinguir los detalles de la cabeza de la cosa, que tenía el tamaño de una pelota de golf. Se volvió dos veces para mirarle fijamente. Es decir, para mirarse al espejo.

Su cabeza era calva a excepción de una franja de pelo negro, que parecía engominado, en torno a las diminutas orejas. Las cejas eran muy finas, negras y húmedas; un delgado mostacho y una barbita mefistofélica formaban un triángulo alrededor de la boca, una estrecha hendidura como la vagina de donde había salido la cosa, pero se abrió un instante y Childe pudo ver dos hileras de dientes diminutos y amarillentos y una lengua rosada. La nariz era relativamente grande, en forma de cuchilla. Los ojos eran oscuros, pero eran tan pequeños y estaban tan hundidos que a Childe le hubieran parecido negros aunque hubieran sido del más pálido azul.

Esta cara diminuta tenía un aire de malignidad indecible. Los labios de la mujer se movieron. Childe no alcanzaba a oír nada pero le pareció que estaba ronroneando.

El cuerpo serpentino reemprendió su ascenso mientras seguía aún saliendo de la rosada fisura en el matorral rojo oscuro de la mujer. Rodeó su pecho y ascendió por su hombro y contorneó su cuello saliendo por el lado derecho y formó un bucle en el aire de modo que la liliputiense cabeza quedó de cara a la mujer. Esta se giró ligeramente y Childe alcanzó a ver entonces un cuarto de su perfil.

Sus manos se movían a lo largo de aquel cuerpo de ofidio como si estuviera acariciando un pene antinaturalmente largo. Sus delgados dedos —bellísimos dedos— recorrieron toda su longitud, y después, mientras una de sus manos se cerraba suavemente justo detrás de la cabeza de la cosa para sostenerla, la otra empezó a deslizarse atrás y adelante del cuerpo como si estuviera masturbando al pene-serpiente.

La cosa se estremeció. Entonces la cabeza se movió hacia adelante, y sus diminutos labios rozaron el labio inferior de la mujer. Debió morderla, o al menos así lo pareció, ya que ella apartó de un respingo la cabeza como si la hubiera pinchado. No obstante, volvió a acercarse la cabeza, y esta vez abrió la boca de par en par. La cabeza se hundió en su boca; ella empezó a chuparla.

Childe se había sentido tan estupefacto que sólo había reaccionado emocionalmente. Ahora empezó a reflexionar. Se preguntó cómo podría respirar la cosa en el interior de la boca. Luego pensó que le resultaría aún más difícil hacerlo cuando estuviera enroscada dentro de su vientre o dondequiera que viviera en su

interior. De forma que, aunque tenía una nariz, tal vez no le resultara necesaria. Quizás el oxígeno podría serle transmitido por el sistema circulatorio de la mujer, a través de algún dispositivo de tipo umbilical.

Aquella cabeza en otro tiempo había pertenecido a un hombre adulto. Childe, sin motivos racionales, estaba seguro de ello. La cabeza había pertenecido al cuerpo de un varón adulto. Ahora, por medio de alguna ciencia inverosímil, la cabeza estaba reducida al tamaño de una pelota de golf, y había sido fijada a aquella serpiente uterina. A menos que el cuerpo humano original hubiera sido alterado. A menos que...

Sacudió la cabeza. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso le habían drogado? Primero aquel espejo, y ahora esta cosa...

El cuerpo se combó, y la cabeza se retiró de la boca de la mujer.

Se balanceó de un lado para otro como una cobra danzando al sonido de una flauta, mientras la mujer se llevaba las manos a la boca y se quitaba una dentadura postiza. Sus labios se hundieron; se había convertido, de cuello para arriba, en una anciana. Pero la cosa se lanzó hacia adelante antes de que ella tuviera tiempo de dejar la dentadura sobre la cómoda, y la diminuta cabeza y parte del cuerpo desaparecieron en el interior de la desdentada cavidad. El cuerpo se arqueaba y se enderezaba, deslizándose atrás y adelante entre los labios.

Al principio los movimientos eran lentos. Después el cuerpo de la mujer empezó a temblar, y su piel se volvió aún más pálida, excepto en torno a la boca y el pubis, donde un intenso oscurecimiento indicaba una concentración de flujo sanguíneo. Ella se agitó; sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; miraba con ojos vidriosos como si estuviera atontada. Los impulsos del cuerpo empezaron a acelerarse, y a cada empuje desaparecía en su interior una mayor longitud del cuerpo. Ella se tambaleó hacia atrás hasta caer sobre la cama con las piernas colgando y un pie apoyado sobre el suelo, el otro en el aire.

Durante quizás noventa segundos, se convulsionó como presa de un espasmo incontrolable. Después se quedó inmóvil. El cuerpo serpentino se alzó; la cabeza salió de entre los labios de la mujer y se giró volteando a un tiempo el cuarto superior del cuerpo. De la boca abierta se escapaba un fluido blancuzco y espeso.

El cilindro se alzó hasta que estuvo separado del cuerpo de la mujer en toda su longitud, exceptuando los últimos doce centímetros. Se tambaleó como un girasol en medio de una inundación y se derrumbó. La diminuta boca mordisqueó un pezón de la mujer unos instantes. Las manos de ésta se movieron como aves dormidas medio despiertas por un ruido súbito, después volvieron a quedar inmóviles. La boca dejó de mordisquear. El cuerpo comenzó una lenta retirada en zigzag hacia el matorral rojo oscuro y la fisura, arrastrando tras de él la cabeza. Finalmente, el cuerpo desapareció y la cabeza se hundió, en la vulva, separando a su paso los labios de ésta.

Childe pensó: ¿Un licántropo? ¿Un vampiro? ¿Una lamia? ¿Un vodyanoi? ¿Qué era aquello?

Jamás había leído nada parecido, ni de lejos, a lo de aquella mujer y la cosa que llevaba en el vientre. ¿Acaso tenía alguna relación con las teorías de Le Garrault que le había contado Igescu?

La mujer se levantó de la cama y caminó hacia la cómoda. Mirándose al espejo, se puso otra vez la dentadura postiza y se convirtió de nuevo en la mujer más bella del mundo.

Pero al mismo tiempo era también la mujer más terrorífica que jamás hubiera visto Childe. Temblaba tan fuerte como había temblado ella en su orgasmo, y se sentía con ganas de vomitar.

En aquel momento, la puerta que daba al pasillo grande se abrió hacia adentro.

Childe se quedó tan helado como si acabaran de meterle dentro de un agujero en los hielos polares.

La cabeza de piel pálida, labios escarlata y cabello negro, de Dolores del Osorojo había aparecido en el umbral.

La mujer, que debió ver a Dolores en el espejo, se puso gris. Su boca se abrió de golpe; empezó a escurrírsele por la barbilla saliva y líquido espermático. Sus ojos se volvieron inmensos. Sus manos volaron —como aves de nuevo— a cubrir sus pechos. Entonces gritó con tal fuerza que hasta Childe pudo oírla, y se dio la vuelta echando a correr hacia la puerta. Había cogido la botella por el cuello con tal rapidez que Childe no se dio cuenta de que la llevaba hasta que estuvo a mitad de la habitación. Estaba aterrorizada. De ello no cabía duda. Pero era también valerosa. Estaba atacando a la causa de su terror.

Dolores sonrió, y un níveo brazo apareció en la puerta y apuntó hacia la mujer.

La mujer se detuvo con la botella todavía alzada como una maza, y se echó a temblar.

Entonces Childe se dio cuenta de que Dolores no estaba señalando a la mujer, sino a algo más allá de ella. Le señalaba a él.

O, más exactamente, al espejo tras el que se encontraba. La mujer se volvió y miró hacia el espejo y después miró en torno suyo desconcertada. Se dio otra vez la vuelta y gritó algo al fantasma en un lenguaje desconocido. Dolores sonrió de nuevo, retiró el brazo y después la cabeza. La puerta se cerró. Aún temblando, la mujer se aproximó lentamente a la puerta, la abrió despacio, y lentamente miró al exterior. Si llegó a ver algo, no pareció querer emprender su persecución, ya que volvió a cerrar la puerta. Después apuró la botella y regresó hasta la cómoda, a la que acercó una silla, en la que se dejó caer con la cabeza apoyada sobre los brazos. Al cabo de un rato, el color regresó a su piel. Se enderezó de nuevo. Sus ojos estaban inundados de lágrimas, y su cara parecía haber envejecido casi diez años. Se inclinó para mirarse

en el espejo, hizo una mueca de desagrado, se levantó y salió por la otra puerta. Childe supuso que debía dar a un cuarto de baño o a una habitación que diera a un baño.

Su reacción ante Dolores no había sido, desde luego, similar a la del barón, que había parecido aburrido ante el fenómeno. La visión del supuesto fantasma la había aterrorizado.

Si Dolores era un fraude, un fraude del que sin duda la mujer debía estar informada, ¿por qué reaccionó de aquel modo? Childe tuvo la sensación más que inquietante de que Dolores del Osorojo no era una mujer contratada para hacer de fantasma. Aunque también era posible que la mujer se hubiera asustado por otras razones.

No tenía tiempo de averiguar cuáles. Utilizó su linterna en breves relampagueos para buscar alguna entrada a aquella habitación, pero no pudo encontrarla. Siguió por lo tanto adelante y llegó hasta otro panel que daba a otro espejo falso. A su través, vio un pequeño salón decorado al estilo colonial español. Exceptuando el teléfono que había sobre una mesa, podría creerse una habitación intacta desde la construcción de la casa. No había nadie en ella.

El corredor giraba después de esta habitación. Adosado a la pared había un panel con bisagras lo suficientemente grande como para ofrecer acceso al otro lado. Había también una pequeña mirilla tras un pequeño panel deslizante. Acercó el ojo, pero tan sólo pudo ver una habitación a oscuras. En el límite de su campo de visión, la oscuridad disminuía un tanto, como si se filtrara luz a través de alguna puerta entornada o del ojo de una cerradura. En algún lugar lejano se oía el sonido de una voz. Hablaba una lengua extraña; parecía monólogo o quizás una conversación telefónica.

Pasada aquella habitación, el corredor se bifurcaba como los brazos de una Y. Recorrió ambas ramas una corta distancia y vio que había dos paneles de entrada en paredes opuestas de uno de los ramales y otro panel en el que había una mirilla en el otro. Si volviese a encontrarse una habitación de forma triangular, sabría dónde se encontraban sus pasadizos.

Miró a través de la mirilla pero no pudo ver nada. Regresó al pasadizo y subió por él otro ramal de la Y hasta el panel y lo abrió. Su mano, que había adelantado a su cuerpo a través de la abertura, palpó una tela pesada. Se deslizó a través del panel cuidadosamente, para no mover la tela. Podría ser algún cortinón lo bastante tupido como para impedir ver si había luz al otro lado de la habitación. Si había alguien allí, el menor movimiento de la cortina delataría su presencia.

Agachado, con el hombro apoyado contra la pared y encogiéndole los hombros para no tocar la tela, caminó hasta llegar a la juntura de las dos paredes. Allí se juntaban los bordes de los cortinones. Se volvió separando ligeramente los bordes, y miró por

la rendija con un solo ojo.

La habitación estaba a oscuras. Childe se enderezó y salió de detrás de las cortinas encendiendo su linterna. El rayo de luz iluminó una cámara de cine sobre un soporte y después se detuvo en una mesa en forma de Y.

Estaba, sin lugar a dudas, en la habitación, o en una habitación muy similar a la que había sido el escenario de las últimas horas de vida de Colben y Budler. Había una cama en una esquina, una serie de cámaras de cine, algunos artefactos de finalidad desconocida, y un gran cenicero de un material verde oscuro. En el centro de su receptáculo más o menos circular se alzaba una estatuilla larga y delgada. Parecía de un hombre transformándose en lobo o viceversa. El cuerpo hasta la altura del pecho era humano; a partir de ahí estaba cubierto de pelos y los brazos se habían transformado en patas, la cabeza era humana pero tenía orejas similares a las de un lobo, como si hubiera sido plasmada en plena metamorfosis. En el cenicero había unas treinta colillas. Algunas tenían marcas de lápiz de labios. Una mostraba en torno al filtro una manchón de sangre seca, o de algo que parecía serlo.

Childe encendió las luces y con su diminuta cámara japonesa tomó veinte fotografías. Tenía ya lo que necesitaba y debería conformarse con ello y salir de allí. Pero no había podido averiguar si Sybil estaba en la casa.

Y tal vez hubiera muchas más pruebas, aún más concluyentes, para conseguir que la policía se decidiera a intervenir. Apagó las luces y salió a gatas a través del panel, entrando en el pasadizo. Se encontró entonces ante las dos rutas alternativas y decidió seguir por la barra derecha de la Y. Esta le llevó hasta otro pasillo: la barra horizontal de una T. Giró de nuevo a la derecha y llegó hasta una escalera. Los peldaños eran de una sustancia de aspecto vítreo; sin duda habría resbalado si no hubiera calzado playeras. Bajó seis escalones y de repente sus pies abandonaron al suelo y cayó pesadamente de espaldas.

Cayó sobre una superficie lisa y se deslizó a toda velocidad sobre ella como por un tobogán, lo que, en cierto sentido, era. Extendió los brazos apoyando las manos contra las paredes en un intento de detenerse, pero las paredes eran también de la misma sustancia vítrea. A la luz de la linterna vio una trampilla al final de las escaleras —cuyos escalones se habían encajado de pronto formando una superficie lisa— e instantes después se deslizaba a través de la oscura abertura. Se dio un fuerte golpe, pero apenas le dolió. La trampilla se cerró por encima de su cabeza. La linterna le mostró las paredes, techo y suelo acolchados de una habitación de dos metros por tres, y dos metros y medio de altura. No se veían puertas ni ventanas. No olió nada ni oyó nada, pero de alguna manera la habitación debió llenarse de gas. Cayó dormido antes de poder darse cuenta de lo que ocurría.

## XIV

No tenía ni noción del tiempo que llevaba allí. Cuando despertó, su linterna, su reloj de pulsera, su revólver y su máquina fotográfica habían desaparecido. Le dolía la cabeza, y tenía la boca tan seca como si empezara a recuperarse de una borrachera de tres días. Aquel gas debía tener efectos en extremo relajantes, ya que se había mojado los pantalones y los calzoncillos. O tal vez se los hubiera mojado al desaparecer los escalones de debajo de sus pies y comenzar la caída. Había sentido la necesidad de orinar ya antes de caer en la trampa.

Se encendieron cinco luces. Cuatro de ellas eran lámparas de pie situadas en las esquinas de la habitación y la quinta era un aplique de pared de hierro forjado en forma de antorcha, fijado a la pared con un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Ya no estaba en el interior de la cámara acolchada. Yacía sobre una enorme cama de cuatro capiteles con sábanas y colcha escarlatas y un dosel también escarlata ribeteado de negro. La habitación no era ninguna de las que había visto anteriormente. Era muy espaciosa; sus negras paredes estaban ornadas con cortinones escarlata con ribetes amarillos y con dos panoplias de sables cruzados. El suelo era de roble negro, vitrificado, cubierto con unas esterillas carmesí de grueso tejido, con forma de estrella de mar. Había algunas estilizadas sillas de hierro forjado de esqueléticos respaldos y con almohadones carmesí en los asientos, y un alto armario de madera marrón de grano denso.

Mientras observaba la habitación, Childe pensó acerca del miedo al hierro y a la cruz que supuestamente tenían los vampiros. Había objetos de hierro por toda la casa, y, si bien no había visto crucifijo alguno, había visto profusión de objetos, tales como aquellos sables cruzados, en forma de cruz. Si Igescu era un vampiro (Childe se sentía ridículo tan sólo de pensarlo), no cabía duda de que no le importaba el contacto con el hierro o la visión de una cruz.

Quizás (tan sólo quizás), aquellas criaturas habían adquirido algún tipo de inmunidad hacia aquellas cosas, otrora aborrecidas, en el transcurso de millares de años. Si es que realmente habían temido alguna vez al hierro y la cruz, por supuesto. ¿Qué había de los tiempos anteriores a la utilización del hierro por parte del hombre? ¿Con qué guardianes y qué protección contaba en aquellos tiempos el hombre contra estas criaturas?

Tambaleándose, Childe se levantó de la cama y se puso en pie. No tuvo tiempo de buscar una salida secreta por las paredes, que pensó que debía existir y que tal vez hubiera podido encontrar antes del regreso de sus captores, ya que la puerta del extremo más alejado de la habitación se abrió y entró Glam. La habitación pareció de

pronto mucho más pequeña. Se detuvo muy cerca de Childe y le miró desde lo alto. Por ver primera Childe vio sus ojos de color castaño claro. La cara era pesada y maciza como un peñasco, pero aquellos ojos parecían refulgir como si fueran piedras radioactivas. De sus cavernosas fosas nasales salían unos pelos como estalactitas. Su aliento apestaba como si acabara de devorar un pulpo podrido.

—El barón dice que baje usted a cenar —dijo como un trueno lejano.

—¿Con estas ropas?

Glam dirigió su mirada a la mancha de humedad que adornaba el frente de los pantalones de Childe. Al alzar la vista sonrió un instante, fue como una calabaza ahuecada una fracción de segundo antes de que la vela de su interior se apagara.

—El barón dice que puede usted cambiarse si así lo desea. Hay ropa de su talla en el armario.

El armario era casi tan grande como una habitación pequeña. Alzó las cejas al ver la variedad de ropas masculinas y femeninas. ¿A quiénes pertenecían y dónde estaban? ¿Estaban acaso muertos? ¿Acaso algunas de aquellas ropas llevarían etiquetas con los nombres de Budler o Colben, o mejor la habrían llevado, ya que el barón no hubiera sido sin duda lo suficientemente estúpido como para dejar intacta semejante identificación?

Tal vez fuera estúpido, a fin de cuentas. Si no, ¿por qué enviar las películas al Departamento de Policía de Los Angeles?

Aunque, en realidad, no creía que el barón fuera precisamente estúpido.

Childe se lavó la cara, las manos, los genitales y los muslos en el más lujoso cuarto de baño que jamás hubiese visto. Luego, tras ponerse un smoking, siguió los pasos de Glam por varios pasillos y después descendieron una escalera. No reconoció ninguno de los alrededores ni tampoco el comedor. Había esperado ir a parar al mismo comedor donde había estado el día anterior, pero era otro. La casa era decididamente inmensa.

La decoración de aquella habitación era de un estilo que hubiera definido como italiano-victoriano-pompier. Las paredes eran de mármol gris vetado de rojo. En un extremo se hallaba una enorme chimenea de mármol rojo, sobre la que había el retrato de un anciano de pelo blanco de aspecto feroz, con unos espesos mostachos. Vestía una casaca color burdeos de anchas solapas y una camisa blanca con chorreras en torno al cuello.

El suelo era de mármol negro con pequeños mosaicos en cada uno de los ocho ángulos. El mobiliario era grande y pesado, de una madera negra y lisa. Un blanco mantel de damasco cubría la mesa principal; estaba servida con macizos platos y copas de plata, así como con cubiertos del mismo material, y largos y gruesos candelabros de plata sostenían gruesas velas rojas. Había al menos cincuenta velas, todas ellas encendidas. Un gran candelabro de cuarzo tallado sustentaba también una

serie de velas rojas, pero éstas estaban sin encender.

Glam se detuvo y le indicó una de las sillas. Childe se aproximó a ella lentamente. El barón, sentado a la cabecera de la mesa, se puso en pie para darle la bienvenida. Su sonrisa fue amplia pero breve.

—Bienvenido, señor Childe —dijo aun a pesar de las circunstancias. Por favor, siéntese ahí, junto a la señora Grasatchow.

Había cuatro hombres y seis mujeres sentados a la mesa.

El barón.

Magda Holyani.

La señora Grasatchow, que podía aspirar al título de la mujer más gorda que jamás hubiera visto.

La bisabuela del barón, que debía de tener al menos un centenar de años.

Vivienne Mabcrrough, la mujer del pelo rojo que llevaba la serpiente de cabeza humana en su vagina.

O'Riley O'Faithair, un hombre bien parecido, de pelo negro, de unos treinta y cinco años, que hablaba con un encantador acento irlandés. Y de cuando en cuando se dirigía al barón y a la Mabcrrough en una lengua desconocida.

El señor Hierba Inclínada, que tenía una cara muy ancha y de pómulos muy altos, adornada por una enorme nariz aguileña y enormes ojos muy oscuros y ligeramente avellanados. Parecía el sosias de Toro Sentado, pero algo que comentó con la señora Grasatchow indicaba su procedencia crow. Se refirió al hombre de las montañas, Jeremiah Johnston, «Johnston el Comehígados», como si hubiera sido coetáneo suyo.

Fred Pao, un chino alto y enjuto, con facciones que parecían talladas en teca, llevaba un bigote y una perilla estilo Fu-Manchú.

Panchita Pocyotl, una india mejicana menuda y bien proporcionada.

Rebecca Ngima, una hermosa y esbelta negra africana, vestida con una larga chilaba blanca.

Iban todos lujosa y elegantemente vestidos, y, aunque su habla no estaba totalmente desprovista de acentos extranjeros, su inglés era fluido e incluso sofisticado, y rico en alusiones literarias, filosóficas, históricas y musicales. Se hacían también referencias a sucesos, personas y lugares que Childe ignoraba, a pesar de ser hombre de amplias lecturas. Parecían haber estado en todas partes y (en este momento sintió como el frío se enhebraba en la aguja de sus nervios), haber vivido en épocas muy antiguas.

¿Acaso todo esto era otra comedia? ¿Un capítulo más de la superchería?

¿Pero era realmente una superchería? En aquel momento recibió otra desagradable sorpresa: el barón se dirigió a él llamándole señor Childe. Se dio cuenta de que era la segunda vez que lo hacía. La primera vez estaba demasiado atontado como para darse cuenta de lo que esto significaba.

—¿Cómo averiguó usted mi nombre? Yo no llevaba encima ninguna identificación.

—¿No esperará usted que vaya a decírselo? —dijo él barón sonriendo.

Childe se encogió de hombros y empezó a comer. Había una gran abundancia de variados platos en una mesita accesoria. De la amplia gama de posibilidades eligió una chuleta cortada estilo New York y una patata asada. En el plato de la señora Grasatchow, sentada a su izquierda, había un atún entero y un inmenso cuenco de ensalada. Antes, durante y después de la comida iba trasegando de una jarra de *Bourbon* de cuatro litros de capacidad. Cuando se sentó a la mesa estaba llena, y cuando se retiraron los platos de la mesa no quedaba ni una gota.

El servicio estaba a cargo de Glam y de dos mujeres de corta estatura y piel cetrina que vestían uniformes de doncella. No obstante las mujeres no se comportaban como sirvientes, frecuentemente entablaban breves conversaciones con los huéspedes y el anfitrión, y en varias ocasiones hicieron, en aquella extraña lengua, comentarios que hicieron reír a los comensales. Glam hablaba tan sólo cuando sus deberes así se lo exigían. Aunque miraba a Magda mucho más a menudo de lo que el deber exigía.

La baronesa, sentada en el extremo de la mesa opuesto al de su biznieto, se inclinaba como una interrogación viva, o como un buitre, sobre su sopa. Esto fue lo único que le sirvieron, y ella la dejó enfriar antes de tomársela. Hablaba muy poco y alzó la vista en sólo dos ocasiones, una de ellas para contemplar largo tiempo a Childe. Parecía acabada de traer de alguna pirámide egipcia y que añoraba de nuevo su cripta. Su traje de noche, de cuello alto y pechera con encajes de terciopelo rojo, parecía haber sido comprado en 1890.

La señora Grasatchow, a pesar de ser tan gruesa como dos cerdas preñadas, tenía una piel notablemente blanca, impoluta y lechosa, y unos enormes ojos púrpura. Sin duda, más joven y delgada, debió haber sido una mujer muy hermosa. Hablaba como si se considerara todavía bella, acaso la mujer más bella y deseable del mundo. Hablaba sin remilgos ni inhibiciones acerca de los hombres que habían muerto — algunos de ellos literalmente— por su amor. En medio de la cena, y consumidos casi dos tercios de su botellón de *whisky*, empezó a hablar un tanto incoherentemente. Childe estaba estupefacto. Había bebido lo suficiente como para matarle a él, y a la mayoría de la gente normal, y el único efecto era tan sólo la lengua ligeramente estropajosa.

Ella había bebido mucho más que el chino Pao, quien había consumido mucho vino durante la noche aunque no gran cosa en comparación con ella. Y no obstante, a nadie se le ocurrió regañarla, mientras que Igescu parecía preocupado por Pao. Estaba hablándole en una esquina y aunque Childe no alcanzaba a oírle, vio la mano de Igescu aferrar la muñeca de Pao y después negar con la cabeza, señalando con el

pulgar de la otra mano en dirección a Childe.

De repente, Pao empezó a temblar y se precipitó fuera de la habitación. A pesar de su prisa por salir, a Childe no le parecía que estuviera a punto de vomitar. No tenía la palidez ni la expresión extraviada de un hombre cuyos intestinos estuvieran a punto de expulsar su contenido.

Los platos fueron retirados y se sirvieron puros, *brandy* y licores. (¡Santo Dios! ¿Acaso la señora Grasatchow iba realmente a fumarse aquel cigarro de diez dólares y a meterse en el cuerpo aquel enorme balón de *brandy* encima de todo el *whisky* que había bebido?).

El barón se dirigió a Childe:

—Se da usted cuenta, por supuesto, de que podría matarle sin problemas por intrusión, violación de domicilio, voyeurismo, etcétera, aunque fundamentalmente por intrusión. Por tanto, acaso ahora no tenga usted inconveniente en decirme qué es lo que desea.

Childe dudó. El barón conocía su nombre y, por lo tanto, debía saber que era un investigador privado y que había sido socio de Colben. Debía ser consciente de que, de alguna manera, Childe había localizado su pista, y debía sentir curiosidad por saber qué había llevado a Childe hasta allí. Quizá también se preguntaba si Childe había advertido a alguien de sus proyectos.

Childe decidió ser franco. Decidió también decirle al barón que la policía estaba al corriente de su presencia allí y que si no tenían noticias de él antes de transcurrido un cierto tiempo, irían a averiguar la razón.

Ignescu le escuchó con una sonrisa aparentemente divertida.

—¡Por supuesto! ¿Y qué encontrarían aquí si es que decidieran venir, cosa harto improbable?

Tal vez encontrarán algo que Igescu no sospechaba. Tal vez encontrarán dos personas desnudas atadas una contra otra. Igescu tendría dificultades para explicarlo, pero la cosa no pasaría a mayores. Sería simplemente algo desconcertante para la policía y un poco incómodo para Igescu.

En aquel momento, Vasili Chornkin y *Frau* Krautschner, ambos vestidos, entraron en la habitación. Se detuvieron un instante, miraron a Childe, y después siguieron su camino. La rubia se detuvo junto a Igescu para susurrar algo en su oído. El hombre se sentó y pidió que le sirvieran de comer. Igescu miró a Childe, frunció el ceño y sonrió. Le dijo algo a *Frau* Krautschner, quien se echó a reír y se sentó junto a Chornkin.

Childe se sentía cada vez más atrapado. No había nada que pudiera hacer excepto tal vez intentar huir a la carrera, pero no pensaba que llegaría muy lejos. Sólo podía dejarse llevar por la corriente de los caprichos de Igescu y esperar a que surgiera alguna oportunidad para huir.

El barón, mirándole por encima del balón de *brandy* que sujetaba justo bajo su nariz, dijo:

—¿Tuvo usted oportunidad de leer a Le Garrault, señor Childe?

—No, no la tuve. Por otra parte tengo entendido que la biblioteca de la universidad está cerrada a causa del smog. El barón se puso en pie.

—Vayamos a la biblioteca a conversar. Estaremos más tranquilos.

La señora Grasatchow se levantó pesadamente de su sillón, resoplando como una ballena alcohólica. Puso un brazo en torno a los hombros de Childe; sus carnes colgaban como marañas de lianas, de la jungla:

—Yo iré contigo, pequeño, seguro que no quieres irte sin mí.

—Por el momento puedes quedarte aquí —dijo Igescu.

La señora Grasatchow lanzó al barón una mirada iracunda, pero dejó caer el brazo y se sentó.

La biblioteca era una habitación grande y sombría, con paredes tapizadas en cuero y macizas librerías empotradas de madera oscura, que contenían al menos cinco mil volúmenes, algunos de ellos con el aspecto de tener siglos de antigüedad. El barón se sentó en un sillón confortable forrado de cuero, cuyo respaldo era de madera tallada que representaba a un diablo con alas de murciélago. Childe se sentó en una silla similar, cuyo respaldo representaba un troll.

—Le Garrault —empezó a decir el barón.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo Childe—. ¿A qué viene todo este festejo?

—¿Acaso no le interesa Le Garrault?

—Ya lo creo que me interesa, pero en mi opinión hay en este momento cuestiones de mucho mayor interés para mí. Por ejemplo, mi supervivencia.

—Eso es cosa suya, por supuesto. La supervivencia de uno es siempre cosa suya. Los otros tan sólo interpretan el papel que nosotros les otorgamos. En fin, esto no es más que otra teoría. Por el momento imaginémonos que es usted mi huésped y que puede salir de aquí en el momento en que lo desee... lo que por otra parte podría ser la verdadera situación. Créame, no estoy hablándole de Le Garrault tan sólo para pasar el rato.

El barón seguía sonriendo. Childe pensó en Sybil y se irritó. Pero era consciente de que no serviría de nada interrogar al barón acerca de ella. Si él la había raptado, tan sólo lo admitiría si le reportaba algún beneficio.

—El viejo estudioso belga sabía más de ocultismo y de lo sobrenatural y de lo llamado extraordinario que ningún otro hombre. No quiero decir con esto que supiera más que nadie. Quiero decir que sabía más que cualquier otro ser humano.

El barón hizo una pausa para dar una chupada a su cigarro. Childe sintió como iba poniéndose tenso, a pesar de sus esfuerzos por relajarse.

—El viejo Le Garrault encontró documentos que otros estudiosos no habían

descubierto, o bien vio en ellos algo que los demás habían pasado por alto. O posiblemente hablara con algunos de los... —¿cómo llamarlos?, ¿no hombres?— algunos de los nohombres, los pseudo-hombres, y obtenido sus datos, que abordaremos en su momento, directamente de ellos. Sea como fuere, Le Garrault especulaba que los llamados vampiros, licántropos, fantasmas y demás, bien pudieran ser criaturas vivientes procedentes de una serie de universos paralelos. ¿Sabe usted lo que es un universo paralelo?

—Es un concepto creado por algún autor de ciencia-ficción, si no me equivoco —dijo Childe—. Me parece recordar que la teoría es que una serie, tal vez infinita, de universos, podrían ocupar la misma porción de espacio. Esto ocurriría porque estarían polarizados o perpendiculares entre ellos. En realidad, esos términos carecen de significado, pero pretenden explicar un fenómeno físico que permitiría a más de un cosmos ocupar el mismo espacio. El concepto de universos paralelos fue utilizado, y sigue siéndolo, por escritores de ciencia-ficción para describir universos bien exactamente iguales al nuestro, bien con ligeras diferencias, o bien, por el contrario, radicalmente diferentes. Como por ejemplo un país en el que el Sur hubiera ganado la guerra de secesión. Esa idea ha sido utilizada, que yo sepa, en tres ocasiones por lo menos.

—¡Excelente! —dijo el barón—. Exceptuando el hecho de que sus ejemplos no son totalmente correctos. Ninguna de las tres historias en las que está usted pensando postulaban un universo paralelo. Las de Churchill y Kantor eran historias de lo que hubiera pasado si, y Moore relataba un viaje a través del tiempo. Pero, a grandes rasgos, su visión es correcta. No obstante, Le Garrault fue el primero en elaborar la teoría de los universos paralelos, aunque su publicación fue tan restringida y tan poco difundida que muy poca gente está al corriente de ella. Le Garrault no postulaba una serie de universos que difirieran tan sólo ligeramente al final de cada serie, esto es al final más cercano a la Tierra y fueran tanto, más diferentes cuanto más alejados estuvieran de ésta. No, él especulaba con que estos otros universos no tenían nada que ver en absoluto con el de la Tierra, que tenían diferentes «leyes físicas» aunque muchos de ellos resultarían completamente incomprensibles para los humanos que pudieran atravesar las «separaciones» entre los universos. De ahí pasaba a plantear que tal vez existieran «portales» o «aberturas» en las «separaciones» y que ocasionalmente un habitante de un universo podía encontrarse en otro distinto. Fue aún más lejos. Él llamaba «teoría» a sus especulaciones, pero estaba convencido de que su teoría era un hecho, creía que había rupturas temporales en las separaciones, grietas accidentales, o aberturas que aparecían en ocasiones producidas por puntos débiles o fallas. Dijo que en ocasiones entraban en nuestro universo criaturas —visibles o invisibles— a través de estas fallas, pero que tienen formas tan extrahumanas que el cerebro humano carece de formas para enmarcarlas. De modo

que les otorga unas formas para explicarlas. Dijo que lo importante no es que los humanos vean a los extraños bajo tal o cual forma. Se trata de que los extraños se ven moldeados, de hecho, con arreglo a estas formas, ya que no pueden sobrevivir mucho tiempo en nuestro universo a menos que tengan formas que se ajusten a sus «leyes físicas». Las formas pueden no ajustarse al cien por ciento, pero se aproximan lo suficiente y, de hecho, estas criaturas podrían tener más de una única forma, ya que es esa la manera en que el humano los ve. De aquí la existencia del licántropo que es hombre y es lobo, y el vampiro que es hombre y murciélago.

Este nombre me está tomando el pelo, pensó Childe, o está tan loco que cree realmente en todo esto. Pero ¿adónde quiere llegar? ¿Acaso pretende contarme que él es uno de estos extraños?

Algunas de estas criaturas —dijo el barón— llegaron aquí accidentalmente, se vieron atrapados por las fallas y fueron incapaces de regresar. Otros son criminales, exiliados por los habitantes de su universo a esta tierra, que para ellos es como un presidio natural.

—Fascinante especulación —dijo Childe—. Pero ¿por qué adoptan unas formas determinadas en lugar de otras?

—Porque en su caso el mito, la leyenda, la superstición, llámela como le plazca, fue la que dio origen a la realidad. En el principio estaban las creencias y los cultos acerca de los licántropos, y los vampiros, y los fantasmas, etcétera. Estas creencias y cuentos existían hace ya largo tiempo, mucho antes de los albores de la historia, mucho antes de la civilización; bajo una u otra forma estas creencias existían ya en la Edad de Piedra.

Childe se removió en su asiento para aliviar su incomodidad. Sentía frío de nuevo, como si sobre él planeara una sombra, la sombra de una figura musculosa y velluda, apenas humana, de frente prominente y mandíbulas prognáticas. Y que detrás de ella había otras extrañas siluetas de largos colmillos y grandes garras.

—Existe —continuó el barón—, según Le Garrault, una impregnación psíquica. Él no utilizó el término impregnación, pero eso es lo que quería decir. Dijo que los extraños son capaces de sobrevivir un breve período de tiempo en su forma original cuando vienen a este universo. Se encuentran en un estado de fluidez, y se licúan progresivamente.

—¿Fluidez?

—Sus formas se esfuerzan en cambiar para conformarse a las leyes físicas de este universo, un universo que es tan incomprensible para ellos como lo sería el suyo para un terrestre. El esfuerzo produce tensiones que inevitablemente acabarían por destrozarlos, por matarlos, a menos que se encuentren con algún ser humano. Y, si tienen la suerte de proceder de un universo en el que hayan adquirido la capacidad de entrar en contacto con otras criaturas —telepáticamente, supongo, aunque el término

resulte un tanto restrictivo—, entonces pueden impregnarse de un espíritu humano, lo que les permite realizar su adaptación. Pueden hacerlo, porque han comprendido qué forma deben adoptar para sobrevivir en este mundo. ¿Me sigue usted?

—En cierto modo. Pero no demasiado bien.

—Resulta casi tan difícil de explicar esto como a un místico explicar sus visiones. Comprenderá usted que mis explicaciones no se ajustan a los hechos, a los verdaderos procesos, más de lo que pueda hacerlo el átomo explicado como una especie de sistema solar en miniatura.

—Al menos comprendo eso. Está usted utilizando analogías.

—Analogías forzadas. Pero la teoría dice que el extraño, si tiene suerte, se encuentra con seres humanos que le perciben como algo no natural, lo que en cierto sentido se ajusta a la realidad, ya que no es natural del universo humano. Los humanos no le rechazan de forma absoluta; forma parte de la naturaleza de los humanos intentar explicar todo fenómeno o, tal vez debiera decir describirlo, clasificarlo, encajarlo dentro del orden de las cosas naturales. Y así es como el extraño toma prestada de los humanos su forma y una cierta parte de su naturaleza. Existe un proceso de impregnación psíquica, ¿comprende? Y así, lo quiera o no, el extraño se convierte en lo que el humano cree que es. Pero el extraño retiene aún algunas de sus características extra terrenales, o tal vez debiera decir poderes o habilidades, de las que puede hacer uso en determinadas circunstancias. Pueden utilizarlas porque forman parte de la estructura de este universo, a pesar de que la mayor parte de los humanos, esto es, condicionados, nieguen que tales poderes o incluso que tales seres puedan existir.

—Usted estaba disfrutando con un *filet mignon* y su ensalada —dijo Childe—. Tenía entendido que los vampiros sólo se alimentaban de sangre.

—¿Quién ha dicho que yo sea un vampiro? —replicó el barón sonriendo—. ¿O quién ha dicho que los vampiros se alimenten exclusivamente de sangre? O quien decía semejante cosa, ¿sabía de lo que estaba hablando?

—Los fantasmas —dijo Childe—. ¿Cómo explica esta teoría a los fantasmas?

—Le Garrault dijo que los fantasmas son la consecuencia de una impregnación psíquica imperfecta. Han asumido, en general, parcialmente, la forma del primer ser humano con quien se encuentran; en otras ocasiones es el ser humano que las toma por el fantasma de un difunto. Por ejemplo, un hombre que cree en los fantasmas ve algo en lo que cree identificar al fantasma de su mujer muerta, y el extraño se convierte en el fantasma en cuestión. Pero los fantasmas tienen una existencia precaria e intermitente. Jamás llegan a pertenecer realmente a este mundo. Le Garrault llegó incluso a decir que era posible que algunos extraños saltaran continuamente de este mundo a su mundo de origen y viceversa y que fueran así fantasmas en ambos mundos.

—¿Realmente espera usted que me crea eso? —dijo Childe. El barón volvió a chupar de su cigarro y se quedó mirando el humo como si fuera un fantasma súbitamente materializado.

—No —dijo—, porque yo mismo no creo en la teoría del fantasma. En este punto, la teoría de Le Garrault no me satisface.

—¿Tiene usted otra teoría?

—En realidad no —dijo el barón encogiéndose de hombros—. Los fantasmas no proceden de ninguno de los universos con los que estoy familiarizado. Su origen, su modus operandi me resultan misteriosos. Sólo sé que existen. Pueden resultar peligrosos.

Childe se echó a reír y dijo:

—¿Quiere usted decir que los vampiros y los licántropos o lo que demonios sean tienen miedo de los fantasmas?

El barón volvió a encogerse de hombros y dijo:

—Algunos les temen.

Childe deseaba hacer más preguntas, pero juzgó preferible no hacerlas. No quería que el barón supiera que había encontrado la habitación de las sesiones cinematográficas. Quizás el barón pensara dejarle marchar ya que podría deshacerse de toda prueba incriminatoria antes de que Childe pudiera volver con la policía. Por ese motivo Childe no le preguntó por qué motivo había escogido a Colben y Budler como víctimas. Además, parecía obvio que Budler había sido seleccionado por algún miembro de aquel grupo para participar en sus «diversiones». O Magda, o Vivienne, o *Frau* Krautschner, la mujer que Colben había visto en compañía de Budler. Y Colben, que iba siguiendo a Budler y a la mujer, había sido hecho prisionero.

—Tal vez sea el momento de que nos reunamos con el resto de los invitados —dijo el barón poniéndose en pie—. A juzgar por el ruido, me atrevería a decir que la fiesta está lejos de haber terminado.

Childe se levantó y echó una mirada hacia la puerta abierta, a través de la cual se percibían risas y chillidos y palmoteos.

Dio un brinco y sintió como si se hubiera detenido su corazón. Dolores del Osojo estaba en ese momento atravesando la puerta. Antes de desaparecer, volvió la cabeza hacia él y le lanzó una sonrisa.

## XV

Si el barón la había visto, no dio muestra alguna de ello. Se inclinó ligeramente indicando a Childe que le precediera. Echaron a andar por el amplio pasillo — Dolores había desaparecido— y llegaron de nuevo al comedor. O' Faithair estaba tocando desenfrenadamente un piano de cola. Childe no fue capaz de identificar la música. Los demás estaban sentados a la mesa o en sofás o de pie junto al piano. Glam y las dos mujeres habían retirado los platos de las mesas auxiliares. La señora Grasatchow estaba ahora atacando una botella de champán. Magda Holyani estaba sentada en una silla de hierro, con su elegante falda hasta los pies recogida en torno a la cintura, dejando a la vista sus piernas perfectas hasta la altura del ligero. Un canuto de marihuana a medio fumar reposaba junto a ella en un cenicero, sobre la mesita.

Estaba mirando una fotografía con ayuda de un estereoscopio antiguo. Childe tiró de su falda, ya que la visión del vello púbico de ella le alteraba, y dijo:

—Me extraña que te distraigas con juegos tan inocentes. A menos que la fotografía sea...

Ella alzó la vista sonriendo:

—Mira —dijo—. Echa tú mismo un vistazo.

Él se llevó el estereoscopio a los ojos y ajustó el enfoque hasta que los detalles quedaron nítidos y en tres dimensiones. Mostraba a tres hombres en un bote de vela, y una montaña perdida al fondo. La fotografía había sido tomada lo suficientemente cerca como para que pudieran distinguirse los rostros de los hombres.

—Uno de ellos se parece a mí —dijo.

—Por eso la saqué del álbum —dijo ella. Hizo una pausa, dio una profunda chupada a la marihuana, mantuvo el humo en sus pulmones un largo tiempo y después exhaló—. Ese es Byron. Los otros son Shelley y Leigh Hunt.

—Oh, vamos —dijo Childe, mirando aún la fotografía—. Pero yo pensaba... Estoy seguro... que la cámara fotográfica no se había inventado aún.

—Muy cierto —dijo Magda—, eso no es una fotografía.

Cuando iba a pedirle que se explicara, súbitamente dos brazos enormes le rodearon desde detrás, levantándole del suelo. La señora Grasatchow, chillando de risa, le arrojó sobre un sofá. Hizo ademán de levantarse. Estaba lo suficientemente irritado como para golpearla, levantó el puño, pero ella le derribó de nuevo. No sólo era muy pesada; debajo de toda aquella grasa se ocultaban unos músculos muy poderosos.

—Quédate ahí. ¡Quiero hablar contigo y también quiero hacer otras cosas! —dijo.

Childe se encogió de hombros. Ella se sentó junto a él y el sofá cedió bajo su peso. Le tomó de la mano, apretándole contra ella, y reemprendió el monólogo deshilvanado que había mantenido durante la cena. Le contó la cantidad de hombres que la habían perseguido apasionadamente y lo que ella había hecho con ellos. Childe empezaba a sentirse un tanto extraño. Las cosas parecían como desenfocadas. Comprendió que lo debían haber drogado.

Un momento más tarde, estuvo seguro de ello. Había visto al barón caminar hasta la puerta, apartó la vista un instante y cuando volvió a mirar, vio que el barón había desaparecido. Un murciélago volaba por el pasillo.

El cambio se había producido tan de prisa que era como si hubieran cambiado varios fotogramas en la secuencia de una película.

¿Pero había sido realmente una metamorfosis? Nada hubiera impedido al barón escurrirse a un costado y soltar un murciélago. O quizás objetivamente no existiera murciélago alguno, que lo estuviera viendo bajo el efecto de un alucinógeno y a causa de la sugestión de que Igescu fuera un vampiro.

Childe decidió no hacer ningún comentario sobre lo que había visto. Nadie más parecía haber notado nada. Aunque también era cierto que no estaban en condiciones de percibir nada que no fuera aquello en lo que estuvieran concentrados. O'Faithair seguía tocando como un loco. Hierba Doblada y Panchita Pocyotl estaban uno frente a otro, retorciéndose y moviendo los pies en una parodia de un baile de moda. La belleza pelirroja, Vivienne Mabcrough, estaba sentada en otro sofá con Rebecca Ngima, la belleza negra. Vivienne bebía de una copa que sostenía en una mano mientras la otra mano se deslizaba bajo el vestido de Ngima. Ngima tenía la suya debajo de la falda de Vivienne. Pao, el chino, estaba tumbado de espaldas, con las piernas recogidas para sostener a Magda, que estaba sobre sus pies disponiéndose a dar un salto mortal hacia atrás. Se había quitado los zapatos y el vestido y llevaba tan sólo el ligero, las medias y un sujetador de redecilla. Cuando consiguió equilibrarse, Pao la levantó y salió disparada hacia arriba y dando un salto mortal cayó sobre sus pies. Childe pensó que sus pies descalzos podían haberse roto con el impacto, pero ella no pareció notar nada en absoluto. Se echó a reír, tomó impulso y dio un salto mortal por encima de Pao, aterrizando frente al sofá en el que estaba sentada la bisabuela de Igescu. La anciana señora extendió una mano retorcida como una zarpa, arrancándole el sujetador. Magda se echó a reír y se alejó haciendo piruetas.

El barón se acercó distraídamente a su bisabuela, y se inclinó para susurrarle algo al oído. La cara de la vieja se iluminó y se echó a reír estridentemente.

Y en ese momento Magda finalizó sus locos giros sobre las rodillas de Childe. La cabeza de Childe se vio oprimida contra sus pechos, que olían a un perfume embriagador, mezclado con un olor a sudor y a otro olor indefinible.

La señora Grasatchow empujó a Magda tan vigorosamente que ésta cayó del

regazo de Childe al suelo. Levantó la cabeza y estuvo un momento sin decir nada, como aturdida, con las piernas abiertas de par en par dejando al descubierto su vulva de rojo vello.

—¡Es mío! —chilló la señora Grasatchow—. ¡Mío! ¡Maldita sucia serpiente!

Magda se puso penosamente en pie. Ya no bizqueaba. Abrió su boca y su lengua empezó a entrar y salir de ella, emitiendo una especie de silbido.

—¡No te acerques! —dijo la señora Grasatchow con una voz más profunda. ¿O acaso era un gruñido?

Glam penetró en la habitación. Miró a Magda con gesto de disgusto. Evidentemente no le gustaba verla medio desnuda y coqueteando con Childe. El barón le dejó clavado con una mirada y le hizo un gesto de que abandonara la habitación.

—¿Que no me acerque, eh? —dijo Magda—. No tienes autoridad alguna sobre mí, mujer-cerdo, ni tampoco te tengo miedo.

—Los cerdos se comen a las serpientes —replicó la señora Grasatchow. Lanzó un gruñido— sí, en esta ocasión lo hizo —y poniendo un brazo festoneado de carne en los hombros de Childe, comenzó a desabrocharle la bragueta con la otra mano.

—Siempre te has comido todos los seres y las cosas que has querido, pero aún no has podido ni podrás comerte a esta serpiente —dijo Magda escupiendo saliva.

—¿Dónde están las cámaras? —dijo de pronto Childe, lanzando una mirada circular.

—Esta noche se improvisa todo —dijo la señora Grasatchow—. ¡Oh, te pareces tanto a mi George!

Childe supuso que se refería a George Cerdón, Lord Byron, pero no tenía forma de saberlo con seguridad ni ningunas ganas de seguirle el juego.

Apartó la mano en el momento justo en que cerraba dos dedos en torno a su pene que, a pesar suyo, empezaba a responder. No sentía más que repulsión por la obesa mujer, y aun así una parte de él estaba respondiendo. ¿O acaso era la visión de Magda y los efectos de aquella atmósfera general de excitación? Y, sin duda, la responsabilidad podía atribuirse principalmente a la droga que (ahora estaba seguro) le habían suministrado.

Magda volvió a sentarse en su regazo rodeando su cuello con los brazos. La señora Grasatchow, enseñando los dientes, alzó su enorme mano para golpearla, pero la dejó caer cuando la baronesa lanzó un grito estridente desde el otro lado de la habitación. En aquel momento, se abrió una puerta de doble batiente. Childe, captando el movimiento por el raballo del ojo, giró la cabeza. El barón estaba en el umbral de la puerta. A sus espaldas estaba la sala de billar o una sala de billar, muy parecida a la que Childe ya había visto. Los jóvenes rubios, Chornkin y *Frau Krautschner*, estaban jugando una partida.

El barón atravesó la habitación y se detuvo a unos pasos detrás de Childe.

—La policía no sabe que está aquí —dijo.

Childe estalló. Se levantó del sofá derribando a Magda al suelo, saltando después por encima suyo en su carrera hacia la puerta más cercana. Llegó hasta el pasillo, pero fue violentamente arrancado del suelo por Glam, quien le dio la vuelta y le oprimió con fuerza. Sus inmensos brazos le paralizaban por completo, a excepción de las piernas. Glam debía llevar unas gruesas botas bajo los pantalones, ya que no pareció que le afectaran las patadas de Childe. No parecía ni siquiera notarlas. Quizás las fuerzas de Childe fueran ya muy escasas.

Glam, sujetándole de la mano, le introdujo de nuevo en el salón como si fuera un niño pequeño.

—Magnífico —dijo el barón—. Bien por los dos. Conseguiste reprimir tu impulso de matarle. Muy encomiable, Glam.

—¿Tendré una recompensa? —dijo Glam.

—La tendrás. Una participación. Podrás divertirte un poco con él. En cuanto a Magda, si no quiere saber nada de ti, y así lo afirma, está en su perfecto derecho de seguir mandándote al infierno. Mi autoridad tiene sus límites. Además, tú en realidad no eres uno de los nuestros.

—Tienes suerte que no te haya matado ya, Glam —dijo Magda.

—Eres un depravado, Glam —dijo la señora Grasatchow—. Serías capaz de follar con una serpiente si alguien le sujetara la cabeza, ¿no es cierto? Yo ya te he ofrecido ayuda...

—Ya basta —dijo Igescu—. En cuanto a Childe, vosotros dos podéis jugaroslo a los dados o al billar, y que la ganadora haga con él lo que quiera. Pero debe reservarme un pedazo, ¿entendido?

—Con los dados iré más rápido —dijo Magda. El barón le hizo una seña a Glam, que aferró a Childe por un hombro y lo condujo fuera de la habitación.

—¡Pronto nos veremos, amor mío! —le gritó Magda.

—¡Por el culo de un cerdo! —dijo la señora Grasatchow jurando a la cosaca.

—Como gane, tú serás quien tendrá el culo de un cerdo —replicó Magda, riendo.

—¡No sigas provocándome! —chilló la obesa mujer.

Glam empujó a Childe hasta el extremo del pasillo y luego le hizo bajar dos tramos de escaleras. Se encontraron en un vasto corredor de paredes cubiertas de grandes bloques grises de piedra. Se detuvieron ante una puerta de gruesa madera negra con ornamentos de hierro que dibujaban el contorno de una gárgola de horrible sonrisa. La mano de Glam pasó del hombro al cuello de Childe y apretó. Childe sintió como si la sangre fuera a escapársele por la coronilla. Cayó de rodillas y apoyó la cabeza contra la pared medio inconsciente por el terrible dolor del cuello. Glam sacó una llave, abrió la puerta, y arrastró con una mano a Childe hasta el interior de k

habitación, hasta la pared del fondo. Desnudó por completo a Childe, que sólo pudo resistirse débilmente, le levantó y le puso al cuello un grillete de metal que se cerró con un siniestro chasquido. Después recogió las ropas y salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

La pieza estaba iluminada por una desnuda bombilla en el centro del techo. En el suelo, cubiertas de paja, había unas pocas mantas. Tanto las paredes como el techo estaban pintados de un rojo pálido.

Childe empezó a recuperar fuerzas; el grillete de metal estaba sujeto por medio de una delgada cadena a una anilla empotrada en la pared. Miró en torno suyo pero no alcanzó a ver nada que pudiera indicar la presencia de cámaras u objetivos electrónicos. Tanto las paredes como el techo parecían carecer de aberturas. No obstante, era posible que alguno de los bloques de piedra fuera de hecho una falsa ventana.

Se produjo un ruido en la puerta. Una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió lentamente. Magda entró; no llevaba nada puesto, si se exceptúa la llave que tenía en la mano. Se quedó en la puerta sonriendo. Súbitamente se dio la vuelta, dijo «¿Quién está ahí?», y él apenas pudo ver por un momento su espalda y sus caderas ovoides, mientras salía corriendo rápidamente al pasillo.

Se oyó un golpe sordo, seguido de un gemido. Después, silencio.

Childe no tenía ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo, pero supuso que Glam o la Grasatchow habían atacado a Magda. Hubiera sido por su parte de una audacia sorprendente, ya que el barón había dejado bien claro hasta dónde podían llegar.

Esperó. Hasta él llegó el sonido de un cuerpo desnudo al ser arrastrado sobre el suelo de piedra. Después, de nuevo silencio. Después, como un susurro. Este último sonido no procedía de garganta humana, era un fru-fru de seda.

Childe dio un respingo.

Dolores del Osorojo acababa de entrar. Su falda revoloteó, mientras se daba la vuelta para cerrar la puerta. Luego se giró y echó a andar lentamente en su dirección, con sus blancos brazos extendidos hacia él. No era transparente en absoluto. Era tan sólida como pueda serlo cualquier carne joven. Su pelo negro y su blanca cara y sus labios rojos y su blanco y turgente busto eran bien carnales. Deliciosamente carnales.

Dolores le abrazó; Childe sintió la punta de sus senos que se aplastaban contra su pecho, sus labios que se apretaban contra los suyos, pero estaba demasiado asustado para reaccionar. Aunque el aliento de ella era cálido y la lengua que restregaba contra la suya estaba ardiendo, él seguía helado. Un hilo de tibia saliva se deslizaba de la boca jadeante de Dolores, sobre su barbilla, bajando hacia su pecho.

Childe intentó apartarse, pero la pared le detuvo. Ella le abrazó aún más fuerte y le faltó la voluntad o la fuerza para intentar apartarla. Aún seguía temblando sin

poder contenerse.

La mujer murmuró algo en español. Él no comprendía las palabras, pero el tono era tranquilizador. Ella dio un paso atrás y empezó a desvestirse a toda prisa. Primero el traje, luego las tres enaguas y finalmente la ropa interior hasta la rodilla, las largas medias negras y el corsé. Desnuda, Dolores era aún más bella. Sus pechos eran turgentes y los pezones, del tamaño casi de los extremos de los pulgares de Childe, eran ligeramente respingones. Su pubis estaba cubierto por un espeso vello negro, y una línea de pelo se extendía hacia el ombligo, como el humo de un fuego distante. El fluido que empezaba a empapar su vello y a deslizarse por sus muslos era prueba de su profunda impaciencia.

Al ver esto, Ghilde se sintió menos asustado. Ella parecía excesivamente protoplásmica, y prácticamente nada ectoplásmica, como para que en el fondo de su mente pudiera creer que fuera realmente un fantasma.

No obstante, estaba lejos de sentirse tranquilo. Y cuando intentó utilizar el poco castellano que sabía para preguntarle si podría liberarle, se dio cuenta de que ella no tenía la menor intención de hacerlo, o por lo menos no estaba en su poder.

Insistió y le pidió por segunda vez que le quitara la llave a Magda. Ella negó con la cabeza; eso quería decir o bien que rehusaba hacerlo o bien que no le entendía. Tal vez —era su única esperanza— le liberaría en cuanto hubiera obtenido lo que deseaba. Y lo que ella deseaba, por la razón que fuera, era a Childe.

No es que hubiera ningún misterio acerca de lo que deseaba. El misterio estaba en por qué precisamente él era el elegido. De momento no había nada que pudiera desvelarlo.

Ella le besó ávidamente y luego empezó a jugar con su miembro mientras le besaba. Él no conseguía excitarse; el contacto de sus dedos le ponía la carne fría como la de un muerto. Childe intentaba apartarse de ella. Se sentía, literalmente, aterrorizado.

Finalmente, ella despegó su boca de la suya. Se apartó de él de nuevo inspeccionándole con lanzadas de sus negros ojos. Después frunció el ceño, pero se acercó de nuevo hablándole en un castellano tranquilizador aunque incomprensible. Se arrodilló en la paja y tomó su flácido pene introduciéndoselo en su cálida boca. Empezó a chupar lentamente, mientras las puntas de sus dedos le acariciaban el perineo con dulzura. Childe empezó a caldearse; su sexo, como si la sangre antes congelada se hubiera vuelto fluida súbitamente, empezó a hincharse. Volvieron aquellas sensaciones, viejas y familiares, pero nunca aburridas. Puso sus manos sobre su pelo y quitándole la peineta dejó que cayera libre, cubriéndole los hombros. Empezó a mover las caderas atrás y adelante.

Súbitamente Dolores dejó de chuparle y empezó de nuevo a besarle, recorriendo el interior de su boca con la lengua. Luego tomó su polla y, poniéndose de puntillas,

se dejó caer encima. Childe la penetró; ella hizo unos movimientos de vaivén y él se corrió.

Hay orgasmos y orgasmos.

Aquel fue tan exquisito que se desmayó un instante durante la eyaculación.

Fue como si ella hubiera descargado una chispa en la cámara de su vagina, como si un siglo y medio de castidad descargara de golpe en la verga de Childe, o como si ella hubiera generado una relampagueante corriente eléctrica. Tan intensa había sido la sensación, que pensó si no se le hubieran fundido los plomos. Tal vez, realmente, se hubiera producido algún tipo de descarga eléctrica.

Childe se había restringido a una posición erguida a causa de la cadena. Le dijo a la mujer, o al fantasma, o a lo que fuera, que fuera a buscar la llave de Magda, pero ella parecía no entenderle. Él no alcanzaba a comprender por qué no quería librarlo, ya que el hacerlo iría en beneficio suyo. Y entonces se le ocurrió pensar que ella podía temer que él saliera huyendo y la abandonara. Y eso era algo que ella no deseaba en absoluto; le faltaba mucho para saciarse, pensaba Childe.

Él se veía limitado en su área de actividad y en su ángulo de posición, pero Dolores era ingeniosa. Se la chupó de nuevo hasta conseguir una nueva erección; con la acción inversa a la de hinchar un balón conseguía el mismo efecto; al mismo tiempo, le lamía el resto de esperma de la verga, tragándose golosamente. Luego se puso a cuatro patas, se volvió de espaldas y se levantó apoyándose sobre sus manos y sus piernas abiertas de par en par. Se dejó caer, y colocó sus dos pies contra la pared a ambos lados de Childe. Tras aproximarse a la pared un poco, con ayuda de las manos, se encontró en la posición que deseaba. Al principio Childe pensó en negarse a colaborar, pero considerando que si lo hacía ella sería capaz de dejarlo encadenado, se aferró a sus caderas. Su verga pasó bajo las nalgas de Dolores y penetró en la vagina; ella empezó a balancearse hacia atrás y hacia delante.

Igual que Magda, era capaz de oprimir su verga con los músculos de la vagina. Childe apenas se movía, contentándose con tirar de sus caderas hacia él, con breves y salvajes impulsos. Al cabo de unos segundos ella empezó a temblar y gemir, parecía tener un orgasmo tras otro. Gritaba palabras en castellano. Childe conocía poco aquella lengua, pero consiguió entender: «¡Oh, santa jodida virgen María! ¡Oh, padre de la polla inmensa! ¡Jódeme! ¡Mierda! ¡Dame la leche! ¡Oh Cristo, Jesús bendito, oh dulce Jesús, bendíceme, me está follando! ¡Jódeme, polla bendita! ¡Métemela toda!».

En aquel momento no se paró a pensar en sus palabras; se limitó a registrarlas, pero luego, al recordarlas, le intrigaron mucho. Siendo la hija del viejo Osorojo, la protegida hija de un Grande de España, estaba en posesión de un vocabulario sorprendente. Aunque, por otra parte, después de un siglo y medio de merodear entre gente viva de toda calaña, podía haber aprendido palabras posiblemente desconocidas para ella antes de su muerte. ¿Pero cómo explicarse que no hubiese aprendido inglés

en todo ese tiempo?

Pero en aquel momento, no estaba para reflexiones. Tardaba mucho en llegar al orgasmo, tanto que pudo darle a ella la vuelta. Con los pies apoyados en la pared, apretando el coño contra él, Dolores lo movía atrás y adelante mientras él, pasando las manos bajo su cuerpo, le machucaba las tetas. Ella tenía una poderosa musculatura; era capaz de permanecer en aquella posición de arco humano con la cabeza colgando y aun así seguía balanceándose atrás y adelante; incluso llegaba a dar grandes culadas sin poder ayudarse, como antes, con las manos de Childe cogiéndole las nalgas.

Tras lo que pareció un tiempo muy largo, Childe eyaculó. Dolores gritaba en un crescendo de climax. Después, dejó que sus pies se deslizaran pared abajo. Childe la ayudó sujetando sus nalgas con sus manos, cogiéndole después las piernas y la dejó deslizarse hasta el suelo. Tumbada de espaldas, sin aliento, abrió la boca para recoger las últimas gotas de esperma. Después se desplazó un poco hacia un lado para que las gotas cayeran sobre su pecho y se untó con las manos el pegajoso fluido. Un acre olor a esperma y a sudor impregnó toda la habitación.

Cuando su respiración volvió a la normalidad, Dolores se levantó y le dio un largo y profundo beso perfumado de esperma. Con una mano le acarició los testículos.

Él apartó la cabeza y dijo:

—Basta ya, Dolores, o quienquiera o lo que quiera que seas.

Le temblaban las piernas. Si joder estirado resultaba para Childe suficiente ejercicio, el follar de pie era doblemente agotador y tenía la impresión de que Dolores disponía de medios para extraerle más dosis de energía de la normal. Al principio, durante breves segundos, ella le había transmitido energía —juraría que ella le había suministrado corriente a su verga—, pero después los dos orgasmos habían sido tan sublimes que habían abierto las compuertas, dejando agotadas sus reservas.

Carecía de razones objetivas para pensarlo, pero sentía que ella le había robado una parte de su energía vital con la que se estaba nutriendo y solidificando. Aunque, desde el primer contacto, Dolores le había parecido bien pulposa, pero ahora parecía haberse vuelto incluso más sólida.

Dolores, viendo que temblaba como una hoja, le dijo algo, sonrió y alzó un dedo como para decirle que le esperara (¿qué otra cosa podía hacer?), y abandonó la habitación. Transcurridos unos segundos, estaba de vuelta con una botella de vino rojo y una gran tajada de filet mignon. (¿Acaso conocía algún acceso secreto que le permitía llegar a la cocina en segundos?). Rehusó el vino pero devoró ansiosamente la carne. Aunque acababa de cenar hacía tan sólo una media hora, estaba muy hambriento.

Dolores se llevó la botella a los labios y bebió. Childe casi esperaba ver bajar por

su garganta una columna oscura hasta su estómago, como en el anuncio del alka-seltzer. Pero no vio más que el movimiento de la nuez.

Si él estaba hambriento, ella estaba sedienta. Mantuvo la botella contra sus labios hasta dejarla medio vacía. Tal vez la hubiera terminado, pero se oyó un ruido al otro lado de la puerta, que había dejado entornada. Dolores dio un respingo y dejó caer la botella, que cayó de costado vertiendo su rojo contenido sobre la paja.

Ella se inclinó y recogió todas sus ropas, las enrolló en un bulto que se puso bajo el brazo derecho y después le dio un rápido beso. Su aliento olía a vino y esperma. Corrió hasta la pared de la derecha, su mano izquierda oprimió la intersección de dos bloques grises: con un gemido y rechinando, una sección de la pared formada por seis bloques de alto y cuatro de ancho, se abrió hacia dentro sobre el lado izquierdo. El interior estaba oscuro. Dolores se dio la vuelta y sonrió mientras le arrojaba un objeto brillante. Se lanzó a recogerlo, pero la cadena cortó su movimiento dejándole sin respiración; el objeto rebotó en su pie izquierdo, cayendo sobre la paja.

Era la llave del collar que le sujetaba el cuello.

La oscuridad se tragó a Dolores. El panel, chirriando y gimiendo de nuevo, se cerró.

Una cabeza inmensa con enormes mandíbulas, grandes ojos púrpura y un peinado alto negro-azulado apareció por la puerta entreabierta. La señora Grasatchow.

Detrás de ella se oían voces excitadas. Al verle, los ojos de la mujer obesa se abrieron de par en par. Empujó la puerta para abrirla y arrastrando los pies entre la paja se aproximó a Childe. Este, muy lentamente, retiró el pie que había extendido hacia la llave.

La señora Grasatchow husmeó ruidosamente y después gritó:

—¡Esperma! —gruñó como una cerda a punto de dar a luz—. ¿Quién ha estado aquí? ¿Quién? ¡Dímelo! ¿Quién?

—¿Es que no la has visto? —dijo Childe—. Se fue pasillo abajo.

—¿Quién?

—Dolores del Osorojo.

La piel de la señora Grasatchow era pálida de natural y el polvo que usaba la empalidecía aún más. A pesar de esto, aún consiguió ponerse más blanca.

El barón entró en la habitación, con un largo cigarro en la mano.

—Pensé que sería Dolores. Tan sólo ella... —dijo.

La mujer obesa se volvió velozmente con la gracia de un rinoceronte (los rinocerontes, por enormes que sean, pueden tener movimientos muy graciosos).

—Tú dijiste... Tú te burlaste de Dolores. ¡Dijiste que no podía hacer nada contra ninguno de nosotros!

El barón lanzó una mirada de inteligencia a Childe antes de responder. Chupó de su cigarro y dijo:

—No parecía probable que jamás pudiera obtener suficiente sustancia como para solidificarse. Pero estaba equivocado.

—¿Qué es lo que le ha hecho a Magda? —preguntó la señora Grasatchow.

El barón se encogió de hombros.

—Eso tendremos que preguntárselo a Magda cuando vuelva en sí. Si es que lo hace.

El umbral de la puerta estaba ahora ocupado por el cuerpo de Glam. Llevaba en sus brazos a Magda, aún desnuda. Su cabeza se balanceaba, su largo y rubio cabello pendía hacia el suelo, sus brazos y sus piernas estaban flácidos.

—¿Qué hago con ella? —preguntó.

—Llévala arriba a su habitación. Métela en la cama. Dile a Vivienne que la examine.

La expresión marmórea de Glam se iluminó un instante.

—Ahora está indefensa, es cierto —dijo el barón—, pero si yo estuviera en tu lugar no intentaría aprovechar la circunstancia.

Glam no dijo nada. Se dio la vuelta y se fue llevándose a la mujer. Los dos jóvenes rubios, Chornkin y *Frau Krautschner*, se asomaron cada uno en un lado de la puerta, en perfecta simetría.

—¿Habéis visto a Dolores? —preguntó el barón.

Negaron con la cabeza. El barón dirigió la mirada al panel de la pared que se había abierto para dejar paso a Dolores. Abrió la boca y Childe creyó que iba a decirles que se había ido por allá y enviarlos en su busca, pero volvió a cerrarla.

Childe se dijo que tal vez el barón prefería guardar para él ciertos secretos. ¿Acaso no confiaba en aquellos dos? ¿O acaso pensaba que sería fútil el perseguir a Dolores? En cualquier caso, debía haber comprendido que Childe había sido testigo de su salida.

—Debe tener ya la suficiente carne como para follar —dijo la señora Grasatchow—. Fíjate en lo rojo que tiene el capullo.

—No estoy ciego —dijo el barón secamente—. La llave de Magda ha desaparecido. Childe, ¿la tiene usted?

Childe negó con la cabeza. Igescu se aproximó a los dos jóvenes y susurraron algo durante unos instantes. Después, los jóvenes se dieron la espalda y partieron cada uno en una dirección, curvados los dos, husmeando como perros de caza. El barón volvió a entrar en la habitación y dijo:

—Aparta tus ojos de su verga y ayúdame a buscar esa llave.

—¡Aquí está! —dijo la señora Grasatchow. Se inclinó, la recogió y se enderezó gruñendo. El barón la cogió y se la puso en el bolsillo de la chaqueta. Childe apretó los labios.

Ahora sí que estaba listo, a menos que Dolores volviera para ayudarle. No creía

que lo hiciera. Aunque le había lanzado la llave, no se aseguró de que pudiera cogerla, habiendo tenido tiempo de sobra para hacerlo. Su gesto parecía querer decir que podría escapar si era lo suficientemente ágil y astuto. Tal vez ella quiso vengarse de su larguísima prisión en el mundo de lo incorpóreo. Tal vez quería que Childe también sufriera. Al fin y al cabo, ella le había poseído no por afecto o amor, sino porque necesitaba un objeto con el que desahogarse.

Pero estaba, al menos en parte, de su lado. Aquélla era de momento su única esperanza.

El barón abandonó la habitación, y a los pocos segundos reaparecieron los dos jóvenes. Chornskin tenía la llave del collar. Abrió el grillete y ambos, tomando a Childe cada uno de un brazo, le sacaron a empujones de la habitación. Pasaron frente a dos puertas y entraron en la tercera, que estaba abierta. Aquella era una habitación del mismo tamaño que la que acababa de abandonar, pero sus paredes estaban cubiertas de paneles de roble, el techo estaba pintado de azul pálido y el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra persa ilustrada profusamente con cruces gamadas rodeadas por un círculo. Pero había también una serie de grilletes que colgaban de cadenas sujetas a anillas hincadas en la pared. Childe se encontró de nuevo aherrojado como antes.

Aquella habitación no debía tener accesos secretos.

El barón miró su reloj de pulsera.

—Tenemos que hacer algo con Dolores —dijo—. No fue peligrosa hasta que consiguió encarnarse. Pero todo tiene sus desventajas. Ahora es peligrosa, pero también es vulnerable. Debemos ocuparnos de ella y lo haremos. Voy a convocar una asamblea general.

La señora Grasatchow dijo, enfurruñada:

—Ahora que Magda está fuera de combate, había pensado...

—Media hora. Ni un minuto más —dijo Igescu—. Después mandaré a alguien para que te escolte. Creo que preferirás no tener que subir sola.

La mujer obesa dio un respingo. Fue como si una ola inmensa estuviera recorriendo sus carnes.

—¿Quieres decir que yo... yo... debo preocuparme? ¿Que yo estoy en peligro?

Se echó a reír con estentóreas carcajadas.

—Todos lo estamos —dijo el barón—. Como por ensalmo, nuestra seguridad se ha esfumado. Este individuo —señaló a Childe con el pulgar— tiene algo que ver con ello, pero no sé qué. Desprende un magnetismo muy particular. Tal vez Dolores haya estado esperando a alguien como él durante todos estos años.

—Media hora —dijo—, hablo en serio. Y no lo agotes totalmente. Sigo queriendo mi parte.

El barón salió, cerrando la puerta a sus espaldas. La señora Grasatchow empezó a

quitarse la ropa. Las piernas de Childe comenzaron a temblar de nuevo.

## XVI

El le explicó que estaba perdiendo el tiempo. No le dijo que, un en el supuesto de que no se encontrara vacío y agotado, habría sido incapaz de responder a sus encantos. Los enormes y pendulares pechos, su tremenda panza, que pendía sobre los genitales hasta tal punto que los ocultaba entre sus sombras y sus pliegues, las caderas como sacos de sebo, las piernas como troncos de árbol, todo le repugnaba. Dudaba que hubiera conseguido empalmarse aunque hubiera estado en la mejor de las condiciones y se hubiera pasado un mes sin correrse.

—Esa puta fantasma te dejó seco, ¿eh? —dijo la señora Grasatchow, y se echó a reír. Estaba muy cerca suyo; el impacto de su aliento alcohólico le hizo sentir ganas de vomitar. Debía tener al menos ocho litros enterrados en aquella panza del tamaño de un *pony*.

Ella había traído consigo a la habitación un gran bolso de piel de oso, una botella de vino y una de *whisky*. Vertió el vino sobre su vientre y sus genitales y después se arrodilló para lamerlo. No obtuvo reacción alguna.

Se levantó del suelo como una roca despedida por una erupción volcánica. Su mano le golpeó en la mandíbula. Childe vio cometas y cayó hacia atrás, semiinconsciente, contra la pared.

—¡Niñato de mierda! —chilló—. ¡Puede que te parezcas a George, pero desde luego no eres la mitad de hombre de lo que era él!

Se acercó a su bolso, balanceando su enorme culo, y sacó un coño plateado de unos cinco centímetros de longitud.

—¡Esto va a despertarte, ya verás! ¡Espera que te lo meta dentro!

Se aproximó a él sonriendo como una gárgola. Childe se apelotonó contra la pared y después saltó hacia ella, intentando golpearla. Riéndose, ella le cogió por la muñeca y se la retorció hasta hacerle gritar de dolor y se dobló hacia delante, pero la cadena le impidió caer de rodillas. Medio estrangulado, intentó levantarse de nuevo, pero ella le obligó a permanecer en aquella posición hasta que quedó inconsciente.

Recuperó los sentidos para encontrarse vuelto de espaldas, de cara a la pared. Algo —sólo podía ser el coño— le estaba siendo introducido por el ano.

—¡En tu vida habrás experimentado nada como esto, hombrecillo! —canturreó ella—. ¡Jamás! ¡Nunca olvidarás esta noche mientras vivas! ¡Ay, hombrecillo, me gustaría estar ahora en tu lugar para poder joderme a mí misma!

Al principio, el coño ardía en su interior haciéndole sentir ganas de cagar. Al cabo de medio minuto aproximadamente, pareció volverse gélido y pesado, como si fuera una plomada recién sacada del congelador. La sensación de frío y pesadez se

comunicaron a sus intestinos, a lo largo de sus circunvalaciones, como una serpiente corriendo frente a la era glacial, sólo que demasiado lentamente; penetró en sus testículos, que se transformaron en campanas que tintineaban de frío, se insinuó en su plexo solar y, por el otro extremo, en su verga. Nitrógeno líquido bombeado en cada tubo de su organismo.

Le sacudieron espasmos convulsivos mientras el líquido se expandía por sus piernas y aleteaba ascendiendo por su torso en perezosas espirales. Las poderosas manos de la mujer le apretaron más fuerte; le dijo:

—¡Tranquilo, machito mío! ¡No te hará daño, y te convertirás en el hombre que nunca fuiste!

El peso glacial subía a lo largo de su médula. Notaba como se le cristalizaban las vértebras cervicales y su bulbo raquídeo. Podía distinguir cada vértebra y cada célula de su cerebelo como entidades aisladas por el hielo. También podía sentir cómo cada venilla de su verga se iba llenando lentamente de sangre medio congelada.

Para entonces, la señora Grasatchow le había dado ya la vuelta de nuevo y apoyándose sobre sus elefantiásicas rodillas empezaba a chupársela. Gruñía como si fuera una cerda atacando una mazorca de maíz, pero, por lo poco que podía notar, le estaba tratando con aceptable delicadeza. Sus mandíbulas no se movían, sólo sus labios, que rodeaban estrechamente su glande. No sentía absolutamente nada. Era como si hubiera recibido un centenar de inyecciones de morfina por todo el cuerpo y una dosis masiva en el pene. Pero si bien su cerebro no recibía mensaje táctil alguno, cierta parte de su cuerpo sí lo estaba recibiendo. La verga, que parecía una criatura independiente, se hinchaba poco a poco como una sanguijuela que estuviera aspirándole a ella la sangre de su lengua, se iba poniendo erecta.

Cuando ella percibió que estaba todo lo inflamado y rígido que podía estar, se puso en pie.

—¡No vas a ir a ninguna parte! —dijo—, ¡no ahora precisamente!

Abrió él collar y guardó la llave en su inmenso bolso. Él intentó correr hacia la puerta, pero sus piernas habían dejado de obedecerle.

Ella se tiró al suelo y abrió las piernas todo lo que fue capaz: aquello era como el Mar Rojo abriéndose para dejar paso a las hordas de Moisés.

—¡Devórame! —ordenó.

Obedientemente, aunque su congelado cerebro intentó enviar un mensaje de rechazo a sus nervios, se dejó caer y abrió los labios de la vulva disponiéndose a lamer primero el clítoris, como tenía por costumbre.

—¡No, idiota! —dijo ella—. ¡Al revés! ¡Un sesenta y nueve!

Gateó sobre ella y se dio la vuelta. Ella engulló su polla hasta que el vello le tocó los labios. Él seguía sin sentir nada, pero al mirar a través del intersticio que separaba sus cuerpos, alcanzó a ver sólo el vello y la estrecha banda de la raíz del pene. Él

pasó la punta de la lengua sobre el «pequeño pene». ¡«Pequeño pene»! Jamás había visto un clítoris tan grande. No obstante, tuvo ciertas dificultades en abrirse paso hasta él, a causa de la enorme barriga. Era como verse obligado a doblarse sobre una coanil, boca abajo, y tener que lamer un hilillo de agua de una grieta situada muy al fondo.

Lo peor de todo era no sentir excitación sexual alguna, tan sólo repugnancia. Pero se veía obligado a hacer exactamente lo que ella le decía, y sus órganos, a excepción del cerebro, debían estar respondiendo a alguna forma de estimulación sensorial.

En respuesta a otra orden, retiró la verga de su boca y dándose la vuelta se la metió en la vagina. Empezó a moverse lentamente dentro de ella, pero aceleró sus movimientos en respuesta a sus órdenes. Ella empezó a gemir y a balbucear, lanzando gritos en una lengua desconocida, meneando sus inmensas caderas de un lado a otro, agarrando las nalgas de Childe, estirándole y empujándole.

Childe no tenía ni idea del tiempo que llevaban en aquella posición, ni si había eyaculado o no. Al fin ella le apartó, su verga salió sonora y húmedamente de su coño; ella se puso encima suyo y se dejó caer suavemente sobre su polla, moviendo el cuerpo tan suave y rápidamente como si fuera un globo de juguete al extremo de un cordel. Tras lo que parecieron ser un centenar de orgasmos (a juzgar por el número de sus ataques de frenesí), se levantó y se fue al rincón donde había dejado la botella de *whisky*. Childe se apercibió de que sus miembros volvían a obedecerle, así que se volvió para observarla. Sentada en la alfombra, recostada contra la pared, parecía un montón de masa para el pan con exceso de levadura.

Childe se dio cuenta de que estaba jadeando. Su respiración hacía un ruido de forja, pero no alcanzaba a sentir el martilleo de su corazón ni el movimiento de su caja torácica.

La señora Grasatchow ingirió al menos un cuarto de litro de *whisky* y después miró su reloj.

—Cuarenta y cinco minutos —dijo—. Igescu se pondrá furioso.

Se levantó con grandes esfuerzos.

—¡Hum! Algo va mal. Dijo que enviaría a alguien a buscarme.

Abrió la puerta y miró hacia afuera. Childe intentó abalanzarse sobre ella en aquel momento, esperando derribarla con su propia inercia y escapar por el pasillo. Apenas consiguió, tras un tiempo aparentemente muy largo, ponerse en pie. Aún no le era posible saber si había agotado todas sus fuerzas. La recesión de las señales procedentes de sus músculos seguía estando interrumpida.

Al ver que él se movía, la mujer alzó las cejas y dijo:

—¿No sientes arder el supositorio?

—No —respondió él—, sigue siendo frío y pesado.

—Lo sentirás en un momento. ¡Te va a parecer que alguien te ha metido un globo

de aire caliente por el culo!

La estremeció un huracán de risas. Cuando se hubo calmado dijo:

—Esta sustancia tiene un efecto muy peculiar. No sentiste nada mientras estabas jodiéndome, pero espera y verás. Ojalá entonces te tuviera a mi alcance, pero tendrás que arreglártelas solo.

Volvió a mirar su reloj.

—Tal vez no me vaya. Me da la impresión de que Igescu se ha olvidado de mí. O de que sabe que me volveré loca de rabia si no te aprovecho hasta la última gota. Ahora quédate donde estás, mi pastelito de crema. Te voy a poner otra dosis, así se duplicará el efecto. No quiero que hagas comedia.

Como una marea invirtiéndose y retirándose de nuevo hacia el mar, el frío y la pesadez se convirtieron en calidez y ligereza. El efecto secundario comenzó allá donde había terminado el primero, en el cerebro y en el extremo del glande. La calidez y ligereza convergieron hacia su interior desde toda la periferia y se concentraron en la región donde estaba el coño, en su ano, donde, por un segundo, sintió un fuego como si un meteorito hubiera terminado su llameante descenso en él.

Aulló de dolor.

—¡Oh, ya está! ¡Ya ha ocurrido! —dijo la mujer, y cargó contra él, con una mano abierta para agarrarle y otro coño en la otra mano. Pareció volverse tan grande como la pared. Sus carnes se agitaban como un blusón sacudido por una tempestad. Childe se abalanzó sobre ella, con las manos extendidas para aferrar sus orejas; tenía la firme intención de arrancárselas. Tendría que combatir con toda su furia si quería llegar hasta la puerta. Incluso en posesión de todas sus fuerzas, ella tenía una musculatura más fuerte que la suya, por no hablar del peso.

Sus manos asieron las orejas, y su cara se incrustó violentamente contra uno de sus pechos con la misma violencia que si le hubieran arrojado contra ella desde el techo. Ella chilló, ya que él había mordido salvajemente la primera protuberancia que encontró. Ella le arrojó al suelo; al levantarse, se dio cuenta de que le había cortado un pezón. Escupió el pezón y un poco de carne que lo rodeaba, y se levantó tembloroso. Ella seguía chillando y retorciéndose por el suelo, una mano crispada sobre su pecho mutilado.

Childe no esperó a recobrase por completo del impacto contra el suelo. Luchando contra el atontamiento y un fuerte dolor en el hombro, la pateó entre las piernas cuando ella empezó a acercársele. El pulgar de su pie desapareció por un instante en el interior de su vagina. Ella chilló de nuevo salvajemente. Le derribó con un convulsivo movimiento de brazos y cayó atravesado sobre su vientre. Ella le aferró con los brazos por las nalgas, y una de sus manos empezó a deslizarse hacia abajo para cogerle por los testículos. Con una convulsión desesperada, se dio la vuelta, se agarró a un pecho y se lo retorció.

La mujer le soltó y volvió a chillar. Childe descendió a lo largo de sus piernas abajo. Era como rodar por un talud. Esquivó sus convulsos patadones, saltó y se dejó caer con los dos pies juntos sobre su cara. La cabeza de la mujer golpeó con violencia contra el suelo; la nariz quedó aplastada; la sangre brotó a borbotones; sus ojos empezaron a bizquear.

De nuevo saltó y aterrizó con los dos pies sobre su estómago. Se hundió profundamente en ella. Su respiración salió como un huracán, parecía una corriente de aire de una destilería. Estuvo a punto de vomitar. Pero saltó por tercera vez, de nuevo sobre su cara. Su nariz quedó aún más plana. Se quedó con los ojos en blanco. Tenía la boca abierta de par en par, tensa como una vela contra el viento de su agonía, mientras intentaba recuperar el aliento.

Y, en aquel momento preciso, el coño invirtió su efecto. Fue como si todo su coito con ella hubiera sido grabado mientras entre él y sus terminaciones nerviosas había una placa de cristal que le permitía ver pero no oír. Ahora, el cristal había sido retirado, y podía escuchar la grabación en playback. Con una diferencia: ya no estaba «congelado». Sentía todo con tremenda exquisitez; podía sentir la verga en su boca y entre sus pechos y en su coño, aunque ya no estuviera allí.

En el transcurso de la pelea, aunque no se había dado cuenta de ello, había tenido una erección. Ahora tuvo una eyaculación. El orgasmo, tanto rato retardado, fue devastador. Como un verdadero ciclón, una tormenta con mil relámpagos. Sacudido por irreprimibles espasmos, Childe rodó por el suelo, dejándose llevar por el éxtasis. Por el momento, no podía hacer otra cosa.

## XVII

Cuando pudo recuperar el control de su cuerpo, se levantó y se dirigió tambaleándose hacia la puerta. Aunque su verga ya no seguía manando, seguía estando tan dura como antes y carecía de aquella sensación de vaciado agradable que sigue habitualmente al orgasmo. Sí que sentía incubarse un nuevo placer, como si su cuerpo estuviera preparándose para otro coito. No obstante, de momento, podía ignorarlo.

La señora Grasatchow yacía de espaldas, los brazos y las piernas flácidos, la boca abierta, y los ojos en blanco, como si le hubieran metido huevos duros en las cuencas.

Vio una gran boñiga extendida en la alfombra entre él y la mujer. De modo que «se había cagado de miedo» en algún momento de la pelea. No se había dado cuenta en qué momento había expelido el excremento, pero no tenía mayor importancia. Estaba seguro de que había sido él y no ella quien había expelido la cagada; aunque también era posible que hubiera sido ella cuando él saltó sobre su cara. No obstante, lo dudaba: estaba demasiado lejos de ella.

Esquivando cuidadosamente el excremento, fue hacia su bolso, que estaba cerca de la puerta; allí encontró la llave de la puerta, que ella había cerrado con llave después de inspeccionar el pasillo. Abrió, y, llevándose consigo el bolso, siguió pasillo abajo hacia la habitación donde había sido retenido la primera vez.

Aunque la idea de cualquier retraso se le hacía odiosa, quería investigar todas las habitaciones del pasillo. Siempre existía la posibilidad de que allí hubiera más prisioneros. Tal vez Sybil estuviera encerrada en una de ellas. Seis de las puertas estaban cerradas. Tres estaban abiertas y no ocultaban nada de interés. Otras tres se abrieron con la llave del bolso de la mujer obesa.

Las dos primeras eran habitaciones pequeñas con paredes y suelo acolchados. La tercera, más vasta, estaba amueblada estilo danés moderno; había una televisión en color, un bar bien equipado, una mesa de billar, y cartones de cigarrillos y cajas de habanos, frascos con píldoras de diversos tamaños, formas y coloridos y cajas de canutos de marihuana. Parecía una habitación de descanso o de recreo. Los ocupantes podían relajarse en ella entre dos sesiones de «trabajo» en la otra pieza. Había también un buró con un espejo, que no le pareció falso. Su parte superior estaba atestada de cosméticos, y había también algunas pelucas.

Abrió los cajones, con la esperanza de encontrar alguna ropa que ponerse. Antes de que pudiera examinar el primero, se vio estremecido por otro orgasmo epiléptico y eyaculó sobre las ropas colgadas en su interior. Había un lavabo que utilizó para

lavarse los genitales, la cara y las manos. Bebió varios vasos de agua y regresó al buró.

Había algunas camisetas y unos *shorts* de gimnasia. Encontró unos que eran casi de su talla y se los puso. Entonces se le ocurrió pensar que pronto tendría otro orgasmo y que no resultaría nada cómodo con los *shorts* empapados de esperma. Se resignó a dejarse la polla fuera del *short*, aunque se sentía ridículo. Ridículo que constató al mirarse al espejo. Un caballero andante con una frágil y rechoncha lanza. ¡Valiente caballero andante! ¡Valiente detective! ¡Un detective privado que se había vuelto público!<sup>[4]</sup>

Había algunos calcetines, pero no zapatos. Se puso los calcetines y continuó con su búsqueda. Si tan sólo encontrara algún arma. No tendría esta suerte. Por supuesto era esperar demasiado. Los dos cajones inferiores estaban atestados de sobres de plástico transparente que contenían algo indefinible. Abrió uno y vació su contenido. Salió flameando algo parecido a una bandera transparente de casi dos metros de largo, con una espesa mata de pelo en un extremo y un mechón circular en el centro. Justamente al lado de la espesa mata de pelo había una pequeña válvula roja semejante a la de los colchones hinchables. Empezó a soplar y se quedó exhausto antes de terminar su tarea.

Cuando vio el resultado, aunque había sospechado cuál iba a ser, quedó petrificado de horror.

La piel de Colben había sido separada de su cuerpo y convertida en un globo. Todas las aberturas —oídos, boca, ano y el sexo mutilado— habían sido cuidadosamente cosidas con trozos de piel. Sus ojos habían sido pintados de azul, y la boca con un facsímil de rojo de labios. Los pelos del pubis estaban intactos; con la costura entre las piernas le daban un aspecto un tanto femenino.

Childe no tenía tiempo para desinflarlo. Al apartarlo de un empujón, se quedó flotando. Después, se puso a sacar frenéticamente el contenido de los demás sobres. Uno era la cabeza de Budler. Supuso que el lobo de la película habría devorado el resto de su persona o la habría mutilado tan irreparablemente que no pudieron utilizarla para hacer un globo. La cabeza partió dando vueltas lentamente por el aire hacia el rincón en el que Colben, cabeza abajo por el peso de su cabello y de la válvula del cuello, reposaba.

Childe encontró muchas mujeres; tan sólo cuatro tenían la longitud y el color de pelo adecuado para poder haber sido Sybil. A pesar de ello, las infló a todas. Cuando hubo terminado con la última, estaba jadeante como si hubiera corrido un kilómetro en medio del smog. El esfuerzo era tan sólo una de las causas. Al hinchar el último globo, había tenido la horrible sensación de que se formaban las facciones de Sybil.

Se sentó y se bebió otro vaso de agua. Había treinta y ocho muñecas hinchables reunidas al otro extremo de la habitación. En su mayor parte estaban cabeza abajo,

pero algunas, retenidas por la masa de las otras, se inclinaban en una u otra dirección. Iluminadas por la luz procedente de un aplique en el rincón, parecían una turbamulta de fantasmas borrachos. La corriente del aire acondicionado las mecía dulcemente como si fueran fantasmas de ahogados, flotando entre dos aguas.

Treinta y ocho. Veinticinco varones. Trece hembras. De los varones quince eran blancos, siete negros, tres indios o asiáticos. De las hembras, nueve eran blancas y cuatro negras.

Todos eran adultos. Si hubiera habido algún niño, no habría sido capaz de soportarlo. Hubiera echado a correr, gritando pasillo adelante. Se consideraba un tipo duro, pero no lo bastante como para soportar el espectáculo de unos niños convertidos en globos.

Se sentía iracundo y asqueado. Más iracundo que asqueado, en aquel momento. ¿Qué diablos planeaban hacer con aquellos... cadáveres globo? ¿Rellenarlos de hidrógeno y soltarlos para que revolotearan sobre Los Angeles?

Probablemente aquel fuera precisamente su plan. Estaría a la altura, o mejor, superaría, el afrentoso desafío del envío de las películas.

Se levantó, se armó con una botella de vodka cogida por el gollete y volvió a la habitación en la que había abandonado a la señora Grasatchow. Se detuvo en la puerta; ella estaba vomitando. La sangre fluía aún de sus narices. Al ver a Childe, gruñó enseñándole los dientes y consiguió ponerse en pie. Sangre y vómitos cubrían su inmensa panza.

—¡Me suplicarás que te mate! —chilló.

—¿Por qué habría de hacerlo? —contestó. Penetró en la habitación—. Antes de matarte quiero que me digas por qué mataron a todas esas personas. ¿Por qué les arrancaron la piel?

—¡Te arrancaré las orejas! —rugió ella.

Cargó contra él; se asentó firmemente sobre sus pies, con la botella en alto. Pero ella pisó la cagada y derrapó; sus piernas fueron proyectadas al aire y cayó pesadamente de espaldas. Se quedó allí, al parecer sin conocimiento. Él le asestó con la botella un sólido golpe a un costado de la cabeza, y después salió y cerró la habitación con llave. Con la botella en un mano y el bolso de ella en la otra, y con la verga al aire —¡vaya héroe que estoy hecho!, pensó— penetró en la habitación donde había permanecido encadenado la primera vez.

Pero salió de ella inmediatamente y regresó a la habitación de recreo. Necesitaba pruebas. La policía no querría creer su historia, pero tendrían que creerle, o al menos creerle en parte, cuando les mostrara los restos de Colben y Budler. Y a un tercero que eligió al azar; tal vez tuviera suerte y resultara una persona desaparecida.

El desinflamiento fue tan desagradable como había temido. El aire salía silbando, y Budler y la desconocida se encogieron como diablos salpicados por agua bendita.

Pero Colben —siempre había sido escurridizo— se le escapó y salió disparado, volando por toda la habitación, chocando contra otros fantasmas que rebotaban dando tumbos. Finalmente quedó en reposo sobre el bar. Childe lo recogió como había hecho en tantas ocasiones cuando aún estaba vivo. Le enrolló y lo guardó en el bolso sobre la cabeza de Budler y la pelirroja desconocida.

Tras varias intentonas, el panel de la pared se abrió ante él a lo largo de la juntura de los bloques, donde Dolores había apretado. Entró en el túnel con una linterna-bolígrafo que había encontrado en el bolso. El panel se cerró a sus espaldas, y comenzó a avanzar lentamente. El pasadizo era polvoriento y estrecho, y hacía mucho calor. Pasó por delante de varias habitaciones, cada una de las cuales tenía un espejo falso, pero aparentemente carecían de entrada. Eran similares a las que había en el otro pasillo. Se encontró al pie de una escalera. Subió por ella, un poco inquieto, aunque no creía que pudiera ser una trampa, dado que estaba ya a bastante profundidad de subsuelo, pero no había forma de estar seguro. Al llegar al extremo superior, se encontró en un pasadizo que le ofrecía dos posibilidades. En el polvo del suelo se veían huellas, huellas de un zapato largo y puntiagudo que, supuso, pertenecería al barón, y huellas de algo que supuso sería un perro. Las últimas se dirigían a la derecha, de forma que decidió seguir las. Lo mismo daba un camino que otro, y había que decidirse por alguno.

Su linterna le mostró varios postigos cuadrados en las paredes. Al abrirlos, a través de espejos falsos vio una serie de habitaciones, una de las cuales le pareció reconocer. Era un dormitorio Luis XIV, pero no parecía exactamente el mismo que recordaba. Tenía una entrada secreta a través de un panel. Atravesó la habitación de puntillas e inspeccionó el baño, lo que confirmó que aquella no era la misma habitación, ya que no estaba el espejo deformante. Se dispuso a abrir la puerta para ver si daba a otra habitación o a un pasillo, pero se lo pensó mejor: pegó el oído contra la madera. Se felicitó por su prudencia: al otro lado de la puerta se escuchaba el murmullo de unas voces.

Con la oreja en el ojo de la cerradura podía oír con mayor claridad, pero no lo suficiente. Tras apagar todas las luces de la habitación, giró lentamente el picaporte y entreabrió la puerta con cuidado. Las voces procedían del extremo más alejado del pasillo. Su mirada no alcanzaba a ver a los que estaban hablando. Pero las voces resultaban familiares, a excepción de dos. Estas podían pertenecer a Chornkin o a Krautschner, que no habían articulado palabra ni al serles presentado ni durante la cena. Aunque también podían ser las voces de unos recién llegados.

—... tomado mucha energía de Magda, como os he dicho —decía Igescu con voz tonante. Parecía irritado y, quizás, un poco inquieto—. Opino que Dolores ha conseguido recoger suficiente flujo vital como para adoptar una forma tangible y duradera. Lo suficiente en todo caso para inmovilizar a Magda durante un momento y

luego dejarla poco menos que seca. No mató a Magda, pero le faltó condenadamente poco. ¡Y entonces entra en escena el maldito imbécil de Glam! ¡Se merece lo que le ha sucedido! Pero al fin y al cabo, ¿qué puede uno esperar de gentes de su especie? Glam quiso aprovechar la ocasión y joderse a Magda, aunque le había advertido más de una vez de lo que podría pasarle. Supongo que pensó que no corría peligro, que ella no se daría cuenta de nada. Pero el mero hecho de joder le devolvió la energía suficiente para recobrar el conocimiento y encontrarse con Glam dentro de ella. ¡Cómo le odiaba! Ya habéis visto lo que ha hecho con él...

La desconocida voz de varón le interrumpió en voz baja. Childe no consiguió entender lo que estaba diciendo. La respuesta de Igescu fue, por el contrario, muy sonora.

—Sí, ¡Magda obtuvo energía, pero no la suficiente! ¡Se ha quedado atrapada en pleno éxtasis, completamente bloqueada, y no conseguirá librarse a menos de que mate a alguien, lo que significa que tiene que ser alguien de aquí, de esta casa!

Entonces habló la desconocida voz femenina; era aún más tenue que la del varón.

—¡Childe podría servir! —dijo Igescu—. ¡Yo tenía otros planes para él, pero puedo prescindir de ellos! ¡Primero hemos de encontrar a Magda y llevarla hasta Childe! En caso contrario...

—¿Y Dolores? —dijo Panchita Pocyotl.

Childe casi creyó ver cómo el barón se encogía de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo Igescu—. ¡Ella es X! ¡Una X peligrosa! Si es capaz de hacerle eso a Magda, nos lo puede hacer a cualquiera de nosotros. Pero dudo que pudiera atacar a más de uno de nosotros a la vez y creo que tendría que cogernos desprevenidos, como debió sorprender a Magda. De modo que lo mejor es mantenernos juntos, ya que...

Un grito le interrumpió, seguido de un ruido de pasos precipitados. El grupo corrió doblando la esquina y bajando las escaleras para ver de dónde procedía el alboroto. Se oyeron más gritos. Childe abrió la puerta y se asomó para mirar por el pasillo. La única persona que había quedado era el indio Hierba Doblada; con su sólida y achaparrada figura apoyada contra la pared, estaba mirando en dirección a la escalera. En ese momento alguien le llamó y desapareció.

Childe corrió por el pasillo hasta la única puerta abierta, aquella en cuyo umbral se había reunido el grupo. Asomó la cabeza. La habitación tenía un aspecto singular, evocaba la idea que un decorador de Hollywood podría hacerse de un harén turco. Había alfombras y cortinajes y cojines y otomanas, e incluso un narguilé y una cómoda tan baja que Magda debía haber tenido que sentarse con las piernas cruzadas en el suelo para mirarse al espejo. Había un baño de mármol empotrado en el suelo. Era casi tan grande como una piscina pequeña. Más allá había un habitáculo bajo de mármol que presumiblemente le había servido de cama a Magda, ya que estaba

atestado de cojines y embaldaquinado con abundancia de velos de seda multicolores.

Las botas negras de cuero blando de Glam sobresalían por encima del habitáculo. Childe entró en la habitación, dio la vuelta a la bañera, que estaba llena de agua fría, y miró por encima de la barandilla de mármol que rodeaba el lecho. Glam había muerto con las botas puestas. Y también con los pantalones puestos. Se había quitado la camisa y la camiseta, pero había sido vencido por sus ansias y no se había molestado en desnudarse por completo: se había bajado los pantalones sólo hasta las rodillas.

Había sangre en sus pantalones, así como en todo su cuerpo. La sangre había brotado furiosamente de sus oídos, de sus narices, de sus ojos, de su boca, de su ano y de su sexo. Algo le había triturado, literalmente. Las costillas estaban hundidas; los brazos aplastados; los huesos de las caderas habían sido oprimidos el uno contra el otro. No había sido sólo sangre lo que había salido despedido por todas y cada una de las aberturas de su cuerpo. El contenido de sus vísceras y alrededor de dos metros de las propias vísceras habían salido a presión por el ano.

Cerca de la cama, un panel de la pared permanecía abierto. Magda había utilizado aquella salida, o bien Igescu para ver si la había utilizado Magda; eso era algo que Childe no tenía forma de averiguar. Pero más valía no entretenerse allí por más tiempo. Su ruta de escape súbitamente dejó de quedar a su elección. El ruido de voces anunció el regreso de los otros. Tal vez hubiera dispuesto de tiempo para escurrirse por la puerta al pasillo y volver a la habitación Luis XIV, pero no quiso tentar a la suerte. Atravesó el pasaje secreto.

Antes de haber podido dar unos cuantos pasos, tuvo otro orgasmo. Fulminado por el éxtasis, gimiendo desesperadamente, tuvo que afirmarse con las dos manos en las paredes mientras eyaculaba. Después, maldijo amargamente, pero no había nada que pudiera hacer. Siguió caminando. Su verga seguía erguida frente a él, como el mascarón de proa de un barco. El efecto del coño seguía actuando. Sólo Dios sabía lo que podría durar su acción, cuánto tiempo tardaría en disolverse por completo.

Estuvo a punto de esconderse en el pasadizo, cerca del panel que había dejado abierto, para escuchar qué decían. Pero cada segundo que permaneciera en aquella casa podía significar ser capturado de nuevo y morir; estaba atemorizado por lo que le había pasado a Glam y por lo que Igescu había dicho de Magda. Miedo tal vez no fuera una palabra excesivamente expresiva: estaba al borde del pánico. Era curioso. Su terror debería haberle impedido cualquier excitación sexual. Bajo semejantes circunstancias no debería ser capaz de empalmarse. Pero allí estaba con la verga enhiesta, independiente de todas sus otras sensaciones, como si alguien le hubiera dado a un interruptor que hubiera puesto a sus genitales en un circuito diferente. El coño, cualquiera que fuese la sustancia de que estuviera hecho, debía ser no sólo la causa primera de su estado, sino también su alimento esencial. Tenía que aportar la

energía suficiente para que siguiera fabricando toda aquella cantidad de esperma en tan poco tiempo. Por lo general, cuando se sentía inhabitualmente estimulado, al principio de enamorarse, o en ocasiones cuando la marihuana era excepcional, conseguía tener tres o cuatro orgasmos durante la misma noche. Pero habitualmente si eyaculaba más de una vez en una hora quedaba ya liquidado para las siguientes cuatro o cinco. La autoironía le llevaba a decir que era el detective privado más infra-sexuado de la historia; aunque, por supuesto, aquello era sólo una broma. Pero ahora parecía dotado con el cuerno de la abundancia. Y, por supuesto, tenía que sucederle en una situación en la que era lo último que podía desear.

Así, cuando estimó estar lo suficientemente lejos del panel abierto, encendió la linterna. Y vio la blanca figura de Dolores corriendo hacia él. Le sonreía, sus brazos estaban abiertos. Sus ojos estaban entrecerrados y sin embargo brillaban, y en sus muslos se podían apreciar dos zonas de humedad. Parecía formar parte de su mala suerte el estar tropezando siempre con mujeres que lubricaban en exceso. No obstante, tras un siglo y medio de abstinencia forzada, difícilmente podía echársele la culpa.

Dolores le obstruía el paso. Era de carne perfectamente sólida, no había nadie que lo supiera mejor que él, y aun así dudó. No quería correr la misma suerte de Magda. Por otra parte, existía la posibilidad de que si hacía lo que ella deseaba, se disiparan los efectos del coño. Al menos era una remota posibilidad. Y pensó que, en cualquier caso, probablemente no tuviera elección. De modo que dejó el bolso en el suelo, apagó la linterna y se quitó los pantalones. Ella lo arrastró consigo al suelo y él la penetró inmediatamente y empezó a joder sin más preliminares. Había tenido la esperanza de correrse en seguida, pero aunque ahora sentía la suave y húmeda carne de la vagina rodeando su polla, no podía escapar al automatismo del coño.

Finalmente consiguió correrse, y entonces, al intentar retirarse, no pudo hacerlo. Al tacto, los brazos de Dolores eran femeninos y suaves, pero cada uno tenía la fuerza de una serpiente pitón.

El pensar en pitones le hizo pensar en Magda, y se sintió aún más alarmado. Si daba con ellos en aquel momento, él estaría indefenso... aquellos anillos... Glam... Se estremeció, pero sin embargo empezó a moverse de nuevo dentro de ella. Su piel se había vuelto helada y sus cabellos parecían estar erizados por el terror. Su ano era como un punto de hielo, un blanco para Magda si se acercaba arrastrándose por detrás y alzaba su cabeza para asestar un golpe como un martillo pilón.

Gimió murmurando:

—¡Debo de estar totalmente loco, estoy creyéndome de verdad toda esa mierda!  
—y después gimió de nuevo, en esta ocasión porque estaba corriéndose otra vez.

Era inútil. Joder con Dolores no estaba sirviendo ni para neutralizar ni siquiera para disminuir los efectos del coño. Y, desde luego, no era lo bastante estúpido como

para dedicarse a follar con ella por simple placer, mientras su vida corría peligro. Especialmente considerando que había experimentado suficientemente aquel «placer» como para quedar ahíto para una buena temporada.

Intentó librarse de su abrazo. Los brazos de Dolores no se tensaron, pero tampoco se relajaron. No iba a dejarle ir hasta que no hubiera quedado satisfecha o hasta que no fuera capaz de trempar. Y ella iba a tardar en quedar satisfecha; él no sabría decir cuánto tiempo podría durar, pero sospechaba que podía ser cuestión de horas y más horas.

Recordando la táctica utilizada con la señora Grasatchow en el transcurso de su pelea, mordió el pezón de Dolores. No se lo arrancó, pero resultó lo suficientemente doloroso como para que abriera los brazos y se pusiera a gritar. Se desembarazó de su abrazo y se puso de un salto fuera de su alcance, se subió los *shorts*, recogió el bolso y la linterna, y echó a correr pasadizo adelante mientras Dolores seguía gritando.

El ruido, desde luego, se oiría desde la habitación de Magda si el panel seguía abierto, y los otros entrarían a investigar. La luz de su linterna rebotaba arriba y abajo y de repente se perdió en la oscuridad de una esquina. Se detuvo y palpó en las tinieblas. Aparentemente había llegado a un callejón sin salida, pero se negaba a creerlo. Empezó a oír gritos a sus espaldas, y se puso a palpar las paredes frenéticamente en un intento de activar el mecanismo de apertura. Sintió que alguien rozaba su hombro, alguien habló en español, y un brazo alabastrino pasó sobre él tocando una cornisa.

Otro hizo lo propio con otra cornisa simétrica. La pared desapareció, convirtiéndose en un rectángulo de oscuridad en el que el delgado rayo de la linterna desaparecía. Una mano le empujó para que pasara —había quedado paralizado durante unos segundos— y se volvió justo a tiempo de ver cómo el muro se cerraba. Apenas tuvo tiempo de apercibir la luz vacilante de una linterna grande.

Una mano, aún pegajosa de esperma, se deslizó en la suya y la blanca figura le condujo por un pasadizo y después por unas escaleras arriba. Allí el aire estaba cargado de polvo; estornudó sonoramente un par de veces. Igescu no tendría problemas para seguirles, sólo debería seguir sus huellas. Tenían que salir de los pasadizos secretos, al menos provisionalmente.

Dolores, que dejaba unas huellas tan nítidas como las suyas, pareció darse cuenta de que éstas les delataban. Se detuvo ante una pared y soltó varios cerrojos hasta que un panel se deslizó hacia atrás. Penetraron en una habitación con paredes de mármol gris y blanco, un techo de mármol rojo, suelo de mármol rojo y negro y muebles de mármol blanco o negro. El candelabro era un gran móvil compuesto de delgadas piezas curvas de mármol coloreado en lugar de velas.

Dolores le guió a través de la habitación. Había soltado su mano y tenía la suya apretada contra el pecho, que debía dolerle mucho. Su rostro carecía de expresión

alguna, pero los ardientes ojos negros parecían prometer venganza. Evidentemente, si hubiera querido, podría haberle dejado abandonado en el pasadizo. Tal vez deseara tomarse su venganza personalmente.

Pudo entrever una imagen de los dos al pasar frente a un gran espejo. Parecían dos amantes que hubieran sido sorprendidos en la cama y que estuvieran en plena huida de algún marido celoso. Ella estaba desnuda, y la verga de él, húmeda aún, y con una gota de espermatozoos en su extremo, asomaba por la bragueta. Tenían un aspecto notablemente cómico; el bolso de piel de oso añadía un toque incongruente, ambiguo.

Pero la manada que les perseguía no tenía nada de cómico. Él se pegó a los talones de Dolores, exhortándola a que fuera más de prisa. Ella le respondió algo y salió de la pieza a buen paso. Atravesaron un salón lujosamente amueblado, hollando apresuradamente la gruesa alfombra. Cerca del final del pasillo, junto a una escalera curva con escalones de mármol de Carrara y pasamanos de caoba, Dolores abrió otra puerta de un empujón. Allí había una especie de suite de cuatro habitaciones ricamente decoradas al estilo eduardiano. En el dormitorio había una entrada secreta; una librería se deslizó hacia un lado para revelar una verja de hierro de dos batientes cerrada por medio de un cerrojo de combinación. Dolores hizo girar el disco rápidamente; parecía tener mucha práctica. Los dos batientes de la verja se apartaron. Cuando estuvieron al otro lado, volvió a cerrarlo e hizo girar la combinación por el lado de dentro. Aparentemente, aquella acción activaba algún mecanismo, ya que la librería se deslizó de nuevo a su sitio. Childe había podido observar que no estaban en un pasadizo sino en una pequeña habitación. Alrededor suyo se movía un aire fresco. Dolores encendió una lámpara. Vio varios sillones, una cama, una televisión, un bar, una cómoda con su espejo; pilas de libros y armarios empotrados. Estos contenían latas de conservas y diversas vituallas; uno de ellos era en realidad una atestada nevera. Una puerta daba a un cuarto de baño y a un armario lleno de ropa. Igescu se había arreglado un escondrijo ideal; podría subsistir allí largo tiempo, en caso de apuro. Dolores habló en español, muy lentamente:

—Aquí estamos a salvo por el momento. La frase era lo bastante simple como para que Childe la entendiera.

—Acerca del mordisco que te di, Dolores —dijo—, no tuve más remedio que hacerlo. Tengo que salir de aquí.

Ella pareció no haberle oído. Miró su pecho herido en el espejo y murmuró algo. Marcas de dientes y una aureola roja rodeaban el pezón. Se volvió hacia Childe y agitó su dedo índice y después sonrió. Él comprendió que le estaba regañando gentilmente por haber sido demasiado apasionado. Después de esta advertencia, le tomó de la mano y le arrastró hacia la cama.

Él se zafó de un tirón.

—¡De eso nada! —exclamó—. ¡Enséñame cómo salir de aquí! ¡Vámonos!

¡Pronto!

Empezó a inspeccionar las paredes. Ella empezó a hablar lentamente detrás suyo. Comprendió lo que quería decir, no podía ser más claro: si se quedaba un rato con ella, le enseñaría el camino para salir. Pero no más mordiscos.

—No más nada —dijo él—. Basta.

Encontró lo que buscaba, una pieza tallada en una esquina que pivotaba sobre un eje. La cómoda se desplazó sobre un ángulo. Se deslizó por la abertura y echó a correr, mientras Dolores le gritaba desde la habitación. Aunque no entendiera una palabra, sonaba tan parecido a cuando Sybil le daba la lata, que le fue muy fácil ignorarla. Llevaba en una mano un sable de afilada hoja, que había cogido de una panoplia mural, y la linterna en la otra. El asa del bolso estaba sobre su hombro izquierdo. El sable le daba confianza. Ya no se sentía tan indefenso. Estaba firmemente decidido a abandonar el pasadizo y a salir por la puerta delantera a la primera ocasión, y si se interponían en su camino les cortaría en rodajas. Esto le aliviaría.

Pero la salida no era fácil de encontrar. El pasadizo desembocaba en una escalera muy empinada, que se perdía en las sombras. Desanduvo lo andado en busca de falsos espejos o de entradas a habitaciones, pero no pudo encontrar ningún control de apertura. Regresó a la escalera, por la que ascendió con sus pies más ligeros. Se había puesto el sable al cinto y sujetó la linterna entre los dientes a fin de tener las manos libres para agarrarse a las paredes, si las escaleras se convertían de pronto en un tobogán.

Las escaleras se mantuvieron quietas, y se encontró en un exiguo descansillo. La puerta se podía abrir fácilmente con una prosaica manija. Salió cuidadosamente a una habitación de paredes curvas con una gran ventana iluminada por la luna, un ojo desdibujado y pálido en medio de la neblina. Mirando a través de la ventana, vio el patio y los árboles y el camino de acceso a la parte frontal de la parte central. Se encontraba en la cúpula situada sobre el ala izquierda, justamente al lado de la edificación original española. Estaba compuesta de tres habitaciones, dos de las cuales estaban vacías. La puerta que daba a la tercera estaba entreabierta, y de la ranura salía un hilo de luz. Se acuclilló junto a ella y avanzó lentamente la cabeza. Pero la retiró en seguida: le había venido otro orgasmo. Eyaculó entre violentas contorsiones, apretando los dientes y mordiéndose los labios para no gemir.

## XVIII

Una vez terminado el orgasmo, volvió a asomar la cabeza por la puerta entreabierta. La bisabuela del barón, posada sobre un taburete alto, estaba inclinada sobre un pupitre parecido a los utilizados por los atareados contables de las novelas de Dickens. Childe no podía ver exactamente lo que había en la mesa, salvo que era una hoja de papel de grandes dimensiones. Las mandíbulas de la vieja se movían, desgranando una especie de letanía, pero Childe no acertaba a discernir si se expresaba o no en inglés, ya que sólo alcanzaba a oír un confuso murmullo. La única luz procedía de una sola lámpara suspendida del techo justo encima de la anciana. Iluminaba vagamente las paredes donde, pintados con trazos gruesos, se veían enigmáticos signos cabalísticos y una larga mesa con hileras de botellas llenas de líquidos misteriosos. Un globo terráqueo recubierto de finos círculos negros estaba posado en un extremo de la mesa. En una esquina, una gran jaula sobre una consola albergaba un cuervo dormido con la cabeza metida debajo del ala; y una túnica colgaba de un gancho fijado en la pared.

Tras varios minutos mascullando, la baronesa descendió del taburete. Sus huesos chasqueaban y crujían, Childe no creyó que fuera capaz de llegar hasta la túnica, tan lenta y temblorosamente se movía. Pero consiguió descolgarla y ponérsela con dificultad y después se dirigió, arrastrando lentamente los pies, hacia la mesa. Se inclinó, refunfuñando por el esfuerzo y volvió a enderezarse con más crujidos. Apresaba con las dos manos un enorme libro que había tomado de una estantería que se encontraba bajo la mesa.

No parecía probable que pudiera llegar lejos con aquella carga adicional, pero, jadeando y rechinando como un viejo automóvil, llegó hasta el pupitre, consiguiendo incluso alzar el libro sobre su cabeza para deslizado sobre el pupitre. El libro fue detenido en su caída por una moldura de madera fijada horizontalmente en mitad del pupitre. Otra moldura, en el borde inferior del mismo, evitaba la caída de la hoja de papel. Childe pudo ver que era un mapa de Los Angeles, del tipo que las estaciones de servicio regalan a sus clientes.

Su visión del mismo quedó bloqueada por la baronesa, que volvió a subirse a lo alto del taburete, tambaleándose hasta tal punto que Childe estuvo a punto de echar a correr para evitar que se cayera. Finalmente consiguió asentarse firmemente y él se relajó, preguntándose qué demonios le importaba si ella se caía o no. Pero los reflejos condicionados se ponían en funcionamiento en los momentos más insospechados, y le habían enseñado a ser educado y respetuoso con las ancianas.

La parte trasera de la túnica era blanca y estaba cubierta de símbolos negros de

gran tamaño, muchos de los cuales reproducían los que estaban pintados en las paredes. La anciana alzó las manos sacudiendo las anchas mangas, como si fuera un pájaro muy viejo a punto de realizar su postrer viaje. Comenzó a salmodiar en alta voz en una lengua extraña, que se parecía a la utilizada en ocasiones por otros miembros de su grupo. Sus brazos se agitaban. Intermitentemente, el gran anillo de oro que llevaba puesto en un dedo reflejaba la luz con un brillo apagado. Childe tuvo la impresión de que era un ojo que le hacía guiños.

Al cabo de un rato dejó de canturrear, bajándose de nuevo del taburete. Se dirigió hacia la mesa con su paso tambaleante y mezcló varios de los líquidos de las botellas en un vaso, bebiéndose después su contenido. Eructó cavernosamente, de forma tan imprevista que Childe dio un respingo. Ella volvió a escalar el taburete y comenzó a pasar las páginas del enorme libro, leyendo tan sólo, aparentemente, unas cuantas frases de cada página.

Childe adivinó que estaba asistiendo a un ritual mágico genuino, genuino al menos en cuanto la bruja creía en su propia magia. Un ritual cuyo significado le era completamente desconocido. Pero se estremeció al pensar de pronto que tal vez la vieja, mediante aquel ritual, estuviera intentando localizarle o incluso hechizarle. No es que lo creyera posible, pero la idea le disgustaba profundamente. En otro momento y otras circunstancias, se hubiera limitado a reírse de ello. Pero aquella noche habían ocurrido ya demasiadas cosas como para tomarse a broma nada de lo que ocurría en aquella casa.

Tampoco tenía motivo alguno para estar allí agazapado en la puerta, como un feto esperando a nacer. Tenía que salir de allí y la única salida era una puerta situada al otro extremo de la mesa; debía, pues, atravesar la habitación de la baronesa. Aquella puerta probablemente era la única salida de la rotonda, exceptuando el camino por el que había venido. Quizá diera a algún pasillo que condujera a la escalera que descendía a los pisos inferiores o por lo menos a una ventana que diera al tejado de algún porche.

No creía que pudiera pasar junto a ella sin ser visto. Tendría que dejarla inconsciente o, si fuera necesario, matarla. No existía razón alguna para andarse con miramientos. La vieja estaba perfectamente al corriente de lo que ocurría en aquella casa, y probablemente había participado en su juventud, quizás aún siguiera haciéndolo.

Con el sable en la mano, se levantó y avanzó lentamente hacia ella. Después, se detuvo. Una bruma verdosa, casi impalpable, formando una especie de tentáculos ganchudos, se había materializado súbitamente encima de la vieja. Aquello sería explicable si ella estuviera fumando, pero no era así. Y la neblina fue haciéndose más espesa y extendiéndose hacia los costados y hacia el suelo, pero no hacia arriba.

Childe parpadeó intentando ahuyentar aquella visión. El humo fluía por encima

del moño gris de la vieja, descendiendo por la nuca y por encima de los hombros de la túnica. Su canturreo se había ido haciendo más intenso y pasaba las hojas del libro cada vez más rápido. Sin embargo, ya no podía levantar los ojos y mirar el libro, tan absorta estaba en la contemplación del mapa.

Childe volvió a sentirse completamente desorientado. Era como si algo no marchara bien en el mundo, al menos en lo que a él concernía. Sacudió la cabeza y decidió intentar pasar de puntillas junto a ella. La vieja parecía tan concentrada que quizá no le viera. Si el humo se espesaba aún más, o mejor dicho, si de hecho existía aquel humo y no estaba siendo víctima de otra alucinación, le ocultaría a los ojos de la vieja.

En efecto, el humo se expandió y se hizo más denso. Ella estuvo pronto rodeada por una especie de nube, y súbitamente se puso a toser. El empuje de su aliento agujereaba el humo, pero después se volvió a rellenar el hueco con los etéreos zarcillos. Childe recibió una bocanada en plena cara y reuló un paso. El humo era acre y ardiente; parecía la quintaesencia de las emanaciones de un millón de tubos de escape y de centenares de chimeneas de fábricas de productos químicos y de refinerías.

Ahora estaba ya frente a la vieja y pudo ver que la nube se había extendido hacia abajo y comenzaba a cubrir el mapa.

Ella alzó la vista, como si hubiera detectado de repente su presencia. Dio un chillido y se cayó de espaldas de lo alto del taburete pero consiguió darse la vuelta y cayó a cuatro patas. Se levantó de un salto y se precipitó por la puerta por la que Childe había entrado. Por un momento, se quedó paralizado ante su rapidez y su agilidad, pero se recuperó y echó a correr tras ella. Antes de que pudiera detenerla, ella había salido, cerrando con un portazo, y cuando intentó hacer girar el picaporte para abrirla, se dio cuenta de que estaba cerrada con llave. Era inútil echarla abajo; cuando lo hubiera logrado, ella habría descendido las escaleras y atravesado el pasillo.

Quedaba aún Dolores. Tal vez cortara el paso a la anciana. Aunque quizás no hiciera nada. Su postura en todo aquel embrollo resultaba por lo menos ambigua. Childe sospechaba que ella haría lo que más le conviniera. Y aquello podía no coincidir con lo que le conviniera a él. El sentido común le sugería abandonar la persecución de la baronesa e intentar salir de allí antes de que pudiera avisar a los demás.

El smog encima del pupitre estaba reabsorbiéndose rápidamente. Cuando abandonó la habitación había desaparecido por completo. La puerta llevaba directamente a un ascensor que debía datar de 1890. Detestaba la idea de verse atrapado en él, pero no había otra salida posible. Oprimió el botón de bajada. No ocurrió nada, excepto que se encendió una lucecita encima del botón. Advirtiéndolo

una palanca junto al botón, tiró de ella hacia abajo, y el ascensor comenzó un lento descenso. La bajó completamente y la velocidad aumentó un poco. Cuando volvió a poner la palanca en su posición inicial, el elevador se detuvo. Oprimió el botón de subida moviendo luego la palanca hacia arriba, y el ascensor comenzó a subir. Satisfecho de haber aprendido a manejarlo, lo hizo bajar de nuevo, deteniéndose en el segundo piso. Si se había dado ya la alarma, le estarían esperando en la planta baja. También podían estar esperándole en todos los pisos, pero tenía que correr el riesgo.

La puerta por la que salió del ascensor era exactamente igual a las demás puertas, lo que explicaba por qué no se había dado cuenta hasta ahora de su existencia. Se encontraba cerca de la puerta del dormitorio de Magda. En aquel momento oyó aproximarse rápidos pasos y el sonido de voces escaleras arriba. No tenía tiempo de probar las otras puertas del pasillo. Se deslizó de nuevo en el interior de la habitación. El cadáver de Glam seguía estando en el habitáculo de mármol con las botas asomando. El panel de la pared seguía abierto. Por un momento acarició la idea de esconderse bajo los cojines y almohadones amontonados en el habitáculo, pero pensó que si decidían llevarse el cadáver de Glam lo descubrirían. No le quedaba otra solución que esconderse de nuevo en el pasadizo detrás de la pared.

Se deslizó tras el pasadizo y esperó. El primero que pusiera un pie en su escondrijo se iba a encontrar con un sablazo en las tripas. El arma temblaba en su mano; en parte a causa de la fatiga, y en parte a causa del nerviosismo. Carecía por completo de experiencia en la esgrima. Jamás había recibido una sola lección y carecía de reflejos condicionados para ello, de modo que de pronto se dio cuenta de que no resultaba tan temible como le hubiera gustado. Para manejar diestramente un sable, una persona tenía que saber los puntos que debía atacar y los que no debía atacar. Un sablazo mal dirigido podía dar contra un hueso y resbalar, dejando a la pretendida víctima tan sólo ligeramente herida y presta para huir o incluso —en el caso de que fuera una persona lo bastante coriácea y experimentada— para atacar.

Childe empezó a maldecir. Había estado tan concentrado en sus problemas de esgrima, que no se había apercebido de que su verga estaba a punto de tener otro orgasmo. Fue tan violento, que soltó la espada, que cayó al suelo con estrépito; en aquel momento no prestó la menor atención al ruido. Eyaculó, y fue envuelto por el olor acre de su esperma, multiplicado por la atmósfera confinada del pasadizo. En seguida recogió la espada y se puso de nuevo al acecho, pero sintiéndose aún más inquieto que antes. Era posible que aquella gente tuviera un olfato más desarrollado que el de los humanos (ahora ya estaba dispuesto a admitir que no eran humanos, al menos no en el sentido ordinario del término) y tal vez pudieran detectar con facilidad el olor de su esperma. ¿Acaso sería preferible alejarse? En tal caso, ¿hacia dónde? ¿A repetir una vez más el mismo circuito?

No. Ya había corrido bastante. Había llegado el momento de combatir el fuego

con el fuego. Fuego.

Miró a través de la abertura. La puerta de la habitación seguía cerrada. Al otro lado se escuchaban fuertes voces. Se produjo un berrido salvaje que le heló la sangre en las venas. Sonaba como un cerdo iracundo. Más gritos. Otro berrido estridente. Las voces parecieron alejarse pasillo adelante. Salió de su escondrijo e inspeccionó la habitación. Encontró lo que buscaba. Había libros en las estanterías, cuyas páginas arrancó. Sobre las hojas de un Los Angeles Times, apiló las páginas arrancadas y desgarró varias almohadas vaciando su contenido sobre la pila. Con el encendedor que había en el bolso de la señora Grasatchow prendió fuego a los papeles, que pronto se transformaron en una pira que empezó a alimentarse de los cortinones bajo los que había encendido el fuego.

Abrió la puerta que daba al pasillo para crear una corriente, si es que había aire. Llevándose consigo la sección de anuncios del Times, y una serie de libros, salió al pasadizo. Una vez localizado un falso espejo, lo rompió con la empuñadura del sable para crear otra corriente o un refuerzo para la primera. Encendió otra hoguera en el pasadizo. La madera era vieja y muy seca, y en breve estaría ardiendo como la maleza de las colinas al final de una temporada de sequía. Después entró en la habitación cuyo espejo había roto y encendió un tercer fuego bajo una inmensa cama de dosel.

¿Por qué no había hecho esto antes? Simplemente, porque se había visto demasiado apurado como para pararse a pensar. Por eso.

No había otro motivo. Pero ahora estaba dispuesto a devolver golpe por golpe.

Si conseguía encontrar una habitación que diera al exterior, saldría por ella, aunque supusiera saltar desde un segundo piso. Mientras sus anfitriones se ocupaban del fuego, podría saltar los muros y llegar a su automóvil y luego dirigirse a la comisaría.

Oyó voces fuera de la habitación y volvió a entrar en el pasadizo secreto. Corrió a lo largo iluminándose con la linterna, aunque los reflejos del incendio le suministraban una luz más que suficiente. Pero al doblar una esquina, aquella luz desapareció. Se detuvo y lanzó el rayo de su linterna por un corredor para inspeccionar el camino; estaba vacío. Empezó a darse la vuelta para inspeccionar el corredor al otro extremo de la intersección, y se quedó quieto como una estatua. Se había oído un gruñido al final del corredor.

Era el aullido de un lobo.

De repente, el golpeteo, hasta ahora intermitente, se fue acelerando. El lobo aulló de nuevo. Apuntó con su linterna a la esquina del pasadizo que estaba en el extremo más alejado, justo a tiempo para ver surgir una gran forma gris, los ojos resplandecientes a la luz de la linterna. La forma, gruñendo amenazadoramente, echó a correr hacia él.

Y detrás de ella, venía otra.

Childe lanzó un sablazo casi a ciegas contra la forma que se abalanzaba sobre él. Su sable iba dirigido en la dirección de la bestia en el momento mismo de saltar ésta, pero su rapidez y su ferocidad y sus gruñidos le habían desconcentrado. Sin embargo, la hoja se clavó sólidamente en algún lugar de su cuerpo. El impacto sacudió su brazo hasta el hombro, y aunque se había inclinado hacia delante, intentando un facsímil razonable de los movimientos de un esgrimista tirándose a fondo, se sintió proyectado hacia atrás. Cayó sentado, pero se puso en pie a toda prisa gritando. La linterna, caída en el suelo, iluminaba por debajo al segundo lobo. Este, que se encontraba a unos pasos de distancia, avanzaba lentamente hacia Childe, dispuesto para saltar.

Era más pequeño que el otro, posiblemente la hembra. Debía haber frenado su ataque para ver qué pasaba, antes de abalanzarse sobre él.

Childe no deseaba exponer su flanco a la loba, pero tampoco quería enfrentarse a ella desarmado. Aferró al mango del sable, puso el pie sobre el cuerpo, y tiró salvajemente. El cadáver estaba pálidamente iluminado por los reflejos de la linterna. La hoja del sable brillaba sombríamente y la piel que rodeaba el cuello de la bestia estaba manchada de negro. El sable se había hundido casi por entero, atravesando el cuello y saliendo por la nuca.

El sable salía con dificultad, pero bastante rápidamente. La loba gruñó enseñando los dientes y echó a correr hacia delante, sus uñas repiqueteando brevemente. A Childe aún le faltaban por extraer unos centímetros del sable. La situación era desesperada. Las mandíbulas de la loba iban a cerrarse sobre su espalda o su cabeza, y aquello sería el fin. Los colmillos de los lobos eran lo suficientemente robustos como para arrancarle la mano a un hombre de un solo mordisco.

Pero la loba resbaló con algo y se deslizó sobre una paletilla hasta los cuartos traseros del lobo muerto. Childe saltó hacia atrás, con el sable en la mano, y sin perder un instante se abalanzó hacia ella y la atravesó por el hombro cuando se estaba poniendo de nuevo en pie. La loba gruñó furiosamente e intentó darle dentelladas, pero él se apoyó la espalda con todo su peso, haciéndola retroceder hasta que cayó sobre el lobo muerto. Continuó empujando; tenía la sensación de que sus talones se clavaban contra el suelo. La hoja penetró aún más profundamente y finalmente la punta tropezó contra el suelo. Antes de que esto ocurriera, la loba se había quedado ya quieta y en silencio.

Temblando como una hoja, respirando rasposamente, como si sus pulmones necesitaran aceite, sacó la espada limpiándola en la piel de la loba. Recogió la linterna e iluminó a los lobos para asegurarse de que estaban muertos. Sus contornos empezaban a hacerse indistintos. Se sintió mareado y tuvo que cerrar los ojos y apoyarse en la pared. Pero había tenido tiempo de ver qué había hecho resbalar a la loba: un charquito de esperma.

Se oyeron voces al otro lado de la esquina por donde los lobos habían salido. Echó a correr por el pasadizo, con la esperanza de que se encontraran demasiado ocupados en combatir el incendio, como para pensar en seguirle. El corredor se cruzaba con otro en ángulo recto y giró a la izquierda. La luz de su linterna, bailando ante él, iluminó un panel de la pared y un mecanismo de cierre. Lo abrió y atravesó el panel, con la espada dispuesta, pero fue incapaz de reprimir sus jadeos. Cualquier posible ocupante de la habitación, a menos que fuera sordo, estaría sobre aviso.

La habitación era amplia y de techo elevado. Tan elevado que pensó que debía ocupar el espacio de dos habitaciones por encima; incluso era posible que llegara hasta el tejado. Las paredes estaban cubiertas de paneles de roble oscuro e inmensas vigas de roble sin desbistar sustentaban el techo, inmerso en la penumbra. El suelo era también de roble oscuro, pero pulimentado. La cama era un emparrillado de ocho tablones gruesos de roble sin desbistar, cabezal y pies bajos y con planchas de madera dispuestas sobre la estructura.

Sobre las planchas había un inmenso tronco de roble con las esquinas en ángulo recto. Había sido vaciado por la parte superior a golpes de hacha y cincel. El hueco resultante era lo bastante grande y hondo como para contener a un hombre alto. Así era. El barón, cubierto hasta el cuello con una piel de oso, yacía en el hueco boca arriba, sobre un colchón de tierra que se elevaba, a modo de almohada, bajo su cabeza.

Su cara estaba vuelta hacia arriba. Su nariz parecía desmesuradamente larga. Su labio inferior se había contraído ligeramente dejando al descubierto sus largos y blancos dientes. Su cara tenía un tinte gris verdoso, como un cadáver. Esto podía ser debido a la extraña luz verdosa producida por la alarma vacilante de cuatro gruesos cirios verdes situados uno en cada esquina del tosco ataúd de roble.

Childe retiró la piel de oso. El barón estaba completamente desnudo. Puso la mano sobre su pecho y le tomó el pulso. No se detectaba latido alguno y el pecho estaba inmóvil. Al levantarle un párpado, sus ojos estaban en blanco.

Childe dejó al barón y abrió las cortinas. Dos enormes ventanales quedaron al descubierto. Era ya de día, pero la luz era aún muy oscura como si la noche hubiera dejado una mancha indeleble. El cielo era gris oscuro con chorretones de color gris verdoso colgando aquí y allá.

Childe escrutó las tinieblas bajo las planchas que sostenían el tronco-ataúd. Encontró una tapa de roble burdamente trabajada. Sintió mucho frío. El silencio, los borboteantes cirios verdes, la pesada, oscura y omnipresente madera, las pesadas vigas que parecían gotear sombras, el aspecto rugoso, incluso arcaico, de la inmensa pieza, el barón catatónico, todos estos detalles, tan previsibles y aun así tan sorprendentes, cayeron como pesadas mortajas, una tras otra, sobre él. Se le había hecho un nudo en la garganta.

¿Sería acaso aquella habitación una reproducción de alguna sala del ancestral castillo de Transilvania? ¿Por qué todo aquel roble sin desbistar? ¿Y por qué aquel ataúd primitivo, cuando Igescu podía ofrecerse lo mejor de lo mejor?

Algunos detalles allí presentes se correspondían con las supersticiones de siempre (que, para él, habían dejado de ser supersticiones). Pero había otras cosas que no alcanzaba a explicarse.

Tuvo el presentimiento de que aquella habitación había sido dispuesta conforme a unas especificaciones mucho más antiguas que las medievales, que el roble y el tronco y los cirios habían sido utilizados mucho antes de que las montañas de Transilvania recibieran su nombre, mucho antes de que Rumania existiera como colonia de los romanos, muchos antes de que la ciudad madre, Roma, existiera, y probablemente mucho antes de que los primitivos indoeuropeos empezaran a extenderse desde la tierra madre de lo que algún día llegaría a llamarse Hungría, y después Austria-Hungría. Bajo una forma u otra, existía ya un modelo de esta habitación, y un modelo del hombre dormido en el tronco, o en Europa central o en otro lugar, donde los hombres hablaban lenguas extintas y cuando usaban aún instrumentos de sílex.

Cualesquiera que fueran los orígenes de su especie, por mucho o poco que se asemejara al vampiro del folklore, la leyenda y la superstición, Igescu se veía obligado a comportarse como si estuviera muerto con la llegada del día. Los rayos del sol contenían alguna fuerza responsable de aquella forzada hibernación. A menos que algún otro fenómeno, relacionado con la acción del sol fuera el causante de aquella extraña catalepsia. ¿O tal vez fuera al revés, y la causa estuviera en la ausencia de la luna? No, aquello no era lógico, ya que la luna aparecía a menudo durante el día. Aunque quizá entonces el efecto de la luna se viera muy amortiguado por la otra luminaria.

Si Igescu no se hubiera visto obligado a hacerlo, jamás hubiera abandonado la persecución de Dolores y de Childe. ¿Por qué entonces no había escogido un lugar menos vulnerable? Él sabía que tanto Dolores como Childe se encontraban en los pasadizos secretos.

Childe sintió aún más frío que antes, exceptuando un punto punzante entre los omoplatos: tenía la impresión de que una mirada oculta estaba fija en su espalda.

Echó una mirada circular en torno a la habitación. Escrutó las tinieblas del techo, encima de las vigas, bajo el marco de roble de la cama, aunque ya lo había inspeccionado, desplazó también los escasos sillones. No encontró nada especial.

El cuarto de baño estaba vacío. Igualmente vacía estaba la habitación a la que daba la puerta de roble de la pared oeste. No había allí nada vivo, pero en una esquina se encontraba un macizo ataúd de caoba con apliques de oro y asas chapadas también en oro.

Childe alzó la tapa, esperando encontrar un cuerpo. Estaba vacío. O bien había dado cobijo a algún otro cataléptico en otra época, o bien el barón lo reservaba para algún caso de emergencia. Childe arrancó el forro de satén y se encontró con un lecho de tierra.

Volvió a la habitación de roble. Nada había cambiado visiblemente. Y aun así el silencio parecía restallar. Era como si la intrusión de alguna cosa hubiera tensado aún más la atmósfera. Las sombras parecían súbitamente más oscuras; la verdosa luz de los cirios era más pesada y, si fuera posible, aún más siniestra.

Se quedó en la puerta, con el sable dispuesto, inmóvil, conteniendo la respiración para poder escuchar mejor.

Algo había entrado en aquella habitación, ya fuera a través del pasadizo o a través de la puerta de la pared oeste. Childe dudaba que hubiera utilizado la entrada del pasadizo, ya que si hubiera habido situado, le hubiera impedido a él entrar en la habitación.

Tenía que provenir de la habitación vecina, y debía haber estado espiándole desde el principio, a través de alguna abertura que Childe no alcanzaba a ver. No le había atacado inmediatamente porque no había intentado hacerle daño al barón.

Tal vez aquello fuera una ilusión, producida por sus nervios sobreexcitados. No alcanzaba a ver nada, nada que pudiera alarmarle.

Pero no era verosímil que el barón no hubiera dejado a su persona sin protección, mientras dormía.

## XIX

**C**hilde avanzó un paso. Seguía sin producirse el más mínimo ruido, excepto lo que oía su oído mental. Era una especie de chisporroteo, como si la intrusión de una masa nueva hubiera perturbado un campo magnético. Como si las líneas de fuerza hubieran sido empujadas hacia afuera.

Con el sable sujeto con la punta en alto, avanzó hacia el enorme tronco que reposaba sobre la cama. El chisporroteo insonoro se hizo más intenso. Se detuvo y miró bajo el armazón. Allí no había nada.

Algo pesado le golpeó la espalda y le derribó boca abajo. Rodó sobre sí mismo, gritando. Un fuego devorante le escocía en la espalda, las nalgas y el dorso de los muslos, pero se puso en pie y emprendió la huida, mientras algo bufaba y gruñía a sus espaldas. Dio la vuelta a la cama y se giró bruscamente, con el sable todavía empuñado, aunque no recordaba haberlo aferrado, ni siquiera haber pensado en ello. Si su espíritu se había aflojado por un instante, su puño no lo había hecho.

La cosa era de una belleza terrible: un pelo sedoso, con manchas negras y blancas, unos ojos muy fijos de color verde amarillento, que reflejaban la desagradable luz de los cirios, y unos delgados labios negros, con afilados dientes amarillos. Era demasiado pequeño para ser un leopardo pero lo bastante grande como para asustar a Childe, incluso una vez que el miedo producido por su inesperado ataque hubiera desaparecido. Se había escondido en la cavidad del tronco, agazapado sobre el cuerpo de Igescu, esperando pacientemente a que aquello se acercara.

Volvió a prepararse para atacar, gruñendo y enseñando los dientes, con los ojos llameando con ferocidad, las garras al descubierto.

Pegó un salto, por encima de la cama y el ataúd. Childe, inclinándose sobre el cuerpo del barón, lanzó una estocada. El felino quedó ensartado en la hoja, que le atravesó el cuello. Una zarpa relampagueó ante sus ojos, y sus uñas no le alcanzaron por muy poco. Childe cayó de espaldas, y el sable se le fue de las manos. Cuando se levantó, vio que el leopardo, una hembra, estaba dando las últimas boqueadas. Yacía sobre su costado derecho, con la boca abierta, mientras la vida desaparecía poco a poco de sus ojos, como una bandada de aves de deslumbrante colorido, abandonando, una tras otra, la rama donde estaban posadas, para empezar su peregrinación al sur, a la llegada del invierno.

Childe estaba jadeante y tembloroso, y el corazón parecía que iba a salirse por la boca. Arrancó el sable del cuerpo, empujando con el pie, y después trepó sobre el armazón de roble. Alzó la espada con el puño asido con las dos manos. Su extremo estaba, dirigido hacia abajo, paralelamente a su cuerpo. Lo sostenía como si fuera un

monje sosteniendo una cruz para ahuyentar al mal, lo que, en cierto modo, no se alejaba demasiado de la verdad. Abatió la hoja salvajemente con todas sus fuerzas; la punta de la hoja se hundió en la piel de Igescu y atravesó su corazón y, a juzgar por la resistencia que encontraba y los chasquidos sordos producidos, fracturó algunos huesos.

El cuerpo se estremeció con el impacto, y la cabeza hizo un pequeño movimiento hacia un costado. Eso fue todo. Nada de borbotones de sangre saliendo por la herida, ni siquiera una sola gota.

El instrumento de la ejecución era de acero y no de madera, pero la empuñadura tenía forma de cruz. Confiaba en que el símbolo fuera más importante que el material. Tal vez ninguna de las dos cosas tuvieran significado alguno. Podría ser falsa sabiduría popular la que aseguraba que un vampiro, para quedar verdaderamente muerto, debía ser atravesado con una estaca de madera, y que los muertos vivientes temían a la cruz con un pavor pagano y perdían sus poderes en su presencia.

Childe recordó también, de su lectura de Drácula, que se remontaba a muchos años atrás, algo acerca de la necesidad de decapitar al monstruo, después de haberlo matado.

Se dijo que, de todo lo que se afirmaba respecto a esos seres, muchas cosas debían ser falsas y otras muchas simplemente se desconocían. Aunque todo aquello fuera superstición, iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que la muerte fuera lo más definitiva posible.

En cuanto al leopardo, podría ser simplemente eso, un leopardo. Dado su pequeña talla, sospechaba que podía ser Ngima o Panchita Pocyotl. No parecía probable que Panchita Pocyotl, una india mexicana, algunos de cuyos antecesores sin duda hablaron alguna variante del dialecto Náhuatl, fuera una mujer-leopardo. Una mujer-jaguar, sí, pero no una mujer-leopardo. Si era un auténtico leopardo, sólo podía ser el africano Ngima o quizás el chino Pao.

Fuera lo que fuese, no mostraba signo alguno de metamorfosearse tras su muerte. Tal vez no era realmente sino una mascota entrenada para velar el sueño de Igescu.

¿En qué estoy pensando?, se dijo. Por supuesto que es un leopardo. Los licántropos y los hombres-leopardo y los vampiros no existen. Tal vez existan vampiros: vampiros psicológicos, psicópatas que creen serlo. ¡Pero una auténtica metamorfosis! ¿Qué clase de extraño mecanismo implicaría eso? ¿Huesos que tendrían que fluidificarse, cambiar de forma incluso a nivel de su estructura celular, y endurecerse de nuevo? Bueno, tal vez sus huesos no sean nuestro tipo de huesos. ¿Pero qué hay de la energía que requeriría el cambio? ¡E incluso aunque el cuerpo pudiera cambiar de forma, el cerebro sin duda no podría hacerlo! El cerebro tendría que guardar forzosamente su forma y tamaño, los de un cerebro humano.

Miró hacia el leopardo y se acordó de los dos lobos. Sus cabezas tenían el tamaño

normal de las de un lobo, tenían pequeños cerebros de lobo.

Debía olvidarse de todos aquellos absurdos. Le habían drogado; el resto había sido pura sugestión.

Sólo en aquel momento se dio cuenta de que el leopardo, en la fracción de segundo que estuvo aferrado a su espalda, le había hecho muchos más destrozos de los que había pensado. Le había arrancado la camisa y los *shorts* y el cinturón, y su mano, palpando su espalda y sus caderas y sus piernas, quedó empapada de sangre. Sintió un vivo dolor y esto lo inquietó, pero una exploración minuciosa le convenció de que el leopardo había estropeado más sus ropas que a su persona. Las heridas eran superficiales o, al menos, así lo parecían.

Entró en la habitación contigua, un pequeño cuarto de estudio, y recogió una brazada de periódicos y revistas. Volviendo a la inmensa pieza, arrugó los papeles y arrancó páginas e hizo un montón a cada lado del cuello del bafón. Después roció con la gasolina del encendedor, unas gotas, los papeles, así como el pelo y el pecho del barón, y le pegó fuego.

Después, Childe abrió los grandes ventanales y dispuso otra pira bajo la plancha central del lecho; una tercera, bajo el lado izquierdo del marco, se puso a arder alegremente. Unos minutos más tarde, la silla de madera que había puesto en la pira empezó a arder. Al cabo de un rato, el roble del marco y de la plancha empezaron a chamuscarse, y el tronco empezó a ennegrecerse y a despedir humo. Un hedor a pelo y carne quemados se elevaba del cuerpo del barón.

Con un poco más de papel y de gasolina, Childe hizo arder las cortinas que cubrían las ventanas. Después arrastró el cuerpo del leopardo hasta dejarlo caer sobre el fuego. Con la ayuda de la gasolina del mechero, su cabeza ardió violentamente; su negra nariz perdió su lustre húmedo y se arrugó por el efecto del calor.

Childe abrió la entrada al pasadizo secreto para aumentar la corriente de aire. El humo de la habitación salía a través del agujero de la pared, para engrosar los negros torbellinos que oscurecían ya el pasadizo.

Pero la entrada no era lo suficientemente grande como para poder absorber todo aquel humo, que rápidamente invadió la habitación. Empezó a toser y, de repente, como si las toses hubieran disparado algún mecanismo en su interior, tuvo un prolongado y espasmódico orgasmo, cuyas raíces parecían estar enroscadas en torno a su espina dorsal y parecían arrancarle la médula espinal, expulsándola a través de su verga.

Justamente al llegar la última eyaculación, se oyó un chillido que surgía del centro del humo que llenaba la habitación. Childe se dio la vuelta pero no alcanzó a ver nada. Una de las dos víctimas no estaba muerta, y parecía cada vez menos muerta, a juzgar por los alaridos que continuaban resonando con toda intensidad.

Y entonces, antes de que pudiera volverse de nuevo para plantar cara al nuevo

sonido, una serie de gruñidos y de berridos porcinos surgieron de la entrada de la pared. Se oyó un golpeteo rápido, mucho más intenso que las zarpas de los lobos, el suelo tembló bajo sus pies, y algo chocó contra él lanzándole violentamente al suelo. Medio atontado, con la pierna izquierda dolorida, logró incorporarse a duras penas. Volvió a toser. Los berridos porcinos se intensificaron y el suelo volvió a temblar bajo sus pies. Rodó hecho un ovillo, para ponerse a cubierto del humo, mientras la cosa que le había golpeado seguía buscándole, arremetiendo a ciegas.

Gateando a lo largo de la pared, con la cabeza pegada al suelo para evitar el humo, se dirigió hacia los ventanales. Los berridos porcinos habían dado paso a una tos profunda. Tras una docena de toses que parecieron suficientes como para acabar con todo el humo de la habitación, se oyó de nuevo el ruido de cascos. Childe llegó a una esquina de la pared y continuó hasta la siguiente. Su mano, tanteando hacia arriba en medio del humo, encontró el reborde inferior del marco de los ventanales. Los que estaban abiertos, si no recordaba mal, estaban a unos tres metros de distancia.

El sonido de cascos cesó bruscamente. Los gritos porcinos se hicieron aún más feroces, menos agudos y más belicosos. De nuevo se oyó el golpeteo de los cascos contra el suelo de madera. Un sonoro siseo punteaba ambos sonidos.

En algún lugar en medio del humo se estaba desarrollando una batalla. En varias ocasiones, las paredes se estremecieron bajo el impacto de pesados cuerpos, y el suelo apenas dejaba de trepidar. Unos golpes —como una enorme mano golpeando un cuerpo macizo y sólido— hacían de contrapunto al chisporroteo de las llamas.

Aunque hubiera querido, Childe no podría esperar a averiguar qué estaba ocurriendo. El humo le hubiera matado antes y el fuego más tarde, pero no mucho más, si no salía de allí. No había tiempo de continuar siguiendo las paredes hasta llegar a la puerta oeste. Las ventanas eran la única salida. Abrió una de ellas, tras soltar la aldabilla del panel inferior y empujarlo hacia afuera. Se suspendió por las manos, y se lanzó. Cayó sobre un arbusto, lo hizo astillas, sintiendo como si él mismo se hubiera hecho también astillas, rodó para librarse de él y se puso en pie. Su pierna izquierda le dolía aún más que antes, pero aparte de esto estaba bien.

Y entonces eyaculó de nuevo, al menos no se había dañado la verga en la caída. Inmovilizado por el éxtasis, vio como dos cuerpos salían despedidos por la ventana por la que acababa de saltar. El panel, arrancado de cuajo, cayó a su lado. Magda Holyani y la señora Grasatchow aplastaron algunos arbustos más y rodaron por el suelo hasta cerca del camino.

Inmediatamente después, varias personas salieron corriendo de la casa y aparecieron en el porche delantero.

Las dos mujeres sangraban profusamente por muchas heridas y estaban ennegrecidas por el humo. Magda, en su caída, había rodado hasta los pies de Childe, justo a tiempo de recibir las últimas gotas de esperma en la frente. Esto, pensó él a

pesar del dolor, era una extremaunción digna de ella. La mujer obesa había golpeado el suelo pesadamente como un saco de harina húmeda y yacía inconsciente, con un hueso gris surgiendo de una de sus piernas, mientras la sangre brotaba de sus oídos y su nariz.

Hierba Doblada, Panchita Pocyotl y O'Faithair estaban en el porche. Faltaban pues Chornkin, *Frau Krautschner*, Ngima, Pao, Vivienne, las dos doncellas, la baronesa y Dolores. Creía saber lo que había ocurrido con los tres primeros. Dos estaban muertos por herida de sable en un pasadizo y uno estaba ardiendo junto con Igescu.

Las ropas de los tres que se hallaban en el porche estaban desgarradas, sus cabellos revueltos, y sangraban por una serie de heridas. Debían haberse tenido que enfrentar con Magda o con la señora Grasatchow o con Dolores o con alguna combinación de las tres. Pero estaban aún en condiciones de luchar, y en aquel momento estaban buscándole. Vio como sus labios se movían y sus manos le señalaban.

Childe fue cojeando, pero rápidamente, hasta el Rolls-Royce aparcado unos cuantos metros más allá. A su espalda, oyó un grito y ruido de zapatos golpeando los peldaños del porche. El Rolls estaba sin cerrar, y con la llave de contacto puesta. Se puso al volante y arrancó, mientras Hierba Doblada y O'Faithair golpeaban las ventanas con los puños y aullaban como lobos. De repente, se soltaron y echaron a correr hacia otro coche, un Jaguar rojo.

Childe detuvo el Rolls, dio marcha atrás, y apretó el acelerador hasta el suelo. Marcha atrás, el Rolls golpeó a O'Faithair con la parte derecha del parachoques trasero y lo lanzó por los aires, cayendo luego al suelo con estrépito. Hierba Doblada se dio la vuelta justo antes de que el Rolls le aplastara contra el Jaguar. Su oscura y ancha cara quedó encuadrada en el retrovisor durante un instante, luego miró a Childe con los ojos vidriosos y desapareció.

Childe puso la primera; se acercó hasta el cuerpo del indio, convertido en pulpa sanguinolenta de los muslos para abajo. Estaba estirado con la boca pegada al suelo. Los contornos de su cuerpo parecieron desvanecerse; parecía estar hinchándose.

Childe no tenía tiempo para seguir mirando. Detuvo el Rolls de nuevo, lo hizo retroceder para pasar por encima de O'Faithair, que estaba empezando a enderezarse, volvió a pasar sobre él, dio la vuelta y aplastó cuidadosamente por tres veces los cuerpos de Holyani, Grasatchow, Hierba Doblada y O'Faithair. Panchita Pocyotl, que había estado lanzándole imprecaciones, amenazándole con su diminuto puño, corrió a refugiarse en la casa cuando él se acercó al porche. Torbellinos de humo y llamas salían de una docena de ventanas de los tres pisos del ala izquierda y de una de las ventanas del núcleo central. Si no se controlaba, el primero destruiría el edificio entero en una o dos horas. Y no había nadie para detenerlo.

Se alejó en el coche. Al tomar la curva, justo antes de tomar la carretera que atravesaba los bosques, vio de refilón el patio delantero de la casa. Vivienne, la del pelo rojo, cuyo desnudo cuerpo lechoso parecían aún más blanco bajo la repulsiva luz del incendio, Panchita Pocyotl, que había perdido los zapatos, y las dos doncellas corrían a refugiarse en el bosque. Detrás de ellas corría Dolores, completamente desnuda, con su larga y negra cabellera ondeando al viento. Su gesto adusto y decidido, parecía inspirado en las peores intenciones. Las otras tenían también gesto decidido, pero su determinación estaba inspirada por el pavor.

Childe ignoraba lo que Dolores les haría si las atrapaba, pero ellas parecían saberlo y no parecían tener ninguna gana de plantarle cara. Sospechaba que era la intervención de Dolores la que había impedido que Pao y la baronesa salieran de la casa al mismo tiempo que sus acólitos, a menos que Magda o la señora Grasatchow las hubieran matado. No podía estar seguro de esto, por supuesto, pero sospechaba que ambas se habían metamorfoseado respectivamente en serpiente y cerda, y habían quedado fuera de todo control. Las mujeres habían desaparecido entre los árboles.

Se dio una palmada en la frente. ¿Acaso se estaba tomando en serio todas aquellas historias estúpidas de metamorfosis? Miró hacia atrás. Desde aquel pequeño altozano, alcanzaba a ver a Hierba Doblada y a la señora Grasatchow. Las ropas del indio parecían haberse desgarrado, y se había convertido en una masa oscura, que evocaba la forma de un oso. La mujer obesa, asimismo, no era más que una masa informe. Su cadáver tenía algo de inhumano.

En aquel momento, el zorro negro más grande que jamás hubiera visto surgió de detrás de la casa y corrió como una flecha hacia los bosques que habían engullido a las mujeres. Aulló tres veces y después volvió la cabeza hacia él. Childe tuvo la impresión de que se estaba burlando.

Un escalofrío glacial le recorrió la espalda; se sentía tan helado como la primera vez que había visto a Dolores. Recordó algo en aquel instante. Algo que había leído largo tiempo atrás. El zorro de China que se transforma en hombre, y que perdía la capacidad de controlar su forma si bebía demasiado vino. Y, aquella primera noche, el barón había intentado impedir que Pao bebiera demasiado vino. ¿Por qué? ¿Acaso porque no deseaba que Childe fuera testigo de la metamorfosis del chino? ¿O acaso había alguna otra razón? Probablemente por alguna otra razón, ya que al barón no debía preocuparle la posibilidad de que Childe escapara y pudiera contar lo que había visto.

Se encogió de hombros y siguió conduciendo. Estaba ya harto de todo aquello y lo único que deseaba era salir de allí. Estaba empezando casi a creer que un hombre de 75 kilos de peso podía volverse fluido, moldear su carne y sus huesos según un patrón no humano, y, durante la metamorfosis, perder unos buenos sesenta kilos, guardándolos simplemente en algún lugar para ser recuperados más tarde, según las

necesidades. A menos que esta masa eliminada no lo siguiera de alguna manera, como la estela invisible de un avión a reacción, una cola de energía constantemente dispuesta para su reconversión. Había llegado frente a la verja del muro interior. La abrió y la atravesó, y pronto se vio detenido por el muro exterior. Allí abandonó el Rolls en la avenida, tras eliminar las huellas digitales de su interior con un trapo que encontró en la guantera, y franqueó la gran verja a pie, hasta llegar a su propio automóvil, aparcado bajo los árboles al final de la carretera.

Encontró la llave que había escondido —¿hacía cuánto?, parecían días— y se alejó en el coche. Estaba desnudo, ensangrentado, lleno de hematomas, y dolorido, y seguía teniendo una erección que estaba automáticamente llevándole a otro —¡oh, cielos!— orgasmo, que sufrió estoicamente. En cuanto llegara a su apartamento, el resto del mundo, el smog, los monstruos, y todo lo demás incluido, podía irse al infierno, cosa que por otra parte llevaban haciendo ya algún tiempo.

Al cabo de un kilómetro, carretera abajo, un gran Lincoln negro pasó a toda velocidad junto a él en dirección a la finca de Igescu. En él iban seis pasajeros, tres hombres y tres mujeres, todos muy hermosos y vestidos a la última moda. Las caras, no obstante, reflejaban cierta preocupación, y adivinó que su destino era la finca de Igescu, y que iban a toda velocidad porque llegaban con retraso a algún siniestro conciliábulo al que habían sido convocados. O bien porque alguien de la casa les había llamado en solicitud de ayuda. El automóvil tenía matrícula de California. Tal vez vinieran de San Francisco. Sonrió débilmente. Se iban a llevar una desagradable sorpresa. Mientras tanto, lo mejor sería quitarse de en medio; no sabía si habían tomado nota o no de su matrícula.

Antes de recorrer otros dos kilómetros, el cielo se había oscurecido aún más. Tronaba y los relámpagos surcaban el aire. Un fuerte viento se levantó, haciendo jirones el smog, y después la lluvia lavó el aire y la tierra sin interrupción durante una hora y media.

Aparcó el automóvil en el garaje subterráneo y tomó el ascensor hasta su piso. No vio a nadie, aunque tenía la impresión de que le estaban espiando. Carecía de excusa alguna que justificara el estar desnudo y empalmado, y sabía que la vida era lo bastante irónica como para que le detuvieran por exhibicionismo y sabe Dios qué otros cargos más —el colmo, después de todo lo que le había sucedido, a él, víctima inocente del más fenomenal abuso. Pero nadie le vio y, después de cerrar la puerta y echar la cadena, se duchó, se secó, se puso un pijama, engulló un sándwich de jamón y queso, vació una botella de leche de medio litro y se arrastró hasta la cama.

Justo antes de quedarse dormido, unos segundos más tarde, extendió la mano en busca de algo. ¿Qué era lo que estaba buscando? Se dio cuenta de que buscaba maquinalmente el bolso de la señora Grasatchow, donde había guardado las pruebas: las muñecas hinchables. En algún lugar, entre el dormitorio del barón y su propio

cuarto, lo había extraviado.

## XX

**C**hilde durmió, aunque con un sueño agitado, durante un día, una noche y la mayor parte del día siguiente. Se levantaba de cuando en cuando para vaciar su vejiga o sus intestinos, para comer cereales o bien un sándwich; se despertaba eyaculando, después de un sueño erótico.

Aunque sus sueños eran en general terroríficos, en ocasiones disfrutaba de copulaciones razonablemente agradables. Unas veces, la señora Grasatchow o Vivienne o Dolores le violaban y se despertaba eyaculando y gimiendo. Otras veces, era él quien montaba a Sybil, o a otra antigua amiga, o a alguna mujer sin rostro. Y tuvo al menos dos sueños en los que tomaba por detrás a un animal hembra, la primera vez una preciosa pantera, y la otra una loba.

Al despertar, se preguntaba sobre sus sueños, sabiendo que los freudianos afirman que todos los sueños, por terroríficos u horribles que sean, eran siempre la expresión de un deseo profundo.

Cuando consiguió recuperar el sueño perdido, su pijama y las sábanas estaban hechos una pena, pero los efectos del coño habían desaparecido. Se sintió muy feliz al ver su pene flácido. Se duchó y desayunó, y después recorrió la última edición del Los Angeles Times. La vida había vuelto casi a la normalidad. Los periódicos se estaban repartiendo según los horarios habituales. Las industrias volvían a funcionar. El éxodo inverso continuaba pero se había ya convertido en algo desdeñable. Las empresas de pompas fúnebres estaban desbordadas y se realizaban funerales hasta altas horas de la noche. La policía no daba abasto a las llamadas sobre personas desaparecidas. Pero, por lo demás, la ciudad funcionaba como de costumbre. El smog empezaba a acumularse de nuevo, pero no habría peligro mientras persistiera la brisa.

Childe leyó la primera página y algunos artículos. Después cogió el teléfono y marcó el número de Sybil. No había nadie en su casa. Una llamada a San Francisco le puso en contacto con la hermana de Sybil, Cherril, quien le dijo que su madre había muerto, que Sybil debía venir al entierro, pero que la habían esperado en vano. Sin embargo, le había dicho que saldría en seguida, nada más terminar de hacer el equipaje. No había podido tomar el avión y su automóvil se estropeó, de modo que había telefoneado a su hermana diciendo que iba para allá con un amigo que también quería salir de Los Angeles.

¿Quién era aquel «amigo»? Cheryl no tenía ni idea. Pero estaba muy inquieta por Sybil y había intentado ponerse en contacto con ella. Después de cinco intentos sin que contestaran el teléfono, había decidido renunciar. La policía estatal le había informado que Sybil no figuraba entre las víctimas de ninguno de los múltiples

accidentes ocurridos entre Los Angeles y San Francisco, durante aquel período de tiempo.

Childe le dijo a Cherril que no se preocupara, que mucha gente seguía sin aparecer, que Sybil aparecería en el momento menos pensado, sana y salva, que él no descansaría hasta encontrarla, y así sucesivamente.

Cuando colgó el teléfono, se sintió completamente vacío.

Al día siguiente seguía sintiéndose igual de vacío y tuvo que admitir que no había logrado averiguar más de lo que Chery le había contado. Al Porthouse, el «amigo» con el que sospechaba que podría haberse ido Sybil, negó haberla visto en las últimas dos semanas.

Childe se rindió por el momento, y dedicó su atención a otras cuestiones. La casa del barón había ardiendo casi por completo, aunque la lluvia había limitado en parte los efectos del fuego. No se habían encontrado cadáveres entre las ruinas, el patio ni en los bosques. El bolso de la señora Grasatchow tampoco había sido hallado.

Childe recordó el automóvil con el que se había cruzado al salir de la finca del barón. Quienes quiera que fueran los seis desconocidos, habían realizado una limpieza concienzuda.

¿Pero qué le había ocurrido a Dolores?

Condujo hasta la finca y volvió a escalar el muro, ya que la policía había cerrado la verja principal. No logró descubrir nada. La policía por supuesto no conocía su historia. Childe juzgó que sería preferible no contarles nada, salvo que había visitado al barón en una única ocasión y que esta visita había sido breve. Después de interrogarle, le comentaron que estaban desconcertados por la desaparición del barón, la secretaria, los sirvientes y el chófer, pero que hasta el momento no habían conseguido información alguna. Todo lo que sabían, era que los ocupantes de la casa habían partido con destino desconocido; pensaban que la casa había ardiendo por accidente, y que en un momento dado el barón se pondría en contacto con ellos.

A última hora de aquella noche, Childe regresó a su apartamento. Estaba absorto en sus pensamientos, centrados en la posibilidad de irse a vivir a algún lugar donde el smog no fuera a constituir un problema hasta transcurridos un buen número de años. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que el teléfono debía haber sonado al menos una docena de veces. Ahora se dio cuenta de que había empezado a hacerlo mientras abría la puerta.

Era una agradable voz de barítono.

—¿Señor Childe? Usted no me conoce. Nunca nos hemos visto, afortunadamente para usted, aunque creo que nos cruzamos en la carretera, cerca de la finca del barón Igescu, hace varios días.

Childe tardó un momento en responder.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo finalmente.

Su voz era firme. Había pensado que se le quebraría como si estuviera cristalizada junto con el hielo que se había abatido sobre él.

—Ha sido usted muy discreto, señor Childe, al no hablar con la policía. De hecho, por lo que sabemos, al no hablar con nadie. Pero deseamos poder estar seguros de ese silencio, señor Childe. Podríamos asegurarnos fácilmente por métodos que, a estas alturas, usted ya conoce bien. Pero nos agrada saber que usted conoce nuestra existencia, pero no puede hacer nada contra nosotros.

—¿Qué han hecho ustedes con Sybil? —vociferó Childe.

—¿Sybil? ¿Quién es Sybil? —dijo la voz, después de un largo silencio.

—¡Mi mujer! ¡Quiero decir mi exmujer! ¡Lo sabe usted perfectamente, maldito sea! ¿Qué ha hecho con ella, monstruo repugnante, bestia...?

—Nada, se lo aseguro, señor Childe. La voz era fría y burlona.

—De hecho le admiramos bastante, señor Childe, a causa de sus logros. Felicitaciones. Consiguió usted matar, de manera definitiva, a una serie de amigos nuestros que habían conseguido sobrevivir durante mucho tiempo, señor Childe. No podría haberlo hecho sin ayuda de Dolores del Osorojo, por supuesto, pero contábamos con ella. El barón no supo preverlo y este descuido, o esta ignorancia, tuvo que pagarlo muy caro, tanto él como todos los suyos. O al menos casi todos.

Aquella era su última oportunidad para averiguar algo acerca de ellos.

—¿Por qué las películas? —preguntó—. ¿Por qué enviarlas a la policía?

—Las películas son realizadas para nuestra utilización privada, como entretenimiento, señor Childe, nos las intercambiamos entre nosotros en todo el mundo. Por medio de nuestros propios correos, por supuesto. El barón decidió romper un precedente y dejar que los otros tuvieran acceso a algunas de ellas. Pensó que sería divertido contemplar el furor y la agitación de la policía. La agitación, de hecho, de todos los humanos. En cualquier caso, el barón y su grupo iban a emigrar en breve, de modo que no había posibilidad de que se nos relacionara con las películas. El barón había pensado enviar todas sus películas a la policía, empezando por las más recientes, y operando cronológicamente hacia atrás. La mayor parte de los sujetos estaban clasificados como personas desaparecidas, ¿sabe usted? Y los primeros casos habían sido ya olvidados de puro antiguos. Usted encontró sus pieles. Y las perdió. Tuvo usted suerte, o fue muy hábil. Utilizó un método de investigación heterodoxo y tropezó con la verdad. Entonces el barón pensó que no podía dejarle marchar porque sabía demasiado, de forma que decidió convertirle en su último sujeto. Pero ahora, el barón ya no tendrá necesidad de abandonar esta área para alejarse del smog...

—¡Yo vi a la anciana, a la baronesa, intentando suscitar el smog! —dijo Childe—. Qué es lo que...

—¡Estaba intentando hacerlo desaparecer, estúpido! ¡Este solía ser un lugar

agradable para vivir, pero ustedes los humanos...!

Childe pudo notar cómo la cólera le estrangulaba la voz. No obstante, cuando volvió a hablar su voz era de nuevo fría y burlona:

—Le sugiero que mire en su dormitorio. Y recuerde que debe mantenerse en silencio, señor Childe. En caso contrario...

Colgó el teléfono, pero, justo antes de interrumpirse la comunicación, Childe escuchó sonido de campanas y un órgano que entonaba el primer compás de Gloomy Sunday. Podía imaginarse el resto de la música y el chirrido de bisagras oxidadas del Inner Sanctus.

Se quedó un rato petrificado, con el teléfono en la mano. ¿Woolston Heepish? ¿Aquella llamada procedía de la casa de Woolston Heepish?

¡Tonterías! Tenía que haber otra explicación. No quería pensar siquiera lo que esto significaría si... No, olvídale.

Colgó el teléfono. Se acordó bruscamente de lo que aquel hombre le había aconsejado hacer. Se dirigió lentamente al dormitorio. Alguien había encendido la lámpara de la cabecera durante su ausencia.

Ella estaba en la cama, mirando fijamente hacia arriba. Una sábana la cubría hasta el nacimiento de sus pechos desnudos. Su negro cabello estaba desparramado sobre la almohada.

Se acercó más a ella y murmuró:

—Jamás pensé que pudieran hacerte daño, Dolores...

Retiró la sábana esperando encontrar las pruebas de alguna horrenda tortura. Estaba intacta.

Pero su cuerpo se arqueó hacia arriba; los pies en primer lugar, luego las rígidas piernas y finalmente el tronco, se elevaron hacia el techo. El peso de la abundante cabellera y de la pequeña válvula roja de la nuca evitaron que se escapara hasta el techo.

El maquillaje era perfecto. Le daba a su piel un aspecto carnal, sólido, y disimulaba bien su transparencia.

Childe tuvo que abandonar la habitación y se dejó caer en una silla.

Al regresar, al cabo de un buen rato, atravesó a Dolores con un alfiler. Ella explotó con un fuerte ruido, como un pistoletazo. Cortó su piel a tiras con unas tijeras y la arrojó al water. Sólo quedó el cabello, que metió en el cubo de la basura.

Un siglo y medio de fantasmales apariciones, una breve reencarnación, unas cuantas copulaciones violentas y apresuradas, unas cuantas muertes de antiguos enemigos. Y todo había terminado en aquello. Un ojo negro, unas largas pestañas, una espesa ceja, los últimos restos, se arremolinaron en el agua antes de ser también engullidos.

Al menos no había encontrado la piel de Sybil en su cama.

¿Dónde estaba ella? Tal vez no lo averiguara nunca. No creía que aquellos «seres» lo supieran. La perplejidad de su interlocutor no parecía fingida.

Aquellos «seres» no eran forzosamente responsables de la desaparición de Sybil. Entre los humanos podían encontrarse suficientes monstruos, al fin y al cabo.

**FIN**

# POST-SCRIPTUM

por Theodore Sturgeon

«¿Es cierto que ahora te dedicas a la pornografía?». Eso dijo recientemente un conocido de Philip J. Farmer. La pregunta parece sencilla y directa. Obviamente había sido planteada por un hombre que creía honestamente en su capacidad de definir sus propias palabras, y probablemente que las palabras que utilizaba eran tan evidentes que no necesitaban definición alguna.

Existe un vasto número de personas honestamente simples que pueden, sin ninguna duda, definir:

*la pornografía — la ciencia-ficción*

*Dios — el comunismo*

*el bien — la libertad*

*el mal — la paz honorable*

*la libertad — la obscenidad*

*la ley y el orden — el amor*

y pensar, y actuar, y legislar, y en ocasiones llevar a la hoguera, encarcelar y matar sobre la base de sus propias definiciones. Estos son los Etiquetadores, y son, sin excepción alguna, la fuerza más letal y destructiva con la que jamás se haya enfrentado especie alguna sobre este planeta o cualquier otro, y voy a explicarles con sencillez y claridad el porqué.

La verdad pura y simple no es fácil de encontrar. Virtualmente todo aquello que tiene apariencia de verdad es susceptible de ser puesto en duda y modificado. «El agua corre colina abajo». ¿A qué temperatura? ¿Dónde? ¿En una cápsula Apolo o en el extremo de entrada de un sifón? «Las faldas son para las muchachas». ¿Le gustaría a usted hacer frente a un batallón de la Black Watch con sus kilts o a una compañía de los rudos evzones griegos (llevan hasta puntillas en sus faldas)? « $E=MC^2$ », según palabras de la ebúrnea deidad de lo relativo, Albert Einstein, «puede ser, al fin y al cabo, tan sólo un fenómeno local».

La letalidad destructiva inherente al Etiquetaje, surge del hecho de que el Etiquetador, sin excepción alguna, prescinde de la más básica de las características del universo —el devenir—: es decir, el flujo y el cambio. Si se detiene a pensar (cosa que no entra dentro de sus hábitos), el Etiquetador se ve obligado a admitir que las rocas y las montañas cambian, que los planetas y las estrellas cambian, y que no se

han detenido como consecuencia del fenómeno puramente local, e infinitesimalmente pequeño, de que él esté aplicando una Etiqueta en este lugar, en este momento del tiempo.

El devenir resulta más evidente en aquello que llamamos vida que en cualquier otra área. No basta decir que las perspectivas cambian; se debe ir más allá y afirmar que la vida es cambio. Aquello que no cambia es una aberración respecto a las leyes más básicas del universo; aquello que no cambia no está vivo, y en presencia de aquello que no cambia, la vida no puede existir.

Es debido a esto que el Etiquetador resulta letal. Él es la mano muerta, suya es la orden ¡Deteneos!, él es el amigo de la muerte, el enemigo de la vida. No siente deseos, no puede enfrentarse a las cosas como realmente son: móviles, fluidas, cambiantes; desea que se detengan.

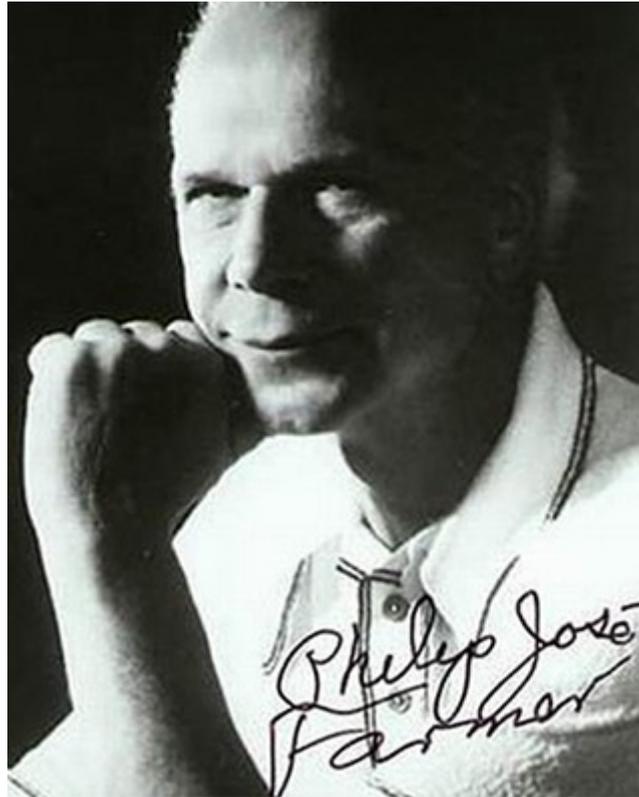
¿Por qué?

Creo que obedece a un deseo perfectamente normal de seguridad. Quiere sentirse seguro. No se da cuenta de que ha confundido la estabilidad con el estatismo. Tan sólo si todo se detuviera, tan sólo si el hoy y el mañana fueran exactamente iguales al ayer (jamás escruta de forma realmente cuidadosa el ayer, ¿comprenden?, de forma que cree que ayer todo estaba inmóvil y en paz y conforme a la ley, lo que obviamente es falso) podría sentirse realmente seguro. No se da cuenta de que se ha vuelto contra la vida y a favor de la muerte, que está inmerso, de hecho, en una especie de suicidio, tanto para sí mismo como para su especie. No se da cuenta de que, en el santuario de la iglesia de su elección, cualquier mañana de domingo (o sábado) podrá ver a respetables matronas enfundadas en vestidos que hubieran estado prohibidos no sólo en las calles sino incluso en las playas, en un período que aún pueden recordar los feligreses de más edad. Ha olvidado que, hace tan sólo unos pocos años, algo semejante a un terremoto cultural arrolló a la especie humana, porque Clark Gable, interpretando a Rhett Butler, dijo «Maldición» en una película. Ignora toda evidencia, toda verdad, su tarea es Etiquetar; y es absolutamente letal, de modo que ¡ojo con él!

Philip J. Farmer es un escritor soberbio y un hombre honesto en todos sentidos, que parece haber nacido con el conocimiento de que la verdad —la verdad real— debe ser perseguida con la devoción de aquellos que perseguían el Santo Grial, y que debía encararse abiertamente, incluso aunque el resultado fuera algo que tanto él como el resto de nosotros hubiéramos preferido que no fuera así. Desde que (en 1952) se incorporó explosivamente a la ciencia-ficción, con una extraordinaria novela corta llamada *Los amantes*, ha seguido llamando a las cosas por su nombre, mostrándonoslas como las ve. El libro que tienen ustedes en las manos es un ejemplo perfecto a este respecto. Los Etiquetadores habrán desaparecido a lo más tardar en la página cinco, gritando «¡Alto!», (una palabra que entre todas las palabras es la

más contraria a Dios). Un puñado de pobres almas torcidas, a las que los Etiquetadores han frustrado y pervertido, babeará a lo largo de todo el libro, saltándose todo el tejido conectivo vivo y extrayendo sus satisfacciones fuera de contexto. (Algunos de éstos, etiquetarán después el libro para evitar que ningún otro pueda obtenerlas). El resto de ustedes tomarán estas páginas como lo que son: verdades (ya que gran parte de estas cosas están indudablemente dentro de todos nosotros, les parezca o no desagradable) y la búsqueda de éstas; los símbolos y los análogos de la verdad y de su búsqueda —y una historia extraordinariamente buena.

Una vez que hube leído *La imagen de la bestia* y antes de escribir estos comentarios, llamé a Phil Farmer para pedirle una aclaración. En todas mis lecturas e investigaciones, y en mi nada empobrecida fantasía, jamás me había encontrado con una imagen como la de «la mujer más hermosa del mundo» y la cosa larga, refulgente, con una cabeza del tamaño de una pelota de golf completa con una cara y una pequeña barba, que nacía de su vientre y penetraba por su garganta. Al margen de la sorpresa y el impacto que evoca, me llenó de curiosidad, ya que es única y, para mí, carecía de antecedentes literarios o psicopatológicos. Se trata, según me dijo, de Juana de Arco y el famoso infame Gilíes de Rais (¡lo que implica un extraño apareamiento!), y siguió explicándome que constituyen una parte de una estructura simbólica mucho más amplia, que será lucidada en dos libros más. Es por esto por lo que *La imagen* lleva por subtítulo *Un Exorcismo: Ritual Uno*. Por lo tanto, al igual que todos los otros escritos de Farmer, *La imagen* es una fábula. Es decir, al igual que la totalidad de la obra de Esopo y una buena parte de la de Shakespeare, la historia tiene mayores dimensiones que la narrativa. La obra significa más que los sucesos descritos. La incomodidad calculada es un bien conocido sendero hacia la verdad. Al principio, la posición del loto es una auténtica agonía. Un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches es sólo para los conocidos, y, si bien puede propiciar un encuentro con Satanás, ha quedado registrado en alguna parte que Satanás puede, en ese momento, ser derrotado. Yo acepto el estructurado impacto de Farmer con arreglo a esto, y me dejo llevar por él, y espero ansioso que el esquema quede completo. Porque no se puede mantener enterrado a un hombre honesto, amigos y Etiquetadores; ni a su honestidad y su hombría.



PHILIP JOSÉ FARMER (North Terre Haute, Indiana, 26 de enero de 1918 - Peoria, Illinois, 25 de febrero de 2009). Fue un escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía, autor de novelas y relatos breves.

En muchas de las obras de Farmer aparecen personajes preexistentes, tomados de la historia o de la ficción. Es el caso de *The Other Log of Phileas Fogg* (1973), que rellena las elipsis de la conocida novela *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, o de *A Barnstormer in Oz* (1982), en el que el hijo adulto de la protagonista de *El mago de Oz*, Dorothy, llega al país de Oz por un accidente del avión que estaba pilotando. Otros personajes que aparecen frecuentemente en sus obras son los héroes pulp *Tarzán* y *Doc Savage*: en la novela *The Adventure of the Peerless Peer Tarzán* forma equipo con *Sherlock Holmes*. Farmer es también el creador de las series de *Lord Grandrith* y *Doc Caliban*, personajes basados, respectivamente, en Tarzán y en Doc Savage. Esta serie se compone de *A Feast Unknown* (1969), *Lord of the Trees* (1970) y *The Mad Goblin* (1970). Farmer ha escrito además dos ingeniosas biografías de Tarzán y Doc Savage, *Tarzan Alive* (1972) y *Doc Savage: His Apocalyptic Life* (1973).

La serie *Mundo del Río* (*Riverworld*) cuenta las aventuras de personajes tan diferentes entre sí como Richard Francis Burton, Hermann Göring y Samuel Clemens (Mark Twain) en un extraño más allá en el cual todos los seres humanos que vivieron en el pasado resucitan en el valle de un río que se extiende por todo un planeta. La saga está compuesta por *A vuestros cuerpos dispersos* (*To Your Scattered Bodies Go*,

1971); *El fabuloso barco fluvial* (*The Fabulous Riverboat*, 1971); *El oscuro designio* (*The Dark Design*, 1977); *El laberinto mágico* (*The Magic Labyrinth*, 1980); y *Dioses del Mundo del Río* (*Gods of Riverworld*, 1983). *Riverworld and Other Stories* (1979) es una colección de relatos que se desarrolla en el mismo mundo imaginario; en ella se incluye el cuento que dio origen a la saga. La serie *World of Tiers* consta de las novelas *The Maker of Universes* (1965), *The Gates of Creation* (1966), *A Private Cosmos* (1968), *Behind the Walls of Terra* (1970), *The Lavalite World* (1977) y *More Than Fire* (1993). Esta serie, basada en la idea de un universo paralelo, inspiró a Roger Zelazny su serie de *Amber*. Farmer escribió *Venus on the Half-Shell* (1975) con el seudónimo de Kilgore Trout, un escritor ficticio que aparece en las novelas de Kurt Vonnegut.

Las obras de Farmer abordan a menudo el tema del sexo: su recopilación de historias breves *Strange Relations*, de 1960, marcó un hito en la historia del sexo en la literatura de ciencia ficción. También la religión está presente en el trabajo de Farmer: Jesús aparece como personaje en uno de los relatos de *Riverworld and Other Stories* y en la novela *Jesus on Mars*.

### **Premios y nominaciones:**

1953: Premio Hugo al nuevo talento más prometedor, *The Lovers*

1960: candidato al Premio Hugo al mejor relato breve, *The Alley Man*

1961: candidato al Premio Hugo al mejor relato breve, *Open to Me, My Sister*

1966: candidato al Premio Hugo al mejor relato breve, *The Day of the Great Shout*

1967: candidato al Premio Nebula a la mejor novela corta, *Riders of the Purple Wage*

1968: Premio Hugo a la mejor novela corta, *Riders of the Purple Wage*

1972: Premio Hugo a la mejor novela, *A vuestros cuerpos dispersos*

1974: candidato al Premio Nébula al mejor relato breve, *After King Kong Fell*

2000: Premio Nebula, Premio Gran Maestro Damon Knight Memorial, por el conjunto de su carrera

2001: World Fantasy Award for *Life Achievement*

# Notas

[1] Juego de palabras: Child, en inglés, significa «niño». (N. del T.) <<

[2] Alusión al libro de Robert Heinlein, *Stranger in a Strange Land*. (N. del T.) <<

[3] Juego de palabras: Sea-sickness (mareo o enfermedad marina) es fonéticamente igual a see-sickness (ceguera, enfermedad de visión). (N. del T.) <<

[4] Dick puede significar, indistintamente, pene o detective. De ahí el juego de palabras. (N. del T.) <<